

Lis Haley

Un millar  
de flores



UN  
MILLAR  
DE  
FLORES

Lis Haley

Edición en Formato digital: noviembre 2014

Título Original: Un millar de flores

©Lis Haley, 2014

©Editorial Romantic Ediciones, 2014

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Imagen de portada ©Stanislav Perov.

Diseño de portada y maquetación, Olalla Pons.

ISBN: 978-84-943152-2-0

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*Dedicada a Águeda Zamrik;  
Una mujer increíble, nacida entre dos hermosas culturas.*

# Índice de capítulos

## Capítulo 1

Bola de nieve: Orgullo, seguridad en uno mismo

Orquídea: Sensualidad, belleza

Narciso: Egoísmo, egolatría

Alstroemeria: Amistad

Dalia rosa: Ten piedad de mí

Gladiolo: Provocación: Me estás desafiando

Camelia: arrepentimiento

## Capítulo 2

Clavel rojo: pasión

Espino blanco: esperanza; espero que respondas a mis expectativas

## Capítulo 3

Geranios rojos: no dejo de pensar en ti

Gentiana: desconsuelo, huida; me haces sufrir, tengo que dejarlo

## Capítulo 4

Flor de loto: comenzar de nuevo

## Capítulo 5

Jacinto silvestre: juegas a un juego peligroso

## Capítulo 6

Pulsátilla: no pretendas nada

Ranúnculo: tienes mucho encanto

## Capítulo 7

Cala: te esquivo

Tulipán rojo: ¿declaración de amor?

## Capítulo 8

Genista: no puedes amar a dos a la vez

Valeriana: resignación

Flor del ciruelo: mantén tu promesa

## Capítulo 9

Adonis: pena de amor; mi corazón está herido

Escaramujo: felicidad efímera; los días felices pasan rápido

Betonica: ¡Sorpresa!

Veronica pérsica: fidelidad

Margarita: ¿Me amas?

Iris: tengo algo que decirte...

## Agradecimientos

***“Siempre hay flores para el que desea verlas”***

Henri Matisse 1869-1954

# Capítulo 1



## Bola de nieve

**Orgullo; Seguridad en uno mismo**

Central Park West. 30 julio a las 11:30

En su despacho de la cuarta plantade la Tilman Company purchases, Víctor Tilman apartó un instante los ojos del documento que sostenía entre las manos y desvió la mirada hacia la monumental pila de sobres que, día tras día, crecía sobre la pulida superficie de su mesa.

«Prepárate, amigo», se dijo mientras enarcaba una ceja e imaginaba lo que se le venía encima. Se pasó una mano por el rostro cansado y se tomó un par de minutos antes de decidirse a abrir el cajón de su mesa para buscar otro par de cápsulas contra el ardor de estómago. Nunca antes había tenido problemas de salud, de hecho, estaba sano como un roble, pero últimamente aquella molestia parecía haberse hecho un significativo hueco en su apretada agenda, instalándose justo después del café y las tostadas con mermelada que tomaba cada mañana durante el almuerzo.

Sintiéndose repentinamente de mal humor, Víctor situó un par de

tabletas en la palma de la mano y se las tragó de golpe. Carraspeó, bebió un poco de agua y dejó el vaso sobre la mesa al tiempo que notaba un desagradable escalofrío que le cruzó de arriba abajo la espalda, sacudiendo cada una de sus vértebras.

Tras masajearse el cuello con una mano e inhalar el aire despacio, Víctor se sirvió un segundo vaso de agua. Algo, dedujo él, completamente inútil, ya que sospechaba que le sentaría mejor un buen trago de ginebra. Era probable que un poco de alcohol en la sangre le ayudase a mitigar la ansiedad que le devoraba las entrañas.

Tilman esbozó una torcida sonrisa.

Si no lo conseguía pronto, acabaría provocándose a sí mismo una úlcera del tamaño de un rinoceronte, se advirtió, recostándose en la butaca y girándola hacia un lado para observar el paisaje al otro lado de la ventana.

Aunque rara vez se sentía tan estresado, la cercanía de su boda con Ariana había alterado su bendita rutina, transformándola en un auténtico caos. Resultaba frustrante darse cuenta de que nada iba según lo previsto; que el trabajo había comenzado a amontonarse sobre la mesa del despacho y que algunas gestiones llevaban ya días de retraso. Había llegado a un punto en que apenas podía centrarse en lo realmente importante: la empresa. Y lo peor era que, a juzgar por lo deprisa que iban las cosas, todo prometía joderse aún más.

Víctor había tenido la ocasión de comprobarlo por sí mismo una semana antes, durante su visita a la conocida compañía de Jhoss Lose, en ciudad de México.

En un principio había viajado hasta allí con la esperanza de llegar a un acuerdo que le permitiría hacerse con el cincuenta por ciento de la corporación, convirtiéndose, por tanto, en socio mayoritario. Pero después de que la reunión mantenida con el equipo de dirección terminase siendo un monumental desastre, únicamente había conseguido regresar a Manhattan tal como se había ido: con dos manos vacías y un extraordinario acuerdo de doscientas una páginas sin firmar.

Víctor frunció los labios con disgusto al recordarlo.

Había sido una gigantesca pérdida de tiempo y de energía; un viaje

inútil e innecesario. Aún le resultaba sorprendente lo rápido que se había ido aquel negocio al garete. Ni siquiera recordaba haber metido en su cartera todos aquellos papeles y facturas, que nada tenían que ver con la compañía del señor Lose. Casi se le cayó la cara de vergüenza cuando comenzó a buscar el contrato entre las facturas del tinte, la peluquería para mascotas a la que su prometida solía llevar al caniche, y las fotografías de un puto desfile de moda al que no recordaba haber asistido. Y Dios sabía cuánto le molestaban las situaciones inestables. Por ello tomó la decisión de hacer lo imposible por que aquel caos no volviera a repetirse. Aunque por desgracia, pese a sus esfuerzos, no había podido hacer gran cosa por evitar posponer algunos asuntos importantes.

Y todo lo concerniente a la Tilman Company purchases, lo era.

Poco importaba lo que ocurriese de puertas para afuera, la Tilman Company purchases absorbía cada segundo de su tiempo. Incluso podría decirse que encontraba cierto placer en repasar cien veces cada contrato o documento que llegaba a sus manos. Quizás porque era increíblemente meticuloso a la hora de no dejar cabos sueltos que pudieran suponer cualquier pérdida de capital.

Tilman respiró hondamente.

Era plenamente consciente de que la compañía se había convertido en su obsesión; una que no le había permitido disfrutar de unas simples vacaciones en los últimos cuatro años. Sin embargo, Víctor era un hombre de negocios, y como tal había cerrado las suficientes transacciones comerciales como para saber que aplazar una oportunidad de compra o de venta jamás era algo bueno. Los negocios eran los negocios; las acciones y el mercado fluctuaban al alza o a la baja de un día para otro. Por consiguiente, pensar en diversiones mientras hubiese tanto que perder, era algo inaceptable.

Aunque no solo se trataba de obligación, Víctor Tilman se consideraba a sí mismo, incuestionablemente, un adicto al trabajo. No podía negar que le gustaba lo que hacía. Le apasionaba cerrar tratos que sumasen ceros a su ya dilatada cuenta bancaria. No tenía ninguna duda al respecto: tenía un don para ello.

Por desgracia, no podía decir lo mismo de su pericia a la hora de

organizar el asunto de los invitados. Era evidente que no tenía ni idea de dónde o cómo ubicarlos. En realidad, lo único que podía hacer era aceptar que, al contrario que los negocios, el protocolo no era lo suyo. Sin embargo, a esa desventaja se unía la suerte de poder contar con la habilidad de otras personas que lo harían por él.

Víctor apoyó la mandíbula en el dorso de la mano y reflexionó sobre el asunto un par de segundos. Luego se inclinó sobre la mesa y pulsó el botoncito rojo que lo comunicaba con el despacho de Rachel Simons, su joven secretaria.

—¿Sí, señor Tilman? —La voz aterciopelada de la muchacha de metro setenta y ocho, cursi como un pecado e igual de respetable, no tardó en brotar del aparatito.

—¿Ha terminado con los documentos que le pedí?

—Hace ya rato que están en manos de los miembros de la junta, señor Tilman.

—Me alegra oír eso, señorita Simons, porque voy a necesitar que me ayude con la correspondencia.

Apenas hubo apartado el dedo del botón, la puerta del despacho se abrió y entró Rachel portando en la mano un vaso de papel con el logotipo verde de Starbucks. Cruzó el despacho caminando con soltura sobre sus altos tacones de aguja y situó el café caliente junto al portátil de su jefe.

Víctor lo agarró y dio un sorbo antes de recostarse en la butaca. Se la quedó mirando mientras ordenaba las cartas, en su mayoría felicitaciones, y observó que la muchacha situaba a un lado los remitentes más importantes. Antes de que le diera tiempo a acabarse el café, Rachel lo tenía todo listo. Víctor echó la cabeza hacia atrás y descansó la nuca en el respaldo de la butaca, zarandeando con nerviosismo la pluma estilográfica que sujetaba entre los dedos índice y anular. Al cabo de dos minutos volvió a suspirar y contempló pensativo cómo su secretaria, lapicero en mano, numeraba los sobres.

—Así no habrá duda de quién es quién —le aclaró Rachel apartando un momento la mirada de la correspondencia.

Después de indicarle un sí, con un ligero movimiento de cabeza,

Víctor Tilman se incorporó en la silla e inspiró profundamente.

Había imaginado que tras formalizar su compromiso con Ariana las cosas serían un poco más fáciles, pero por lo visto se había precipitado al suponer que ella le dejaría encargarse de todo. De hecho, no hacía más que poner objeciones a cualquier decisión que él tomaba, por insignificante que esta fuera.

Víctor sabía que podía manejar cualquier cosa, pero a esas alturas comenzaba a pensar que su prometida no era una de ellas. Sus continuas visitas a las oficinas de la compañía estaban sacándolo de quicio. Últimamente se comportaba de manera especialmente irritable, y cuando iba a verlo siempre traía consigo un montón de correspondencia, con el absurdo propósito de que contactara personalmente con cada uno de los remitentes.

Por lo visto su futura esposa creía que no tenía nada mejor que hacer que pasarse el día respondiendo al correo de aburridos periodistas, socios del club de campo del que Ariana era miembro, o incluso la presidenta de cierto círculo elitista que, para colmo, jamás le había simpatizado.

Volviendo la vista atrás, tenía la sensación de haberla liado bien gorda el día que puso un reluciente anillo de compromiso en el dedo anular de Ariana. Aquel día, sin saberlo, había atiborrado la locomotora de carbón, y una semana más tarde aquella locomotora ya marchaba a toda máquina sin que nadie pudiera detenerla.

A pesar de que estaba preparado para la avalancha de paparazis que se les vendría encima, no lo estaba tanto para que la boda fuera a convertirse en el acontecimiento del año.

La ansiedad volvió a abrasarle el estómago.

Aunque era habitual que la prensa sensacionalista estuviese siempre al tanto de todo lo que hacía o decía, esta vez, sin embargo, estaba deseando volver a la normalidad. A decir verdad, en esos momentos echaba de menos la ordenada rutina que conducía su existencia. Había trabajado mucho en ella para dejar que ahora se fuera al traste. Y eso era justo lo que había ocurrido durante el último mes; todo se había tornado loco y precipitado. Sentía que no podía controlarlo.

Y si había algo en el mundo que no soportaba, era que las cosas escapasen a su control.

De hecho, detestaba cuando eso sucedía.

Aquella era la principal razón por la que había decidido organizarlo todo él mismo. Se trataba de una solución práctica, que le permitiría administrar cada segundo de su tiempo. Un tiempo precioso del que no estaba dispuesto a desperdiciar un solo minuto.

Tras la ceremonia, Ariana y él pasarían la noche de bodas en Nueva York, alojados en la suite presidencial del *St. Regis*; un hotel moderno y elegante, tal como había insistido que fuera su prometida. Allí mismo, sobre las nueve de la tarde, ambos ofrecerían una glamurosa recepción a la que asistirían multitud de invitados; entre ellos estrellas de cine, deportistas y empresarios de renombre.

Ariana, concienzuda como lo era para ciertos temas, había puesto especial interés en no olvidar a nadie. Según decía, hacerlo tan solo serviría para devaluar la buena imagen que la compañía había generado durante los últimos años. Lo que posiblemente malograría su futura expansión fuera de Norteamérica. Y eso era algo que él no iba a permitir que ocurriese bajo ningún concepto.

Así pues, había decidido delegar los asuntos de índole social en Ariana. Más, cuando era evidente que su futura esposa poseía un talento innato para las relaciones públicas. Era decidida y lista como un demonio, y siempre procuraba que todo lo que le rodeaba estuviese acorde a su elevado estatus social. Al contrario que a él, a ella le encantaba formar parte de la gente selecta que abarrotaba las fiestas, y disfrutaba relacionándose con cualquiera que pudiera considerarse mínimamente célebre. Con el tiempo, esa mujer había adquirido la inteligencia de quienes no se contentan con mirar desde la grada. Tal vez por ello ambos se complementaban tan bien. Eran tremendamente parecidos. Les gustaba asumir el control de todo lo que les rodeaba y tenían las mismas prioridades.

En primer lugar, por supuesto, estaba la compañía. Mantenerla en el nivel más alto se había convertido para ambos en lo más importante, y estaban decididos a no permitir que nada ni nadie lo impidiera.

Sin embargo, tras pasar el último mes sumergidos en los preparativos de la ceremonia, a los dos iba a venirles bien un pequeño descanso. Por tanto, tras la boda, ambos volarían hasta Japón para disfrutar de una rápida luna de miel. Luego harían un breve crucero por las Islas griegas y, transcurridos seis días, regresarían a Nueva York, desde donde él podría continuar tratando de absorber la casi arruinada empresa de Regan Marshall: el último escollo inmobiliario que se interponía entre él y Europa.

Tan solo debía esperar un par de semanas más, y la Tilman Company purchases se fusionaría con Property Fox, la empresa de la que Ariana era heredera absoluta. Cuando eso ocurriese, nada podría ya entorpecer su expansión por Inglaterra, España y Francia.

Y eso era solo el comienzo.

Cuando las dos grandes empresas y fortunas se fundieran en una sola, y Europa pasara a ser una chincheta más en el mapamundi que colgaba en la pared de su despacho, pondría los ojos en Asia. Aquel era un gran mercado con oportunidades igual de grandes. Solo tenía que tener un poco de paciencia y estarían a su alcance.

Víctor inhaló el aire con satisfacción. Luego se levantó y caminó hasta la enorme ventana para contemplar las copas de los majestuosos árboles, en esa estación de un riguroso verde, que se mecían sacudidas por el fuerte viento que soplaba ese día en Central Park.

No podía decir que aquellas vistas le gustasen especialmente, pero el caso era que eran las mejores de la ciudad. Y él siempre tenía lo mejor: el mejor coche, el mejor apartamento, la mejor prometida...

Nada era suficientemente bueno para él. Ni siquiera encontrarse a un paso de acaparar la mayor parte del mercado inmobiliario.

Todo era perfecto.

Tal como lo había imaginado siempre.

Había trabajado muy duro durante años y ahora comenzaba a recoger los frutos de todo ese esfuerzo. Y ni siquiera tenía que preocuparse por nada. Ariana y él eran lo suficientemente ricos para no temer que la fortuna del otro fuese la principal razón de aquella unión. Además, su

prometida era una mujer muy bella; una rubia de piernas interminables y ojos avispados que sabía lo que quería. Le gustaba ser siempre el centro de atención. Era sofisticada y elegante.

La mujer perfecta.

Por lo demás, podía decirse que se entendían bastante bien en la cama. No era que saltaran entre ellos chispas o cohetes. No obstante, el sexo no dejaba de ser una mera necesidad fisiológica y desestresante para ambos. Aunque, debido a la presión bajo la que se hallaban, últimamente habían disfrutado de él más bien poco.

Por supuesto, su relación tenía ciertos límites. Como todo lo demás estaba perfectamente definida y organizada. Él había dejado muy claro desde el principio que tras la boda, e invariablemente, el trabajo y la empresa continuarían siendo lo primero. A ambos les parecía lo más correcto. A cambio él estaba dispuesto a que ella mantuviese su ritmo de vida; una existencia que básicamente se resumía en tres cosas: fiestas, desfiles de moda y Visa Oro.

Simplemente había optado por aceptar la realidad: el mayor amor de Ariana era ella misma. Y aunque sabía que no era amor lo que él estaba buscando en esa relación, a veces, en cierto modo, le molestaba que jamás demostrase alguna clase de sentimiento hacia él.

Pero Ariana era así. Tras pasar la niñez entre institutrices e internados, le costaba exteriorizar cualquier cosa que no fuese su propio ego. Lo hacía incluso cuando lo agarraba del brazo, exhibiéndolo como si fuera un trofeo de caza. Algo en cierta manera comprensible si se tenía en cuenta que la prensa sensacionalista de todo el país lo había calificado durante años como a uno de los solteros más codiciados de Nueva York.

Rachel apartó los ojos de la correspondencia y, por encima del grueso cristal de sus gafas, lo observó cruzar la estancia enmoquetada para dirigirse hacia el mueble aparador, donde se sirvió una copa de *brandy*.

Tras bebérsela de un solo trago, una arruga cruzó la bronceada frente de Tilman.

—¿Qué quiere que haga con todo esto, señor Tilman? —preguntó la joven a Víctor, que aún permanecía de espaldas a ella.

—No soy ningún entendido en estas cosas. Supongo que necesito que

sitúe a toda esa gente en las mesas adecuadas... ¡Qué sé yo! ¡Ah! Y envíeles una nota de agradecimiento. Algo sencillo. Nada demasiado rebuscado ni pretencioso. Supongo que con eso será suficiente —añadió él, volviéndose hacia ella.

Rachel se demoró un momento para comprobar que no olvidaba ningún sobre, antes de regresar a su propia mesa.

—¡Ah! Señor Tilman... —recordó repentinamente la joven, deteniéndose en mitad del despacho—. Esta mañana llamó la señorita Fox. Me pidió que le dijera que hoy pasaría por la oficina para ultimar ciertos detalles de la boda. Creo que se ha indignado cuando le he sugerido que podía dejarme a mí el recado. Me ha parecido que estaba algo nerviosa. Ya sabe..., un poco más de lo normal.

Él la miró y asintió sin decir nada. Probablemente su maravillosa prometida pensaba taladrarle la cabeza con otra de sus muchas ocurrencias. Cada día tenía una nueva, ya fuera sobre la tarta, la orquesta o sobre el hotel. Las incesantes demandas de Ariana lo estaban agotando, y a pesar de que lo habían repasado todo juntos unas mil veces, la mayor parte de lo planeado se había deshecho, cambiado o torcido.

—Está bien —suspiró él, y elevando ligeramente el mentón se aflojó el nudo de la corbata, que de repente parecía apretarle más de la cuenta. Tras quitársela, la ocultó en el cajón de la mesa—. Será mejor que acabe con esa correspondencia antes de que llegue Ariana. Puede que mi prometida necesite que tome usted algunas notas de lo que se le haya ocurrido.

—La señorita Fox es una mujer muy ingeniosa —comentó la muchacha, sin poder evitar que en su voz apareciera cierta nota de sarcasmo.

—Sí —Víctor soltó un suspiro de cansancio, se sentó en el elegante sillón de piel y descolgó el auricular del teléfono. Cuando la puerta se cerró a espaldas de la secretaria, murmuró para sí mismo—: La señorita Fox posee un talento especial para acabar con mi paciencia.



# Orquídea

Sensualidad, belleza

Manhattan, 11:47. Cerca de la desembocadura del río Hudson.

Pasaban unos minutos de las doce menos cuarto cuando Kaori decidió que ya iba siendo hora de regresar a Manhattan. Tras haber pasado toda la mañana junto a Maya en Roosevelt Island, visitando un pequeño negocio local de flor cortada, la librería de la calle Main y la oficina postal del distrito, donde su amiga entró a recoger un paquete sospechosamente bien envuelto, ambas se sentían un poco agotadas. Así que, después de que la amable dependienta del puesto de flores les comentara que el teleférico a esa hora iría lleno hasta los topes, decidieron coger el *ferry*.

Desgraciadamente, descubrieron demasiado tarde que la mayoría de viajeros solían elegir ese transporte por la misma razón que ellas. Lo que las llevó a estar un buen rato aplastadas contra el rastel posterior del transbordador, junto a una veintena de septuagenarios que parecían estar consagrados a observar embobados los borbotones de espuma que surgían de debajo del casco.

Kaori echó una ojeada a su reloj de pulsera y comenzó a abanicarse con una mano. Por todas partes veía gente nerviosa. Soltó un aullido cuando alguien le pisó accidentalmente el pie, y se sintió agradecida de que un empleado uniformado del transbordador empezara a mover los brazos frenéticamente, enviando a los pasajeros hacia la cubierta superior, donde por lo visto quedaban butacas vacías.

Una vez arriba, Kaori se sentó junto a Maya en la última fila. Lo suficientemente lejos para tener una perspectiva más amplia del resto del barco y no tener que aguantar el tufo a aceite quemado que desprendía el carrito rojo y azul del vendedor ambulante de perritos calientes que, a viva voz, animaba a todos a saborear su grasienta mercancía, rebosante de delicioso e insano colesterol.

A Kaori se le escapó una mueca de grima. Se acomodó lo mejor que pudo en su diminuto asiento de plástico y miró al frente, observando el denso nubarrón que engullía las azoteas de los edificios más altos. Aunque el cielo había amanecido de un radiante tono azul, propio del mes de julio, durante el transcurso de la última hora un manto gris había ido extendiéndose lentamente sobre la mayor parte de la ciudad, enroscándose como una enorme pitón en torno a las altas cúspides de los rascacielos.

Se sentó con las manos apoyadas sobre las piernas y notó que el viento, al igual que el tufo a aceite, iba ganando fuerza.

—¿Crees que aguantará mucho con una tía así?

Kaori, que no esperaba la pregunta, giró la cabeza hacia Maya. Esta tenía la mirada clavada en la revista que sostenía entre las manos mientras la melenita de rizos dorados, que normalmente enmarcaba su bello rostro, revoloteaba sobre su cabeza de una forma bastante cómica.

—¿Quién?

—Víctor Tilman. ¿Crees que aguantará mucho?

—Quién sabe... —respondió Kaori encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Es una tía con suerte! —suspiró Maya con un triste tono de abatimiento.

Kaori sintió ganas de reír.

—¿Por qué te interesa tanto lo que hace ese hombre con su vida? —le preguntó sin apartar la mirada del paisaje gris que se extendía ante ellas—. Ni siquiera lo conoces.

—¿Acaso importa eso?—Maya hizo un mohín con la boca—. ¡Víctor Tilman está como un tren!

Kaori se apartó con la mano el mechón de color azabache que se había desplazado sobre sus ojos y, asombrada, volvió la vista hacia ella.

—Corrígeme si me equivoco, ¿no dijiste eso mismo de los tres últimos hombres con los que saliste?

—Dije que estaban buenos.

—¿Y no es lo mismo?

—¿Estás de broma? —Maya alzó ambas cejas y una encantadora arruga le cruzó la frente—. Por si todavía no te has dado cuenta, te diré que las mujeres tenemos un baremo interno que usamos para evaluar a los hombres.

—Así que..., ahora resulta que tenemos un baremo... —resopló sin mucho entusiasmo.

—Indudablemente.

—¿Y puede saberse cuál es?

—Es muy sencillo. Cuando una mujer usa cualquiera de las frases: “está como un tren”, “es un bombón” o “le haría un favor”, para referirse a un tío, significa que probablemente el sujeto en cuestión es un espécimen digno a tener en cuenta.

—Entonces, según tu hipótesis, hombres y mujeres usaríamos el mismo baremo —teorizó rápidamente Kaori.

—Te equivocas nuevamente.

Kaori hizo una mueca y arrugó la nariz.

—¡Ilumíname! ¡Oh, Maya, diosa del sexo y de las noches en vela!

—¡Qué graciosa! —masculló la joven.

Intuyendo que, después de todo, el apodo de «*diosa del sexo*» no acababa de desagradarle a Maya, Kaori se echó a reír. Tenía la certeza de que su amiga era una de esas chicas, increíblemente seguras de sí mismas y de su poder sexual, que últimamente parecían pasearse por cada rincón de Manhattan destrozando las aceras con sus taconazos. Una nueva raza de mujeres que se dejaban ver por los mejores *clubs* de copas y frecuentan los lugares en lo que, según ella misma narraba, «había buena caza».

Maya añadió:

—Para que lo sepas, a diferencia de los hombres, nosotras evaluamos las virtudes del género masculino de una manera más integral.

—¿Y eso qué se supone que significa? —preguntó, mordiéndose las

comisuras de los labios para tratar de contener la risa.

—Seguro que sabes a qué me refiero —suspiró Maya, como si después de cien veces estuviese cansada de explicar lo mismo—. Un buen cuerpo, un rostro atractivo, y todas esas pequeñas cosas que vienen incluidas en el lote. Sin embargo, a ellos suele bastarles con un par de buenas tetas o unos labios operadísimos para dictaminar que la tía en cuestión está buena.

—O sea, resumiendo, que según tú, Víctor Tilman está en la categoría de tíos a tener en cuenta.

—Según yo, está en la categoría de tíos con los que echaría un par de polvos salvajes —dijo, antes de que el silbido de una embarcación cercana la obligase a levantar la voz en el momento que añadía—. Y ahora que lo pienso, a ti también te vendría bien que te echaran uno de esos *quitapenas*. ¿Desde cuándo no le das un homenaje al cuerpo?

Kaori sintió las mejillas al rojo vivo al oír el grito de su amiga. Echó un vistazo alrededor y advirtió que el vendedor de perritos calientes se había detenido en mitad del pasillo, dejando de vociferar para mirarlas con cara de asombro mientras apretaba el bote de *kétchup* en la mano.

Cuando un fino hilo de tomate se precipitó hasta el suelo, Kaori reaccionó, murmurándole a su amiga:

—Está bien, tú ganas —aceptó a regañadientes. Le arrebató la revista de las manos y frunció el ceño con el propósito de no alentarla aún más. Echó un rápido vistazo a la fotografía del hombre, contemplando la posibilidad de contradecir las palabras de su amiga, aunque mentir no era lo suyo. Por suerte, una mirada le bastó para confirmar todo lo que había oído sobre ese hombre; sí, indudablemente Tilman era increíblemente guapo, rico y engreído. Lo que para una mujer solo podía significar una cosa:

¡Problemas!

—Bueno, admito que no está mal —aceptó Kaori sin mucho entusiasmo antes de alzar una ceja y agitar la cabeza a los lados—. Aunque no me negarás que ese Víctor Tilman parece un tipo arrogante. Míralo bien; esgrimiendo ese aire de sabelotodo... Seguramente ese hombre se cree demasiado bueno para cualquier mujer. Definitivamente,

no. No me gusta un pelo

—¡Venga ya! —Una sonrisa curvó los rosados labios de Maya—. ¿Tienes ojos en la cara, nena? No seas tan borde. El tío está buenísimo; no hay más que verlo para darse cuenta. Así que ya puedes dejar esa actitud de monjita de clausura, guapa, porque puede que logre engañar a tu padre, pero conmigo no cuela.

Kaori le lanzó una hosca mirada. Sin embargo, Maya tenía razón al insinuar lo que ambas sabían: que se había pasado los últimos dos años tratando de demostrar a su padre que era completamente capaz de sobrevivir en una ciudad como aquella sin su ayuda, la de un marido o prometido en ciernes.

Kaori suspiró con cansancio.

—¿De veras crees que puede interesarme lo más mínimo la vida de ese hombre? —preguntó en el instante que el *ferry* disminuía la velocidad—. Deberías cerrar esa revista y centrarte un poco más en lo que está ocurriendo a tu alrededor. Hay cosas más importantes en la vida que la noticia de un presuntuoso que va a casarse.

—Oh —abrió la boca Maya—. ¿No irás a darme otra vez la murga con lo de Dilan?

—Dilan es un chico estupendo.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por si aún no te has dado cuenta, te pasas el día diciendo lo mucho que te quiere.

—Ya. Pero te recuerdo que lo que no quiere es comprometerse. —Maya movió la cabeza a los lados—. ¿Sabes? Estoy comenzando a estar cansada de esperar a que decida si lo que hay entre nosotros es una relación, o sencillamente una sucesión de polvos que se suceden sucesivamente.

—¡Vaya! —Kaori sonrió ampliamente—. Estás hecha una auténtica poeta.

—No es ninguna broma, Kaori —le reconvino Maya—. ¿Y si no lo hace nunca? No tengo la menor intención de convertirme en una vieja solitaria con la cara repleta de verrugas y la casa llena de gatos mientras espero a que él se decida. No, mientras haya tanto tío bueno por ahí suelto.

—Lo único que digo, es que puede que Dilan necesite un empujoncito.

—Sí, el de un tren de mercancías.

Kaori sintió de nuevo ganas de reír.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? —continuó diciendo Maya, como si hablara para sí misma—. Mi novio se larga durante días, sin decir una palabra, y mi mejor amiga se parte de risa.

—No me parto —repuso Kaori, mordiéndose las comisuras de la boca para contener la carcajada.

—Sí que lo haces.

—No, no lo hago.

—¿Y eso qué es? —preguntó Maya, señalado con un dedo acusador los labios tirantes de Kaori.

—Un tic nervioso —respondió rápidamente ella, tapándose la boca con una mano.

—No me digas...—Maya le guiñó un ojo.

A Kaori no le extrañaba lo más mínimo que Maya tuviese tantos admiradores. Era una chica realmente encantadora, curvilínea y alocada. Su polo opuesto. La devora hombres por antonomasia. Ella, sin embargo, carecía de esas sexis curvas, sus ojos rasgados eran oscuros y tenía la piel blanca como un quesito.

Kaori se fijó en que la gente comenzaba a agolparse contra la barandilla y miró al frente, en dirección a las concurridas calles de Manhattan. Le encantaba vivir en aquel lugar inundado de vida y movimiento. La gente iba de compras, frecuentaba los clubs al anochecer y todo el mundo parecía tener siempre algo que hacer en una ciudad donde el hormigón, el cristal y las zonas verdes se aunaban en un impresionante paisaje vertical que estaba a años luz de parecerse a

Shibuya, su ciudad natal.

En Tokio todo era distinto. Si bien era cierto que también se trataba de una ciudad llena de profundos contrastes y ajetreo, los hogares y sus habitantes habían aprendido a recuperar el espacio que consideraban necesario para el libre crecimiento del espíritu, transformando pequeños rincones en jardines que invitaban a la relajación y al contacto con la naturaleza.

Ella misma poseía uno de aquellos pequeños espacios verdes en su ático, cerca del edificio *Chrysler*. Allí, además de pasar muchas noches de verano contemplando la luz vibrante de las estrellas, practicaba el Ikebana, un arte floral que su familia había perfeccionado durante más de cuatro generaciones, y que ella había convertido en su profesión.

Y lo cierto era que no le iba nada mal. La llamaban continuamente para solicitarle que decorase algún evento, boda o cumpleaños, y todo el mundo estaba dispuesto a pagar unos honorarios que no habían hecho más que subir durante el último año.

—Ya hemos llegado —indicó Maya agarrando el bolso.

Kaori alzó la vista para mirarla y entornó los ojos al comprobar que comenzaba a llover. Algo que agradeció, ya que aquel verano en particular estaba siendo demasiado húmedo y caluroso, y nada indicaba que aquello fuese a cambiar por el momento.

—¿Un café? —preguntó Maya.

—Déjame ver... —Kaori echó un rápido vistazo a su reloj de muñeca—. Me viene bien si lo tomamos cerca del restaurante Blue Fin. A las doce y media tengo una cita allí.

—A este paso tendré que pedir hora a tu secretaria cuando quiera ir de compras contigo —bromeó Maya, al tiempo que enrollaba la revista sobre sí misma hasta que no fue más que un estrecho y alargado cilindro. Después, ambas caminaron hacia la parada de taxis más cercana, que como de costumbre estaba vacía.



# Narciso

Egoísmo, egolatría

Tilman Company purchases, 12:00 horas

—¡Un desastre! ¡Eso es lo que es! ¡Un autentico desastre! ¿Cómo demonios crees que voy a superar esto? ¡Justo ahora! ¿Te das cuenta? Tenía que haber hecho caso a mi madre cuando me dijo que celebrásemos la ceremonia en París. Claro, allí estas cosas no pasan. Allí nadie pone estúpidas pegas sin sentido.

—Comprendo que estés algo decepcionada.

—¿Decepcionada? ¡Estoy completamente hundida!

Abatida, Ariana se dejó caer en el sillón frente al suyo y lo miró aguardando una respuesta.

Transcurridos diez segundos, Víctor le dedicó una sonrisa. No era necesario ser muy listo para comprender que no importaba lo que él dijese, su prometida no se calmaría ni aunque se zampara una tarta enriquecida con medio kilo de jugosos valiums.

Aquel pensamiento, que consiguió curvarle ligeramente las comisuras de la boca, lo hizo desviar los ojos hacia el anillo de compromiso que Ariana lucía en su delicado dedo anular.

—No hace falta que te diga que el *St. Regis* es un lugar realmente elegante. Todo irá bien. Así deberías relajarte y dejar de preocuparte tanto.

—Te recuerdo que todos nuestros amigos acudirán a la boda, querido —continuó diciendo Ariana, ignorando la observación de él—. Y por supuesto también lo harán la prensa y todas las personas que se consideran alguien en esta ciudad. Así que deja de decirme que no me preocupe, porque supongo que entenderás lo mucho que deseo que nuestra boda sea algo que los neoyorquinos tarden en olvidar. Y eso

implica cortinas de seda italiana, mantelerías de algodón egipcio...  
—Ariana hizo una pausa, antes de añadir exaltada—: ¡Y flores! ¡Cientos de flores por todas partes!

—Pues no veo dónde está el problema...

—¿Así que no ves dónde está problema? —Ariana repitió sus palabras dejando salir el aire lentamente—. El problema es el señor Wall, el nuevo administrador del hotel. Ese hombre no quiere ni oír hablar de cambiar la decoración del salón donde se ofrecerá la recepción. No aceptará dinero; ya lo he intentado y solo sirvió para que me mirase durante un momento como si hubiese perdido el juicio. Me da igual lo que hayamos acordado con el antiguo gerente del hotel; no pienso celebrar nada en ese lugar si no nos convence por completo. ¿Lo entiendes, verdad?

—Bien —comenzó a decir Víctor, levantándose de su asiento para acompañarla hasta la puerta—, entonces hablaré con el señor Wall. No creo que exista nada que impida que lleguemos a un acuerdo.

—Ooh, eres un verdadero cielo —ronroneó Ariana con un gesto gatuno. Lo abrazó durante una décima de segundo y le besó la mejilla con cuidado de no estropear el carmín de sus labios—. No sé qué haría sin ti.

—Yo tampoco, querida.

Él se detuvo junto a la puerta para despedirse de ella con una afectuosa sonrisa, que desapareció en el instante que Ariana se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el ascensor, contoneando sus estrechas caderas dentro de su ajustado Armani color burdeos.

A pesar de que no le pareció correcto pensar una cosa así, no imaginaba por qué su prometida había decidido ir a verle, cuando lo más lógico hubiera sido comunicarse con él por teléfono. Hacerlo le habría evitado tener que cruzar Manhattan en hora punta y sufrir el denso tráfico que eso comportaba.

La sonrisa regresó súbitamente al rostro de Víctor cuando Ariana entró en la cabina y se giró para saludarlo con un jactancioso movimiento de los dedos, que se prolongó hasta que las puertas del ascensor se cerraron por completo.

Únicamente entonces se permitió soltar el aire que había estado reteniendo en los pulmones sin apenas darse cuenta, desvió la mirada hacia la mesa de Rachel, y observó que en ese momento la muchacha estaba ordenando varios documentos.

—Necesito que tome usted unas notas, señorita Simons —le dijo, antes de regresar a su despacho.

Como solía hacer siempre que se disponía a entrar en el despacho de su jefe, Rachel se levantó, tiró del bajo de la falda hasta que esta le cubrió por completo las rodillas, y comprobó que los botones de su aburrida blusa azul marino estuvieran cerrados hasta el cuello. Solo entonces agarró su bloc de notas, un par de bolígrafos de punta fina, y entró en el despacho de Tilman. Sin dar tiempo a que él se lo indicase, se sentó en la silla que descansaba frente a la enorme mesa y cruzó las piernas para poder situar la libretita sobre su rodilla izquierda.

Víctor comenzó a masajearse las sienes mientras estudiaba con detenimiento a la joven que se preparaba para tomar notas.

A primera vista, la señorita Simons era una muchacha de apenas veinticinco años, estirada y con poca vida social. Al menos eso era lo que sugería su extravagante atuendo y esas gruesas gafas de pasta que parecía negarse a desechar en pos de unas lentillas que permitiesen contemplar su rostro sin ningún tipo de obstáculo de por medio.

Durante una fracción de segundo, Víctor se preguntó cómo lograría su secretaría que aquel estirado moño luciera todos los días exactamente igual; ni más a la derecha ni más a la izquierda, siempre en el centro de la coronilla. Podría apostar, y no perdería su dinero, a que aquel apretado rodete sería lo único en el mundo que sobreviviría a una hecatombe nuclear, sin que de él se desprendiera un solo cabello.

Bueno, eso y sus gafas de pasta.

Tilman apartó los ojos de ella y extrajo una pluma del bolsillo de su camisa, evitando volver a mirarla. A él poco tenía que importarle el aspecto de su secretaria, o si continuaba llevando aquellas horribles lentes o no. Lo que esa chica hiciera con su cuerpo era cosa suya. No tenía por costumbre interesarse por la vida privada de sus empleados, mucho menos por sus gustos respecto a moda; la verdad, le traían sin

cuidado. Únicamente le interesaba una cosa de esa mujer: que hacía bien el trabajo para el que se le había contratado.

Víctor se sentó y garabateó algo en la esquina del documento que ella le puso delante. Sin alzar la cabeza para mirarla, le dijo:

—Necesito que se ponga en contacto con el hotel *St. Regis* y hable con el nuevo administrador, el señor Wall. Pregúntele si habría algún modo de que la decoración del salón de la veinteava planta, el *St. Regis Roof*, pudiera modificarse por una noche.

—Sí, señor Tilman —afirmó instantáneamente la joven, haciéndole notar que lo había entendido a la perfección.

—Si lo cree necesario, dele a entender que en la Tilman Company purchases estaríamos encantados de invertir en ese proyecto de las islas caimán... No recuerdo ahora cómo se llamaba...

—El Peace and comfort, señor.

—Eso... —Víctor agitó una mano—. Dígale que en la compañía sabríamos apreciar un gesto como ese..., aportando unos cuantos cientos de miles de dólares.

—Lo haré, señor Tilman.

—¡Ah! Y consiga flores para decorar ese salón —añadió Víctor. Dejó de escribir, levantó por fin la cabeza e hizo un aspaviento con la mano, como si estuviese sacudiendo el aire—. Ya sabe, algo muy especial, con adornos de esos vanguardistas. A Ariana le encanta el *glamour* y todo eso.

Rachel dejó de escribir y apartó los ojos de la libretita para mirarlo.

—Si me permite hacerle una sugerencia, señor Tilman, conozco a una persona que podría encargarse de que la decoración fuese...

—De acuerdo —aceptó él, incluso antes de que ella terminase la frase—. Póngase en contacto con esa persona y dígale que venga a verme esta misma tarde.

—Sí, señor.

—Espere un momento... —la detuvo él, justo cuando ella se disponía a levantarse—. Será mejor que le pida que vaya directamente al hotel.

Ya he perdido demasiado tiempo con todo esto, y no creo que sea necesario que hable con ella. Confío plenamente en su buen criterio, señorita Simmons. Dígale que visite el *St. Regis* para hacerse una idea del tamaño de ese salón, y de lo que esperamos.



# Alstroemeria

Amistad

Starbucks Caffee, 12:15

El aguacero que Kaori había esperado en un primer momento, se había quedado en una ligera llovizna que se precipitaba mansamente sobre el toldo verde que protegía la terraza del Starbucks Caffee. Allí, sentada junto a Maya, contemplaba ensimismada el tráfico y el ir y venir de grises paraguas. La gente caminaba deprisa, dando saltos y esquivando el agua que se acumulaba contra la acera.

Kaori sonrió al observar a un niño que trataba de meter los pies en un charco sin que el adulto que lo acompañaba se diera cuenta. Un vehículo se detuvo ante ellos y ambos subieron en él. Cuando el auto se movió, se fijó en que las luces de los taxis relucían todas de rojo, ocupados probablemente por transeúntes que evitaban mojarse. Un profundo contrapunto con el hombre que pedía limosna sentado en la parada del autobús, haciendo girar con lentitud la manivela del pequeño organillo que aferraba entre las hinchadas manos.

Kaori se concentró en las notas que brotaban de aquella cajita, intentando no hacer caso del sonido estridente que engendraban docenas de neumáticos al patinar contra el suelo mojado.

—El teléfono —indicó de pronto Maya, acercándose la taza a los labios para tomar otro sorbo de café.

—¿Qué? —Aún en Babia, Kaori alzó ambas cejas.

—Tu teléfono —repitió un poco más alto, antes de añadir—: Lleva un buen rato sonando.

—¡Ah! ¡Vaya!—exclamó ella, notando el temblor del artefacto contra su pie. Sacó el bolso de debajo de la mesa y lo apoyó sobre las rodillas. Metió la mano y rebuscó en su interior con nerviosismo. Tras apartar a

un lado el paquete de pañuelos, los chicles, y un par de condones que Maya le había obsequiado seis meses atrás, y que por supuesto no había tenido ocasión de utilizar, dio con el teléfono.

—Es Rachel —indicó a Maya tras deslizar la cubierta de plástico que protegía las teclas.

—¿Y quién demonios es Rachel? —le preguntó la chica, arrugando el puente de la nariz.

—¡Phsssss...! —chistó, alzando una mano con la palma hacia fuera para pedirle que permaneciera en silencio—. ¿Sí?

—Uf, gracias a Dios que no te pillo ocupada.

Por su tono de voz, Kaori comprendió que Rachel se encontraba un poco alterada.

—¿Ocurre algo?

—Bueno, aparte de que mi jefe y su prometida han perdido últimamente la cabeza, todo marcha de maravilla, aunque tengo la sensación de que por aquí todo el mundo se encuentra al borde de un ataque de nervios.

—Lo sé, y apuesto un dólar a que lo de la boda no es para menos.

—Veo que ya te has enterado.

—Yo y medio planeta lo hemos leído esta mañana en la prensa. Parece que la noticia está corriendo como la pólvora.

Rachel soltó una cansada carcajada, que demostró de todo menos felicidad.

—No me lo recuerdes, está siendo aún peor de lo que me esperaba. Redacté ese comunicado el martes, y desde entonces no ha cesado de llegar un montón de correspondencia a la oficina. Eso sin mencionar el teléfono; ese trasto no deja de sonar a todas horas. La verdad, empiezo a creer que a algún pobre periodista se le ha quedado el dedo pegado al número de la Tilman Company purchases —Rachel respiró hondo—. En fin, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Será mejor que vaya al grano. Tengo una buena noticia para ti. ¿Estás preparada?

—¿Una noticia? —repitió Kaori como una cacatúa, bebiendo

ansiosamente el resto de su taza de café.

—El señor Tilman quiere que seas tú quien se encargue de las flores.

Durante un segundo, Kaori se quedó sin habla, preguntándose si habría oído bien a Rachel. Clavó los ojos en Maya e intercambió con ella una de esas significativas miradas femeninas que indicaban que algo importante se estaba cocinando.

—¿Y cómo sabe él que yo...?

—Porque yo se lo dije.

Contrariada, Kaori frunció el entrecejo. Notó de pronto que un incómodo nudo le comprimía la garganta e inhaló el aire con lentitud, hasta acabar con aquella sensación.

Estaba asombrada y asustada. Aquel era un acontecimiento demasiado importante. Si la fastidiaba ahora, sus planes de futuro podrían no levantar cabeza durante bastante tiempo.

Tragó saliva.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—Totalmente.

—¡Ay, no! —jadeó—. ¿No te das cuenta de lo importante que es ese trabajo?

—Por supuesto que me doy cuenta, y sé lo que supondría para tu negocio.

Kaori se mordió la lengua para no soltar un taco en voz alta.

—No quiero que pienses que no te lo agradezco, Rachel, porque no es así. Te agradezco muchísimo que quieras ayudarme, pero estoy acostumbrada a eventos más pequeños. Y esto —hizo una pausa para coger aire—. Esto es de todo menos pequeño.

—Y estoy segura de que lo harás mejor que nadie —aseguró la joven y eficiente secretaria, con más convicción de la que ella misma sentía.

—Agradezco tu confianza, pero ni siquiera han visto una muestra mi trabajo. Y para colmo no tengo ni idea de lo que les gusta. Tal vez el ikebana no sea el arte florar que están buscando. Quizás prefieran algo

más sencillo o convencional.

—Créeme, esos dos no tienen nada de convencional. Son más exclusivos que el motor del coche fantástico.

Pese a su nerviosismo, Kaori rió ante la ocurrencia de Rachel. Tenía que reconocer que el aspecto reservado de su amiga no concordaba en absoluto con su perspicaz sentido del humor.

Y esa era la menor de las sorpresas que Rachel escondía.

—Está bien —se resignó—. ¿Qué quieres que haga?

—En realidad, es el señor Tilman quien desea que vayas esta tarde al hotel *St. Regis* y eches un vistazo a su veinteava planta. Por lo visto es allí donde se celebrará el evento, y quiere que te hagas una idea de su tamaño.

Los labios de Kaori se comprimieron en un mohín y lanzó un silbido que hizo que Maya alzara la cabeza para mirarla por encima de la revista que había vuelto a desplegar ante sus ojos.

—¿El *St. Regis*? Tu jefe no se anda con chiquitas.

—Bueno, la verdad es que optó por ese sitio para complacer a su prometida, la señorita Fox. No te imaginas cómo es esa mujer.

—Déjame adivinarlo —murmuró Kaori, clavando la mirada en la despampanante rubia que acaparaba casi toda la portada de la revista—. ¿Fría, remilgada y rubia estirada?

—Me da la sensación de que ya la conoces.

—¿Bromeas?, he ido de compras con Maya. Así que a partir de ahora puedo decir que he recibido una clase acelerada de cotilleos.

—¿Maya? ¿Quién es Maya?

—La enfermera.

Al oír su nombre, los curiosos ojos verdes de Maya volvieron a clavarse en Kaori.

—Ah, ya recuerdo, la adicta al sexo —adivinó Rachel.

—Bueno, no sé si esa es la mejor forma de describirla. Será mejor que os conozcáis y juzgues por ti misma. Después de dos años, creo que ya

va siendo hora de que vengáis las dos a cenar a mi apartamento —opinó.

—Puede que tengas razón. Además, hoy sería el día perfecto. Acabo de terminar con la correspondencia de Tilman, así que tendré que salir un poco antes y pasarme por la oficina de correos. Eso me permitirá estar en tu casa, digamos... ¿a las nueve?

—¡Estupendo! —consideró Kaori, al tiempo que echaba otro vistazo a su inseparable reloj de pulsera—. Pero por el momento será mejor que me dé prisa y no llegue tarde. Te veo luego, ¿de acuerdo?

—Vale, pero no te olvides: hoy a las cinco en la veinteava planta.

Kaori colgó el auricular y dejó el teléfono sobre la mesa. Luego miró a Maya.

—No vas a creer lo que me ha sucedido.

—Déjame adivinarlo: has encontrado al hombre de tu vida y vas a largarte con él a una isla desierta, donde no pararéis de follar hasta morir deshidratados —bromeó su amiga.

—Frío, frío.

—Venga, no me hagas sufrir, sabes que soy demasiado ansiosa para los acertijos.

—Voy a trabajar para ese hombre. —Kaori posó la yema del dedo sobre la fotografía de la revista y esperó a ver la reacción de su amiga.

Maya pestañeó con incredulidad.

—¡No puedo creerlo! ¿¡Para Tilman!? ¿¡Para Víctor Tilman!?

—El mismo que viste y calza.

—¡Madre mía! ¡Serás...! —Maya abrió la boca y dejó caer la mandíbula—. ¡Creí que no lo conocías!

—Y así es —cerró un párpado y le hizo un guiño—, pero conozco a su secretaria.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Cuándo? ¿Antes o después de ver cómo devorabas las fotografías de ese hombre con la vista?—Kaori puso los ojos en blanco y desvió la mirada hacia el toldo.

Maya dejó caer las manos sobre los muslos.

—Estupendo. Por lo visto los astros se han confabulado en mi contra para impedir que disfrute de una apasionada noche de sudor y sexo con ese hombre. ¿Sabías que vive aquí en Manhattan? Podría toparme con él en cualquier momento.

—¿Dónde, en un McDonald's?

—¿Por qué no? A todo el mundo le gustan las hamburguesas.

—A mí no.

—Mira que eres aguafiestas, Kaori. ¿Es que tus óvulos no te piden a gritos a un maromo como ese?

—¿A un maromo estirado? Pues no, la verdad. Prefiero hombres más sensibles y atentos.

—¿Por ejemplo?

—Pues un Ben Affleck, ya que lo preguntas. Es sexi, sin necesidad de ir de duro por la vida.

—Vaya, hablas de él como si lo conocieras realmente.

—Lo imagino.

—Pues qué quieres que te diga...—Maya se encogió de hombros y deslizó sensualmente un dedo por la imagen impresa de Víctor Tilman—, los poetas están pasados de moda. Ahora todas queremos a un tío como este en nuestras vidas. ¡Lo que daría yo por estrujar esas apretadas nalgas con mis dos manos!

—¿Y qué te hace pensar que no las tiene fofas o flácidas, si no las has visto nunca?

—¿Bromeas? ¡Míralo bien! —Maya clavó repetidamente el dedo en la imagen—. Ese tío tiene el culo como una piedra. Si yo estuviera saliendo con un tipo con un trasero así, no le quitaría las manos de encima en todo el día.

—De acuerdo, su trasero mola —admitió Kaori, sin apenas mirar la fotografía—. Pero no olvides que ya tiene dueña: la rubia estirada de los caros caprichos.

—Te lo dije: esa tía no me gusta un pelo. Seguro que después de la boda se divorcia de él.

—Ya te gustaría —resopló Kaori.

—¿Por qué? ¿Vas a presentármelo?

Kaori no pudo evitar soltar una carcajada.

—Oye, ¿se puede saber qué es lo que has pedido? —Hizo un gesto, refiriéndose al café.

—Café con esperanza —se apresuró a responder Maya con un leve encogimiento de hombros.

—Vaya, pues podías haberlo pedido con leche, como todo el mundo.

—Ya, pero la esperanza es más barata. —Maya desvió la mirada hacia el atractivo chico que se encontraba sentado a dos mesas de distancia, y bajó la voz para murmurarle—: Mira ese tío, por ejemplo. Tengo la esperanza de que cuando se levante tropiece y caiga cerca de mis piernas. Probablemente después de eso necesite a una buena enfermera que lo cuide. Y no se me ocurre una mejor que la de las piernas suaves e infinitas.

—Enfundadas en unos tejanos —le recordó Kaori en voz baja, inclinándose sobre la mesa.

—¡Porque todavía no me he depilado! —Maya alzó una ceja y sonrió con picardía—. Pero espera a que acuda a mi centro de belleza esta semana y verás lo que cambia la historia.

Kaori no pudo contener una carcajada.

—¿Te das cuenta de que estás absolutamente chiflada? —le preguntó a Maya.

—Por supuesto. En un mundo ideal todo el mundo debería estarlo un poco, ¿no te parece?

—No tengo la menor idea. —Kaori chasqueó la lengua contra el paladar.

—Tú, siempre tan sensata. Francamente, dudo que jamás te ocurra nada emocionante.

—Nadie ha dicho que lo desee.

—Pues no creas que voy a rendirme fácilmente; tarde o temprano encontraré algo loco y excitante a lo que no puedas negarte.

—Loco y excitante, ¿cómo qué?

—Pues, por ejemplo, un hombre de esos que te quitan el sentido.

—Sexo, sexo, sexo...

—¿Y qué tiene de malo?

—Pues que no puedes basarlo todo en eso. Una relación es mucho más.

—Es un buen punto de vista si lo que quieres es que te rompan el corazón.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Pues que sería estupendo que te dejaras llevar por tus hormonas alguna vez. Ya sabes, sin prejuicios.

Kaori, que hasta entonces había permanecido ajena a lo tarde que era, miró el reloj y se apresuró a ocultar el móvil dentro del bolso.

—Será mejor que me vaya.

—¿Te veo luego?

—Sí... ¡No! ¡Mejor no! —rectificó ella rápidamente— A las cinco he quedado en el *St. Regis* con Rachel. Pero si esta noche te apetece pizza...

—Me apetecería más tener a un machomen que me diese tres buenas razones para olvidarme del peperoni. —Maya soltó un prolongado suspiro mientras sacaba un cigarrillo de su paquete de tabaco. Luego continuó diciendo—: Pero como creo que por el momento eso no va a suceder, me conformaré con esa pizza.

Kaori volvió a chasquear la lengua contra el paladar.

—Deberías hablar con Dilan.

Como respuesta, Maya le regaló una sonrisa forzada, se situó el cigarrillo entre los labios y, tras encenderlo, los frunció para lanzar una

fina bocanada de humo.

Comprendiendo que su amiga no tenía la más mínima intención de hablar sobre el tema, Kaori decidió darse por vencida.

—Está bien. ¡Lo capto! Nos vemos esta noche en mi apartamento.

Se dio media vuelta y se despidió de ella con un gesto de la mano, sumergiéndose después en medio de un caos de coches y taxis amarillos, mientras se cubría la cabeza con el bolso para evitar mojarse.

El hombre del organillo sonrió al oír el tintineo de una moneda dentro de su sombrero.



# Dalia rosa

Ten piedad de mí

Tilman Company purchases, 16:00 horas

—¿Que has hecho qué?

Víctor apartó dos centímetros el auricular de su oído y arrugó el ceño, contrayendo al mismo tiempo los músculos de la mandíbula. Ariana no era un portento de los deportes acuáticos; ni siquiera le gustaban. Pero era sorprendente la cantidad de palabras por segundo que podía soltar sin detenerse para tomar aire.

Echó un vistazo al retrato de su prometida, que parecía vigilarlo desde la mesa, y se obligó a mantener la calma mientras pasaba repetidamente la yema del dedo índice sobre su ceja izquierda, describiendo su arco con nerviosismo.

—¿Quieres serenarte, Ariana? —Tilman hizo una breve pausa y luego le recordó—. Creí entenderte bien cuando dijiste que querías flores en ese salón.

Al otro lado de la línea, él la oyó suspirar.

—Y las quiero, cariño. Pero no tengo ni idea de qué es eso del ibabanana, o takiyama, o... ¡Ooooh, cielos! ¿Lo ves? Ni siquiera sé cómo se pronuncia esa maldita palabra. ¿Cómo demonios quieres que sepa si me gusta o no?

—Ikebana, cariño, Ikebana...

—Me da lo mismo el nombre que tenga. ¡Quiero una muestra del trabajo antes de que llegue el día de la boda! —sollozó—. ¿Te imaginas el desastre que supondrá si al final no nos gusta? ¡Me niego a esperar al día más importante de mi vida para averiguarlo!

—Entonces, te sugiero que te acerques al hotel hoy a las cinco y...

—¡Ni hablar! —lo interrumpió bruscamente—. A esa hora tengo cita con mi peluquero. Compréndelo, cariño, Poppy se pondría hecho una fiera si no me presento. No te imaginas el carácter que tiene ese hombre.

—De acuerdo, ¿y qué propones?

—Tú tienes algo de tiempo libre, querido —sugirió ella con voz acaramelada.

—Tiempo libre —repitió él, echando un vistazo a la pila de papeles que lo acechaba sobre la mesa. Sabía que si no se ponía pronto con ellos, al día siguiente aquella torre sería aún más alta. Contuvo el deseo de darle una negativa e inhaló una profunda bocanada de aire.

—De acuerdo —se rindió finalmente. Se hundió en el respaldo de la butaca y arrojó la pluma estilográfica sobre el montón de documentos que tenía ante sí—. Aunque puedes estar segura de que solo lo hago por complacerte. Sabes perfectamente que entiendo un comino de flores y cursiladas por el estilo.

—Lo harás estupendamente, confía en mí.

Tilman soltó el aire y estiró los brazos por encima de la cabeza, rotando los hombros sobre sí mismos en un vano intento de acabar con la tensión que agarrotaba los músculos de su espalda.

—En lo que no confío, Ariana, es en mi buen criterio. Tú mejor que nadie sabes qué se me da bien, y no creo que lo que me pides sea una de mis virtudes.

—No te preocupes, cielo, mi amiga Greta estará allí para echarte una mano.

—Menuda sorpresa —murmuró él, sin una pizca de entusiasmo.

Sí había una persona en el mundo que querría evitar a toda costa, esa era la pirada de Greta. Aunque claro, a juzgar por el modo en que se habían desarrollado los últimos días, era de esperar que todo se fuera hacer puñetas de nuevo.

Ahogó un suspiro.

Sin duda era un hombre con suerte, pensó, apretando la mandíbula.

—¿Por qué no se lo pides a ella? —se le ocurrió de pronto—. Estoy

seguro de que tu amiga lo hará encantada.

—¡No puedo creer que digas eso! Es nuestra boda, no la de Greta. No creo que pedirte que hagas esto por mí sea demasiado. Más, después de lo que me estoy esforzado por lograr que todo sea perfecto. Si no lo haces, acabaré creyendo que no te importo nada.

—Pues claro que me importas, cielo —le dijo él, tratando de acabar con la tensión que se palpaba al otro lado de la línea—. Es solo que pienso que Greta sería de más ayuda que yo. No olvides que es una excelente diseñadora de interiores. Tú misma lo has mencionado en más de una ocasión.

—Sé que lo dije. Pero de ningún modo será Greta quien decida sobre algo tan especial. Además, no deseo que llene ese salón de jarrones de cristal y rosas. Y eso es precisamente lo que sucederá si tú no estás allí para impedirselo. Ten presente que quiero algo nuevo, fresco y vanguardista. Nada de bouquets o pijadas por el estilo. Espero que se lo dejes bien claro.

—Está bien —suspiró él, comprendiendo que Ariana no iba a dar su brazo a torcer—, iré al hotel y echaré un vistazo a esas flores. Aunque no puedo prometerte que Greta y yo lleguemos a un entendimiento. De eso tendrás que encargarte tú.

Al otro lado de la línea, Víctor oyó los dos besos de Ariana; dos empalagosos *chuipts-chuipts* que, por alguna extraña razón, consiguieron erizarle el pelo tras la nuca.

Alzó una ceja y tras despedirse colgó el auricular.

Durante un minuto permaneció inmóvil, mirando fijamente el teléfono y deliberando sobre la complejidad de las mujeres. A todas luces, eran una especie que escapaba a su comprensión; siempre utilizando esos besos que no alcanzaban a rozar las mejillas, o enviándolos por teléfono, cuando era evidente que el interlocutor no los recibiría.

¿Por qué demonios no venían las mujeres con un manual de instrucciones? Un tomo bien grueso donde se detallaran los continuos cambios de humor a los que parecían estar suscritas, y el porqué de esos repelentes e inútiles *chuipts-chuipts*. Eso, con seguridad, le evitaría más de un dolor de cabeza.

Bueno, se lo ahorraría a él y a la mitad de la población masculina del mundo. Al menos sabrían lo qué hacer y decir en todo momento, sin que a continuación estallase la tercera guerra mundial.

Víctor se levantó y lidió con su mal humor mientras se ponía la chaqueta. Desvió la vista hacia el reloj digital que descansaba sobre la mesa y advirtió que disponía de cuarenta minutos para llegar al St. Regis.

Un tiempo más bien escaso, si se tenía en cuenta que el tráfico en Manhattan a esa hora era un verdadero caos. Probablemente se daría más prisa si se desplazaba hasta allí caminando.

Se enojó solo de pensarlo.

«En fin, me vendrá bien dejar a un lado el estrés y sentir un poco de sol en la cara», susurró para sus adentros y salió del despacho.

Rachel apartó los ojos de la pantalla de su ordenador y los clavó en su jefe.

—¿Va a salir, señor Tilman?

—Me temo que sí —le respondió él, exhalando un brusco suspiro que ponía de manifiesto su disgusto—. Si alguien pregunta por mí, dígame que estaré ausente durante un par de horas. Mi prometida, la señorita Fox, insiste en que me asegure personalmente de que el trabajo de la persona que usted me recomendó se ajusta a lo que esperamos.

—Lo siento, señor Tilman, pero pensé que quería que lo comprobase yo misma. ¿Acaso hay algún problema con Kaori?

—¿Kaori?

—Kaori Sato, la chica de las flores.

—Ah —Él alzó ambas cejas—. No, ninguno. Pero debería usted decirle que deseo ver una muestra de su trabajo esta misma tarde.

—Enseguida, Señor —se apresuró a decir la secretaria al tiempo que levantaba el auricular.

Rachel aguardó hasta que Tilman desapareció por la puerta para marcar el número de su amiga. Cuando oyó su voz, al otro lado de la línea, suspiró aliviada.

—¿Sí?

—Hola cielo. Espero que no estés demasiado ocupada, porque siento decirte que el señor Tilman quiere ver una muestra de tu trabajo.

—Bueno, no tienes de qué preocuparte, iré a su despacho esta misma semana para mostrarle...

—Creo que eso no va a ser posible, Tilman va hacia el hotel en este mismo momento.

—¿Qué significa eso de que va hacia el hotel?

—Justo lo que has oído. Por lo visto su prometida, la señorita Fox, tan encantadora como siempre, ha insistido en que sea él, en persona, quien juzgue tu trabajo antes de la boda. Él mismo me lo ha dicho.

—Está bien —Kaori trató de que su cabeza dejara de funcionar a toda velocidad—. Gracias por avisar, Rachel. Te veo esta noche en mi apartamento y te cuento que tal ha ido todo.

Kaori colgó el auricular y se concedió un momento para pensar. Disponía de poco tiempo, pero por fortuna todavía no era demasiado tarde para llamar a la floristería de Nina, y pedirle que enviase una docena de orquídeas y un par de vasijas decorativas al St. Regis.

Entretanto, podría pasar un momento por su apartamento y recoger su kimono. Nunca trabajaba sin él. Con el tiempo se había convertido en una costumbre; una parte de su pequeña y particular ceremonia. Crear bellos arreglos florales, vestida con las ropas tradicionales, era elevar el ikebana a un arte más allá de la belleza. Eran la armonía de los movimientos, de los colores y la tradición, unidos al respeto por las costumbres y los ancestros. Lo había aprendido de su madre, quien a su vez lo aprendió de la suya, y así había sido desde tiempos inmemoriales.

Sin perder un segundo marcó el número de la floristería, encargó a su joven propietaria media docena de orquídeas blancas, y enumeró una larga lista con todo lo que consideró necesario para impresionar al señor Tilman.

Diez minutos más tarde, después de pasar por su apartamento, detuvo el coche junto a una boca de incendios y corrió hacia una de las casas de

té más famosas de la sexta avenida, donde compró un par de varillas de incienso.

Debió de transcurrir algo menos de diez minutos antes de que regresara al coche cargada con un par de bolsas de papel. Se sentó frente al volante y justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, cayó en la cuenta de que había un papelito atrapado debajo del limpia parabrisas.

—¡Maldita sea!—masculló, sacando medio cuerpo fuera del vehículo para agarrar la multa y echarle un vistazo—. ¿Veinte dólares? —Por un momento tuvo ganas de arrojarla por la ventanilla, pero era demasiado cobarde para hacerlo, así que la metió de mala gana en la guantera y se dirigió al hotel.



# Gladiolo

## Provocación-Me estás desafiando

A las cinco menos diez, Víctor Tilman atravesó las puertas giratorias del St. Regis, cruzó el impresionante vestíbulo revestido de mármol y se detuvo bajo el cielo raso que decoraba el techo de la elegante recepción, donde pulsó el timbre que se encontraba sobre el mostrador hasta que finalmente apareció una joven vestida con un sencillo traje de dos piezas.

—¿El señor Víctor Tilman? —La muchacha lo recibió con una radiante sonrisa.

Él ni siquiera se sorprendió de que la mujer lo reconociera. No, después de que su imagen hubiera aparecido en todas las portadas de las revistas sensacionalistas del país, que lo habían tildado de “*frío hombre de negocios a punto de casarse con rica heredera*”.

Víctor observó que la joven extraía algo de debajo del mostrador.

—La señorita Greta pasó por aquí hace unos minutos y dejó esto para usted —explicó la chica, entregándole un pequeño sobre.

Él lo abrió rápidamente y leyó la tarjeta que encontró en su interior. Lo primero que hizo fue pensar que Greta se retrasaría, pero tras leer la nota una sonrisa le curvó ligeramente la comisura de los labios.

Por primera vez el destino jugaba a su favor, pensó, estrujando el papel en el interior de su puño hasta transformarlo en una arrugada pelota. Dado que tenía un interés personal por evitar a esa mala pécora, podía considerarse afortunado de que Greta hubiese tropezado ese día con un antiguo compañero de la facultad, y que ambos hubieran decidido pasar la tarde juntos. Al menos eso explicaba la nota. Un mensaje que concluía con unas oportunas palabras de disculpa —breves,

muy breves— y un pequeño corazón dibujado junto al membrete del hotel.

Una inutilidad tan grande como los dos célebres *chuips-chuips*.

En fin, era consciente de que Ariana se cabrearía de lo lindo cuando se enterase, pero después de todo, ya iba siendo hora de que algo bueno le ocurriese ese día. Y el no tener que soportar el parloteo sin sentido de Greta, o sus estúpidos consejos de cómo mantener la llama de la pasión viva en la pareja, sin duda lo era. Mayormente porque, en relaciones, esa mujer tenía la misma experiencia que una mantis religiosa: devorar, devorar y devorar; no le había visto hacer otra cosa desde que la conocía.

—¿Ha llegado ya la señorita Sato?

La sonrisa de la recepcionista se ensanchó aún más.

—Hace ya rato que se encuentra en el Regis Roof.

Víctor echó un rápido vistazo a su Rolex de pulsera y levantó una ceja con un gesto de aprobación.

—Me gusta la puntualidad.

—¡Oh! ¡Espere un momento! —recordó de pronto la chica, situando sobre el mostrador una pomposa caja blanca envuelta con un brillante lazo rojo—. Si no le importa, señor Tilman, pensaba pedir al botones que subiera esto a la señorita Sato, pero dado que usted va hacia allí ahora...

Víctor agarró la caja y la situó debajo del brazo.

—No se preocupe, yo mismo se la entregaré.

—Una joven encantadora, ¿no cree?

—A parte de que no creo que esa sea una cualidad a destacar en ningún ser humano, no tengo la menor idea —respondió él secamente, antes de darse la vuelta y encaminarse hacia el ascensor más cercano.

Víctor entró en elevador y pulsó con disgusto el botón de la veinteava planta, preguntándose cuánto tiempo se tardaría en echar un vistazo a un par de flores sumergidas en el agua de un jarrón. Esperaba que no mucho, pensó un segundo más tarde, aflojándose el nudo de la corbata

mientras soltaba el aliento con cansancio.

Se miró en el espejo azulado que revestía las paredes y estudió con detenimiento su propia imagen.

Víctor frunció el ceño al caer en la cuenta de las ojeras que comenzaban a oscurecer sus párpados inferiores. Empezaban a revelar la falta de horas de sueño. Tenía el gesto cansado y el semblante algo desmejorado. Incluso le dolía el hueso de la mandíbula de tanto apretar los dientes. Era obvio que si continuaba llevando ese ritmo, su impecable imagen de hombre de negocios corría el riesgo de irse a hacer puñetas antes de que finalizara el mes.

Por primera vez en mucho tiempo, tuvo la sensación de estar cometiendo un terrible error. No podía quitarse la idea de la cabeza. Era una certeza: ya no había vuelta atrás. Ese pensamiento le corroía las entrañas cuando no estaba sumergido entre documentos. Lo agobiaba hasta lo disparatado. Y lo peor era que odiaba sentirse así, como si se precipitase al vacío por voluntad propia. Sin embargo, no sabía qué hacer para evitarlo. Al fin y al cabo, era ya demasiado tarde para dar marcha atrás.

Víctor cerró los ojos y apoyó la frente contra el cristal, tratando de recuperar la calma.

No podía dar oídos a su corazón, sino a su cerebro; él nunca le había fallado. A lo largo de los años siempre le había indicado qué hacer, qué decir o dónde invertir. Ahora no iba a permitirse el lujo de dejar que la situación escapase a su control.

Víctor se rió de sí mismo, apartando un momento la mirada del espejo.

¿Qué demonios le ocurría?, se preguntó. ¿En qué momento había perdido un tornillo? No iba a derrumbarse a esas alturas, cuando las cosas comenzaban a irle viento en popa.

Definitivamente, eso no era una opción.

Para empezar, lo que debía hacer era relajarse y dejar de plantearse qué demonios estaba haciendo con su vida. Tal vez debería tomarse aquello como un reto. Eso era todo. No era la primera vez que plantaba cara a un desafío, ¿por qué iba a preocuparle uno más?

Decididamente, necesitaba una buena dosis de paciencia, escuchar a *Queen* un par de horas y tomar una copa de un buen vino tinto. Posiblemente, después de eso, se sentiría mucho mejor, se dijo, girando el cuello a los lados para tratar de relajar los músculos de sus omóplatos.

Además, era bastante probable que la boda fuese historia incluso antes de que él o Ariana pudieran darse cuenta. Entonces recuperarían la normalidad; él podría regresar al trabajo y su prometida podría continuar viajando por las capitales del mundo y asistir a los desfiles de moda que tanto le interesaban. Una rutina que en esos momentos comenzaba a echar terriblemente en falta, pero que tarde o temprano retomarían.

El ascensor continuó subiendo hasta que se iluminó el indicador de la planta número veinte. En ese instante, cuando el timbre le indicó que había llegado a su destino, Víctor se abrochó el botón de la chaqueta y se esforzó en recuperar la compostura.

Apenas hubo abandonado la privacidad de la cabina, comenzó a oír el murmullo de la música. Flotaba en el corredor, inundando el aire con el amortiguado sonido de un instrumento de cuerda que era incapaz de reconocer. Inspiró el pesado aroma a lavanda que las trabajadoras de la limpieza propagaban cada mañana por las habitaciones del hotel, y avanzó a través del largo pasillo de paredes tapizadas en color frambuesa.

Al girar la esquina advirtió que la melodía provenía del salón. Y, dado que sus pesadas puertas de color negro se encontraban completamente abiertas, decidió entrar sin llamar. Una vez dentro, recorrió la estancia con la mirada. Todas las puertas de la terraza estaban abiertas. La brisa, deliciosamente fresca, le agitó los cabellos. Víctor tuvo la sensación de que el lugar tenía el encanto de tiempos pasados. Se trataba de un sitio amplio y lleno de luz; más luz y más amplio de lo que había imaginado. Entonces recordó las fotografías que había visto en la web del hotel, y que no le hacían la menor justicia.

Había tardado dos semanas enteras en dar con el lugar perfecto, pero finalmente lo había logrado.

Víctor miró satisfecho las altas cristalerías por las que se filtraba una agradable corriente de aire que culebreaba entre las cortinas,

meciéndolas suavemente.

Hinchó el pecho con una inspiración y retuvo el aire en los pulmones durante dos segundos.

Aún contenía la respiración cuando se fijó en el reproductor de música que descansaba sobre una de las mesas, junto a un bonito centro de flores compuesto por tres larguísimos gladiolos, una trenza verde y algo parecido a la raíz de algún árbol.

Víctor se preguntó si se habría equivocado de planta. Sin embargo, estaba seguro de haber pulsado correctamente el número veinte, así que esperó medio minuto junto a la puerta, solo para comprobar que el lugar estaba realmente desierto. Miró alrededor y, en el momento que estaba a punto de darse media vuelta y largarse por donde había venido, reparó en la figura del pequeño gato dorado que balanceaba una de sus zarpas de arriba abajo.

Víctor inspiró profundamente, impaciente por regresar a su despacho, y apoyó la caja junto al marco de la puerta. Luego avanzó entre la caótica distribución de las mesas que inundaban la sala. Apartó un par de sillas a un lado y se detuvo ante la figura dorada.

Sus cejas se arquearon ligeramente.

Aquel pobre felino parecía condenado a mover aquella pata hasta que alguien decidiera detenerla. Por alguna razón, un sentimiento de impotencia y nulidad se ancló en su pecho. Sintió cierta extraña afinidad con el gato; ambos estaban obligados a continuar hacia delante pasara lo que pasara. Agarró la zarpa y detuvo el resorte que la mantenía en movimiento, notando al mismo tiempo que algo en su interior se relajaba.

—¿Tiene algo en contra del *Maneki-neko*?

Intuyendo que se trataba de la chica de las flores, Víctor levantó la cabeza y entornó los parpados para mirar hacia la mujer que se encontraba de pie ante la terraza, obstaculizando el libre paso de la luz del atardecer. Antes de que pudiese decir nada, ella se movió, se apartó de la vidriera y avanzó por la estancia, revelándole al fin la totalidad de su aspecto.

Aunque era difícil sorprenderlo, si un elefante verde con topos

naranjas hubiera irrumpido en el salón en ese preciso instante, no se habría quedado más alucinado.

La mirada de Víctor danzó por el confuso laberinto de diseños que ilustraban el vistoso kimono de la muchacha. Parpadeó dos veces, con el propósito de disimular su asombro, y cruzó los brazos despacio sobre el pecho.

Dejando aparte la cuestión de que en Manhattan la gente hacía toda clase de rarezas, cuando requirió los servicios de una florista, no se le ocurrió pensar en ningún momento que alguien le enviaría a una muñeca vestida de geisha.

—¿Cómo...? —Vaciló él un momento, señalando la figura del gato—. ¿Cómo lo ha llamado?

—¿Al gato? —preguntó Kaori desde el otro extremo del salón, agarrando la caja que él había dejado junto a la puerta.

Tilman arrugó el entrecejo sin llegar a decidir si la figura rechoncha y dorada era realmente un minino.

—Bueno, eso es lo que parece.

—*Maneki-neko* —sonrió ella mientras situaba la caja sobre la mesa. Alzó la vista hacia él, pero volvió a bajarla rápidamente al advertir el interés que brillaba en la mirada del hombre. Sin saber dónde clavar los ojos, Kaori optó por plantarlos en la caja de cartón. La abrió con nerviosismo y luego deslizó una mano tras la nuca para acomodarse el cabello sobre el hombro izquierdo.

Aquel gesto le permitió a Víctor contemplar con claridad su tupida cabellera. Era brillante y negra como una noche sin luna. Probablemente sedosa. Aunque eso último no podía asegurarlo sin primero tocarla.

Tilman notó cierto erótico placer al imaginarse a sí mismo hundiendo los dedos en aquella suave mata de pelo. Era una mujer joven, exótica y sensual, a pesar de que en ese momento su lenguaje corporal no estuviera enviándole ningún mensaje en particular.

En realidad, parecía tensa.

El breve momento de éxtasis de Víctor se evaporó cuando ella alzó los brazos y envolvió sus cabellos en torno a un palillo de madera, que

sujetó después en la nuca con un rápido movimiento de muñeca. En ese momento él cayó en la cuenta de que la estaba observando con demasiado interés. Así que se obligó a apartar la mirada y centrar su atención en las flores, aunque no pudo evitar comenzar a devanarse los sesos en busca de algo inteligente que decir.

Sin embargo, permaneció un buen rato más en silencio, tan alucinado como un niño al descubrir por primera vez el chocolate. No recordaba haberse quedado en blanco ante una mujer desde que rebasó la pubertad. Y eso, francamente, había sucedido hacía demasiado tiempo.

Demasiado para recordarlo, y demasiado para no sentirse como un gilipollas.

A sus treinta y un años creía haberlo visto todo: rubias de sonrisa fácil, pelirrojas despampanantes y morenas de provocativas curvas. Sin embargo, aquella mujer tenía algo distinto. No sabría si describirlo como algo especial, porque no la conocía tanto como para hacer una evaluación tan profunda, pero desde luego sí que era diferente. Al contrario que las docenas de «*Barbies*» de piernas kilométricas con las que se le había relacionado en el pasado, aquella joven era pequeña. Posiblemente ni siquiera superaba el metro sesenta y dos o sesentaitrés de estatura. Tenía un precioso rostro ovalado, un cutis perfecto y unos dulces ojos rasgados, tan oscuros como sus cabellos.

Aquellos misteriosos ojos eran lo único grande en su semblante, ya que su nariz y boca eran pequeñas, aunque sus labios en forma de corazón se mostraban rojos como cerezas maduras.

—Señorita Sato —Tilman extendió una mano hacia ella—. Soy Víctor Tilman.

—Lo sé —respondió ella estrechándosela.

—Supongo que la señorita Simmons la habrá puesto al corriente de todo.

—Por supuesto. Y si me concede unos cinco minutos más, tendré lista una pequeña muestra.

Víctor asintió e hizo un gesto para que continuase con el trabajo. Dio un paso atrás y se sentó en el borde de una mesa, contemplando maravillado la rapidez con la que la muchacha cortaba los tallos. La

navaja, en sus manos, parecía volar.

A él le pareció increíble que esa mujer pudiera moverse con tanta soltura. Principalmente, porque aquella extravagante indumentaria no parecía ponérselo nada fácil. De hecho, estaba seguro de que, ni de lejos, era la ropa más cómoda del mundo. Aunque tenía que admitir que le deleitaba contemplarla; le producía la vaga sensación de hallarse en otro lugar y época. El kimono le concedía un aire delicado, se ajustaba a sus pechos que, como todo lo demás, no eran demasiado grandes, y destacaba la estrechez de su cintura.

«Tranquilízate», se aconsejó mentalmente Kaori. Tenía que esforzarse en no perder los nervios y concentrarse en el trabajo que tenía entre manos. Sabía que era de vital importancia si no quería meter la pata y que todo se fuese al traste. Y aunque para ser sincera, podía imaginarse lo que Tilman estaba pensando al verla vestida con aquel kimono, sentir los profundos ojos de ese hombre clavados en ella no contribuía a que se sintiese mejor.

Tragó saliva y derramó un poco de agua en un recipiente, procurando controlar el ligero temblor de sus dedos. La sonrisa titiló en sus ojos y suspiró aliviada cuando por fin dejó la jarrita a un lado. Sin que él lo advirtiese, Kaori cerró y abrió un par de veces su puño dentro de la manga del kimono. Si bien todavía tenía los dedos entumecidos cuando sacó las hojas de helecho, las agitó en el aire para ahuecarlas y a continuación cruzó el salón para situarlas junto al resto de las flores que se encontraban junto a las puertas acristaladas.

Cuando la muchacha pasó por su lado, los cinco sentidos de Víctor Tilman se vieron inundados por el suave perfume que desprendían sus cabellos. Lo que lo llevó a despegar los labios e inhalar una bocanada de aire para atrapar en los pulmones aquel especiado aroma.

Olía extraordinariamente bien, a canela, limón y tomillo. Un aroma sutil y ligero que impregnó sus papilas gustativas, empapándolas de un gustillo dulce que era una invitación para los sentidos, casi comestible. Quizá por eso su paladar deseó degustarla; catar su sabor, aunque solo fuera un instante. ¿Acaso era una locura aspirar a sumergir la nariz en aquellos oscuros cabellos e inspirar su fragancia?

¡Por supuesto que lo era!, se dijo un segundo después, era la idea más

estúpida y absurda que había tenido en toda su vida.

Víctor sintió unas inmensas ganas de reírse de sí mismo al verse allí de pie, sin poder apartar los ojos de una mujer que ni siquiera conocía mientras imaginaba cosas que no eran ni remotamente posibles.

Podía imaginarse la cara de gilipollas que se le había puesto al verla con ese kimono celeste, repleto de florecillas violetas y aves del paraíso. Seguro que, en ese instante, su inteligencia no había aparentado hallarse en su mejor momento. Pero, ¿quién en su sano juicio no se sorprendería al ver a una joven vestida de ese modo en pleno siglo veintiuno?

Definitivamente, podía ser la mujer más exótica y carismática que había visto nunca, aunque desgraciadamente también era bastante probable que le faltase un tornillo.

Sin embargo, aquella cuestión dejó de tener importancia un segundo más tarde, cuando la vio abrir su pequeña boca y atrapar el tallo de una flor con aquellos fascinantes labios.

Inesperadamente, todos los sentidos de Víctor se pusieron en alerta. Notó lo acelerado que tenía el pulso y la frente comenzó a perlársele en sudor. Frunció el ceño, sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y tras pasárselo por el rostro miró hacia arriba, simulando comprobar que el aire acondicionado estuviese funcionando.

Todavía con la flor entre los labios, Kaori le lanzó una mirada. Lo que hizo que él bajase el rostro para devolvérsela. Lo que a su vez consiguió que ambos desviasen al mismo tiempo la vista hacia otro lado.

Víctor se sintió agradecido de que nadie le estuviese viendo en ese preciso momento. Lo cierto era que todavía no podía entender qué demonios le estaba ocurriendo. Se estaba comportando como un adolescente al imaginar la presión de aquella boca alrededor de cierto lugar de su propia anatomía. Lo cual no era bueno para su cuerpo, recapacitó al notar un agudo e inesperado dolor en la entrepierna.

Por el amor de Dios, Víctor, ¿qué crees que estás haciendo?, se preguntó a sí mismo, esperando que la chaqueta de corte italiano que había adquirido aquella misma semana en Madison Avenue, ocultase la incontrolable respuesta de su cuerpo.

Se dio la vuelta, un poco avergonzado de su propia reacción, y

comenzó a pasear entre las mesas mientras aparentaba calcular las posibilidades del sitio. Cuando se sintió capaz de hacerlo, se detuvo y la miró de nuevo.

La joven se encontraba de espaldas a él, situación que le arrancó un suspiro de alivio. Hacía años que no se había excitado de una manera tan brutal ante una mujer. Ni siquiera podía creer que le estuviera pasando algo así, pero lo cierto era que se sentía absolutamente fascinado por aquella joven. De alguna manera, tomar consciencia de lo pequeña y vulnerable que parecía le hacía sentir la absurda necesidad de arroparla entre los brazos. Con lo cual, cuando saliese de allí, tendría un par de preguntas que hacerse a sí mismo. Como por ejemplo: qué cojones tenía en la cabeza para imaginar algo tan estúpido.

Víctor tragó saliva y la observó rodear la mesa muy despacio. Cuando la joven llegó al lugar desde donde el gato dorado parecía estar observándoles, empujó suavemente su zarpa.

Cuando comenzó a balancearse de nuevo, le dijo:

—Así está mucho mejor. —Al mirar a Tilman y deducir que no lo entendía, le explicó—. *Maneki-neko* es el gato de la suerte.

Luego, lentamente, volvió a situarse ante el sencillo centro floral, donde unas orquídeas se hallaban enhebradas a un ensortijado fragmento de madera.

—¿Le gusta? —le preguntó a Víctor.

—Bueno, aún no lo he decidido. No suelo tener un concepto muy definido sobre los gatos dorados que saludan con una zarpa.

Ella no pudo evitar reír.

—Me refería a las flores, señor Tilman.

Durante un segundo, él pareció desconcertado.

—Ah...—logró responder—. Sí, es muy bonito. Aunque, ¿de verdad es necesario lo del gato?

—*Maneki-neko* —volvió a repetir Kaori, con los ojos puestos en las hojas de helecho que con sumo cuidado iba clavando en una pesada pieza de acero repleta de afiladas puntas—. Y no saluda, como todo el mundo piensa. Lo que hace es llamar a la suerte. Algo muy apropiado

ahora que va usted a casarse, ¿no cree?

—Eso parece...—murmuró él, agarrando uno de aquellos objetos punzantes.

—Un *Kenzan*.

—¿Perdón?

—El objetó que tiene usted en la mano; es un *Kenzan*. Sirve para sujetar las flores.

—Muy interesante —respondió él con una notable falta de interés, dejándolo de nuevo sobre la mesa.

Kaori apartó los ojos de los helechos y lo miró por encima de las flores, percatándose de que él continuaba observando las herramientas que media hora antes ella había dispuesto sobre la mesa de una forma ordenada.

Odiaba tener que admitirlo, pero no podía hacer otra cosa que darle la razón a Maya: Víctor Tilman estaba como un tren.

Y no solo porque era un hombre atractivo, alto y de anchos hombros, sino porque todo en él irradiaba masculinidad. Poseía un perfil de nariz recta, una mandíbula fuerte y un pequeño hoyuelo en mitad del mentón que le confería cierto aire de suficiencia. Una particularidad que aquella misma mañana ella había criticado, pero que en ese momento comenzaba a resultarle bastante interesante.

Sin embargo, lo que más le gustaba de él eran sus fascinantes ojos azules. Era probable que la gente pensara que aquella mirada era un poco hostil, pero no ella. A ella aquel color frío y celeste le resultaba perfecto.

Aquel pensamiento le hizo exhalar un suspiro. No tenía sentido perder el tiempo especulando en lo sexi que ese hombre le parecía. Tenía que centrarse en lo realmente importante: las flores; y dejarse de tonterías.

Kaori cambió de objetivo y dirigió su atención hacia el gato.

—Mientras mueva la zarpa la suerte estará de su parte —le dijo.

—Una encantadora opinión, pero me parece que debe ser un poco triste estar condenado a algo durante toda tu existencia —disertó él.

—Puede, pero supongo que esa es su función. Todos tenemos una en esta vida. La mía es aportar un poco de belleza. —Kaori frunció el ceño antes de añadir—: ¿Y la suya?

—Supongo que ser un poco más rico cada día.

Kaori se encogió ligeramente de hombros y suspiro.

—No es un gran cometido, que digamos.

—¿Por qué no?

—Pues porque no hace feliz a todo el mundo al mismo tiempo. —Frunció los labios y sopló—. Cuando usted gana un dólar, alguien en algún lugar del mundo lo pierde. ¿No es así cómo funcionan los negocios?

—Es una buena forma de verlo —dijo señalando la figura con un gesto de la cabeza—. Pero de momento no he necesitado la ayuda de ningún gato bañado en oro para alcanzar mis objetivos.

Ella enarcó una ceja.

—*Maneki-neko* no es un gato cualquiera. Cuando era pequeña, mi padre solía contarme una historia. Era la leyenda de un hombre rico que un día se vio sorprendido por una terrible tormenta. Sin saber dónde ir, se resguardó bajo la copa de un enorme árbol que crecía cerca de un templo. Entonces vio a un gato que le hacía señales para que se acercara y, movido por la curiosidad, el hombre abandonó la seguridad del árbol y caminó hacia el animal. En aquel momento, un gran rayo cayó sobre el árbol y lo hizo añicos. Después de aquello entregó parte de su fortuna al protector del gato, que no era otro que el monje que moraba en el templo. Desde entonces se dice que *Maneki-neko* trae la suerte a quien lo posee.

—¿No me dirá que se cree esa historia? —resopló—. Es imposible que un gato haga eso.

—Ciento veintisiete millones de japoneses estarían en desacuerdo con usted.

Él alzó ambas cejas.

—¿Y usted?

—Digamos que no tengo nada en contra de los gatos dorados que saludan con una mano. Por el momento no he visto ninguno, así que no puedo opinar —respondió Kaori, echó un vistazo hacia la mesa que se encontraba junto a él y sonrió—. ¿Puede pasarme esas tijeras?

Víctor se la quedó mirando sin mover los pies del sitio, completamente cautivado por aquella sonrisa sin artificios y en absoluto forzada. No tenía nada que ver con las sonrisas de dientes apretados a las que estaba acostumbrado; nada que ver con los guiños estudiados.

Kaori apartó un momento los ojos de las flores y lo miró con preocupación.

—¿Señor Tilman?

La voz suave de ella inundó los oídos de Víctor. Parpadeó, haciendo que sus neuronas comenzaran a funcionar de nuevo, y ordenó a sus piernas que se movieran. Se volvió y miró a su derecha, hacia las pequeñas tijeras que descansaban sobre una mesa.

«Deja de comportarte como un adolescente», se sermoneó a sí mismo.

Tenía que relajarse y dejar de mirarla como un mamífero en celo. Los confusos días en los que predominaban las juergas y las mujeres habían pasado a la historia. Iba a casarse y las cosas cambiarían muchísimo. Crearía una familia, adquiriría una bonita casa con jardín en Los Hamptons y adoptaría a un par de preciosos caniches. Porque, como en todo lo demás, también estaba resuelto a tener la familia perfecta.

Con aquel pensamiento, Víctor logró esbozar una sonrisa y tendió las tijeras hacia la joven.

Sin apartar la mirada de las flores, ella alargó la mano para agarrarlas y contuvo el aliento al notar que sus dedos rozaban involuntariamente los de Tilman.

Kaori sintió cómo una descarga eléctrica freía las yemas de sus dedos. Giró el rostro y se dio cuenta de que él estaba observándola con atención. Sus ojos azules le estudiaban el rostro con un nuevo brillo, que la hizo dudar de que Tilman no tuviese el don de leerle el pensamiento. Durante un instante, sintió como si entre los dos fluyera una extraña química. Aquella impresión le resultó bastante interesante. Él poseía una

mano fuerte y segura, de dedos largos y cálidos. Sin embargo, transcurrido un minuto, notó que el vello tras la nuca se le erizaba.

—Gracias —logró decir Kaori. Apretó con fuerza las tijeras en la mano y las rodillas comenzaron a temblarle como un pack de natillas.

«Estupendo», pensó ella, evitando mirarlo de nuevo. Lo único que le hacía falta a esas alturas de su vida era una dosis de inseguridad gratuita. Se aclaró la garganta y trató de borrar la arruga que le surcaba el ceño. De acuerdo, tenía que admitirlo, el tío tenía más peligro que un bombón saturado de azúcar e hidratos de carbono; posiblemente incluso fuera igual de adictivo. Y no solo para ella, sino para cualquier mujer que tuviera ojos en la cara.

Kaori se dio cuenta de que respiraba aceleradamente. Se apartó un mechón de cabellos de la frente, lo deslizó tras la oreja y se dijo que lo más sensato era mantener la cabeza fría. No debía olvidar que entre él y ella se alzaba un infranqueable abismo. Uno que tenía nombre:

Ariana Fox.

Si ese no era un buen motivo para mantenerse bien alejada de ese hombre, no se le ocurría ningún otro mejor.

Decidida a ignorar el extraño efecto que Tilman surtía en ella, Kaori plegó el extremo de la manga acampanada de su kimono y la deslizó sobre su propio brazo. Luego, con un elegante movimiento de su muñeca, cortó el fino tallo de una flor. Retrocedió un paso y contempló el resultado con detenimiento.

—¿Y bien? —le preguntó a él.

Víctor rodeó el centro de flores para observarlo más de cerca. Algo que ella también hizo, aunque no con las flores, sino con sus fuertes y firmes glúteos.

Por segunda vez, Maya tenía razón.

—Es una labor admirable —comentó Tilman, intentando imaginarse aquello situado en medio de una mesa llena de comensales.

Kaori retuvo un suspiro.

«Admirable» no era la palabra que ella habría usado para definir aquel fabuloso trasero. Más bien lo etiquetaría de «estupendo» o «fantástico».

Y es que una mujer sería capaz de cualquier cosa por tener un hombre así en su cama. Incluso de hacer una locura.

Kaori notó que las mejillas comenzaban a arderle. Rara vez se ponía tan colorada, pero en ese momento tenía un buen motivo para tener el rostro encendido como las luces de un prostíbulo: se sentía como una auténtica depravada mientras imaginaba a ese hombre entre las sábanas de su cama, bañado en sudor y con aquel magnífico trasero en medio de sus propios muslos. Con lo cual, su siguiente pensamiento lógico fue preguntarse si todo lo demás lo tendría tan fuerte y duro como el culo.

Sí, decididamente era una depravada. Pero él tampoco se lo estaba poniendo fácil, pensó, observando el modo en que él se inclinaba para observar las flores.

—Creo que esto le gustará a Ariana —opinó él. Se dio la vuelta para mirarla y, durante una fugaz fracción de segundo, le dio la sensación de que los ojos de ella se desplazaban rápidamente desde su trasero a su rostro.

—¿Significa eso que me da usted el trabajo?—le preguntó con nerviosismo, pensando en lo cerca que él había estado de pillarla *in fraganti* admirando aquel dechado de virtudes.

Víctor tragó saliva y entornó los parpados.

—¿Ocurre algo?

—No. ¿Por qué lo dice? —Kaori sentía las mejillas cada vez más calientes.

—Porque hace un momento me ha parecido que...

—¿El qué? —Ella parpadeó, frunció el entrecejo y simuló no saber de qué estaba hablando.

—Es igual —terminó aceptando él, convencido de que la joven estaba mintiendo. Cambió la posición de sus brazos y sintió el juvenil e irreflexivo impulso de decir algo ingenioso y cargado de doble sentido. Algo morboso y erótico, capaz de provocar la reacción de ella.

Un profundo silencio se extendió por el salón mientras su mirada deambulaba por el rostro de la joven, deteniéndose en aquellos pequeños y sugerentes labios rojos. Sabía que era una mala idea tratar de

seducirla, pero ¿cómo iba a evitarlo si tan siquiera podía entender por qué el cerebro comenzaba a funcionarle como si tuviese de nuevo diecisiete años? Sin embargo, se dijo Víctor, era cuestión de recordar que era solo un juego. No iba a haber nada serio entre los dos, solo la satisfacción de saber que aquella atracción era mutua.

Tilman metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se sentó en el borde de la mesa, mirándola con un brillo indescifrable en los ojos.

—Le gustaría decorar este salón, ¿cierto?

Ella pestañeó, notando cómo un extraño anhelo le devoraba el estómago. Tragó saliva, tratando de humedecerse la boca, y se preguntó a qué venía aquella repentina aptitud de macho Alfa.

—Sí... Pero...

—¿Cuánto?

¿De verdad había dicho eso?, se preguntó Víctor en cuanto cerró la boca. Casi no podía creer que hubiese tenido las agallas suficientes para atreverse a formular aquella pregunta. Frunció el ceño sin dejar de mirarla, y trató de entenderse a sí mismo mientras la veía alzar las cejas.

—Me gustaría que concretase más su pregunta.

—Por supuesto —accedió él, antes de añadir con lentitud—: Me gustaría saber cuánto desea usted este trabajo. Dígame Kaori, ¿qué estaría dispuesta a hacer para conseguirlo?

Kaori se quedó sin aliento.

¿Ese hombre abordaba todos sus negocios así, o es que realmente estaba flirteando con ella?

Se sentía incapaz de decidir a qué estaba jugando. Le aterraba equivocarse. Si lo hacía, lo más probable era que todo se fuese al traste. Y ese parecía un buen trabajo, que probablemente estaría igual de bien remunerado.

Se mordió el labio inferior con nerviosismo y su mente comenzó a marchar a mil por hora. Obviamente, conseguir aquel trabajo también lograría convencer a su padre de que podía valerse por sí misma. Había esperado dos años enteros para tener una oportunidad como esa. Aunque en un primer momento había tenido ciertos reparos, ahora no estaba por

la labor de mandarlo todo al cuerno.

—Bueno, para empezar, necesito saber cuántos invitados asistirán a la ceremonia y el número de mesas de las que dispondrá el hotel. Tal vez después pueda ofrecerle un buen precio —respondió ella, eligiendo las palabras con cuidado.

Víctor permaneció un momento en silencio, con las manos todavía metidas en los bolsillos. Aquello le resultaba sumamente incómodo. Nunca antes una mujer lo había rechazado con tanta sutileza.

Bueno, la verdad es que no podía recordar a ninguna que lo hubiera hecho, con sutileza o sin ella.

Estaba tan perplejo que no sabía si sentirse ofendido o agradecido.

Kaori advirtió un notable cambio de aptitud en las facciones de Tilman. El tipo sugerente y seductor se había esfumado. Había dado paso nuevamente al hombre de negocios de labios comprimidos. Su mirada se había tornado tan fría y tan desprovista de emoción, como un cubito de hielo.

Ella se limitó a sonreír, aunque los músculos de la espalda se le habían puesto tensos.

—Por el momento esperamos recibir a unos trescientos invitados, entre familiares, amigos y periodistas. Creo que habrá unas sesenta mesas, tal vez alguna más.

Ella se tranquilizó. Estaba claro que una vez más se había vuelto a equivocar con respecto a los hombres. Ese era su particular talón de Aquiles: "los hombres". O dicho de otro modo, "esos desconocidos sacos de testosterona con los que no atinaba ni una buena".

Tenía una larga lista que lo demostraba; Jhoss el «*me corto las uñas y las dejo por todas partes*», Curtis el «*no puedo parar de tocarme los genitales*» o Timothy el «*ni se te ocurra subir en mi coche con tus tacones de aguja*».

Y así un largo etcétera.

—Bien, podríamos comenzar con un centro en cada mesa y luego decorar algunos rincones.

Víctor se limitó a asentir con la cabeza. Después de lo sucedido, no

deseaba permanecer un segundo más en aquella sala con esa mujer. Si lo hacía, estaba convencido de que perdería nuevamente los papeles. Y nunca se había visto en la situación de ser rechazado dos veces el mismo día.

—Bien. —Se levantó, decidido a terminar cuanto antes con lo que se había convertido en una situación incómoda. Extrajo el talonario del bolsillo de su chaqueta y se apresuró a garabatear una cifra en él. Luego arrancó el pedacito de papel y se lo entregó a ella.

Kaori sintió que el corazón le latía con fuerza cuando vio los cinco ceros. Respiró hondo media docena de veces y logró mantener la calma.

Aquel evento le supondría una gran cantidad de trabajo. Seguramente le llevaría horas preparar los setenta centros para las mesas y los diez que pretendía situar ante cada uno de los espejos que circunvalaban el salón. Sin embargo, no creía que fuese correcto aceptar una cifra tan elevada como aquella.

—Esto es ridículo, señor Tilman.

—¿Le parece poco?

—¿Poco? Me parece una exageración.

—¿Me está diciendo que su trabajo no lo vale?

Kaori lo miró un segundo, sin poder decidir si ese hombre le gustaba más en su faceta de fascinante seductor, o en la de frío calculador.

—Yo no he dicho tal cosa. Pero no puedo...

—Entonces, no se hable más.

Ella permaneció un instante en silencio.

—Me niego a aceptar el dinero, señor Tilman.

—¿Trabaja gratis? —le preguntó él.

Víctor no estaba dispuesto a admitir que ella tenía razón, ni a dar su brazo a torcer. Aunque su cerebro lo intentaba, no alcanzaba a entender por qué estaba actuando de aquel modo, tratando de convencerla de que aceptase un talón que contenía una cifra a todos los efectos desorbitada. Ni siquiera lo hacía porque creyese que lo merecía. Por el momento solo había visto una pequeña muestra de su trabajo y, aunque era brillante, le

era tremendamente difícil imaginar lo que la muchacha podía hacer con un salón tan enorme como ese.

—No, pero...

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Kaori se obligó a mirarlo directamente a los ojos y cerró la boca. Estaba claro que ese hombre no atendería a razones. En otras circunstancias habría continuado negándose a aceptar aquel talón, pero con Tilman parecía que lo más sensato era no discutir. Obviamente, ese hombre estaba acostumbrado a que todo el mundo hiciera su voluntad, y no la veía a ella como una excepción.

—Ningún problema —accedió de pronto. Plegó con cuidado el trozo de papel y lo guardó en uno de los pliegues de su kimono.

Si deseaba tirar su dinero, allá él. A todas luces era un hombre adulto con todas las facultades mentales y cognitivas intactas. Y ella no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad que aquello le ofrecía por culpa de su terquedad.

—Entonces, ¿trato hecho?

Ella movió la cabeza afirmativamente, provocando que el palillo que sujetaba sus cabellos se soltara.

Sin concederse un momento para pensar, ambos se agacharon al mismo tiempo para recogerlo, consiguiendo que sus cabezas estuviesen a punto de colisionar.

Víctor sintió ganas de reír al darse cuenta de lo cerca que habían estado de chocar las frentes. Alzó la vista para mirarla y cuando sus ojos se encontraron las comisuras de la boca se le arquearon hacia arriba en una sonrisa.

Sin entender muy bien por qué, Kaori se la devolvió.

—Me parece que esto es tuyo —dijo él, extendiendo la mano para entregarle el palillo.

Kaori acercó los dedos sin poder evitar rozarle de nuevo la mano. Una ola de calor le azotó el rostro. Se sintió aturdida e incapaz de hablar, con la extraña y asfixiante sensación de haberse tragado una espesa cucharada de chocolate caliente, que en ese momento le abrasaba las

cuerdas vocales.

Confundida ante la certeza de que jamás había experimentado nada parecido, trató de apartar la mano. No obstante, antes de que le diera tiempo a sentirse a salvo, él cerró los dedos entorno a los suyos.

Kaori alzó la mirada y contuvo el aliento al ver que el rostro de Tilman se acercaba lentamente al de ella. Antes de que pudiese reaccionar, los seductores labios de ese hombre estaban moviéndose sobre los suyos de una manera increíblemente lasciva.

Demasiado lasciva, caliente, y excitante para pensar.

Kaori sintió que el corazón se le aceleraba cuando lo notó deslizar aquellos largos y seguros dedos por su espalda, deteniéndose en el suave hueco donde esta se unía a la cadera. Aquellos dedos parecían contener una poderosa carga eléctrica que le erizaba la piel. Era una locura, pero deseaba que él los moviera más abajo, que acariciara sus nalgas por encima del kimono, que las rodeara fuertemente con los dedos y las oprimiera hasta provocarle algún moratón.

Algo que le recordara que no había sido solo un sueño.

Sin embargo, no iba a cometer el error de pedírselo. No, mientras la estuviese besando de ese modo. Hablar, posiblemente, acabaría de un plumazo con todo. Y ella deseaba que él continuase.

Lo deseaba de verdad.

En medio de ese torbellino de pensamientos y razonamientos sin sentido, Kaori alzó las manos y se agarró firmemente a Tilman por el cuello de su chaqueta, sin apartar en ningún momento la boca de la de él.

Nunca se le había ocurrido pensar que algo así pudiera sucederle. Ella era una chica normal, con relaciones normales y sexo corriente. Jamás creyó que podría reaccionar de ese modo ante un hombre, mucho menos con un completo desconocido.

Tiró de la chaqueta hacia atrás y la deslizó por los hombros de él, dejando al descubierto su elegante camisa italiana. Movié los dedos torpemente sobre el nudo de su corbata, lo deshizo y, medio segundo después, la arrojó al suelo.

Tilman lanzó un gemido al notar que una parte de su anatomía se endurecía y comenzaba a palpar sin control contra la tela de sus pantalones. Tragó saliva y trató de controlar su acelerada respiración. Si existía un buen momento para detenerse, sin duda era ese. Todavía estaba a tiempo de dar marcha atrás, a pesar de que no se le ocurría nada lo suficientemente importante como para renunciar a esa pequeña y excitante boca.

Le había bastado contemplar el temblor de sus labios cuando cerró la mano entorno a aquellos níveos y delgados dedos, en una irresistible invasión de su intimidad. Aquella imagen había sido suficiente para hacer pedazos toda su entereza. Ni siquiera podía recordar cuánto tiempo hacía que una mujer no lo excitaba de esa forma.

Posiblemente demasiado.

Posiblemente nunca.

Una nueva oleada de deseo lo azotó. Cerró los ojos, acariciando despacio el interior de aquella dulce boca con su lengua.

Kaori dejó escapar un gemido, rodeándole el cuello con los brazos mientras se apretaba más contra su cuerpo e hinchaba los pulmones de su cálido aliento. Olía tan bien, suspiró, deslizando los dedos entre los densos cabellos de Tilman y arqueando la espalda hacia él. Atrapó aquellos cabellos con los dedos, pero los detuvo cuando oyó algo parecido al sonido de una campanilla.

Kaori apartó un centímetro la boca de la de él y lo miró con los ojos muy abiertos, comprendiendo que el ascensor acababa de detenerse en su planta.

Hubo una breve pausa durante la cual, todavía enfebrecidos, ninguno de los dos supo qué hacer. El color sonrosado de las mejillas de Kaori había desaparecido y él se quedó mirando su gesto de pánico. Como si alguien hubiese pulsado un resorte invisible, ambos se levantaron rápidamente del suelo.

—Maldita sea—masculló Tilman en voz baja, apartándose de Kaori un instante antes de que la trabajadora de la limpieza entrase por la puerta arrastrando un carrito lleno de botes, espráis y mopas de algodón.

Kaori se lo quedó mirando, alucinada por lo rápido que parecía haberse enfriado. Ella, por su arte, aún estaba temblando como un flan a medio cocer. Lo cual no era nada justo, pensó Kaori, inspirando profundamente antes de mirar a la mujer al tiempo que sentía unas terribles ganas de darse cabezazos contra la pared más cercana.

—Lo lamento —se disculpó la trabajadora—. Creí que... Bueno, nadie me dijo que hoy el salón estaría ocupado. Pero si lo prefieren, puedo volver más tarde.

«Mierda», pensó Kaori, observando el modo en que los ojos ambarinos de la mujer iban paseándose del uno al otro, como si estuviesen tratando de resolver algún misterio.

—No se preocupe —dijo Kaori, advirtiéndole que las mejillas se le amorataban por la vergüenza. Se recogió otra vez los cabellos en la nuca y volvió ligeramente el rostro hacia Tilman.

Kaori se quedó boquiabierta al descubrir que se había marchado. Dejó caer los hombros, sintiéndose tan confusa como si alguien acabara de abofetearle el rostro, y resopló.

¡Qué cortés!, pensó en cuanto el cerebro volvió a funcionarle. Aquello era lo único que le faltaba para sentirse como una furcia barata. ¡Condenadas hormonas! Llevaba tanto tiempo sin irse a la cama con un hombre, que le había bastado un insignificante calentón para perder la cabeza.

Kaori repasó mentalmente las posibles consecuencias que podría acarrear su metedura de pata. Sofocó un sollozo. No sólo peligraba su credibilidad como profesional, sino todo cuanto había logrado durante los últimos dos años. ¿Y por qué?, por un tipo al que apenas conocía.

¿Qué demonios tenía en la cabeza?, se reprendió a sí misma mientras abría la bolsa de deporte. El corazón le latía tan deprisa que se sentía a punto de perder la consciencia. Movié las manos torpemente, sacó los vaqueros de la bolsa y se los puso sin quitarse el kimono.

—¿Qué hago con esto? —preguntó la trabajadora de la limpieza.

Kaori alzó la vista y la clavó en el ikebana que la mujer señalaba con el palo de una escoba.

—Por mí puede quedárselas —masculló entre dientes mientras acababa de ponerse las zapatillas de deporte, tirando bruscamente de los cordones con rabia contenida. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un larguísimo suspiro al darse cuenta de que la mujer de la limpieza continuaba mirando las flores sin saber qué hacer con ellas.

Un cierto sentimiento de culpabilidad se alojó en su pecho.

Ella no era una persona violenta. Nunca le habían gustado los enfrentamientos; ni siquiera los verbales. De hecho, se esforzaba en evitarlos como a las picaduras de un mosquito, iba una vez por semana a taichí y meditaba siempre que podía.

Kaori se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—Lléveselas a casa o se marchitarán —le dijo a la mujer, ya más calmadamente. Luego se quitó el quimono, se puso una camiseta de tirantes y lo guardó en la bolsa de deporte antes de meterse el teléfono móvil en el bolsillo trasero de los *jeans*.

Al salir del salón, Kaori se dirigió aceleradamente hacia el ascensor. Se detuvo ante las puertas de metal y pulsó repetidamente el botón de llamada.

«¡Fabuloso!», resopló con pesimismo, contemplando impaciente el movimiento de la aguja que indicaba la planta que el elevador iba rebasando. Cuando la guja se detuvo en el número veinte y las puertas se abrieron, impulsó el cuerpo hacia delante, pero se detuvo en seco al toparse con la fría mirada de Tilman.

—¡Genial! —Kaori alzó las cejas sorprendida. A pesar de desconocer el camino, se dio media vuelta y se dirigió hacia la primera puerta de emergencia que vio, la empujó y comenzó a descender los peldaños apresuradamente, deteniéndose un segundo para asomar la cabeza por el hueco de las escaleras y asegurarse de que él no la seguía.

Cuando lo vio, empezó a bajar más deprisa.

—Será capullo...—masculló entre dientes al tiempo que introducía los dedos en el bolsillo de sus *jeans* y tiraba de las llaves que se habían enganchado en el fondo. Apenas logró sacarlas, apoyó las manos en la puerta metálica que daba paso al *parking* y la empujó.

—¡Espera un momento!

Ella se giró un breve instante para lanzarle una mirada de desprecio, y después continuó avanzando hacia su coche con pasos largos y apresurados. Cuando al fin se detuvo frente al auto hizo varios intentos por introducir la llave en la cerradura, pero por desgracia los dedos le temblaban tanto que tardó más de medio minuto en dar con el cerrojo. Cuando consiguió abrir la puerta la fuerte mano de Tilman volvió a cerrarla, antes incluso de que tuviera tiempo de reaccionar.

—¿Pero qué...?

—¿Se puede saber qué te pasa? —exigió saber él.

Kaori se apartó un mechón de cabello de los ojos y lo miró atónita.

—El caso es que no me ocurre nada —bufó, y trató de abrir de nuevo la puerta.

Una vez más, él la cerró.

—Mira... —comenzó a decir él—. No tengo ni idea de lo que ha pasado ahí arriba, pero deberíamos hablar de ello.

—Ya, por eso te has largado a las primeras de cambio. —Kaori le lanzó una furiosa mirada.

—Me asusté, eso es todo. Pero volví. ¿No es cierto?

—Qué galante por tu parte.

—Tenemos que hablar de lo que ha ocurrido.

—No digas tonterías, no tenemos nada de qué hablar. Vas a casarte, ¿recuerdas?

—De modo que es eso lo que te molesta.

Kaori dejó caer la bolsa de deporte junto a los pies y se cruzó de brazos.

—Está bien —dijo inhalando el aire despacio—, quizá deberías contarme a qué te refieres.

—Bueno, es normal que reacciones así después de lo que ha sucedido. Mira, tú y yo somos mayorcitos para andarnos con rodeos. Además, pareces una chica lista. Seguro que no necesitas que nadie te diga que

entre nosotros no puede haber nada serio.

—No me vengas con esas. Te aseguro que no he sido yo la que ha comenzado todo esto.

—Lo sé, y ha sido un error.

—¿Y eso lo decidiste antes, o después de meterme la lengua hasta la campanilla?

Reprimiendo una oleada de furia, Víctor respiró hondo y la miró entrecerrando los ojos.

—Llámame cuando estés más tranquila.

—O sea, nunca.

—¿Eso quiere decir que no vas a aceptar el trabajo?—le preguntó él con ironía.

—Eso quiere decir que no necesito volver a verte para llenar ese salón de flores. Y ahora, si me disculpas, me gustaría irme a casa.

Él rió por lo bajo, dejó caer el peso de su formidable cuerpo hacia delante y apoyó una mano sobre el capó del coche. Ella se quedó mirando aquella mano grande y viril, durante un largo instante.

—Me desconciertas, Kaori.

Aquellas palabras hicieron que la boca se le secara de repente. Tragó saliva y trató de retroceder un paso, aplastando la espalda contra la puerta helada de su automóvil.

Con todos los sentidos alerta, Kaori lo miró con desconfianza.

—¿Y qué significa eso?

Él respondió a su pregunta con una sonrisa torcida, escaneándole el cuerpo con aquellos templados ojos azules. Luego se inclinó hacia adelante.

A Kaori se le puso la piel de gallina en el instante que lo oyó respirar junto a su cuello, y cerró los parados con fuerza cuando él emprendió un serpenteante camino de besos hasta detener los labios en su hombro. Allí los apretó contra el final de la clavícula y lo lamió perezosamente.

Kaori no podía recordar la última vez que decenas de descargas

eléctricas habían sacudido así su columna vertebral, e incluso sintió miedo al pensar en la posibilidad de no haber sentido antes nada parecido. Con cada roce de aquella inclemente boca la sangre le fluía más deprisa por las venas; el corazón se le aceleraba y el pulso palpitaba con fiereza en sitios de los que casi se había olvidado.

Las palmas de las manos habían empezado a sudarle, así que apretó los puños, incapaz de mover un dedo, y se dio cuenta de que tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. En ese momento una oportuna explosión de pensamientos estalló en su cabeza. Abrió los ojos y se dijo a sí misma que debía apartarlo. Incluso hizo el intento de apoyar las manos en aquel formidable torso y empujar a ese hombre. Pero cuando trató de hacerlo, sintió como si los brazos se le transformasen en mantequilla.

Ignorando la lucha interna que Kaori estaba manteniendo con su propio cuerpo, Tilman remontó aquel blanco cuello con la boca, se detuvo en el lóbulo de su oreja y lo mordisqueó lenta y suavemente.

Ella sintió que los pezones se endurecían bajo su camiseta cuando él le susurró al oído:

—Significa que no tengo ni idea de lo que me pasa contigo.

La respiración de Kaori se descontroló por completo al notar el cálido aliento de Tilman contra el cuello. Otra potente ola de calor se deslizó rápidamente por su vientre, deteniéndose en la unión de sus muslos. Inspiró profundamente al sentir la presión de la sangre, latiéndole con insistencia en ese preciso punto.

No era ninguna estúpida, sabía perfectamente que estaba caminando por una cuerda floja, y que si no se andaba con cuidado lo iba a lamentar. Y sin embargo, aquella sensación de peligro solo conseguía dispararle la adrenalina hasta las nubes. El corazón le palpitaba más deprisa; lo sentía en el pecho, en la garganta, en los labios, en los tobillos... Todo el cuerpo le temblaba de arriba abajo, las rodillas eran como de gelatina y estaba segura de que corrían un serio riesgo de doblarse hacia adelante.

Sin nada sólido a lo que aferrase, Kaori no tuvo más remedio que sujetarse a los fuertes brazos de él. Entonces, cuando advirtió que las

seguras manos de Víctor se deslizaban en torno a su cintura, una campanilla de alarma, que antes se había negado a escuchar, se disparó en su interior.

—¿Qué quieres de mí? —logró preguntarle mientras trataba de recuperar el aliento y las fuerzas necesarias para apartarlo.

—¿Estás de coña? —preguntó él, frunciendo el ceño al sentir que ella lo empujaba.

Aquella respuesta hizo que se sintiera aturdida. Deslizó una rápida mirada por el *parking* y comprobó que el lugar se hallaba completamente desierto.

Aquello la puso aún más nerviosa. Dejó caer los hombros e inspiró el aire denso y con un fuerte olor a combustible, advirtiendo que junto a su coche dormitaban aparcados una docena más de vehículos, dos de los cuales yacían cubiertos por una gruesa capa de polvo, que indicaba sin lugar a dudas que nadie los había movido desde hacía mucho tiempo.

—Oye —comenzó a decir ella—, no sé exactamente qué te ha llevado a suponer que soy una mujer fácil, pero créeme cuando te digo que te equivocas. Lo que ha pasado antes ha sido raro y bastante incómodo, así que será mejor que lo olvidemos desde ahora mismo.

—Y tú no deberías juzgarme tan a la ligera, ¿crees que me paso el día persiguiendo a las mujeres en los aparcamientos de los hoteles?

— Ah, ¿no?

—¡No!

—Entonces, ¿puede saberse por qué demonios lo haces ahora?

—Porque necesitaba comprobar algo. Digamos que es un experimento —respondió él.

Ella abrió los ojos como platos. De todas las respuestas que podría haber esperado, esa era la más absurda. No estaba segura de cómo debía sentirse ante unas palabras que ni siquiera comprendía del todo. Sin embargo, Tilman las había pronunciado con mucha convicción. Ella, para él, era un experimento.

«Un experimento», se repitió mentalmente. ¿Y qué demonios significaba eso?

Kaori notó que su confusión comenzaba a evolucionar progresivamente, convirtiéndose en una ansiedad que le estaba presionando el pecho. Situó una mano en mitad de los senos y notó que el corazón volvía a latirle deprisa. No tenía ni idea de qué decir. Era tan grande la impotencia que sentía en ese momento que todas las células de su organismo le gritaban que demostrase a ese hombre que no podía hacer lo que le viniera en gana simplemente porque era rico.

Sin darse la oportunidad de recapacitar sobre lo que estaba a punto de hacer, Kaori deslizó la mano entre los dos cuerpos, deteniéndola sobre el duro bulto que descollaba en el elegante pantalón de Víctor. Al notar que él se ponía tenso, sonrió y escurrió la punta de los dedos por encima de la tela, antes de comenzar a bajarle la cremallera con deliberada lentitud.

Víctor no podía creer lo que sucedía cuando notó que ella cerraba los dedos en torno a su erecto y duro pene. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un quedo gemido de placer. No recordaba haberse excitado nunca tanto con tan poco.

Kaori sonrió.

—Así que estás tratando de demostrar algo... —le susurró ella, tan cerca de la boca que él creyó que iba a besarla—. Pues te voy a dar un buen consejo, machote: cuando quieras volver a realizar un experimento con una tía, asegúrate antes de que no va a estallarte entre las manos.

Aquellas palabras hicieron que Víctor abriese bruscamente los párpados y la mirase con el ceño fruncido.

Con los ojos entrecerrados, ella escrutó su reacción, entendiendo al momento que había conseguido su propósito. Tilman necesitaba que alguien lo pusiera de una vez en su sitio, y ella lo había logrado. Entonces, ¿por qué se sentía tan disgustada consigo misma?

Sin esperar a que su cerebro le diera una respuesta, Kaori apartó la mano del emocionado miembro de Tilman y retrocedió un paso. La espalda volvió a colisionarle con la fría carrocería del coche mientras los intimidantes ojos de Tilman la taladraban sin piedad. La idea de que el suelo del *parking* la engullera comenzó a parecerle atractiva.

Tragó saliva.

Ni siquiera una mente creativa como la suya podría haber imaginado que estaba pasando en esos momentos por la cabeza de ese hombre, pensó Kaori, moviendo los dedos a su espalda hasta dar con la maneta de la puerta, se volvió y entró rápidamente en el coche.

Aquel era, sin duda, el momento más extraño de su vida: Tilman, un hombre rico, atractivo y famoso, a punto de casarse con la mismísima reina de los hielos, la estaba mirando con la bragueta abierta mientras ella se aferraba al volante de su vehículo como a un clavo ardiendo.

No sabía si tenía más ganas de reír o de gritar, pensó, cerrando la puerta de golpe antes de poner el motor en marcha.

Víctor se alejó un paso del automóvil y Kaori lo miró a través del cristal de la ventanilla durante una décima de segundo. Luego puso la marcha atrás y el coche retrocedió unos metros hasta que finalmente abandonó la plaza de *parking*.

Condujo deprisa hacia la salida, fijando la vista al frente y haciendo un enorme esfuerzo para no echar un vistazo al espejo retrovisor.

Su historia con Tilman, o la que pudiera haber habido, empezaba y terminaba allí mismo.



# Camelia

## Arrepentimiento

Para cuando detuvo el coche frente a su casa, Kaori estaba ya al borde de una crisis nerviosa. Salió de su escarabajo y se concedió un segundo a sí misma antes de cruzar la calle.

¿Desde cuándo era tan impulsiva?, se preguntó mirándose con curiosidad en los vidrios del coche. De hecho, ella era la persona más sensata y equilibrada que conocía. Siempre trataba de hacer bien las cosas; pagaba los recibos puntualmente y cumplía las reglas.

—Por el amor de Dios, si hasta repaso el manual de emergencia cada vez que viajo en avión. ¿Quién demonios hace eso? —se preguntó en voz alta. La chica impulsiva del hotel nada tenía que ver con ella. Ella siempre hacía lo correcto, frecuentaba lugares correctos y se vestía correctamente.

Resumiendo: que era aburrida de narices. Y hasta donde ella sabía, las tías aburridas no metían la mano en la bragueta de ningún tío millonario.

Entonces, ¿a qué se habría debido un comportamiento tan irreflexivo?

Malhumorada, Kaori avanzó sin detenerse hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada con tanta fuerza, que de haber sido posible habría conseguido atravesar la pared de hormigón con el dedo.

—¿Y ahora qué le pasa a este maldito trasto?—inspiró hondo y se apartó un paso, dándose de bruces con el letrero de AVERIADO, que el conserje había pegado sobre la puerta con cuatro vastos trozos de cinta adhesiva.

—¡Joder! —Puso los ojos en blanco e inspiró profundamente el aire. Perfecto, ahora solo faltaba que las escaleras de emergencia estuviesen infectadas de cucarachas.

A mitad de camino, el malhumor de Kaori había comenzado a

abandonarle el rostro, y para cuando llegó a la planta veintidós estaba tan agotada que ni siquiera había vuelto a pensar en ciertos bichos negros y asquerosos.

En cuanto entró en su apartamento y cerró la puerta, arrojó las llaves sobre el sofá. Luego se dirigió hacia la pequeña cocina, separada del salón por una enorme encimera de roble, y tras llenar una tetera de agua la situó sobre el fuego.

«Basta, Kaori, basta»

Pero en vez de tranquilizarse, se sentó junto a la mesa de la cocina y comenzó a tamborilear los dedos sobre su superficie. Se sentía extraña; como si todo lo ocurrido durante las dos últimas horas no hubiera sido más que fruto de su propia imaginación. Lo notaba todo confuso y lejano. Pero sobre todo impensable.

Kaori detuvo los dedos al oír el timbre del portero automático. Se puso tensa y sacudió la cabeza a los lados, sin hacer el menor esfuerzo por averiguar de quién se trataba.

No quería ni imaginar que él la hubiera seguido hasta allí, como ya lo había hecho hasta el aparcamiento del *St. Regis*.

Maldijo en voz baja y sus dedos comenzaron otra vez a aporrear la mesa.

¡Maldita sea!—masculló de repente, se levantó y comenzó a caminar por la cocina con los nervios de punta.

Pero, ¿qué pasaba con ese hombre? ¿Es que no sabía enviar dos docenas de rosas con una tarjeta de disculpa, como todos los tíos, y olvidarse de lo sucedido?

Desvió la mirada fugazmente hacia la puerta de su apartamento y notó un nudo en la garganta.

¡A saber lo que estaría pasando por su cabeza! Quizá ni siquiera lamentaba nada de cuanto había hecho o dicho. A esas alturas, Kaori solo podía estar segura de una cosa: de que no estaba preparada para que algo así sucediera.

Cuando finalmente el timbre enmudeció, el alivio le inundó el pecho. En ese momento fue consciente del silencio que la rodeaba y del sutil

olor a flores que nadaba en el aire. Nunca antes había sentido tanta quietud en su apartamento. Era como si el tiempo se hubiese detenido en algún punto entre el beso de Tilman y su regreso a casa. Todo había sucedido demasiado rápido para que le diera tiempo de asimilarlo.

Sin apenas darse cuenta, Kaori se llevó los dedos a la boca y los apoyó contra los labios, recordando el beso de Tilman. Su sabor perduraba aún en su boca. Era increíble que minutos antes ambos estuviesen besándose febrilmente en el salón de un hotel.

Ella y Víctor Tilman, ¿quién lo hubiera imaginado?

Kaori dio un brinco cuando la válvula de la tetera comenzó a silbar. Se llevó una mano al pecho y se rió de sí misma mientras apartaba el escandaloso cacharro del fuego.

De modo que, después de todo, el tiempo no se había detenido, pensó, mientras sacaba una taza del interior del lavavajillas. Añadió una bolsita de té con menta y se aconsejó a sí misma olvidar lo ocurrido. No tenía ningún sentido darle más vueltas de las necesarias. Siempre se había considerado una mujer moderna y con la cabeza bien amueblada, y sabía que esas cosas ocurrían constantemente entre adultos.

Exhaló un suspiro de resignación.

—Muy bien, no tienes más que olvidarte de ese hombre y todo irá de perlas —se aconsejó en voz alta. Después metió la mano en el bolsillo trasero de sus *jeans* y sacó el teléfono móvil. En el instante que lo dejó sobre la mesa, el aparato comenzó a sonar.

Con el corazón a cien por hora, Kaori lo agarró con nerviosismo, le echó un rápido vistazo y lo lanzó nuevamente encima de la mesa tras comprobar que era un número oculto. Luego, sin apartar los ojos del aparato, agarró la taza caliente entre las manos y comenzó a sorber el té lentamente.

Probablemente era Tilman, dedujo ella, antes de beber otro sorbo que le quemó accidentalmente el labio superior. La taza se balanceó a un lado y Kaori dio un tremendo salto, soltando un grito cuando el té se derramó sobre su camiseta, abrasándole los pechos.

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó mientras abría un cajón y buscaba un trapo para limpiarse.

Entretanto, el teléfono continuaba sonando sobre la mesa.

Kaori alzó la cabeza y le lanzó una mirada asesina al aparato.

Luego gruñó.

¿Por qué demonios había tenido que besarla?, se preguntó, tratando al mismo tiempo de comprender su propia manera de actuar. Analizándolo fríamente, a juzgar por el modo en que había reaccionado a las caricias de Tilman, poco o nada habría podido hacer por evitar a ese hombre. No solo era su físico, también poseía algo indefinible. Algo irresistible.

Al menos para ella.

Inspiró profundamente y se mordió con nerviosismo el labio inferior, recordando el penetrante aroma a sándalo de aquella piel bronceada. Era una locura, pero aún podía notarlo impregnado a su propia ropa, a los cabellos, y envolviéndola de pies a cabeza.

Inspiró y expiró varias veces, tratando de apartar de la mente aquella inesperada sensación.

Cuando el portero automático volvió a sonar, sintió que las fuerzas la abandonaban.

Bien, tenía que aceptar que había la posibilidad de que Tilman la hubiese seguido hasta allí. Posiblemente no era un hombre que aceptara un no por respuesta, dedujo Kaori, exhalando el aire con frustración.

¿Por qué demonios no podía dejarlo todo tal como estaba? Al fin y al cabo, ¿quién iba a preocuparse por lo que le había ocurrido a una chica como ella?

Sacudió la cabeza y caminó despacio hacia la puerta. Sin duda, aquello era más de lo que sus nervios podían soportar, recapacitó un segundo antes de descolgar el telefonillo del portero automático.

—¿Qué es lo que quieres ahora?

—¿Cómo que qué es lo que quiero? ¿Has perdido la cabeza? Se supone que hoy íbamos a cenar pizza, ¿recuerdas?

Kaori emitió un sollozo de alivio al oír la voz distorsionada de Maya. Apoyó la frente contra la puerta y, cerrando los parpados, pulsó el botón.

Estaba comportándose como una chiflada. ¿En qué estaría pensando al creer que él le daría importancia a lo ocurrido? Probablemente ese hombre se pasaba la vida tratando de follar con todo lo que tuviese tetas. Era guapo y rico, así que seguramente creía tener licencia para hacerlo.

—¿A qué venía eso? —le preguntó Maya en cuanto cruzó la puerta del apartamento. Dejó el bolso sobre la mesa de la cocina y arqueó ambas cejas, antes de añadir—: ¿Sabías que el ascensor está averiado?

—¿Qué pregunta quieres que responda primero?

—¿Me estás tomando el pelo? La primera, por supuesto.

—Es una historia difícil de explicar.

—Me encantan las historias interesantes.

Kaori rió.

—No he dicho que sea interesante.

—Espera un momento. He de prepararme para esto...

—No hay ningún ESTO, Maya

—Sí claro. ¿Dónde guardas el Martini? —le preguntó, apartándose el cabello rubio de su pequeña frente mientras echaba un vistazo al interior del frigorífico.

—En el estante de arriba —respondió Kaori sin perderla de vista, y luego añadió—: También hay hielo en el congelador.

Maya situó dos vasos encima de la mesa, sirvió dos copas y le entregó una a ella. Luego agarró la suya y atravesó el salón para sentarse en el sofá.

—Bien, ya estoy lista.

—No voy a contártelo Maya... —resopló Kaori. Bebió un sorbo de Martini y una afectada sonrisa le arqueó los labios.

—Venga, vamos, ¿desde cuándo eres tan reservada?

—Desde que conozco a tipos como Tilman.

Los ojos de Maya se abrieron de par en par mientras observaba a Kaori descender las cortinas y abrir las puertas de la terraza para que transitara el aire fresco.

—¡No puedo creerlo! Kaori Sato, ¿te has acostado con ese hombre?  
—Maya entrecerró los ojos con astucia.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que no es todo sexo en esta vida?

—La verdad, no.

Cuando el teléfono volvió a sonar sobre la mesa de la cocina, ambas lo miraron un instante en silencio

—¿No vas a cogerlo? —le preguntó Maya.

Kaori se encogió ligeramente de hombros.

—No será nada importante.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca o qué? Podría ser un cliente importante —replicó Maya, levantándose de su asiento para responder a la llamada.

A Kaori apenas le dio tiempo de reaccionar antes de que su amiga descolgara el auricular.

—¿Sí? —preguntó Maya, alzando hacia ella el dedo pulgar y agitándolo el aire para indicarle que todo iba viento en popa—. Sí... Sí que está aquí... ¿De parte de quién?

Maya levantó las cejas y parpadeó varias veces. Luego, sin pronunciar una sola palabra, le paso el teléfono a Kaori.

—Es Tilman.

Kaori miró el aparatito indecisa, vacilando si debía responder. No obstante, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Agarró el teléfono entre los dedos y lo acercó lentamente al oído.

—¿Qué quieres?

—Te fuiste antes de que terminásemos de hablar.

Ella soltó una risa amarga.

—Sí, de acuerdo. Pensé que había dejado muy claro que no me apetece ser el juguetito de nadie. Mucho menos el de un tipo que va a casarse dentro de quince días.

—Créeme, me ha quedado claro como el agua.

—Entonces, no te importará decirme por qué motivo me llamas.

Sentado tras la mesa de su despacho, Tilman alzó ante sus ojos el kimono de Kaori.

—Pues porque tengo una bolsa llena de un montón de cosas que te pertenecen.

Kaori recordó de pronto que había dejado olvidada su bolsa de deporte en el suelo del *parking*.

—Será mejor que se la des a Rachel. Seguro que no tendrá inconveniente en entregármela.

—Ya, pero entonces no podríamos hablar.

—No he dicho en ningún momento que desee hacerlo.

—Por el amor de Dios, Kaori. Somos adultos. ¡Hablemos! ¿Qué daño puede hacernos?

—Oye, te largaste. Eso, en mi mundo, es como si te dieran una buena patada en el culo; literalmente.

—Ya te he dicho que me asusté. Sé que me comporté como un idiota, pero piénsalo, ¿qué hubieras hecho tú en la misma situación?

—Ya estaba en la misma situación.

—¿Tú crees? Porque que yo sepa, soy el único de los dos que va a casarse dentro de unos días.

—Y hablando de eso, ¿qué hay de tu prometida?

—No metas a Ariana en todo esto, ella no tiene nada que ver con lo que ha pasado entre nosotros.

—No me hagas reír. Lo que has dicho es una estupidez.

—Oh, vamos, solo quiero darte tus cosas y aclarar todo lo demás. Supongo que no es tanto pedir. Además, Rachel hace ya rato que se ha marchado. No querrás que la llame a casa y le diga que se acerque a la oficina a las tantas de la noche para recoger tus cosas.

—Pídeselo mañana.

Durante un largo momento, se hizo el silencio al otro lado de la línea.

Cuando ella estaba a punto de abrir la boca y preguntarle si continuaba ahí, Tilman dijo:

—Mira, Kaori, dejemos las cosas claras. No pienso pedir a nadie que te acerque tus cosas, así que si no vienes tú a por ellas, me veré obligado a ir yo mismo a devolvértelas.

Kaori sintió cómo si un puño invisible le golpease el estómago.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Pero que quede claro que no hablaremos en ningún momento de nada. Iré mañana a tú oficina, me darás la bolsa y me iré sin más. Por lo que a mí respecta, entre nosotros no ha ocurrido nada. Además, no necesito alguien que me complique la vida y estoy segura de que tú tampoco.

—Me da la sensación de que continuas nerviosa, Kaori.

—Ooh, te equivocas, estoy muy relajada. Es más, ¡estoy relajadísima!

—Tranquila. Que yo sepa aún no me he comido a nadie.

—¿Estás de coña, verdad?

La risa de Víctor inundó el auricular, avivando en ella un intenso calor.

—Hasta mañana, Kaori.

Víctor colgó el auricular y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro mientras se hundía en el respaldo de la butaca. Cada vez sentía más curiosidad por esa mujer, pensó, mordiéndose el labio inferior para matar una sonrisa. Surtía un efecto devastador en él, que hacía que su confianza en sí mismo, y en todo lo que lo rodeaba, se tambalease.

Se puso de pie y caminó hasta la ventana con las manos en los bolsillos. No iba a consentir, bajo ningún concepto, que se vinieran abajo los firmes pilares que había construido con tanto esfuerzo. Había trabajado mucho para lograr que la Tilman Company purchases estuviese a la cabeza de un centenar de compañías inmobiliarias potencialmente poderosas. Algo que estaba a punto de conseguir al unirse a Property Fox. No podía dejar que todo se fuera al traste. Primero averiguaría qué le ocurría con esa mujer. Tal vez simplemente fuera el deseo de meterse entre sus piernas. Él podía lidiar perfectamente con eso. Lo único que necesitaba era un día más con ella para

demostrarse a sí mismo que podía mantener la cabeza fría y la bragueta de su pantalón bien cerrada.

Kaori colgó y dejó el teléfono sobre la mesa del salón.

¿Qué demonios acababa de pasar?, se preguntó sin poder comprender el motivo que le había impulsado a aceptar la propuesta de ese hombre. Pensativa, sorbió un poco de Martini seco y alzó la vista, reparando al instante en que Maya la observaba con aquellos grandes ojos verdes llenos de curiosidad.

Paladeó el sabor áspero del licor y aguardó a que su amiga dijese algo.

—¡Te has acostado con él! —exclamó Maya, soltando a continuación un pequeño jadeo.

—Ya te he dicho que no.

—Pues si no te explicas, vas a lograr que me sienta como una idiota.

—No estoy muy segura de lo que ha ocurrido entre ese hombre y yo —Kaori se sentó frente a ella y exhaló un prolongado suspiro—. Víctor Tilman me siguió hasta el *parking* del *St. Regis* y comenzó a decir cosas sin sentido. Y yo... Bueno, me sentía un poco rara después de que me besara en el salón y...

—¿Tilman te besó? —le preguntó Maya, con los ojos abiertos como platos, antes de dejarse caer sobre el respaldo del sofá—. ¡Ay madre! No puedo creerlo. ¡Ese bombón te ha besado!

Rápidamente volvió a incorporarse.

—¿Y qué tal fue?

—No puedo creer que me preguntes eso. ¿Te das cuenta de en qué lío me he metido?

—Oye, que no eres tú la que va a casarse —le recordó su amiga—. Es él quien debería abstenerse de meter la lengua en donde no debe.

—Ya, pero el caso es que lo ha hecho. Y te recuerdo que voy a trabajar para él durante los próximos quince días. Así que ya puedes decirme cómo demonios voy a conseguirlo mientras esté pululando a mi

alrededor. Después de lo sucedido, ni siquiera sé cómo debo actuar. Puede que lo mejor, después de todo, sea rechazar el trabajo.

—No digas bobadas. Estás dejando que todo esto te afecte demasiado. Piensa que solo será hasta que esos dos se casen, luego, adiós muy buenas.

—Conociendo a Tilman eso va a ser una eternidad.

—Entonces será mejor que hables con él y dejéis las cosas claras.

—Ya me gustaría, pero parece como si alguien pulsara el botón de «*off*» en mi cerebro cuando lo tengo cerca. Nunca me ha ocurrido nada semejante. Te juro que no sé lo que me pasa. No puedo pensar con claridad y hasta se me olvida que él es un hombre comprometido.

—Ariana Fox es una arpía.

—Eso no importa, Maya, él va a casarse con ella. Fin de la historia.

—¡Y un cuerno, fin de la historia! ¿Desde cuándo no sales con un hombre? ¿Desde lo de Timothy?

—Me sorprende que te extrañe tanto, de quien realmente estaba enamorado Timothy era de su Mustang del sesentaisiete descapotable.

—Está bien, recapitulemos —Maya inspiró lentamente el aire, fue hasta la cocina y extrajo un bolígrafo plateado de su bolso. Luego agarró el cuaderno en el que Kaori solía anotar todos los encargos y lo situó sobre la mesa, antes de continuar diciendo—: ventajas e inconvenientes de echar un polvo con Tilman.

—¿Qué pretendes? —Kaori rió con asombro.

—Pues hacer una lista, por supuesto.

—No veo en qué va a ayudarme una lista. Entre ese hombre y yo no va a suceder nada.

—Primero la lista. Puede que después de echarle un vistazo te lo replantees.

—Me conoces demasiado bien para creer eso.

—Lo mismo me sorprendes... —Maya sonrió con bribonería.

—¡Está bien! —resopló Kaori—. Pero que conste que solo lo hago

para no seguir escuchándote decir tonterías.

Maya se encogió de hombros una fracción de segundo e hincó la punta del bolígrafo sobre el papel.

—¿Continuamos?

—De acuerdo —resopló Kaori con cansancio—. En primer lugar, tiene novia

—¿Lo pongo en la columna de ventajas o en la de inconvenientes?

—¡Maya!

—Está bien, lo pongo en inconvenientes —aceptó la joven, anotándolo en la libreta.

—Además, por el momento trabajo para él.

—Eso sí que es un problema —reconoció Maya.

—Esto es una tontería... —masculló Kaori en voz baja, acercando el vaso a sus labios para dar un pequeño sorbo.

—Puede, pero por el momento solo tenemos dos inconvenientes y muchas ventajas.

—¿Ventajas?

Maya asintió con la cabeza.

—Ventaja número uno: hay pruebas evidentes de que la ausencia de sexo influye de forma negativa en el carácter. Esa es una razón de peso para irte a la cama con ese hombre.

—O con cualquier otro, así que trata de concretar un poco.

—Es guapo, rico y tiene un culo divino.

—Acepto lo de su trasero —dijo, despegando un dedo del vaso para señalar a su amiga.

—Y ese cuerpo...Ummm. Tiene unos hombros anchos y fuertes. Y unas manos... Seguro que cuando te toca hace que el cuerpo entero se te encienda.

Kaori notó que la boca se le secaba repentinamente. Tomó la bebida de un solo trago y dejó la copa vacía sobre la mesa, mientras una oleada

de calor le invadía el vientre.

Por un momento trató de figurarse cómo sería hacer el amor con Tilman, sentir el peso de ese hombre sobre su propio cuerpo, moviéndose entre sus piernas y hundiéndose una y otra vez en ella.

Un calor abrasador le inundó las mejillas. Se apartó el cabello de la nuca y se lo situó sobre el hombro izquierdo, acercándose después a la terraza y abriendo aún más la puerta.

—Además —comenzó a decir Maya, que no le había quitado ojo de encima en ningún momento—, está claro que ese Tilman te pone a cien.

—Esa no es razón suficiente para que decida ignorar que está a punto de casarse.

—Ya, pero todavía no lo está.

—Es casi lo mismo.

—¡Venga ya! Ese hombre es soltero y ella es sobradamente conocida por su adicción al sexo opuesto. ¿Cuánto tiempo crees que esos dos estarán juntos? En Nueva York corre ya el rumor de que ella está poniéndole los cuernos con su peluquero.

Kaori abrió la boca con la intención de responder, pero la cerró cuando el timbre volvió a sonar.

—No deberías creer todo lo que escuchas por ahí —le aconsejó a Maya de camino a la puerta. Descolgó el telefonillo, y una vez más respiró tranquila al oír la voz de Rachel.

Tres minutos después, la secretaria llegó al apartamento y saludó a Kaori mientras deshacía el lazo del desfasado foulard que rodeaba su cuello. Tras colgarlo junto a la puerta, le dijo:

—Tan solo voy a hacerte dos preguntas, Kaori. Una: ¿sabes que tu ascensor está roto? Y dos: ¿se puede saber qué ha pasado hoy entre tú y mi jefe?

La sonrisa se esfumó rápidamente de los labios de Kaori.

—¿A qué demonios viene eso? —le preguntó a Rachel, observándola mientras se dirigía hacia el salón.

Rachel apoyó las manos en la cintura y se giró para mirarla.

—No te hagas la tonta, Tilman me ha pedido tu dirección y teléfono.  
Kaori clavó los ojos en el techo y los rodó.

—¿Y eso te parece extraño? Voy a trabajar para él, ¿recuerdas?

—Ya, pero después me preguntó si estabas saliendo con alguien. Y te aseguro que eso no es propio de él.

Rachel caminó hasta el centro del salón y desvió la vista hacia la barra de la cocina, deteniéndose en seco al advertir que no estaban solas.

—Hola.—Maya levantó una mano tímidamente.

—Esta es Maya —indicó Kaori a Rachel. Luego le dijo a Maya—. Rachel es la secretaria de Tilman.

—¿Del tío del polvo?

—¿Qué significa eso? —La recién llegada abrió los ojos como platos.

—Tú, ni caso —le aconsejó Kaori, mirando a Maya sin pestañear.

—Me temo que ya es demasiado tarde —respondió Rachel, apoyando una mano en sus estrechas caderas y entornando los ojos con perspicacia—. Si no os importa, me gustaría saber qué estáis tramando.

—Estamos tratando de enumerar las razones por las que Kaori debería acostarse con tu jefe.

—Ah... —Rachel abrió la boca sin demostrar la más mínima sorpresa—. Pues a mí se me ocurre que no estaría mal que alguien le bajase los humos a esa Ariana. ¿Sabéis que se comenta que está liada con un tal Poppy? Por lo visto es su peluquero.

—¡Y dale! —soltó Kaori, echándose a reír—. Pensadlo bien, ¿qué mujer que poseyera dos dedos de frente se liaría con un tipo llamado Poppy? ¿Soy la única en esta sala a la que eso le parece ridículo?

—Eso lo dices porque todavía no has visto a ese tipo—la contradujo Rachel con una sonrisa. Pasó junto a Maya para coger un paquete de tostadas y situarlo sobre la encimera—. Como le ocurre al propio Tilman, ambos ignoráis que el tal Poppy es un tío de uno ochenta con un cuerpo de bailarín que quita el hipo. Justo el tipo de hombre que le gusta a su maravillosa y perfecta novia.

—No puedo imaginar que una mujer pueda sentirse atraída por otro hombre teniendo a Víctor Tilman cerca —repuso Kaori, enarcando las cejas.

—¡Oh, Dios! ¿He entendido mal, o acabas de confesar que te gusta ese hombre? —Maya avanzó hacia ella.

—¿Crees que me he vuelto loca? —resopló Kaori. Agarró el teléfono y ojeó su agenda tratando de localizar el número de la pizzería—. No he dicho en ningún momento que me guste. Aunque sí admito que es un hombre muy atractivo.

—O lo que es lo mismo, un buen polvo —dedujo rápidamente Maya.

Kaori y Rachel la miraron con los ojos muy abiertos, y un segundo después rompieron a reír.

—Y aún te preguntas por qué Dilan no quiere comprometerse contigo —bufó Kaori entre dientes.

—Oops —Maya alzó ambas manos a la defensiva y exclamó con contundencia—. ¡Esta noche está totalmente prohibido hablar de Dilan!

—De acuerdo —aceptó Kaori—. Siempre y cuando nos olvidemos también del asunto de Tilman.

—Eres despiadada, Kaori Sato —la acusó Maya, mirándola con una ladina sonrisa en los labios.

—No sabes hasta qué punto...—Kaori arrugó la nariz e hizo un gesto de triunfo.

—No deberías cantar victoria tan pronto —le advirtió Maya, y después caminó hasta el salón. Tras sentarse en el sofá, inclinó la cabeza a un lado y la miró—. ¿Y bien? Estoy esperando.

Kaori podía ver la excitación en la mirada de su amiga. Asumiendo que no tenía intención alguna de dejar el tema, resopló y le dijo a Rachel, en tono de súplica:

—Supongo que tú no querrás también pasar la noche hablando de ese hombre...

—¿Bromeas? —soltó la muchacha. Luego se sentó junto a Maya y dejó una bandeja llena de tostadas en medio de la mesa—. Me muero

por saber qué ha ocurrido. Así que ya puedes pedir esas pizzas, porque no pienso morir de hambre mientras espero a que te decidas a contárnoslo todo.

—Pero, ¿qué queréis que os cuente? Estábamos en ese salón hablando de flores, o al menos eso era lo que yo creía, cuando de pronto él me besó. —Kaori suspiró mientras se dejaba caer frente a ellas, en una pequeña butaca—. Todavía no logro entender qué ha sucedido o cómo. Estoy hecha un lío, y no paro de preguntarme si debería hablar con él o dejar las cosas tal como están. Y tal vez eso último sea lo más prudente, a juzgar por el modo en que ha terminado todo.

Kaori bajó el rostro y lo ocultó en el interior de las palmas de sus manos, mascullando las palabras en voz alta.

—¿Por qué demonios tuve que meterle la mano en la bragueta?

—¿En la bragueta? —repitieron al unisonó Maya y Rachel, como si se hubiesen puesto de acuerdo.

—No fue nada —objetó ella velozmente, sintiéndose algo culpable—. Tan solo quería que supiera que no iba a dejar que jugase conmigo.

—¿Y crees que meterle la mano en la bragueta es la mejor manera de decírselo? —le preguntó Maya—. ¡Joder, eso es demasiado hasta para mí!

Kaori se encogió de hombros.

—Me sentía indignada, ¿vale? Ni siquiera pensé bien qué estaba haciendo. ¿Sabéis qué me dijo Tilman? ¡Qué era un experimento! ¿Podéis creerlo? ¡Un experimento!—repitió enfurecida—. Y digo yo, ¿sabe alguien qué significa eso? Porque yo no tengo ni puta idea.

—Estoy segura de que todo esto tiene una explicación lógica —opinó Rachel—. Me refiero a que conozco a Tilman lo suficiente para saber que jamás hace nada a la ligera. Estoy segura de que ese hombre prevé hasta la hora de ir al baño. No te imaginas lo metódico y frío que es. A veces, casi da miedo lo inalterable que parece. Debería vivir en el Polo Norte junto a los pingüinos, y no en Manhattan.

—Pues a mí me parece que Kaori ha conseguido resquebrajar su iglú —dedujo de pronto Maya.

—No has podido expresarlo mejor —señaló Rachel—. Probablemente sea el propio Tilman el más sorprendido por todo lo ocurrido. Nunca hace nada que no haya previsto con antelación, así que esto ha debido de ser una gran sorpresa para él, desde luego. Me imagino la cara que pondría Ariana Fox si llegara a enterarse. Seguramente revelaría esos colmillos de pitón venenosa que tiene ocultos en la boca.

—¡Eh! ¿Os acordáis de mí? Se supone que ahora es cuando deberíais decirme qué haríais en mi lugar.

—Ya sabes lo que haría yo —dijo Maya con una enorme sonrisa.

Kaori resopló y miró a Rachel.

—Será mejor que seas tú la de los consejos —le dijo, frunciendo el entrecejo.

—Eso, preguntemos a la tipa esa —Rachel comenzó a parodiar los posibles pensamientos de Kaori—. Sí, la del moño estirado. Seguro que ella no tiene las suficientes agallas para arriesgarse y aconsejarme que me tire a ese hombre... ¡Pues te equivocas, guapa!, porque en mi opinión, deberías echarle un polvo antes de que tengamos que contratar a un buen fontanero para que desatasque ciertas cañerías. Tú ya me entiendes...

Kaori puso los ojos en blanco y miró al techo una décima de segundo.

—Eso me pasa por preguntar. —Se inclinó en la butaca para coger una tostada y le dijo—: Pero que sepas que a mí no me la das con queso con ese aspecto de mosquita muerta. Así que ya puedes soltarte el pelo y quitarte esas gafas. ¿De dónde demonios las has sacado?

—De un mercadillo de segunda mano, por supuesto. ¿De dónde esperabas? ¿Crees que es fácil encontrar unas gafas tan horrendas? —Rachel hizo una pausa para morder su tostada—. Al menos consiguen que me tomen en serio. Hacen que me sienta un poco como Superman en su papel de Clark Kent.

—Superman no tiene una Harley-Davidson cogiendo polvo en mi plaza de *parking*.

—Ya te dije que me la llevaré la semana que viene, cuando Baxter termine de reparar el remolque de mi autocaravana. Por lo demás, te

recuerdo que no es del polvo de mi motocicleta del que estábamos hablando.

Kaori se la quedó mirando, y luego exhaló un largo suspiro.

—Está bien, de acuerdo. ¿Y luego qué?

—No lo entiendo —confesó Maya—. ¿A qué te refieres?

—Digamos, solo por decir algo, que me acuesto con Tilman. ¿Y luego?

—Pues nada: él se casa, tú dejas de hacerte preguntas chorras, y cada uno por su lado. ¡Fin de la historia! Comieron perdices y fueron más cornudos que los renos de Papá Noel.

—Me encantaría poder verlo desde tu punto de vista, Maya, pero dudo que sea tan sencillo.

—No lo entiendo, solo se trata de sexo, nada más.

Las tres jóvenes se quedaron en silencio durante unos instantes, mirándose las unas a las otras.

—Está bien —dijo Rachel de pronto, interrumpiendo aquel incómodo mutismo—, será mejor que pidamos las pizzas y dejemos este tema. Probablemente se resuelva por sí solo, sin necesidad de que Maya o yo intervengamos. Estas cosas son así: parece que ha ocurrido una hecatombe y luego resulta que solo tú le has dado importancia.

Kaori volvió a descolgar el teléfono y le dijo:

—Espero que no te equivoques, Rachel, porque mañana he quedado con Tilman en su oficina.

Rachel, que en esos instantes terminaba de soltarse la melena, la miró con expresión de sorpresa.

—Por lo visto se dejó varias cosas en el hotel y ahora él pretende devolvérselas —le explicó Maya a Rachel.

—Si quieres puedo recogerlas yo —se ofreció la secretaria.

—Por mí no habría inconveniente. Lo cierto es que esa fue mi idea en un principio, pero Tilman se negó. Si no voy, amenaza con presentarse en mi apartamento. Y no estoy dispuesta a dejar que ese tipo se presente

aquí. Es demasiado... Demasiado...

Kaori vaciló un momento, tratando de hallar la mejor manera de describirlo.

—Peligroso —adivinó Maya.

—¡Eso es!—Extendió la mano abierta hacia su amiga, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

En su fuero interno, Kaori sabía que no debía dejarlo entrar en su apartamento porque en cierta manera sería como dejarlo entrar en su vida. Y había tenido demasiadas decepciones con los hombres para dejar ahora que Tilman ocupara una parte importante en ella.

Kaori deseaba no haber actuado como lo hizo en el aparcamiento. Sin embargo, en aquel momento no se le ocurrió nada mejor que meter la mano en su pantalón para demostrarle que podía mantener el control, y que era totalmente capaz de no sucumbir ante la atracción que él ejercía sobre ella.

En aquel instante entendió que Tilman, el hombre de hielo, creía poder acostarse donde y con quien le diese la gana. Pero obviamente no esperaba que ella cortara por lo sano, dejándolo duro como una piedra y sexualmente frustrado. Eso no estaba en sus planes, a juzgar por el modo en que la había mirado.

Aquel pensamiento la hizo sonreír. Marcó el número de la pizzería y pidió dos, una con peperoni y una margarita, antes de sentarse junto a sus amigas.

Pasaron dos largas horas hablando de hombres, sexo y cine. Las tres coincidieron en que la mayoría de tíos tenían unas manías de lo más peculiares. Luego hicieron palomitas y decidieron relajarse con una copa de vino tinto mientras veían por cuarta vez *El silencio de los corderos*.

Eran las tres de la madrugada cuando Maya y Rachel decidieron que ya era hora de marcharse a casa. Así que Kaori las acompañó hasta la puerta y tras despedirse de ellas apagó las luces y regresó al sofá, donde se acurrucó haciendo con su cuerpo un ovillo.

Al cabo de media hora sus ojos comenzaron a ir del reloj a la pantalla del televisor cada pocos minutos. Cerró los ojos, tratando de dormir,

pero los abrió un instante después, notando que apenas circulaba el aire a pesar de que las puertas de la terraza estaban abiertas de par en par.

Miró de nuevo hacia el reloj y sintió que la ansiedad le estrujaba el pecho. Sería poco decir que estaba aterrada ante la perspectiva de ver de nuevo a Tilman. Temía que él se percatase de lo mucho que a ella le gustaba.

Kaori se incorporó y clavó los ojos al frente, sin mirar a nada en concreto.

Víctor Tilman le gustaba, por mucho que deseara negarlo.

Aquel pensamiento la transportó de nuevo a la veinteava planta del *St. Regis*, a sus besos, a aquella profunda y áspera voz susurrándole al oído.

Cerró los ojos y notó un intenso escalofrío al pensarlo, que acabó cosquilleándole en la punta de los dedos de los pies. Se sentía turbada, la piel le ardía y le faltaba el aire.

¿Cómo apaciguar todas las emociones que sentía? Eran como un ir y venir de olas que arañaban las arenas de su seguridad, arrastrándolas al fondo de un mar de incertidumbre. Jamás le había ocurrido nada parecido con ninguno de los hombres con los que había salido. Siempre había sabido lo que quería y hasta dónde llegar. No como ahora, que apenas se sentía capaz de decidir si el acostarse con él era una buena idea.

Tras cerrar las puertas de la terraza, Kaori se dirigió a su habitación y se metió en la cama con la esperanza de poder dormir lo suficiente antes de enfrentarse a Tilman.

Seguro que tendrían mucho de lo que hablar.

## Capítulo 2



Clavel rojo

**Pasión**

### A 14 días para la boda

A la mañana siguiente, tras detener el coche frente a las oficinas de la Tilman Company purchases, Kaori apoyó un instante la frente contra el volante e inhaló una profunda bocanada de aire. Después de contar hasta diez, vació lentamente los pulmones e irguió la cabeza para echar un vistazo a la imagen que le devolvía el espejo retrovisor. Con alivio, comprobó que el maquillaje continuaba todavía en su sitio. Se aplicó una segunda capa de brillo de labios sabor cereza y se puso unas enormes gafas de sol.

Había llegado la hora, se dijo a sí misma, suministrándose el coraje necesario para salir de su viejo escarabajo del sesentaiocho y avanzar con paso firme hacia el imponente bloque de oficinas.

Aquella mañana había optado por ponerse un sencillo conjunto de dos piezas, que consistía en una ajustada falda de corte recto que le cubría

las rodillas y una blusa de seda azul. También se había calzado los zapatos de tacón más altos que había encontrado en el armario, suponiendo que transmitirían una imagen más segura de sí misma. Y así fue hasta que entró en el ascensor, pulsó el peliagudo botón de la cuarta planta y las puertas se cerraron. En ese momento notó que las piernas comenzaban a temblarle sin control. Un efecto que empeoró cuando el elevador se detuvo a medio camino para ser abordado por tres mujeres que reían a carcajadas. Kaori se obligó a sonreír cuando una de ellas se situó a su lado y le lanzó una breve mirada de curiosidad. Ambas se dieron los buenos días, simplemente por educación, y ella deslizó los pies hacia atrás, aplastándose contra la pared de la cabina para dejarles un poco más de espacio.

—Pues qué queréis que os diga —dijo una de las chicas, rubia y delgada, ignorando adrede su presencia—, yo creo que es amor.

—¡Venga ya!—rió otra joven de cabellos negros y cortos mientras sacaba una polvera del bolso para aplicarse unos rápidos toques sobre la punta de la nariz. Cerró el estuche de golpe y miró a la rubia—. Está a punto de casarse, por amor de Dios.

—Eso no significa que una mujer tenga que pasar de un tigre como ese. —La rubia bajó la voz e inclinó el cuerpo hacia las dos jóvenes—. Os juro que la tiene como la de un toro.

Las tres estallaron en risas mientras Kaori las observaba, fingiendo estar sorda como una tapia.

—Si te llegara a oír Ariana... —le advirtió la morena.

Oh, mierda. ¿De verdad estaban hablando de quién ella creía?

Kaori se quedó mirando a la mujer de cabellos rubios, aguardando su respuesta.

—Si Ariana estuviera aquí me daría las gracias. ¿Sabéis que yo misma los presenté? —dijo, lanzando a continuación un áspero suspiro—. Si llego a saber que la muy zorra iba a quedárselo para ella sola, jamás le habría dado la tarjeta de mi peluquero.

Cuando las puertas metálicas del ascensor se deslizaron a un lado, Kaori salió a toda prisa, abriéndose paso entre las mujeres que la miraron como quien contempla a un bicho raro.

Cuando el elevador continuó su camino hacia la sexta planta, detuvo los pies en seco y se concedió un par de segundos para respirar.

—¡Mira quién ha llegado! —exclamó Rachel desde su mesa en cuanto la vio. Se acercó a ella y, después de echarle una rápida ojeada, pestañeó sorprendida—. Oh, Dios mío, tienes un aspecto horrible.

—Muchas gracias, Rachel, eso es justo lo que necesitaba oír esta mañana para sentirme mejor —le respondió a su amiga, sin poder evitar imprimir una buena dosis de sarcasmo en su voz.

—Podrías al menos quitarte esas gafas; son más horribles incluso que las mías.

—¿Está bien así, mamá? —le espetó Kaori, quitándoselas y ocultándolas a continuación en el bolso.

—Mucho mejor —le respondió la secretaria, sin tomar en cuenta su sarcasmo—. Bien, ¿cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté? ¡Estoy más acojonada que un caramelo en la puerta de un colegio de primaria!

—Haz el favor de no decir tonterías —la amonestó Rachel—. Vamos a ver, será mejor que respires hondo y te relajes si no quieres volver a estropearlo todo.

Tratando de tranquilizarla, la secretaria le tomó ambas manos y comenzó a respirar profundamente, con la intención de que ella la copiara.

—Si continúas haciendo eso vas a conseguir que me dé la risa.

—De acuerdo. —Rachel le soltó las manos—. ¿Has traído protección?

Kaori abrió la boca y dejó caer la mandíbula.

—Claro, he traído puesto el puto cinturón de castidad, ¿no te jode?

—Sí, riéte, pero quién sabe lo que puede ocurrir hoy en ese despacho.

—Yo te diré lo que va a ocurrir en ese despacho: voy a hablar con Víctor Tilman, luego cogeré mi kimono, y después me iré a tomar un delicioso café con una gran nube de nata, que previamente una amable

camarera espolvoreará con una pizca de canela rallada. ¡Eso es exactamente lo que va a suceder!

—No te lo he dicho nunca, Kaori, pero eres la tía más corta rollos que conozco —bromeó Rachel, justo un segundo antes de que comenzara a sonar el timbre del interfono que descansaba sobre su mesa.

Ambas desviaron la mirada hacia la pequeña cajita de metal.

Rachel se acercó al aparatito, contó hasta tres y pulso el botoncito rojo.

—¿Sí, señor Tilman?

—¿Hay noticias de la señorita Sato?

Rachel la miró por encima del cristal de las gafas.

—La señorita Sato acaba de llegar.

El corazón de Kaori se saltó un latido.

—¿Y a qué está esperando para hacerla pasar a mi despacho?

—Enseguida, señor Tilman —dijo, apartando rápidamente el dedo del botón—. Ya lo has oído.

Resistiéndose a la tentación de darse la vuelta y largarse de allí en ese preciso momento, Kaori inhaló un par de veces el aire y echó los hombros hacia atrás, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo.

No iba a dejarse dominar por el pánico, se prometió a sí misma, recordando el esfuerzo y el trabajo que le había costado llegar hasta allí. No había sido nada fácil dar la espalda a todo lo que hasta entonces había conocido: una vida llena de comodidades, una familia y a un prometido. Habían transcurrido dos largos años desde que se atrevió a desafiar la autoridad de su propio padre, el respetado hombre de negocios Saburo Sato. Sin embargo, sabía que hacerlo era lo único que le iba a permitir administrar algo que nadie pensó que sería capaz: su propia vida.

Y ahora, ante la puerta de ese hombre, las rodillas le temblaban sin control. ¿No era eso una contradicción?

Kaori echó un último vistazo a su aspecto y comprobó que la falda y el escote de la blusa continuaran aún en el mismo sitio. Una vez se

cercioró de que así era, entró en el despacho.

En cuanto oyó el chasquido del picaporte a su espalda, tuvo la certeza de que acababa de meterse en la boca del lobo. Sin embargo, no iba a marcharse de allí hasta que él le devolviese el kimono. Volvió a morderse el labio inferior y echó una mirada al alrededor.

El lugar era luminoso, aunque tenía cierto aire sofisticado que le otorgaba una discreta frialdad. No era una habitación acogedora, pero tampoco lo era su dueño, así que no tenía de qué extrañarse. Ese hombre era tan inalterable y complicado como la reproducción del Picasso que colgaba de la pared de su despacho, recapacitó Kaori, desviando después los ojos hacia la enorme mesa tras la que se hallaba sentado Tilman.

Cuando sus miradas colisionaron, contuvo el aliento.

Sí, definitivamente había perdido la cabeza al decidir ir a su despacho aquella mañana. Pero lo cierto es que lo había hecho, y ahora no podía dar media vuelta y largarse por la puerta sin parecer una maldita chiflada.

Kaori irguió el mentón y lo miró, tratando de mantener a raya el traqueteo acelerado de su corazón. Su cuerpo experimentó una cierta agitación cuando avanzó hacia él. Sentía que estaba caminando sobre un cúmulo de brasas ardiendo. La gran diferencia radicaba en que las brasas podía apagarlas cuando le viniese en gana, y con seguridad quemaban menos.

El suelo enmoquetado silenció el sonido de sus flamantes zapatos de tacón, restándoles un poco de aquella importancia que ella misma les había otorgado.

—Me alegra que finalmente hayas decidido venir.

Kaori se encogió de hombros.

—No te equivoques, no lo he hecho por ti —respondió ella, esbozando una sonrisa visiblemente artificial—. No te imaginas lo que cuesta un kimono como ese.

Él soltó una profunda carcajada y sacudió la cabeza.

—Mientes de pena.

Al sentir que el corazón amenazaba otra vez con retumbarle

violentamente contra el pecho, Kaori creyó prudente sentarse.

Estaba loca. Tenía que estarlo para no necesitar más que el timbre de aquella voz, ronca y profunda, para que todo su cuerpo reaccionase como un fósforo a la fricción.

Demasiado confusa para detenerse a pensar en ello, se sentó en la silla de piel que se encontraba frente a la mesa de Tilman y apoyó el bolso a un lado, cruzando después las piernas con el propósito de mostrar una tranquilidad que estaba a años luz de ser real.

Alzó la barbilla, meneó la cabeza y suspiró.

—¿Podrías dejar de mirarme así?

—¿Así, cómo?

—Como si fuera un maldito sándwich de mantequilla de cacahuete.

—Me encanta la mantequilla de cacahuete —respondió él, fingiendo lamerse la comisura de la boca.

—¿Y a quién no? —masculló ella en voz baja, sin poder apartar los ojos de aquella sonrosada lengua—. Pero no es de gastronomía de lo que quieres hablar. ¿O sí?

—Eres una chica lista.

—Si lo fuera, tal vez no estaría aquí ahora.

Él le sostuvo la mirada durante un instante. Luego, exhaló el aire de golpe.

—Está bien. Será mejor que vaya directo al grano y nos dejemos de tonterías, Kaori. —Sus facciones perdieron cualquier rastro de amabilidad. Arrugó el ceño y carraspeó antes de hablar—. Soy un hombre ocupado. Tengo a mi cargo una empresa que en estos momentos marcha mejor que nunca, y a trescientas cincuenta personas que dependen de que todo continúe así. Me levanto por las mañanas sabiendo que cuando llegue a la oficina habrá un café caliente esperándome sobre la mesa; el mejor café de la ciudad. ¿Por qué? Porque estoy acostumbrado a tener todo lo que necesito cuando lo deseo. Sé a pies juntillas que si decido pulsar el botón que comunica con la mesa de Rachel, esta no tardará ni un segundo en responder. Todo el mundo hace lo que pido, nadie me hace esperar y, por supuesto,

tampoco se discuten mis decisiones.

—¿Y todo eso, qué tiene que ver conmigo?

—Más de lo que crees —respondió él, ensanchando momentáneamente los orificios de la nariz como lo habría hecho un toro acorralado contra un burladero—. Es posible que no entiendas muy bien lo que trato de decirte. La verdad es que incluso a mí, ahora que me escucho en voz alta, me suena bastante ridículo.

Kaori contuvo la respiración cuando Tilman se levantó y rodeó la mesa para sentarse frente a ella, en el borde de la misma. Lo observó cruzar aquellos enormes brazos ante su magnífico torso y se aplastó contra el respaldo del sillón, situando el bolso sobre sus piernas y parapetándose tras él.

—Desde lo que ocurrió en el hotel, no he podido concentrarme en nada.

—Bien, deberías de alegrarte por tener un pensamiento racional.

Una radiante sonrisa iluminó el seductor rostro de Víctor.

—Veo que no me entiendes. Lo que trato de decir es que no puedo dejar de pensar en ti. Lo hago a todas horas; cuando me alimento, bebo o duermo. Y lo peor es que también lo hago cuando trabajo. No te imaginas lo que me cuesta mantener la cabeza en su sitio mientras te imagino desnuda en mi cama, con tus muslos abrazando mis caderas y tus pechos en mis...

—¡Vale, vale, vale! —exclamó ella, sintiendo la boca repentinamente seca. Alzó las manos con las palmas hacia fuera y lo interrumpió—. Te he comprendido divinamente, así que no es necesario que continúes dándome tantos detalles.

—Entonces, nada de detalles.

—¡Nada de detalles! —ratificó ella, clavando la mirada en el bolso con el propósito de evitar el contacto visual.

—Te deseo.

Ni contacto visual ni leches. Kaori alzó la cabeza y agrandó los ojos.

—Estás de broma, ¿verdad? Porque si esto es por lo que hice el otro

día en el aparcamiento, te aseguro que...

—No he hablado más en serio en toda mi vida —la interrumpió.

—Entonces, te recomiendo que vayas a ver a un buen siquiatra —contestó ella rápidamente, levantándose de la silla—. Y ahora que lo pienso, sé de uno que te irá de perlas. Ofrece unos descuentos estupendos para casos perdidos como el tuyo.

—No necesito ver a ningún loquero.

—¡Ooh, síiiii! —reiteró ella con firmeza, agitando las manos con evidente nerviosismo—. Sí que lo necesitas, créeme. ¡Y tanto que sí!

Kaori se situó el bolso en el hombro y comenzó a mover rápidamente los pies hacia la puerta.

—¡Espera!

Sí, claro. En eso mismo estaba pensando ella, en detenerse para hablar con el tío que acaba de decirle que la deseaba, pensó, presa de un súbito pánico. Envaró la espalda y alentó a sus zapatos de tacón a apresurar el paso.

El corazón le dio un brinco al notar el peso de la enorme mano de Tilman en su cintura. Se detuvo y bajó el rostro para clavar la mirada en aquella mano de dedos largos y bronceados, con la angustiada sensación de que una luz roja comenzaba a parpadear en su cerebro, activando una señal de alarma. Los músculos de las piernas se le pusieron rígidos y el pulso comenzó a latirle deprisa.

—¿No me oyes? —insistió él.

—¿Te has planteado alguna vez que puedes no conseguir todo lo que deseas? —le dijo ella sin darse la vuelta para mirarlo.

—Ni por un segundo.

Sus palabras la dejaron sin aliento. Trató de tranquilizar el temblor de sus manos e intentó abrir la boca para decir algo, pero la cerró cuando se dio cuenta de que tenía la garganta completamente seca. Tragó saliva y clavó los ojos en la reproducción del Picasso, experimentando una inverosímil mezcla de temor y agitación.

Sabía que debía moverse y salir de allí de una maldita vez. Su instinto

se lo decía; cada célula y átomo de su cuerpo se lo decía: lo más prudente era alejarse de ese hombre.

Tomó aire y probó a dar otro paso hacia la puerta. Por desgracia el tacón de su zapato no se mostró demasiado dispuesto a colaborar, se balanceó hacia adentro y las rodillas le fallaron.

Kaori gimió al sentir un latigazo de dolor en el tobillo y soltó un taco cuando perdió momentáneamente el equilibrio.

Medio segundo más tarde, se preguntó cómo puñetas había acabado con la espalda apretada contra el duro torso de ese hombre y rodeada por sus enormes brazos.

Una arruga le surcó la frente. Tragó saliva, consciente de que estaba perdiendo de nuevo el control de la situación, y todo pareció detenerse una fracción de segundo.

Lo suficiente como para darle tiempo a pensar que había sido una tonta, una grandísima tonta, al creer que podría entrar en esa oficina como si tal cosa, recoger su kimono y largarse después sin más. Lo había intuido desde el principio: no era una buena idea. Sin embargo, no había tenido ni las fuerzas ni la sensatez necesarias para resistirse al deseo de volver a verlo. Así que allí estaba, con la mierda hasta el cuello y las hormonas revolucionadas.

Kaori trató de organizar sus pensamientos. No estaba segura de saber cómo actuar ahora que las cosas se habían descontrolado. La idea de tener sexo con él era bastante tentadora. Tal vez porque llevaba demasiado tiempo sin mantener relaciones con un hombre. Pero no tenía ni idea de si debía o no hacerlo con él. Al fin y al cabo, Tilman era su jefe. Al menos hasta el día en que llenase ese hotel de flores.

Un mechón de pelo negro se deslizó sobre su frente, movió los dedos para apartarlo y detuvo la mano a medio camino, cuando el cálido aliento de Tilman le acarició la parte posterior del cuello. Respiró y se tomó un segundo para acostumbrar su cuerpo a aquel excitante efecto. Con cada respiración de su boca, la sangre circulaba más rápido por sus venas y le hervía en las arterias, dificultando cualquier pensamiento de su cerebro.

—Está bien, ya puedes soltarme —le pidió.

—¿Estás segura de saber caminar con esos zapatos?

—Creo que los zapatos no son el problema.

—¿No? —murmuró él, rozándole el cuello con los labios—. Entonces, ¿cuál es el problema, Kaori? Hasta el momento no hemos hecho más que hablar de mí y de mis deseos. Ahora quiero saber lo que tú deseas... ¿Qué deseas, Kaori?

Ella se dio la vuelta bruscamente y cuando sus miradas se encontraron se quedó en blanco.

—Yo... —El pulso se le aceleró—. No lo sé...

¡Y un pimiento no lo sabía!, se reprochó a sí misma mentalmente. Sabía lo que deseaba. Sus hormonas lo sabían. Lo tenía delante mismo de las narices, medía más de un metro ochenta y olía a Armani. Un aroma que parecía tener la peculiaridad de adherírsele al paladar como un caramelo.

Justo el dulce que el cuerpo le pedía.

Justo el dulce que deseaba.

Justo lo que menos necesitaba en esos momentos.

Kaori deslizó la mirada hasta los generosos labios de Tilman e inhaló el aire despacio, contemplándolos durante unos segundos.

Tal vez más de los necesarios, recapacitó un momento después, al darse cuenta que él los arqueaba lentamente hacia arriba en una sonrisa. Lo que logró que apartase la mirada a un lado y la clavase un instante en las vistas que se divisaban desde la enorme cristalera.

El tiempo suficiente para darle una patada en el culo a la descabellada idea de besar a ese hombre.

—No entiendo por qué continúas resistiéndote, si es evidente que te atraigo tanto como tú a mí. Puedo notarlo, así que deja de fingir que no es así.

Kaori no lo miró. Hubiera deseado que aquellas palabras no fueran ciertas, pero no podía negar lo evidente.

—Tú lo has dicho, no es más que atracción física; simple y

llanamente.

—Estupendo, porque eso es justo lo que espero, algo sin vínculos emocionales. Una fantasía breve, y desde luego perecedera.

—O sea, que me estás pidiendo que echemos un polvo.—El corazón de Kaori latió salvajemente.

Como respuesta, los perspicaces ojos de Tilman la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en la tersa piel de su escote.

Aquel fue un mensaje claro y directo; una violenta bofetada de calor que le golpeó las mejillas.

—¿Qué nos lo impide? —alegó él.

—¿De veras quieres que responda a esa pregunta? —resopló ella con hastío—. Eres increíble, ¿lo sabes? ¡Tienes novia, joder! Estás a punto de casarte y todavía sigues preguntándote por qué continúo mandándote a hacer puñetas. ¿Es que tanto dinero te ha consumido el cerebro?

—Y esa es tu única razón, que estoy a punto de casarme.

—Y te parece poco —le reprochó—. ¿Sabes? A mí también me gustaría que me aclarases un par de cositas. Para empezar, me encantaría que me dijeras qué puñetas es lo que quieres demostrar con todo esto.

—¿Demostrar? —Víctor arrugó el ceño—. No quiero demostrar nada. Lo único que quiero es deslizarme dentro de ti hasta que mi puto cerebro vuelva a funcionar como es debido. ¿Es eso tanto pedir?

Kaori contuvo la respiración, notando que todos los miembros del cuerpo se le ponían en tensión. De repente su mente estaba en blanco. Los fusibles habían saltado, derritiéndole la mitad de las neuronas del cerebro. ¡Qué demonios!, estaban dando bandazos de arriba abajo, de abajo arriba y de izquierda a derecha.

Justo como sus hormonas.

Kaori buscó algo firme a lo que agarrarse; algo quieto y que no girase con el resto de la habitación. Aunque estaba casi segura de que era más peligroso que aferrarse a un clavo ardiendo, buscó ávidamente los misteriosos ojos de Tilman y cuando sus miradas se encontraron tuvo la

impresión de que todo su ser se estremecía.

Víctor le pasó una mano tras la espalda y la acercó a él.

—De modo que no vas a decirme qué deseas.

Kaori permaneció en silencio, mirándole a los ojos.

—Eres una tentación... —añadió él, mientras deslizaba las manos por sus caderas, descendiendo poco a poco hasta las nalgas.

Ella inhaló el aire y reprimió una sacudida de excitación cuando Víctor hundió los dedos en la suave carne de sus glúteos. Cerró los parpados y agitó ligeramente la cabeza a los lados.

Era una auténtica locura, se dijo. Apenas se conocían y, no obstante, necesitaba que él la tocara. Era como si entre los dos existiese algún tipo de extraña conexión. Una carente de la más mínima lógica. Lo deseaba; desesperada e intensamente. Quería sentir sobre su cuerpo la aspereza de aquellas manos acariciándole los hombros, el vientre, los muslos...

—¿Te gusta?

Ella continuó mirándolo en silencio, preguntándose si él sería capaz de intuir los pensamientos sin sentido que rondaban su cabeza.

—No hace falta que digas nada—añadió Víctor—, sé que te gusta. Puedo notarlo.

A medida que hablaba, acercaba su cuerpo más y más a ella.

Inconscientemente, Kaori apoyó las manos sobre su atlético torso y retuvo el aire en los pulmones. No hacía falta ser ningún genio en anatomía humana para darse cuenta de que ese hombre se cuidaba. Lo proclamaban a gritos sus poderosos pectorales, duros y firmes como el granito. Podía distinguirlos contra la palma de las manos, al igual que notaba claramente los rápidos latidos de su corazón. Era caliente; toda su piel lo era. Lo notaba en los dedos que él tenía apoyados en su espalda, en el fragante aroma que brotaba de debajo de su camisa.

Kaori reparó en que los enigmáticos ojos de él la estaban escrutando con la inquietante intensidad de un depredador. Por un momento se preguntó qué estaría pensando mientras lo veía comprimir la mandíbula. Pero cuando él se inclinó hacia ella, rozándole la mejilla con los labios, el tiempo se detuvo.

Inversamente a lo que todos suponían, Kaori sintió pasión y ternura en ese hombre. Todo en él exudaba erotismo; su cuerpo, sus manos, su hambrienta mirada... ¿Cómo demonios podía un hombre como ese estar pensando en casarse con la mismísima reina de las nieves?, se dijo ella, pensando que Víctor y Ariana eran completamente incompatibles; agua y aceite; hielo y fuego; apagado y encendido.

Un fugaz momento de claridad azotó su cerebro.

—¡Por el amor de Dios! —se increpó a sí misma en voz baja, preguntándose en qué demonios estaba pensando al arrojarse a los brazos de un tipo a punto de casarse que, además, apenas conocía. Se estaba comportando como una grandísima zorra. No, era algo más, apostaba un dólar a que la culpa la tenían las dichas hormonas, que estaban ablandándole poco a poco la materia gris.

Antes de que Kaori pudiese sacar una sola conclusión lógica, él movió las manos y las aferró enérgicamente a su trasero, aplastando el cuerpo de ella contra su innegable excitación.

Kaori se quedó paralizada al notar el palpitar de aquel grueso músculo contra su vientre. No le cabía ninguna duda: Víctor Tilman la deseaba. Su miembro hinchado y duro como una piedra lo gritaba a los cuatro vientos, al igual que el voraz calor que notaba a través del fino tejido de su falda.

Ser consciente de esa realidad debería haberla hecho sentir fuerte y segura. Sin embargo, con cada segundo que transcurría su fortaleza iba más y más a la deriva. Se le hacía raro hallarse en una situación como esa. Sobre todo después de haber visto docenas de películas en las que algo así daba paso a un sinfín de actos obscenos. Actos tan obscenos y calientes como los que estaban anidando en su mente en ese preciso momento.

¡Cuánto daño había hecho Hollywood!, pensó, tratando de hallar una manera de enfrentarse a todas esas emociones y salir de una sola pieza. Dejó escapar un suspiro y relajó los hombros, lo que provocó que el bolso resbalara por su brazo y acabase cayendo al suelo.

No obstante, ni siquiera hizo el menor intento de recoger las llaves del coche o el carmín de labios que rodaba sobre la moqueta. Tan solo era

capaz de sentir aquellas dos grandes manos sobre su cuerpo, el perfume almizclado que brotaba de su masculina piel y el fiero latir del erecto miembro que él apoyaba contra su abdomen. ¿Quién demonios iba a pensar en el maldito bolso en un momento así?

Kaori se mordió ansiosamente el labio inferior, incapaz de no imaginar el atlético cuerpo de ese hombre completamente desnudo. Aquel pensamiento la ponía al rojo vivo. Eso sin mencionar lo difícil que le estaba resultando mantener las manos quietas mientras él continuaba friccionándole el trasero de esa forma.

Un excitante hormigueo recorrió las manos de Kaori cuando comenzó a abrirla los botones de la camisa. Jamás se había atrevido antes a hacer algo parecido. Pero lo más increíble fue el momento en el que Tilman movió una mano y la metió debajo de su falda. En ese instante el aire escapó de sus pulmones, el calor trepó hasta sus mejillas y comenzó a temblar de pies a cabeza, sintiéndose totalmente expuesta a sus deseos y al peligro de aquellos dedos que ascendían con una lentitud exasperante por la cara interna de sus mulos, para jugar a continuación con el fino encaje de sus braguitas.

Nerviosa, movió las manos tan bruscamente que hizo saltar un par de botones por los aires. Estos acabaron estrellándose contra el cristal de la ventana, provocando dos *clop-clop* bastante cómicos.

Víctor la miró un instante y sonrió.

—Lo siento —dijo ella, tragando saliva al notar que él le apartaba las braguitas a un lado e introducía un dedo en su interior. Cuando Víctor comenzó a trazar pequeños circulitos, acariciando rítmicamente las paredes húmedas de su sexo, la respiración de Kaori se volvió irregular y una súbita descarga de adrenalina le abofeteó el cerebro. Aunque trató de razonar, en ese momento le fue imposible tener un solo pensamiento sensato. Solo era capaz de responder a sus caricias. Flexionó la espalda y de su garganta brotó un suave gemido de placer.

—Veo que esto también te gusta —le dijo él, con voz ronca y profunda.

—¿Conoces una mujer a la que no?—lo retó ella, notando los pezones erguidos bajo su blusa.

—Bueno, digamos que no todas son tan receptivas como tú.

Kaori lo miró sin saber muy bien cómo tomarse aquellas palabras. No pudo evitar preguntarse si hablaba por experiencia propia. Durante un instante, pensó en Ariana, tratando de adivinar qué tipo de relación habría realmente entre ellos. Estaba claro que iban a casarse, pero ambos eran ricos, y la gente rica hacía un montón de cosas estúpidas.

En cierta forma aquella idea le ayudó a sentirse un poco mejor. Sobre todo después de comprender que, para bien o para mal, no se sentía en condiciones de poder detener aquello. Es más, lo deseaba; anhelaba sentir a Víctor entre sus piernas, entrando una y otra vez en ella.

Y no solo con los dedos.

Sintiendo que un agudo latigazo de deseo le pellizcaba el bajo vientre, Kaori desplazó las manos hasta el pantalón de Víctor y le abrió la hebilla del cinturón. Luego deslizó la cremallera hacia abajo y contuvo la respiración cuando él capturó sus dedos con una mano y los acarició.

Inevitablemente, el pantalón cayó hasta las fuertes pantorrillas de Víctor.

Ella no pudo evitar que sus ojos se clavaran en el tamaño del bulto que se intuía bajo los ajustados boxes. Cerró los parpados y echó la cabeza hacia atrás con el propósito de besarlo. Pero justo cuando creía que él uniría la boca a la suya, se vio empujada contra la mesa del despacho.

Kaori abrió los ojos y soltó un gemido.

Tratando de no tropezar, se sujetó a los fuertes hombros de Tilman y reculó pegada a su enorme cuerpo hasta que finalmente el borde del mueble acabó colisionando con su trasero. Entonces, él la sujetó de las muñecas y enterró la cara en su cuello. Kaori ardió de deseo cuando notó la presión de aquella cálida boca contra su piel. Le pareció algo casi irreal sentir la fría superficie de madera contra la piel semidesnuda de sus glúteos, mientras decenas de documentos caían al suelo y se desparramaban en el suelo, junto al contenido de su bolso.

El corazón le palpitó con fuerza cuando él apuntaló uno de sus poderosos muslos en medio de sus piernas, para después meter las

manos bajo la falda. Al notar que Víctor le subía la prenda hasta la cintura, Kaori supo que era un buen momento para detener toda aquella locura y largarse de allí. Pero, fuera de todo pronóstico, estaba sucediendo todo lo contrario. Se sentía impaciente por que él la penetrara. Daba lo mismo que fuera sobre la mesa, en el asiento trasero de un coche o en una lujosa habitación del hotel plaza; tenía las hormonas demasiado revolucionadas para perder el tiempo tratando de decidir dónde o cómo.

—Pagaría por saber qué me estás haciendo —siseó él junto a su cuello.

Por toda respuesta, ella se apresuró a bajarle la ropa interior, separó las piernas y rodeó con ellas sus caderas, permitiéndole la entrada en medio de sus blancos muslos. Se iba a arrepentir; sabía que se iba a arrepentir de todo eso, aunque le importaba un comino. Más tarde tendría tiempo de pensar en ello. Ahora solo deseaba continuar experimentando todas aquellas asfixiantes sensaciones.

Él sonrió con satisfacción mientras ella lo agarraba del cuello de la camisa y lo atraía hacia su cuerpo, arqueando una espalda flexible como una vara de avellano.

Sin embargo, se limitó a besarla, a pesar de que ella presionaba su cuerpo una y otra vez contra su erección, rogándole en silencio que la penetrara.

—Calma...—le siseó él al oído. Desplazó una mano tras su cuello y la besó.

Kaori inhaló el aire templado de su boca. Era una experiencia única. Su cerebro apenas podía pensar mientras aquella maliciosa lengua se entrelazaba con la suya, explorando cada húmedo recoveco. Notó que la respiración de ambos se tornaba pesada; más caliente y opresiva. Podía distinguir a la perfección la dureza y el calor de aquel miembro presionando contra la entrada de su sexo. Sabía que estaba a punto de estallar. O posiblemente lo haría ella, si no la penetraba de una vez por todas, dedujo, moviendo una vez más las caderas hacia arriba.

Sin embargo, él aplastó una mano contra su vientre, volviendo a negarle lo que tanto ansiaba.

—Shhh... —chistó Tilman, con el firme propósito de calmar la incontrolable voracidad del deseo de ella.

De ninguna manera iba a acabar tan pronto. Ahora que la tenía donde quería estaba decidido a dilatar ese momento el mayor tiempo posible. Lo haría hasta que su cuerpo dejase de desearla. Entonces, y sólo entonces, podría regresar a su vida y no volver a pensar más en ella. Tenía demasiadas cosas en la cabeza; demasiadas responsabilidades, como para dejar que un estúpido calentón continuase distrayéndolo. Y si de algo estaba convencido, era de que después de esa mañana no sentiría más la necesidad de meterse entre las piernas de esa mujer. Tan sólo permanecería en su mente como un recuerdo.

Uno muy, muy bueno.

Tras recrearse en el interior de su boca, Víctor besó lentamente los hinchados y rojos labios de Kaori, recordando el día que los había visto en torno al tallo de una flor.

Aquel recuerdo lo puso repentinamente más duro. Apretó los dientes y comenzó a deslizar sensualmente la boca por su hombro, entreabriendo los labios y acariciándolos sensualmente con la punta de la lengua.

Kaori echó la cabeza hacia atrás y un estremecimiento le atravesó la columna vertebral. Gimió. Bajó las manos por el duro y atlético abdomen de él, y cerró los dedos alrededor de aquel firme mástil, preguntándose cómo sería sentir aquello entrando y saliendo de su cuerpo una y otra vez. Parecía más grueso y firme por momentos. Era cálido y suave.

Toda una invitación.

Soltó su pene e intentó levantarse, pero entonces él le agarró las muñecas y, antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, la tumbó nuevamente sobre la mesa.

Cuando intento incorporarse para mirarlo, Kaori se detuvo al notar que uno de los dedos de Tilman le rozaba los labios durante un instante. Los abrió levemente y disfrutó de aquella dulce caricia, hasta que sintió la necesidad de abrir más la boca y lamer aquel dedo. Y lo habría hecho de no ser porque en ese preciso momento él se apartó medio metro de

ella para contemplarla.

Durante un segundo, Kaori se sintió realmente incómoda, sabiendo que con la braguita a un lado su sexo quedaba completamente expuesto a la mirada de él.

¿A qué estaría jugando?, se preguntó, tragando saliva mientras clavaba la vista en una de las lámparas empotradas del techo. Estaba desesperadamente nerviosa. Sin embargo, la idea de tenerlo dentro superaba con creces cualquier impulso de cerrar las piernas y situar la ropa interior en su sitio.

Kaori gimió de placer al notar la lengua de Víctor en la humedad que anidaba en medio de sus muslos.

—Ábrete a mí —le susurró él, introduciendo un largo y seguro dedo en su interior y acariciándole de forma bastante convincente.

Kaori alzó los brazos sobre su cabeza y se aferró al borde de la mesa, notando que un segundo dedo se abría paso dentro de ella, entrando y saliendo de su cuerpo en precisas y seguras acometidas. El despacho comenzó a hacerse borroso y se oyó a sí misma jadear. La lengua de Víctor se había unido a aquellos dedos, y ahora ambos estaban penetrándola cada vez más profundamente.

Respiró hondo, tratando de contener su excitación mientras él le agarraba las piernas y las ubicaba sobre sus anchos hombros. Una ola de pasión la azotó. Las rodillas le temblaron e irguió la cabeza para echar un vistazo.

Él le devolvió la mirada sin dejar de besar y lamer la cara interna de sus muslos.

Kaori volvió a sumergirse en una nueva oleada de placer. La lengua de ese hombre era capaz de derretir un iceberg en mitad del polo norte, pensó, conteniendo un gemido cuando una descarga potente y feroz se hizo con los músculos de su vientre. Todo a su alrededor se sumergió en una nube oscura, su cuerpo comenzó a experimentar una sacudida tras otra y la fiebre burbujeó en su piel cuando flexionó la espalda en un arco que la separó ligeramente de la mesa.

Una sonrisa curvó los labios de Tilman al deducir que ella había tenido su primer orgasmo. Eso le satisfizo. Quería que lo deseara de la

misma forma que él a ella. Había esperado el momento de poder saciarse completamente de esa mujer, de poseerla, de introducirse en su cuerpo hasta la extenuación. Sin embargo, tenía que reconocer que se sentía un poco sorprendido de que su prioridad hubiese dejado de ser él mismo, para transformarse en ella. Aspiraba a llenarla; a llevarla al límite de sus fuerzas y dejarle un recuerdo indeleble.

El mejor.

El más intenso e inigualable.

Cuando Kaori se percató de que estaba agarrada con demasiada fuerza al canto de la mesa, aflojó los dedos y se concentró en los suaves besos que Víctor iba depositando en la cara oculta de sus muslos.

Nunca nadie le había hecho algo tan simple y al mismo tiempo tan enloquecedor. Se sentía debilitada, desinhibida.

De pronto notó que él se detenía, abrió lentamente los ojos y lo miró con la respiración agitada. Víctor le había colocado las piernas nuevamente sobre la mesa y ahora la observaba de un modo extraño. Por un momento se sintió alarmada. Sus miradas colapsaron con la fuerza de una bomba atómica y advirtió en sus facciones la vacilación. Entonces, sin saber muy bien por qué, Kaori se incorporó y extendió una mano para acariciarle el áspero mentón con la punta de los dedos. Notó la forma de su mandíbula, cuadrada y fuerte, y deslizó un dedo hasta el hoyuelo que residía en su barbilla, describiendo un suave círculo sobre la piel.

Algo dentro de él se estremeció al sentir los delgados dedos de ella contra la piel de su rostro. Tilman se detuvo un instante, notando que el corazón le iba a mil por hora, sacudiéndole el pecho entero. Pestañeó, tratando de ordenar sus caóticos pensamientos, inspiró y atrapó los dedos de Kaori con una mano, deteniendo aquella caricia.

Kaori lo hizo, se detuvo, y ambos se contemplaron en silencio durante una fracción de tiempo difícil de calcular.

En realidad, no había nada que decir.

Sin dejar de mirarla en ningún momento, Tilman comenzó a abrirla los botones de la blusa. Apartó la prenda a los lados y le soltó el corchete del sujetador, liberando sus redondos y pequeños senos.

Entonces, se detuvo un instante, contemplándolos a placer.

Kaori apenas podía inhalar el aire. Se pasó la lengua por los labios secos y trató de controlar la respiración. Algo del todo imposible, mientras él continuara besándole los pechos y metiéndole mano por todo el cuerpo. El placer que aquello le provocaba le calentaba la piel y endurecía aún más sus pezones. Los mismos que él mordisqueaba en ese instante con suma delicadeza, mientras se abrazaba a su cintura.

A medida que la lengua de Tilman se iba haciendo más exigente, Kaori comenzó a experimentar rápidas y estremecedoras sacudidas que hacían temblar sus piernas. Estaba a punto de explotar, lo sabía, y lo peor era que no tenía ni idea de cómo.

Ella se dio la vuelta cuando las grandes manos de Víctor envolvieron su cintura, situándola de espaldas a él. Acto seguido, el peso de una mano en su omóplato la empujó sobre la mesa del despacho. La excitación de ella creció hasta un punto inimaginable al oír el sonido del preservativo que envolvió el pene de Tilman, y todos los músculos de su cuerpo reaccionaron ante el frío de la madera contra sus pechos. Cuando el cuerpo de él se cernió sobre su espalda y la penetró desde atrás con una sola y certera embestida, dejó escapar el aliento.

Tilman empezó a moverse, saliendo y entrando en ella largamente, aumentando paulatinamente sus embestidas hasta hacerlas tan rápidas y continuadas, que la respiración de Kaori se hizo violenta e irregular. Hundió la mejilla en los escasos papeles que todavía permanecían sobre la mesa, y notó las manos de él sobre sus hombros mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, sin dejar de penetrarla en ningún instante, haciendo que ese momento fuera aún más sublime. Hasta el punto de que tuvo ganas de gritar de placer; de gemir en voz alta, de rogarle que no se detuviera. Tenía el pulso acelerado y el corazón le retumbaba como si estuviese tratando de fugársele del pecho.

Tilman, que entraba y salía de ella cada vez más deprisa, desplazó las manos y las aferró a sus caderas. Con cada fiera embestida, Kaori notaba el modo en que sus senos resbalaban sobre la superficie de la mesa. Cada vez que aquello sucedía, el aliento la abandonaba. Jamás había hecho nada tan loco y salvaje y, por descontado, nunca se había sentido más dominada por un hombre.

Soltó un largo gemido al pensarlo.

Él apretó los dientes al oírla y aceleró sus rabiosas embestidas. Durante un peligroso segundo pensó que no aguantaría un instante más; que terminaría dentro de ella allí mismo, sobre la mesa de su despacho.

Víctor respondió a aquel pensamiento con un profundo gruñido.

Kaori permaneció inmóvil al notar que él se detenía. Luego sintió la caricia de sus besos a largo de la espalda y cerró los ojos, dejando salir un lánguido gemido de placer en el instante que sus fuertes brazos le rodearon la cintura.

—Mírame —le pidió él con voz ronca.

Kaori se mordió el labio inferior y esperó un momento con las manos apoyadas en la mesa mientras Víctor salía de ella. A pesar de que durante una fracción de segundo tuvo ganas de apretar las piernas y sujetarlo, se incorporó y se dio la vuelta muy despacio, temiendo mover un solo dedo que pudiese estropearlo todo.

Estaba a punto de preguntarle qué ocurría, cuando él bajó la boca hacia la suya y acalló su protesta.

Demasiado asombrada para preguntarse a cuento de qué venía aquel beso, inspiró con fuerza y llenó los pulmones con su aliento. Sus lenguas se enroscaron en una caricia líquida y caliente. Tal como pensaba, él tenía el sabor almizclado de su colonia, notó Kaori, arqueando la espalda y aplastando las manos en los magníficos pectorales de Víctor. Él se envolvió la cadera con una de sus piernas. La levantó y tras apoyarla sobre la mesa agarró su miembro y se hundió nuevamente en ella.

Kaori retuvo un grito de placer cuando él comenzó a balancear las caderas de delante atrás. Sus nalgas se restregaban sobre la superficie de la mesa con cada embestida, y aferró los dedos al borde de la misma en una tentativa de mantenerse en el mismo sitio.

Tilman se introducía en ella cada vez más profundamente, respirando igual que un corredor de fondo. Su aliento le acariciaba el cuello, emborrachándole los sentidos. En ese punto, ya no era dueña de su cuerpo ni de sus actos. Cerró los ojos y apoyó las manos en sus hombros, mecida por el reflujo de aquella intensa y cegadora marea.

Todo a su alrededor pareció desaparecer. Un calor líquido recorrió sus venas y todo su ser estalló en radiantes y cegadores colores. Los músculos y tendones de Tilman se tensaron bajo la palma de sus manos. Abrió los ojos y lo observó contraer el rostro.

Un profundo gemido salió de su pecho al envestirla con una última y violenta sacudida de sus poderosas caderas. Ella lo oyó gruñir, y un momento después el silencio inundó el despacho.

De repente todo parecía haberse detenido: ellos, el tiempo, la cegadora bruma que momentos antes enturbiaba su cerebro...

Él se apartó lentamente de ella, induciéndole una extraña sensación de vacío. Toda la tormenta que un momento antes habían experimentado, comenzó a debilitarse rápidamente. La respiración de Kaori fue suavizándose poco a poco. Sin embargo, por alguna extraña razón, ambos continuaban mirándose en silencio.

Kaori no entendió lo que sucedía. Lo único que quería era que ese momento no acabase nunca. Sin embargo, no fue así. Él movió la mano y tras recorrer la pierna de ella con la punta de los dedos, la bajó por su cadera hasta que Kaori pudo apoyar el pie de nuevo en el suelo.

En cuanto se incorporó, se bajó la falda y se obligó a sí misma a enfrentar la realidad: había hecho el amor con Víctor Tilman.

Bueno, tal vez pensar que habían hecho el amor, en esas circunstancias, era algo pretencioso. Quizá era más acertado decir que habían compartido un buen rato; uno increíblemente bueno, para ser honesta consigo misma.

Kaori respiró hondo un par de veces y se giró hacia la enorme ventana mientras él se deshacía del preservativo y volvía a subirse los pantalones.

Nuevamente se sintió algo incómoda.

Cuando finalmente lo miró, dispuesta a hablar de lo que acababa de ocurrir, él situó la bolsa que contenía su kimono sobre la mesa y esperó en silencio a que ella la cogiera.

Kaori cerró la boca y lo observó sin decir nada. Tragó saliva, tratando de humedecerse la boca seca, y comenzó a tomar consciencia de la

magnitud de lo que habían hecho.

—¿Y ya está? —le dijo—. ¿Se supone que esto es todo?

—¿Y qué esperabas, una declaración de amor? —le respondió él, con una frialdad que consiguió ponerle los pelos de punta—. Por el amor de Dios, Kaori, ambos somos adultos. Por consiguiente, sabemos perfectamente lo que hacemos. Deseábamos esto y nos hemos dejado llevar por ese deseo. Por lo que a mí respecta, no ha habido nada más que sexo. Y muy bueno, por cierto.

Las mejillas de ella enrojecieron de indignación. No obstante, tenía que admitir que él tenía razón al decir que los dos lo habían deseado. Ahora se daba cuenta de que, desde el primer instante que puso un pie en ese edificio, intuyó que algo así podía suceder. De hecho, una parte de ella lo había anhelado.

Kaori hizo el gran esfuerzo de reunir el coraje necesario para actuar con la misma frialdad que él había empleado a la hora de explicar lo que acababa de ocurrir entre ambos. Agarró la bolsa de deporte que Tilman había situado ante ella, recogió las llaves del suelo y después las metió en el bolso. Luego caminó hacia la puerta, fingiendo una surrealista tranquilidad.

—¿Una declaración de amor? —rió ella, deteniéndose un momento—. No seas ridículo. Los dos sabemos que lo que ha ocurrido hoy aquí no significa nada. Tú estás prometido y yo no pienso ser la tercera persona en discordia. Nunca he pretendido ser un segundo plato. Tengo demasiados problemas para añadir uno más a mi lista. Y sí, reconozco que ha sido un buen polvo, pero espero que eso no interfiera en nuestros negocios.

El estómago de Víctor se contrajo. La luz que se derramaba a través de las cristaleras iluminaba el bello rostro de ella, reflejándose en sus cabellos. Trató de no pensar en ello, sacudió la cabeza y frunció el ceño, apartando un momento la vista.

—Puedes estar tranquila, lo que ha sucedido no va a cambiar nada. Te encargará de llenar ese hotel de flores, y yo estaré encantado de pagar tus honorarios una vez concluya el evento.

—Bien —dijo Kaori, dándole la espalda antes de salir del despacho

Cuando finalmente la puerta se cerró a su espalda, inhaló el aire varias veces.

Rachel apartó los ojos de la pantalla de su ordenador y alzó la cabeza para mirarla, enarcando después las cejas al percatarse del aspecto desencajado que mostraba el semblante de su amiga.

—¿Qué demonios ha ocurrido?

A Kaori no se le ocurrió mentirle ni por un instante.

—¿Tú qué crees?

—Vale, de acuerdo —respondió la joven, tratando de organizar sus pensamientos. Luego pulsó el botoncito del interfono y le dijo a su jefe lo más serenamente que pudo—: voy a enviar el correo, señor Tilman. Si necesita alguna cosa más...

—No —la interrumpió la voz del hombre, antes de que ella pudiese concluir la frase.

Al entender que eso era todo lo que él iba a decir, Kaori le dijo a Rachel, sonriendo de oreja a oreja con sarcasmo:

—Que simpático. Tú jefe posee un vocabulario de lo más extenso.

—Tilman es un hombre de pocas palabras —explicó Rachel, poniéndose un abrigo de color rosa chicle que hacía un fuerte contraste con su enorme bolso azul.

—No hace falta que lo jures —respondió Kaori en voz baja.

—No obstante, no es un mal tipo. Un poco reservado, pero en fin, ¿quién no lo es hoy en día? —Rachel entró en el ascensor y se detuvo al observar que Kaori permanecía aún de pie en el mismo sitio—. ¡Vamos! ¿A qué esperas? Tienes que contármelo todo.

—No hay nada que contar, Rachel —murmuró Kaori. Apoyó la espalda contra la pared de la cabina y aguardó a que las puertas se cerrasen mientras repasaba el confuso aspecto de su amiga—. ¿No encontraste nada más hortera?

—Oye, que me cuesta lo mío. ¿Crees que es fácil patearse el barrio chino de cabo a rabo para encontrar esto? Además, siempre puedo completar el conjunto con tus horrendas gafas de sol.

—Y yo que creía que eran de lo más chic —suspiró Kaori, regalándole una sonrisa.

—No en esta vida.



## **Espino blanco**

**Esperanza; espero que respondas a mis expectativas**

Media hora más tarde, después de que Rachel enviase el correo y recogiese del tinte una de las costosas camisas de su jefe, entraron en una cafetería ubicada cerca del Central Park, y que era conocida por servir los mejores cupcakes de arándanos de toda la ciudad.

El interior del establecimiento era agradable y caliente, olía a café recién hecho y estaba lleno de pequeñas mesas de madera, sobre las que relucían las cartas anaranjadas del menú. En un rincón, abrigados por las sombras, una pareja conversaba mientras se miraban con ojos risueños. Rachel señaló con un gesto al hombre que, sentado junto a la barra, tomaba café y leía el periódico, ensalivando el filtro del cigarrillo apagado que colgaba de un extremo de su boca.

—Un viejo amigo —susurró—. Será mejor que vayamos al fondo.

Kaori aceptó de buena gana. Se sentaron junto a la ventana y desde allí contempló el resto del local, con paredes y suelos revestidos de oscura madera.

Kaori situó la bolsa de deporte sobre una silla cercana, y pidió a la

camarera un café bien caliente y un trozo de tarta de manzana, suponiendo que una buena dosis de azúcar ayudaría a calmarle los nervios.

Después de pedir una cerveza, Rachel la observó en silencio.

Kaori aguardó un minuto a que la joven dijese algo, mordisqueándose el labio inferior con nerviosismo.

—¿Vas a contarme lo que ha sucedido? —preguntó Rachel, mientras sus dedos abrían los grandes botones de su abrigo rosa.

—Nada importante —repuso ella—. Ambos hemos pasado un buen rato. Eso es todo.

—Por favor, no me tomes el pelo, guapa. La cara que tenías cuando has salido del despacho de Tilman no decía precisamente eso. Más bien parecía que hubieses chocado con una tapia.

—Yo no lo habría descrito mejor.

—¿Qué te ha hecho el cretino de mi jefe?—Rachel abrió los ojos de par en par—. ¿No me digas que es un degenerado?

—Nada de eso. Tilman no ha hecho nada que yo no esperase.

—¿Y eso se resume en...?

—Folla bien.

—¿Y...?

—Y nada más. Una tiene que comer de vez en cuando, caray. Llevo demasiado tiempo sin irme a la cama con un hombre. Tengo necesidades, como todo el mundo.

—No puedo creerlo.

—Bienvenida al mundo real —le dijo con sorna, retirando el cuerpo de la mesa para que la camarera situara el café y la tarta ante ella.

—No me des clases sobre el mundo real, sabes que tengo un máster.

Kaori lamentó de inmediato haber dicho eso. Bajó la mirada y la clavó en la tarta.

—A veces las personas hacemos cosas sin sentido.

—No tú —dijo Rachel—. Tú no eres el tipo de mujer que haría ese tipo de locuras.

—Sé realista, con un tipo como Víctor Tilman cualquier mujer las haría. Además, ¿qué esperabas que ocurriera?

—Pues para empezar, esperaba que no fuera solo sexo. Él parecía realmente interesado en ti cuando me asaltó ayer con un millar de preguntas. Puede que haya sido un poco ingenua al creer que después de tanto tiempo sin salir con nadie esto te vendría bien, pero no imaginé en ningún momento que hacerlo te perjudicaría.

—Nadie ha dicho que lo haya hecho.

—Tú expresión lo dice.

Kaori inhaló una profunda bocanada de aire y después la soltó bruscamente.

—Está bien, confieso que tal vez esperaba algo más de él. Un poco de dulzura, quizás, o... No sé... Se supone que ambos queríamos algo de sexo y lo hemos tenido. Y ha sido magnífico, así que no acabo de entender qué puto problema tengo ahora. Sabía desde un principio que Tilman estaba comprometido, por lo que no puedo escudarme tras eso.

A Kaori el labio inferior se le estaba volviendo insensible de tanto mordisqueárselo.

—De todo lo que me has dicho, lo único que me ha quedado claro es que mi jefe es un auténtico cerdo.

—Triste, pero cierto: un cerdo de primera —admitió, pinchando con el tenedor un buen trozo de tarta. Se lo metió en la boca y lo masticó con nerviosismo—. Pero no quiero pensar más en él. Voy a olvidar todo lo que ha pasado desde este mismo momento. Lo único que me interesará saber de ese hombre a partir de ahora, es cuánto dinero va a pagarme.

Rachel alzó una ceja y desvió la mirada hacia la bolsa que unos minutos antes le había entregado el chico de la tintorería. Abrió la cremallera, derramó parte de su cerveza sobre la prenda, y luego comenzó a besuquear el cuello almidonado hasta dejarlo hecho un desastre.

—Bien —dijo, cerrando otra vez la cremallera—. Pero mientras tanto,

ese cabrón acaba de quedarse sin su camisa favorita.

—¡Estás loca! ¿Cómo demonios vas a explicarle lo del carmín?

—No tendré que hacerlo. Al menos, no hasta que se case.

—¿Es la camisa de su boda?

—Lo era.

—Oh, Dios, ¿por qué lo has hecho? ¿A caso no temes perder tu trabajo?

—Tanto como que me toque la lotería. En fin, no me importaría volver a lo de siempre... —Rachel alzó un puño y, extendiendo los dedo índice y meñique hacia arriba, añadió—: Ya sabes, viva el rock y todo eso...

Kaori la miró con afecto y sonrió ligeramente.

—Reconozco que en cierto modo echo de menos a la chica dura que conocí hace dos años —opinó con un suspiro.

—La chica dura jamás se ha ido, tan sólo se esconde detrás de unas horrosas gafas de pasta que la hacen parecer más aburrída e inteligente. Justo lo que en la Tilman Company purchases buscaban cuando decidieron contratar a una nueva secretaria —bufó Rachel entre dientes.

—Al menos conseguiré que saques tu Harley de mi plaza de *parking* —suspiró Kaori, terminándose el café.

—Si cambias esa cara y comienzas a sonreír, puede que te haga caso y logres recuperar el sitio de tu viejo escarabajo antes de lo que piensas.

Kaori dejó la taza de café sobre la mesa y movió la cabeza a los lados.

—No seas tonta, sabes perfectamente que no me molesta aparcar ese viejo trasto en la calle. ¿Quién iba a querer robar algo tan anticuado? —dijo, señalando hacia el coche que se encontraba estacionado al otro lado de la calzada.

Cuando Kaori volvió la cabeza para repetirle que no le importaba que continuase ocupando su plaza de *parking*, desvió la mirada un segundo hacia la puerta del local y cerró bruscamente la boca, al tiempo que sus ojos se abrían como los de una lechuza.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Rachel, girando el cuerpo para mirar hacia donde ella lo hacía.

—¡No te gires! —exclamó Kaori bajando el volumen de su voz mientras sujetaba a Rachel de un brazo.

—¡Mierda, Kaori! ¿Se puede saber qué demonios te pasa ahora?

—Es Ariana Fox —susurró, encogiendo los hombros como lo habría hecho una tortuga dentro de su caparazón, ocultándose tras el cuerpo de Rachel.

—No seas tonta, esa mujer no tiene ni idea de quién eres.

—No, pero el tipo que la acompaña sí.

Sin poder aguantar un segundo más la curiosidad, Rachel giró la cabeza y les lanzó una breve mirada por encima del hombro.

—¡Oh, Dios! ¿Puede saberse de qué conoces a ese tío?

—¿Qué demonios importa eso ahora? Si se da cuenta de que estoy aquí, querrá acercarse para saludarme. Y no me apetece volver a hablar con ese tipo nunca más.

—¿Con Poppy? —Rachel parpadeó repetidamente, visiblemente confusa.

—¿Qué Poppy? —Arrugó ella el ceño.

—El peluquero con el que se supone que Ariana está liada.

—Curtis no es ningún peluquero.

—¿Curtis? ¿Qué curtís?

—El, *No puedo parar de tocarme los genitales* —explicó ella, e inmediatamente después se tapó los ojos con una mano—. ¡Joder! ¡No puedo creerlo! Ya se los está tocando, el muy guarro.

—Vale, de acuerdo... Vamos a calmarnos —le dijo Rachel, tratando de que ambas recuperasen la tranquilidad. Luego sacó del enorme bolso un billete de veinte dólares y lo dejó sobre la mesa—. Tenemos que salir de aquí antes de que Poppy, Curtis, o cómo se llame, te vea. Si lo hace, Arianna se dará cuenta de que yo también los he visto, y eso sí puede convertirse en un problema. Eso sin mencionar que no deseo que el tipo

que está en la barra me reconozca.

Antes de que ella pudiera abrir la boca y dar su opinión, Rachel la atrapó del brazo, agarró la camisa de Tilman, la bolsa de deporte, y comenzó a tirar de Kaori hacia el aseo de señoras, situado al fondo del establecimiento. Una vez dentro, cerró la puerta con llave y avanzó hacia la pequeña ventanilla que se encontraba semiabierta sobre los lavabos.

—¡Vamos!

—¿Pretendes que salga por ahí?

—No —Rachel agitó la cabeza a los lados, arrojó la camisa y la bolsa de deporte por la ventana y la miró—, casi mejor, sales por la puerta principal y saludas de mi parte a esos dos.

Sin darse un segundo para pensar, Kaori se aproximó a ella y dejó que la ayudara a subir sobre el lavabo, para a continuación descolgarse por la pared del callejón ubicado tras el local. Cuando sus pies tocaron por fin el suelo, soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones durante todo el proceso, y sintió que las rodillas comenzaban a temblarle.

—¡No puedo creer que haya hecho esto!

—Entonces, quizá deberías hacer más cosas arriesgadas —le respondió Rachel, entregándole la bolsa de deporte antes de sacudirse la suciedad adherida a su aburrido atuendo.

—¿Qué pensará la camarera cuando se percate de que nos hemos marchado de esta manera?

—Le dará lo mismo en cuanto sepa que dejamos en la mesa veinte dólares.

—¡Eh, guapas!

Kaori y Rachel se quedaron boquiabiertas al contemplar al hombre, bajito y rechoncho, que se acercaba a ellas, blandiendo torpemente una pequeña navaja entre los dedos.

—No me fastidies... —resopló Rachel con cansancio, y miró a Kaori antes de mover el brazo para propinarle al delincuente un fuerte golpe con su enorme bolso.

El porrazo, que atinó a darle justo en medio de la coronilla, hizo que el hombre trastabillase hacia un lado y acabase derrumbándose contra un contenedor de basura. Lo que provocó un fuerte estruendo que hizo maullar a media docena de gatos callejeros, que a su vez alertaron a una señora, que se asomó para gritarles desde el balcón de un tercer piso con la cabeza llena de rulos.

Cuando finalmente Kaori pudo reaccionar, agarró a Rachel del brazo y corrió hacia la salida del callejón sin detenerse a mirar la figura inmóvil del hombre.

Cuando por fin subieron al coche, Kaori empezó a exhalar e inspirar lentamente el aire.

—¿Se puede saber qué demonios llevas ahí dentro?—le preguntó a Rachel.

—¿Aparte de unas gafas de repuesto? —Los nudillos de la chica golpearon dos veces el bolso y este hizo un sonido extraño—. El casco y un par de guantes.

—¿El casco? ¿Y para qué llevas el casco en el bolso? —Kaori la miró boquiabierta.

La secretaria alzó una ceja y curvó los labios en una media sonrisa.

—¡La seguridad ante todo!

—Ooooh —resopló Kaori, agarrando las manos fuertemente al volante, presa del nerviosismo—. Entre tú y Maya conseguiréis volverme loca.

—Bueno, no puedes negar que nos ha venido de perlas que lo llevara encima.

—Ufff... —Resopló ella, levantando ligeramente los hombros durante una milésima de segundo—. Pero te aseguro que es la última vez que hago algo tan loco.

—Y lo que has hecho hoy con Tilman, ¿cómo lo llamarías?

—Eso ha sido la tontería más grande que he hecho jamás.

—No deberías arrepentirte de lo que ha pasado. Las hormonas de una mujer son muy traicioneras.

—¿Arrepentirme? ¡Ni hablar! Ese tío folla como los mismísimos ángeles.

—Pues serán los del infierno, chica, porque los otros..., que yo sepa no tienen sexo.

—Pues no saben lo que se pierden... —suspiró, poniendo el coche en marcha.

## Capítulo 3



# Geranios rojos

No dejo de pensar en ti

A 11 días de la boda

Kaori nunca se había sentido tan de extraña. Llevaba tres días sin poder concentrarse en nada, y apenas podía leer un libro, conducir o pasear sin que la imagen de Víctor Tilman acudiese a su mente en algún momento del día.

Y dormir...

Dormir se había convertido en una experiencia verdaderamente estresante. La ponía de los nervios pensar en Víctor cuando cada noche se metía bajo las sábanas y las encontraba heladas. Hasta entonces no se había percatado de lo grande que era su cama; comparada con cualquier mueble de la casa era gigantesca, aunque perfecta, si se contaba con la compañía de otra persona.

O amante.

¡No había pensado en eso! No, no lo había hecho. Solo eran las hormonas, que le tenían el cerebro frito.

Kaori resopló, respiró profundamente y trató de poner los cinco sentidos en el ikebana que estaba realizando. Las palmas de las manos le sudaban, las secó en el kimono y agarró de nuevo las tijeras.

Necesitaba urgentemente que su mundo dejara de girar en torno a ese hombre. Incluso había llegado al punto de desear que llegase el día de la boda, con tal de dejar de verlo en las revistas junto a esa mujer.

De haber podido, lo habría evitado, pero algo en su interior la incitaba a no apartar la vista de aquellas fotografías.

Kaori curvó los labios en un gesto agrídulce.

Era como si necesitara sentir celos. Había llegado a odiar a la

prometida de Víctor, y ni siquiera tenía una buena razón para hacerlo. Al fin y al cabo, era ella, y no Ariana, la que había actuado como una auténtica zorra al acostarse con su prometido. Y aún así, y a pesar de que se lo había repetido una y mil veces, era incapaz de sentirse como si hubiese cometido un error.

Principalmente, después de saber que esa mujer estaba liada con su ex, el “*toca pelotas*”

Kaori soltó un taco en voz baja cuando la tijera decapitó por error la única flor que todavía no había sucumbido ante su implacable nerviosismo. Las arrojó a un lado, sobre la mesa, y se dejó caer sentada en el sofá mientras soltaba el aire con frustración. Ni siquiera era capaz de hacer bien su trabajo. Si continuaba así, iba a crear una nueva modalidad de arte floral: el Ike-nada.

Kaori dirigió una mirada al portero automático cuando este comenzó a sonar. Deslizó la manga del kimono por el brazo y le echó un vistazo al reloj de muñeca, alzando las cejas al comprobar que todavía no eran las tres y media.

—En fin, puede que me venga bien hablar con alguien. —Kaori suspiró y se levantó para abrir la puerta, imaginando que sería Maya.

Aunque no habían quedado hasta las cinco de la tarde, no era la primera vez que su amiga llegaba un poco antes. De hecho, era algo habitual en ella. Como también lo era el presentarse con dos bolsas enormes de patatas fritas después de haber pasado por el videoclub y alquilar una película.

Sin esperar a oír la voz de Maya, Kaori apretó el botón del portero automático y dejó la puerta principal semiabierta. Luego apagó el equipo de música, y la melodía tradicional japonesa, conocida como *Hougaku*, dejó de sonar dando paso a un repentino silencio. Mientras esperaba a Maya, Kaori llenó de agua la tetera y la puso al fuego.

—¡Entra! —gritó desde la cocina al oírla golpear la puerta con los nudillos—. ¡La puerta está abierta!

—Me he dado cuenta. Aunque estarás de acuerdo conmigo en que no deberías abrirla sin preguntar primero.

Kaori sintió que el corazón se le detenía. Giró la cabeza y se quedó

estupefacta cuando su mirada colisionó brutalmente con el impactante y frío azul de los ojos de Víctor Tilman.

—¿Qué...? —Balbuceó ella un instante, intentando salir de su asombro. Retiró rápidamente la tetera del fuego sin que acabara de hervir el agua, y respiró profundamente antes de volver a hablar—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Son casi las cinco, ¿no vas a invitarme a una taza de té?

—¿Acaso te parezco la reina de Inglaterra? No estamos en Londres, por si aún no te has dado cuenta, así que será mejor que me digas lo que quieres y después te largues de mi casa. Creí que había quedado muy claro que no volveríamos a vernos hasta la boda. ¡Tu boda! Por sí se te ha olvidado.

—No recuerdo haber dicho tal cosa —dijo Tilman mientras se quitaba el abrigo.

—Ni yo recuerdo haberte invitado a que te pusieras cómodo.

—Que memoria la tuya. —sonrió él, mostrando toda una hilera de dientes perfectamente blancos. Dejó el abrigo en el respaldo del sofá y observó con atención el ikebana que descansaba sobre la mesita del salón—. ¿No pretenderás decorar con eso mi boda?

Ella torció el gesto.

—Muy gracioso.

Todavía con la sonrisa en los labios, Víctor se sentó y, apoyando un brazo en el respaldo del sofá, le dirigió a ella una mirada que la hizo temblar de arriba abajo.

Kaori tardó dos minutos enteros en poder mover los pies, y cuando lo hizo tuvo que esforzarse para que las rodillas no le fallasen. Se contuvo de mirar en su dirección y volvió a situar la tetera sobre el fuego. Luego le preguntó, tratando de no exteriorizar su nerviosismo:

—¿Té o café?

—Lo que vayas a tomar tú.

Sin decir una palabra, Kaori agregó un par de sobrecitos de té al agua y situó dos tazas sobre la encimera de madera.

Transcurridos cinco minutos, durante los que ninguno de los dos abrió la boca para decir una sola palabra, derramó el agua hirviendo en las dos tazas y le ofreció una a él.

—Y ahora, ¿vas a contarme a qué has venido?—le preguntó finalmente.

—Es complicado...

—¿Algo que te resulta complicado? —Ella resopló con escepticismo—. Perdona, pero me resulta difícil de creer.

—No soy nadie para decirte lo que debes creer o no, así que puedes pensar lo que te dé la gana.

Kaori abrió la boca y sus rasgados ojos oscuros lo miraron llenos de sorpresa. Le costaba creer que después de lo sucedido, ese tipo aún tuviera la desfachatez de presentarse en su casa y hablarle de esa forma.

—Será mejor que acabes el té y te largues.

—Yo, no... No he querido decir...—Tilman se levantó de un salto y soltó una grosería al derramar parte de la bebida sobre su elegante pantalón negro.

Con los nervios repentinamente de punta, Kaori fue hasta la cocina y regresó con un rollo de servilletas de papel.

—No creo haberme explicado con claridad —continuó diciendo Víctor mientras agarraba el papel y trataba de secar la mancha—. Lo cierto es que no sé explicar lo que me pasa. Simplemente tenía que volver a verte.

Inmóvil, ella lo miró a los ojos. Aquellas palabras, básicamente, significaban problemas. Y Kaori ya tenía suficiente con intentar no pensar en lo sucedido en el despacho de ese hombre, para complicarse aún más la vida con una relación que no la llevaría a ninguna parte. Y eso era precisamente lo que sucedería si ella le permitía avanzar un paso más y lo dejaba entrar en su vida: la pondría patas arriba.

—Creí entender que lo del otro día no significó nada más que un buen polvo.

Él se encogió de hombros con una increíble naturalidad.

—La situación no es tan sencilla.

—¡Y un cuerno, no es sencillo! Tuvimos un calentón y ambos actuamos en consecuencia. ¿Qué hay de complicado en eso? ¿Acaso crees que no he aprendido absolutamente nada de todo esto? Pues te equivocas; he aprendido la lección. Por lo que a mí respecta, los tipos como tú, cuanto más lejos mejor.

—Normalmente, me cabrearía bastante oír eso, pero me temo que hoy no estoy por la labor de ponerme de morros. Lo único que tengo en la maldita cabeza es besarte.

Kaori se quedó estupefacta. Se llevó la mano al pecho y notó que la respiración se le descompasaba al tiempo que las palmas de las manos comenzaban a sudarle.

—No lo entiendo —murmuró, agitando la cabeza a los lados y negándose a oír más bobadas. Si prestaba oídos a lo que él decía, le sería imposible dominar la ansiedad y el nudo que le oprimía la garganta, impidiéndole respirar con normalidad. Y peor aún, después de todo lo ocurrido, ni siquiera entendía qué demonios quería Tilman de ella.

Con la desesperada necesidad de poner tierra de por medio con ese hombre, Kaori fue hasta la cocina y dejó su taza en el fregadero. Sin embargo, alejarse de él no iba a serle tan fácil. Sobre todo mientras continuase viviendo en un apartamento de ochenta metros cuadrados con salón y cocina adheridos en un solo ambiente.

—No hay nada que entender.

A Kaori le dio un vuelco el corazón al clavar la vista en los azulejos de la cocina y darse cuenta de que él estaba detrás de ella, observándola con tranquilidad. Podía distinguir la magnífica sombra que arrojaba sobre aquellos cuadros de porcelana esmaltada y blanca.

¡Odiaba lo seguro de sí mismo que estaba!, se dijo ella, notándolo cada vez más cerca. Se mordió el labio inferior con nerviosismo e inhaló el aire despacio, contando hasta diez antes de darse la media vuelta. Cuando lo hizo, se descubrió tan cerca de él que la punta de sus senos acarició su firme torso. Aquel simple contacto endureció los pezones bajo la tela de su kimono, y acto seguido los músculos del cuerpo se le paralizaron como si hubiesen recibido una potente descarga eléctrica.

Sus cuerpos se hallaban tan cerca que no circulaba una molécula de aire entre ellos.

El color le abandonó el rostro, abrió los ojos un poco más de la cuenta y lo vio extender una mano hacia ella. Casi por instinto, Kaori aplastó el cuerpo contra la encimera hasta que comprendió que no tenía escapatoria. El frío del fregadero se filtró a través de su ropa, cerró los ojos y se desplazó de lado, deteniéndose en seco cuando él le deslizó una mano tras la nuca, atrapando después sus largos cabellos azabaches en el interior de un puño.

Víctor tiró de aquella improvisada coleta y la forzó a echar la cabeza hacia atrás, exponiendo así su boca a la de él. Miró aquellos pequeños labios entreabiertos. Había algo en ellos, en aquellos ojos, en aquella piel, que lo estaba volviendo loco. Ni siquiera había querido concederse la oportunidad de cavilar sobre lo que le estaba pasando. No entendía por qué demonios había salido esa mañana de la oficina para dirigirse directamente hacia el apartamento de esa mujer. La idea de tirarla al suelo y hacerle el amor estaba comenzando a tentarle. Ella era cálida como el verano; sentía que no tenía derecho a tener algo tan bello y real, pero no podía cerrar los ojos y olvidar todo lo que esa mujer le hacía sentir, a pesar de no entender un carajo lo que le estaba ocurriendo.

Kaori se sintió incapaz de respirar al ver los labios de Tilman cada vez más cerca de los suyos. Él aproximaba su cuerpo lentamente a ella, como prolongando el momento en que ambos se tocarían. Comenzó a notar que sus pechos se aplastaban cada vez con más fuerza contra el torso firme y duro de él. Se mordió un labio, luego el otro, y entonces, como si estuviese acostumbrado a hacerlo a diario, Víctor la besó. Su boca inclemente estaba sedienta, la hacía perder la noción de lo que estaban haciendo. El fuego corría líquido por sus venas. La cocina comenzó a dar vueltas en torno suyo y la extraña química que días antes habían experimentado en el despacho volvió a estallar. Kaori no podía hacer gran cosa contra eso. No mientras su lengua le explorase la boca como si no le importase nada más que alimentarse de su aliento. Lo hacía despacio, conociendo el modo exacto en que debía besarla para hacerle perder la cabeza.

Y lo peor era que estaba consiguiéndolo.

Ella entrecerró los párpados, relativamente en trance, mientras él le mordía suavemente el labio inferior. Suspiró, con las manos aún apoyadas en la encimera, y lo miró a los ojos tratando de adivinar qué tenía en mente. Nunca se le había dado bien deducir lo que estaba pensando la gente con solo mirarles a la cara, sin embargo, en los ojos azules de Víctor brillaba el deseo mientras le deshacía el lazo del kimono.

Sí, Víctor Tilman la deseaba. ¿Qué había de malo en eso?

El pulso se le disparó cuando Víctor comenzó a besarle el hombro con suavidad, y un temblor le recorrió toda la piel al sentirlo hincar los dedos en sus caderas. Él se la estaba comiendo a besos, no había otra forma de describirlo: primero el hombro, luego el cuello, la clavícula... Kaori abrió la boca y contuvo una exclamación cuando el cuerpo de él se aplastó más contra su vientre, revelándole un innegable estado de excitación.

Repentinamente caliente, Kaori deslizó una lujuriosa mirada por aquel atlético cuerpo, antes de comenzar a soltar los botones de su camisa. Los nervios comenzaron a esfumarse dando paso al deseo, y las comisuras de sus pequeños labios se arquearon hacia arriba al recordar cómo habían terminado aquellos botones la última vez que había tratado de desvestirlo. Le abrió la camisa y sintió algo parecido a la lujuria cuando comenzó a deslizar las manos por aquel bronceado torso desnudo. Sus manos estudiaron cada recoveco, cada músculo y tendón. Kaori no recordaba haber disfrutado nunca tanto de tocar a un hombre. Su piel era suave, caliente, bronceada, y olía a las mil maravillas. Subió las manos hasta su cuello, esbelto y fuerte, y atrapó entre los dedos la corta mata de cabellos que nacía en su nuca.

Víctor se apartó un poco y ella frunció el ceño con disgusto.

—Vas demasiado deprisa —opinó, abriendo la hebilla de su cinturón sin dejar de mirarla.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿Quieres saberlo?

Kaori nunca había sentido más deseo por un hombre que cuando él le agarró una mano y la situó sobre el duro bulto que despuntaba en su

pantalón. Cerró los ojos y tragó saliva al darse cuenta de que bajo la palma de su mano algo crecía rápidamente.

—No creo que esto tenga las mismas ganas de contenerse que yo.

Kaori soltó un largo suspiro, apoyó la frente contra el pecho de Tilman e inspiró el dulce aroma de su colonia.

Los dedos de él se deslizaron bajo su barbilla y la forzó a mirarle a los ojos.

—Me estás volviendo loco —le susurró él, sin apartar la mirada. Sujetó los dedos de Kaori sobre el pequeño tirador de la cremallera de su pantalón y lo deslizó hacia abajo con lentitud, dejando al descubierto la prominente erección que palpitaba bajo sus bóxers.

Tomando la iniciativa, ella introdujo una mano dentro de su ropa interior y pasó los dedos provocativamente por su miembro.

Excitado como nunca, Víctor se deshizo rápidamente de la camisa y la arrojó al suelo, exponiendo sus fuertes y bronceados abdominales a la mirada de Kaori.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó él, provocándole a ella una intensa oleada de calor.

—Puede. Aunque lo decidiré cuando termines de quitarte esos aburridos boxes.

—¡No son aburridos! ¿Sabes que cuestan una pasta?

—Y sin embargo, aburren —respondió ella, apretándole el miembro con los dedos.

En cuanto comenzó a acariciarlo, friccionándolo con lentitud, él echó la cabeza hacia atrás y lanzó un sonido increíblemente gutural. Entonces, ante la sorpresa de Kaori, deslizó una mano sobre la suya y la sujetó alrededor de su pene, guiándola de arriba abajo y de abajo arriba.

Cerró los ojos y suspiró profundamente.

A Kaori le pareció de lo más excitante el modo en el que aquel músculo palpitaba contra sus dedos, el olor a gel de baño que brotaba de sus cabellos, la intensidad de su respiración. Se sentía hipnotizada por el magnetismo salvaje y feroz que rodeaba a Tilman. Era algo intenso que

la afectaba como ninguna otra cosa lo había hecho. Era un hombre capaz de cautivar y encadenar a cualquier mujer.

Y aún peor: él lo sabía.

Sabía que ella haría lo que él quisiera, que se dejaría llevar por el deseo y que olvidaría todo lo demás: las dudas, los principios..., incluso borraría de su mente el hecho de que estaba comprometido.

Kaori arqueó la espalda hacia él al recordar la imagen de Ariana y Curtis, juntos en aquella cafetería. En algún lugar de su cerebro estalló una voz que le decía que estaban actuando del mismo modo. Y sin embargo, eso la hizo sentir un poco menos culpable.

Con suavidad, él le retiró el kimono de los hombros y comenzó a besarle la piel mientras iba abriéndole poco a poco la prenda. Contempló sus senos, redondos y tersos, y condujo la boca hasta ellos, lamiéndolos y succionándolos sin prisas, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Las manos de Tilman le apresaron las nalgas y, sin saber cómo había ocurrido, Kaori se encontró sentada sobre la encimera, sin bragas y con las piernas abiertas en torno a las poderosas caderas de ese hombre. Si antes estaba excitada, ahora lo estaba aún más. Se hallaban tan cerca el uno del otro que podía sentir el calor de su cuerpo y el aroma exquisito de su aliento. Había algo morboso en su manera de actuar; era posesivo y seguro de sí mismo.

Si hubiera tenido que adivinar que sucedería a continuación, Kaori jamás habría dicho que Tilman fuese a penetrarla de aquella forma. Se hundió en su cuerpo sin preámbulos, y comenzó a embestirla con la fiereza de un animal salvaje al que nadie hubiese alimentado durante demasiado tiempo. Un escalofrío atravesó la columna de Kaori al sentir que su espalda desnuda colisionaba con los fríos azulejos de la cocina. Se aferró a aquellos maravillosos cabellos cortos y oscuros mientras él la penetraba una y otra vez, cada vez más profunda y rápidamente. Podía sentir la fricción de su miembro, un músculo indiscutiblemente grande, contra la sonrosada carne de su sexo. La incendiaba con cada roce, con cada fricción, con cada entrada y salida. Notaba la tensión de sus caderas y de sus glúteos. Tilman parecía poner el alma en cada envite.

La frente se le perló en sudor cuando el dedo de Víctor comenzó a dibujar pequeños círculos en su clítoris mientras su miembro continuaba envistiéndola con firmeza. Aquello era algo primitivo. Una auténtica liberación para el cuerpo y un dulce que incendiaba el alma. No podía haber nada mejor; nada más sublime que tener a ese hombre dentro de ella, poseyéndola por completo.

—Dios mío, Víctor... —lo nombró con un gemido y se aferró a su cuello, arqueando al mismo tiempo la espalda y empujando las caderas en busca de sus acometidas, cada vez más sedientas.

Entonces, de pronto, Tilman se detuvo y salió de su interior.

—¿Qué ocurre...? —Todavía aturdida, Kaori abrió los ojos y lo observó mientras se apartaba de ella.

—Has dicho mi nombre.

—¿Y qué si lo he dicho?

—Que estábamos follando, y lo has dicho.

Atónita ante el giro inesperado que estaba tomado aquello, pestañeó sin poder decir una palabra.

—¿Estás de broma, verdad? —masculló Kaori entre dientes, cerrando rápidamente las piernas y envolviendo su cuerpo en el kimono.

—Estoy desnudo en tu cocina, ¿acaso te parece eso una broma?

Ella bajó de la encimera de un salto e hizo acopio de todas sus fuerzas para no echarlo de allí a patadas. Se agachó, recogió del suelo el lazo de seda que unos momentos antes cerraba su kimono, y luego avanzó hacia el salón.

—¿Sabes? ¡No hay quién te entienda!

—Solo tenemos que follar, no necesito oír nada más que tus gemidos.

—¡Esa sí que es buena! —La respiración se le aceleró—. Te presentas en -MI- casa, me follas en -MI- cocina, y todavía pretendes que me someta a tus caprichos de macho alfa. ¿Quieres dejar ya de soñar?

Kaori pasó por su lado y se detuvo en seco al sentir los fuertes dedos de él alrededor de su brazo.

—Hoy eres mi geisha, y no me conformo con un rápido revolcón en tu cocina.

—¿Y eso qué significa? ¿Qué he de dar un saltito cada vez que tú me lo ordenes? ¡Olvídalo!

El pulso de Kaori se aceleró al verse empujada contra el respaldo del sofá.

—¿Tanto te cuesta comportarte como el resto del mundo?

—Si con el resto del mundo te refieres a los que hacen todo lo que quieres en cuanto abres la boca... Sí, me cuesta una burrada.

Él le dedicó una fría sonrisa.

—¿Crees que a mí no me ha costado nada llamar a tu puerta y rogarte?

—Lo malo es que tú no ruegas, más bien ordenas. Y deberías recordar que yo no soy uno de tus empleados.

—En cierta forma, sí que lo eres.

—¡Y un cuerno! Puedes pensar lo que te dé la gana, pero que te quede claro que trabajo por mi cuenta. Considérame algo así como una autónoma. Así que ya va siendo hora de que cambies el *chip* de mandón profundo y comiences a tratarme como a una persona.

—No digas tonterías, ya te trato como a una persona.

—Sí, claro. Por eso te plantas en mitad de mi cocina en pelotas y comienzas a decir gilipollecés. Ya me estoy cansando de tus juegucitos, ¿sabes?

—¿Qué demonios te hace pensar que estoy jugando?

—¿Ah, no es así? ¡Demuéstralo! —lo retó ella mirándole directamente a los ojos.

Él guardó silencio cinco segundos, y luego le dijo:

—Estaba acordándome del día que metiste la mano en mis pantalones.

Aunque aquellas palabras consiguieron confundirla durante un momento, Kaori se encogió de hombros.

—Me lo pusiste a huevo. Además, no puedes negar que te lo

merecías. Con lo cual, volvemos al punto de partida: no puedes esperar que todo el mundo actúe según tus deseos.

—Oh, pequeña, claro que puedo.

—¿Lo ves? Vuelves a comportarte como un patán.

—Y según tú, ¿un patán haría esto? —le dijo, deslizando la mano dentro de su kimono y acariciando con deliberada lentitud el punto donde los muslos se unían.

Ella se puso rígida y tembló de placer.

—Será mejor que te largues —le pidió.

—Eso no suena demasiado convincente mientras continúes estando tan húmeda —le susurró al oído, rodeándole la cintura con la mano que aún tenía libre.

—Tienes una mano metida entre mis piernas, ¿crees que soy de piedra?

—¿Quieres decir que si me detengo dejarás de desearme?

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—Está bien.

Tilman detuvo las manos, se apartó un paso de ella y la miró como si esperase a que ocurriese algo fuera de lo común.

—¿Qué haces? —Kaori arrugó el ceño, sintiéndose terriblemente incómoda.

—Me has pedido que me detenga, y lo he hecho.

Ella lo miró en silencio durante un minuto y, antes de que pudiera darse cuenta de cómo o cuándo había ocurrido, se encontró abrazada a su cuello y besándolo como si no existiera el mañana.

Él deslizó una mano por sus caderas y volvió a abrirla el kimono.

—Así está muchísimo mejor —le dijo mientras la besaba de forma posesiva.

Su lengua buscó ansiosamente la de Kaori y sus dientes colisionaron furiosamente. No podía creer lo que esa mujer estaba haciéndole. Por todos los santos, ni siquiera era capaz de quitarle las manos de encima

durante medio minuto. Deseaba poseerla por completo, y debía hacerlo si quería quitársela de la cabeza de una vez por todas.

Llevaba tres noches... ¡tres! Sin poder pegar ojo, levantándose en plena madrugada, duro como una piedra, para darse cada veinte minutos una ducha fría. Su cuerpo la deseaba, y era algo obvio que una sola vez no había sido suficiente. Tenía que ir más allá. Realizar sus fantasías más secretas y proporcionarle a su cuerpo lo que pedía con insistencia.

Una vez más y sería suficiente, se dijo él, hundiendo la nariz en los brillantes cabellos de ella para aspirar su fragante aroma a canela.

Sin dejar de besarlo, Kaori notó que él le quitaba de las manos el lazo de seda y que sus pies se despegaban del suelo. Abrió los ojos y se encontró entre los brazos de Tilman, que la llevaba en volandas hacia alguna parte de su apartamento. Después de que abriese la puerta del cuarto de baño, y a continuación tentara la suerte con la habitación contigua, Kaori intuyó que Víctor buscaba el dormitorio principal.

—Segunda a la derecha —le indicó, mordiéndose el labio inferior.

Él desvió los ojos hacia ella y clavó una intensa mirada en sus turgentes senos.

—Espero poder llegar antes de que decida acabar en este puto corredor.

A pesar de la dureza de su tono, aquellas palabras la alagaron. Era evidente que Tilman la encontraba atractiva. La deseaba y, a juzgar por el tamaño de la erección que palpitaba contra su cadera, Kaori sabía que apenas podía contener aquel apetito.

Con la mejilla apoyada en su pecho, cerró los ojos y aspiró el dulce perfume que brotaba de su piel. Su aroma resultaba tan masculino como su propietario. La cabeza comenzó a darle vueltas. Se sentía embriagada por la ternura que en ocasiones Tilman demostraba. A veces sabía comportarse como el hombre perfecto, pensó, acariciando con los dedos el vello de su suave y fuerte torso.

Sin embargo, debía recordar que no era su hombre. Él pertenecía a otra. Daba lo mismo si le era fiel o no, transcurridos unos días Ariana y él comenzarían una nueva vida juntos. Una donde ni ella, ni Curtis, ni ningún otro, tendrían cabida. Cuando aquello ocurriese, tan solo le

quedaría ese momento.

Tratando de no pensar en ello, Kaori hundió el rostro en su hombro. El corazón le latía en el pecho fuertemente y lanzó un suspiro. Cuando llegaron al dormitorio, Tilman la depositó con cuidado sobre el colchón y la contempló durante un segundo. Sus cabellos negros, esparcidos en torno a su cabeza, brillaban bajo la luz azulada de la lamparilla, mezclándose con su cremosa piel desnuda.

Por alguna razón, él cerró los ojos un breve instante, esforzándose en guardar aquella sensual imagen en algún lugar de la mente.

—¿Ocurre algo? —le preguntó ella, observándolo en silencio.

El abrió los ojos y le dedicó una sonrisa.

—No, por el momento... —le prometió, cerniéndose sobre su cuerpo.

Kaori pestañeó sorprendida cuando él le rodeo las muñecas con el lazo del kimono. No obstante, no se atrevió a decir una palabra mientras Víctor le ataba las manos a uno de los barrotes de la cama y tiraba de los extremos del lazo, para cerciorarse de que no iba a soltarse. El vientre se le tensó de deseo cuando él desplazó los dedos desde sus muñecas a los codos, acariciando el interior de sus brazos con suavidad. Ella siseó de deseo, cerró los ojos y comenzó a morderse el labio inferior con ansia.

—¿Qué narices es esto? —preguntó repentinamente él.

Ella abrió los ojos y lo vio esgrimir el vibrador que le había regalado Maya por su cumpleaños.

—¡Haz el favor de soltar eso! ¿Nadie te ha dicho que hurgar en los cajones ajenos es de mala educación? —lo miró, sintiendo que la sangre se le agolpaba súbitamente en el rostro, inflamándole las mejillas—. Me lo regaló una amiga por mi veintidós cumpleaños.

—No me imagino a la estirada señorita Simons comprando una cosa así.

—No te imaginas nada de la señorita Simons —murmuró ella con una sonrisa en los labios—. Pero si tanto te interesa saberlo, no fue ella quién me lo regaló.

—¿Y qué tal es?

—¿El qué?

—Ya sabes...—Blandió en el aire el aparatito en el aire.

Atada y desnuda, Kaori lo miró, preguntándose si hablaba en serio.

—¿Me estás preguntando que qué tal va ese trasto?

Él asintió con una media sonrisa en los labios.

—¡Y yo qué sé! Tan sólo se trató de una broma, ¿comprendes? Mi amiga Maya, que es la mar de graciosa...

Él rió y extrajo del cajón un pañuelo de seda que ella reconoció enseguida como su favorito. Tras cubrirle los ojos con él, le dijo:

—Creo que ya va siendo hora de que estrenemos a *míster Buen día*

—Ni lo sueñes —le dijo ella, cerrando fuertemente las piernas.

Kaori lo oyó reír mientras le separaba con cuidado los muslos, y una oleada de deseo la inundó al sentir el frió de la seda en torno a su tobillo derecho. Antes de que pudiera preguntarle qué demonios estaba haciendo, el tobillo izquierdo estaba también sujeto a los pies de la cama.

Privada de la vista e inmovilizada de pies y manos, aguzó el oído y trató de adivinar cuál sería el siguiente movimiento de Víctor. Tragando saliva, se preguntó si él la estaría contemplando en ese preciso momento. Era plenamente consciente de su propia desnudez; de que estaba totalmente expuesta a él y a sus deseos.

Y eso la excitaba.

De pronto, oyó el zumbido del vibrador y los músculos de sus piernas se encogieron al preguntarse en qué momento él lo usaría.

Los segundos se sucedieron uno tras otro, aumentando el deseo. Estaba a punto de decirle que dejara de hacer bobadas, cuando notó que Tilman desplazaba a *míster buen día* a lo largo de su vientre y lo situaba en la entrada de su sexo. Kaori cogió aire cuando él la penetró con aquel impúdico aparatito. Con solo saber que era él quien lo manejaba se excitó, y comenzó mover las caderas, contoneándolas hacia el artilugio que salía y entraba de ella, vibrando contra las acuosas paredes de su intimidad.

Un largo gemido de placer escapó de su garganta, dejando patente que no le importaba nada, salvo lo que él le hacía sentir. Adoraba el cuerpo de Víctor, la fuerza de sus brazos, la firmeza de sus manos. Le gustaba que la tocara, y hacer el amor con él..., eso era algo increíble.

De pronto, Tilman se detuvo y extrajo el vibrador de ella. Kaori tragó saliva cuando sintió que se cernía sobre su cuerpo, dispuesto a hundirse entre sus muslos.

—Mi geisha... —murmuró Víctor en su oído, antes de penetrarla con una sola y enérgica investida de sus caderas.

Kaori lanzó un grito ahogado y se sumergió en el torbellino de intensas sacudidas que agitaron todo su ser. Durante un segundo sintió deseos de decirle que lo quería. Y aquellas inconvenientes palabras habrían salido de su boca si Víctor no la hubiese besado en ese preciso momento, acallando un pensamiento tan irreflexivo y carente de lógica.

Ambos se sumergieron en un intenso clímax. El placer que sentía cada vez que él la embestía, era inigualable. El aire se hizo cálido e irrespirable alrededor de Kaori, los oídos comenzaron a pitarle y notó el latido frenético del miembro hinchado de Víctor en su interior. La habitación daba vueltas y su cuerpo comenzó a sumergirse en medio de profundas olas de placer mientras experimentaba un increíble orgasmo. Se arqueó hacia él y gimió al sentir cómo se aferraba con fuerza a sus hombros. Los pectorales de Víctor se tensaban contra sus pechos. Su cuerpo caliente propagaba el aroma de su colonia. Kaori lo notó tensarse sobre su cuerpo y lo oyó lanzar un profundo gruñido, antes de derrumbarse junto a ella en el colchón.

Kaori distinguió las manos de Víctor alrededor de las ligaduras de sus muñecas, y un momento después estas se aflojaron, permitiéndole mover las manos. Se las llevó al rostro y apartó la seda que le ocultaba los ojos, topándose al momento con la enigmática mirada de Tilman.

—Ha sido increíble —confesó él, antes de acercar su boca a la de ella para besarla con lentitud mientras palpaba la curva de sus nalgas y las pellizcaba.

—¡Auuu! —se quejó ella, provocando la risa de él—. ¿Te parece divertido?

—¿La verdad? Un poco.

—Anda, no seas malo y desátame antes de que me salgan moratones.

Justo en el instante en que él se inclinó para deshacer el lazo de sus tobillos, el teléfono comenzó a sonar sobre la mesita de noche. Kaori descolgó rápidamente el auricular y contestó, al tiempo que advertía que el peso del cuerpo de Víctor abandonaba la cama. Una punzada de dolor se hincó en su estómago como un afilado cuchillo. Con el rostro oculto a la vista de él, cerró los parpados y se esforzó en que la voz no le temblase.

—¿Sí? —respondió a la llamada.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Se suponía que hoy habíamos quedado.

—¡Mierda! —Kaori dio un salto y se incorporó rápidamente, sentándose en el borde de la cama—. Lo siento Maya.

—Te he llamado un montón de veces. Eso sin contar lo que me duele el dedo de tanto pulsar el botón de tu portero automático. Así que espero que tengas una buena razón para olvidarte de lo de hoy; una que tenga pene, ya me entiendes...

—Tiene pene, Maya —admitió Kaori levantando la vista y observando que Tilman la miraba con el ceño fruncido.

—¡Oh! Eso lo cambia todo —la voz de Maya hizo una breve pausa, antes de preguntar—. ¿No se tratará del cabrón de Tilman? Porque sabes perfectamente que ese tío no te conviene nada, por muy bien que folle.

—Será mejor que hablemos de eso más tarde, Maya —le pidió Kaori a su amiga, levantándose de la cama y tirando de las sábanas para envolverse el cuerpo con ellas.

—¿¡Con Tilman!? —exclamó la muchacha con incredulidad—. No puedo creer que hayas echado otro polvo con ese desgraciado después de lo que te hizo. ¿Has perdido la cabeza?

—En estos momentos no puedo hablar —le comentó Kaori en voz baja, sintiendo un nudo en el estómago.

—Ese cretino continúa ahí, ¿no es cierto? —chilló la voz de su amiga

al otro lado de la línea—. Pues puedes decirle que ya puede ir preparándose, porque pienso ir allí y decirle tres cositas a ese mamón, antes de echarlo a patadas de tu casa.

Kaori enarcó las cejas sobre los ojos y se quedó mirando el auricular cuando este comenzó a emitir un *bip, bip* ensordecedor.

—Será mejor que te vayas antes de que... —Kaori se giró y se quedó de piedra al ver que Víctor se hallaba junto a la puerta, completamente vestido —. Veo que no pierdes el tiempo. ¿Cuándo demonios has ido a la cocina para recoger tu ropa?

—Bueno, tú parecías muy ocupada con esa llamada, y a mí me espera mucho trabajo atrasado en la oficina. No veo por qué debería perder más tiempo, ahora que no existe nada que pueda distraerme.

Kaori se puso tensa.

—Cuando hablas de distracciones, ¿debo suponer que estás refiriéndote a mí?

—Por supuesto —le dijo, agarrándole la barbilla y plantándole a continuación un beso en los labios—. No pongas esa cara. Nunca antes una mujer me había afectado tanto como tú, deberías sentirte orgullosa de ti misma.

—¿Orgullosa?—frunció el ceño con irritación—. Pero... ¿Quién demonios te has creído que eres?

Tilman suspiró con cansancio.

—Creo que estás sacando todo esto de contexto.

—Claro, por supuesto —comenzó a decir ella con sarcasmo—. Esto no ha sido más que el polvo de las cinco. ¿Por qué deberíamos darle más importancia?

—Eso mismo pienso yo... ¿Lo ves? Después de todo eres una chica lista.

—¡Y tú un mamón prepotente! —le gritó ella todo lo fuerte que pudo, notando que el cuerpo le temblaba de ira e impotencia.

—Deberías tranquilizarte —le aconsejó Víctor, como si odiase que ella hiciera una escena. Salió del dormitorio y Kaori lo siguió hasta el

salón, mientras que con una mano trataba de sujetarse la sábana alrededor del pecho para no pisarla.

Al ver que él se detenía ante la puerta de su apartamento, clavó los pies en el suelo y sintió unas enormes ganas de darle un bofetón. Sin embargo, y a pesar de saber lo mucho que se lo merecía, se limitó a mirarlo como si fuese una sucia enfermedad venérea. Su pecho comenzó a bajar y a subir bruscamente con cada rabiosa respiración.

—¡Vete a la mierda! —le gritó—. Este es mi apartamento, y cuando quiera que alguien me diga cómo debo comportarme, te aseguro que no serás tú.

Él la miró fijamente, hasta que los ojos amenazaron con escocerle si no los cerraba pronto. Apretó los labios al sentir algo parecido a un latigazo de furia, y luego acabó de cerrar los botones de la camisa con el rostro rabiosamente enrojecido. Imaginarla metiendo a otro hombre en aquella casa le hacía sentir una extraña desazón en el estómago. No podía creer que ella pudiese estar pensando en disfrutar del sexo con otro hombre después de haberlo hecho con él. Y aunque la lógica le decía que no tenía ningún derecho a sentir los celos que le corroían el estómago, Víctor tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarse llevar por el deseo de agarrar a esa mujer del brazo y zarandearla hasta sacarle de la cabeza la estúpida idea de sustituirlo por otro.

Apretó los dientes para no maldecir, y un músculo tembló ligeramente en su mandíbula.

—Que tengas un buen día —se despidió él.



# Gentiana

**Desconsuelo, huida. Me haces sufrir, tengo que dejarlo**

En el instante que lo vio dirigirse hacia el ascensor, Kaori cerró de un portazo, prometiéndose a sí misma que era la última vez que dejaba entrar a ese hombre en su vida. Víctor Tilman era un cerdo y no estaba dispuesta a olvidarlo una segunda vez, por muy bien que follara.

Kaori se apartó de la puerta y se dirigió al cuarto de baño, sintiéndose francamente de mal humor cuando clavó los ojos en la imagen que le devolvió el espejo. Estaba desnuda, con los cabellos alborotados en torno a las mejillas y envuelta en una sábana. Aquella le pareció una imagen bastante patética de sí misma.

Sacudió la cabeza a los lados y soltó una amarga risa.

Ojalá hubiese tenido las fuerzas suficientes para negarse a complacer los deseos de ese hombre. Era un tipo demasiado frío y controlador. Un individuo completamente opuesto a ella. Kaori cerró los ojos, recapacitando en que no tenían nada en común, salvo las flores. Unas que para colmo iban a adornar su boda.

Pero, ¿en qué demonios estaba pensando al irse a la cama con ese tío?, se preguntó, prometiéndose a sí misma olvidarlo. No entendía por qué lo había hecho, pero lo que tenía claro era que iba a sacarlo de su cabeza, sí o sí. No cometería un error como ese por tercera vez, ni estaba dispuesta a convertirse en el capricho del omnipotente señor Víctor Tilman. No era una muñeca con la que jugar cuando ese puto controlador tuviese la necesidad de relajarse. Por ella, podía hacerlo con su maravillosa prometida. Al fin y al cabo eran tal para cual: guapos, ricos e igual de promiscuos.

—Vamos, la joya de la corona —recapacitó en voz alta, agarrando el cepillo y desenredándose la maraña de pelos que tenía sobre la cabeza, hasta que esta estuvo perfectamente lisa y brillante.

No se dejaría mangonear de nuevo. Si no se protegía a sí misma, ¿quién iba a hacerlo por ella? Tenía que ser fuerte y práctica; pensar que lo suyo con ese hombre no había sido más que una experiencia.

Una muy satisfactoria, pero nefasta al fin y al cabo.

Después de ponerse unos *jeans*, una camiseta de algodón y calzarse sus deportivas favoritas, Kaori arrastró los pies hasta la cocina y se preparó una cafetera bien cargada. Su cerebro precisaba de una buena dosis de cafeína que lo ayudase a pensar con claridad.

Estaba cansada; agotada más bien.

—No debes darle más importancia de la que realmente tiene —se aconsejó en voz alta, como si tratase de autoconvencerse—. Soy una mujer adulta con todas las facultades mentales intactas, y puedo irme a la cama con quién me dé la gana sin tener que dar explicaciones a nadie. Así que voy a relajarme y a sacar a ese hombre de mi cabeza.

«Bien, muy bien. Esa es mi chica», pensó, inspirando lentamente el aire.

Cuando Maya llegó a su apartamento, dispuesta a dar una gran patada en el culo a *Don controlador*, Kaori la hizo pasar al salón y, antes de que pudiera abrir la boca para preguntar por Tilman, le puso una taza de café caliente en las manos.

Un poco sorprendida, Maya deslizó la mirada por el salón y le dijo:

—¿Se ha marchado?

—Hace un buen rato. —Kaori soltó el aire con un suspiro—. Por lo visto ya se había relajado lo suficiente y no creía necesario perder más tiempo.

—¿Te ha dicho eso?

—Versión resumida.

—¡Menudo imbécil! —masculló la joven, apoyando la taza de café sobre la mesa. Se dejó caer contra el respaldo del sofá y su vista se detuvo un momento en el descuartizado ikebana. Luego suspiró—. Tienes que dejar de hacerte esto, Kaori. Sé lo que dije en un principio, pero la única verdad es que ese tío no te conviene.

—Lo sé. Por eso estoy decidida a olvidarlo.

—¿Cómo? ¿Follando con él cada vez que aparece?

—He estado pensando en mudarme...

Maya arqueó las cejas sobre los ojos.

—Repite eso.

—Ya sabes, cambiar de casa.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo difícil que es encontrar un apartamento como este en esta ciudad?

—Entonces me iré a las afueras. Un cambio de aires me vendrá bien.

—¿Y te has planteado en algún momento qué ocurrirá si rechazas el trabajo de ese gilipollas?

—No voy a dejar de trabajar para él. Ni siquiera tengo que verlo para entregar esas dichosas flores. Otra persona puede hacerlo por mí.

La miró, esperando a que dedujera que se refería a ella.

—Sabes que estaré encantada de echarte una mano, pero creo que estás llevando todo esto demasiado lejos.

—¿Tratándose de Víctor Tilman? —masculló—. El Himalaya no está lo bastante lejos. Además, no voy a permitir que un estúpido lío amoroso influya en mi trabajo.

Maya ladeó la cabeza y la observó entornando los ojos.

—Deduzco que estás realmente decidida a largarte de la ciudad.

—En este momento, no se me ocurre una idea mejor.

—Pues a mí me parece que es una manera bastante cobarde de huir del problema.

—Lo admito, pero si no lo hago acabaré lanzándome a los brazos de ese hombre en cuanto vuelva a aparecer ante mi puerta. Y no quiero volver a perder la cabeza y que él piense que puede continuar haciendo lo que le venga en gana cuando le plazca. Pienso que la mejor manera de evitarlo es no verlo, así de simple.

—Joder, ¿tan bueno es?

—No creo que se trate solo de eso, Maya.

—¿Crees que te has enamorado de él? —Maya se echó el pelo hacia atrás y miró a Kaori con el ceño fruncido.

—No digas bobadas —respondió ella, negándose a concederse el tiempo necesario para analizar sus propios sentimientos—. Hablar de amor es apuntar demasiado alto, ¿no te parece? La gente no se enamora de un día para otro como ocurre en las novelas o en los culebrones de la tele. Te aseguro que yo no voy a ponerme a llorar a moco tendido o a gritar para evitar que vuelva a largarse por esa puerta. No soy tan estúpida. No obstante, tampoco pretendo mentirme a mí misma diciéndome que no hay nada, porque lo cierto es que lo hay, aunque no sé muy bien de qué se trata.

—Y estás segura de que no es amor...

—A estas alturas no estoy segura de nada, Maya. Solo sé que cuando Tilman me mira, me tiembla todo el cuerpo. Es como si ese hombre pudiese meterse en mi cerebro y hurgar en mi materia gris hasta volverla gilipollas. Me ciega. No tengo dominio sobre mí misma. O al menos, no completamente.

Kaori sacudió la cabeza, preguntándose cómo había acabado contándole a Maya aquellas cosas, si ni siquiera se las había planteado antes ella misma. La culpa era de las hormonas, pensó, que aún continuaban revolucionándole el cuerpo.

—Está bien, si estás decidida a largarte, al menos deja que te eche una mano —comenzó a decir Maya, sentándose junto a la encimera y soltando una larga exhalación—. Mi hermano, Stephen, posee una casa en las afueras. Más concretamente en Coney Island. Es un poco más grande que esta, y estoy segura de que le vendría bien contar con alguien que cuidase de ella mientras él no está.

—Desconocía que tuvieras un hermano.

—Seguro que Stephen te encantaría. Es un tipo un tanto peculiar. Aunque por desgracia, no creo que tengas la oportunidad de conocerlo, ya que siempre está viajando de aquí para allá. Ahora mismo se encuentra en alguna parte del desierto de Nubia. No tengo ni idea de dónde exactamente, porque envía correspondencia que procede de

infinidad de lugares distintos.

Kaori se sirvió más café, sintiéndose mucho más relajada. Luego miró un instante a su amiga e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—De acuerdo —dijo, llevándose la taza a los labios para tomar un sorbo—. Pero solo si estás completamente segura de que a tu hermano no le importará tener a una inquilina adicta al té y a las flores, que escucha *Hougaku* hasta altas horas de la madrugada.

Sin dejar de sonreír, Maya se sentó y volvió a tomar entre las manos la taza de café que momentos antes había abandonado sobre la mesa. Echó un vistazo al ikebana y le dijo:

—No le importará, siempre y cuando no lleves ese desastre contigo.

## Capítulo 4



# Flor de loto

## Comenzar de nuevo

A 4 días de la boda

Kaori entró en el salón, que estaba en proceso de convertirse en un mercadillo de ropa usada y viejas cajas de cartón, y dejó en el suelo el pesado baúl que arrastraba con ambos brazos. Arqueó la espalda hacia delante, apoyando al mismo tiempo las manos a la altura de los riñones, y soltó un quejido.

Miró a su alrededor y suspiró.

Ahora tan solo faltaba guardarlo todo en los armarios para considerarse oficialmente instalada en su nuevo hogar.

Bueno, eso, y conectar el aire acondicionado, pensó, antes de abrir las ventanas para permitir que corriese el aire. Oyó las alegres risas de una pareja de enamorados que caminaba junto a la pequeña travesía que bordeaba el parque de atracciones y se quedó mirándolos.

Durante un momento tuvo la sensación de que el mundo entero se compadecía de ella. Luego respiró hondo y exhaló el aliento lentamente.

Sospechaba que allí estaría bien. La casa poseía dos plantas. Era amplia y luminosa, de paredes blancas y suelos de madera. Estaba rodeada por un pequeño jardín, encerrado a su vez dentro de un pintoresco cercado de metal. Los muebles eran clásicos y bonitos; sin adornos que deslucieran su sencillez.

Decididamente, aquel era un espacio acogedor en el que iba a encajar a la perfección. Tan solo tenía que deshacer el equipaje y situar cada cosa en su sitio.

Kaori dio un respingo al sentir un ligero zumbido en el bolsillo trasero de sus *jeans*, y extrajo el teléfono móvil. Después de echarle un vistazo

lo dejó sobre el pequeño asiento de madera que alguien había construido justo debajo de la ventana.

—¿No vas a responder? —le preguntó Maya desde la puerta, sujetando entre sus brazos una enorme caja llena de libros.

Kaori negó con la cabeza.

—Intuyo que es otra vez míster capullo... —adivinó la joven, dejando la caja en el suelo.

—Estoy hasta el moño de sus llamaditas. Lleva toda la semana insistiendo. Si continúa así, logrará que, además de domicilio, cambie también de número.

—No creo que hacerlo sea productivo para tu negocio.

Kaori la miró por encima del hombro y le preguntó:

—¿Vas a quedarte a comer?

La rubia asintió con la cabeza.

—¿Te apetece chino? —le preguntó a Maya.

—Bueno, aún no he tenido ocasión de salir con ninguno, pero no descarto la idea...

Kaori alzó los ojos y miró al techo en un gesto que decía: «¿Pero qué he hecho yo para merecer esto?»

—De verdad que no tienes remedio.

—Mucho me temo que no —suspiró Maya.

Kaori se recogió el cabello en una coleta y echó un vistazo a su reloj.

—Antes, cuando pasamos junto al parque de atracciones, me pareció ver un restaurante abierto. Si nos damos prisa puede que aún lo esté —comentó, agarrando el bolso que un rato antes había colgado en el perchero y disponiéndose a salir.

—¿Vas a dejar el teléfono ahí?

—Creo que me tomaré el día libre.

—¿Y si te llama algún cliente?

—Probablemente no será nada que no pueda esperar hasta mañana

—le dijo con una sonrisa mientras se colgaba el bolso en el hombro y salía por la puerta.

—¿Me quieres decir qué demonios te pasa? —rió Maya—. Es la primera vez en dos años que te veo pasar del trabajo.

—Qué quieres que te diga, una mujer necesita de vez en cuando desconectar de todo y relajarse un poco. Hoy no quiero saber nada de flores o clientes. Mucho menos de ese cabrón de Tilman.

—Pues entonces, estás en el lugar indicado, nena —le dijo Maya a Kaori mientras emprendían el camino hacia el restaurante—. Pronto te darás cuenta de que Coney Island es un mundo aparte. No tiene nada que ver con el centro de Manhattan. Aquí las cosas son bastante distintas. Seguro que te será fácil conocer a gente nueva. Además, podrás caminar por el paseo marítimo al caer la tarde y dar de comer a las gaviotas, si lo que te apetece es comportarte como una tierna abuelita.

—Lo que me apetece es un poco de tranquilidad —contestó ella. Luego miró a su amiga y alzó una ceja—. Y que te quede claro, no tengo la menor intención de dar de comer a esos pajarracos.

Cuando llegaron al restaurante, a Kaori le sorprendió descubrir que no solo servían hamburguesas y patatas fritas, como en un principio había esperado, sino que también preparaban un pescado que olía a las mil maravillas y unas verduras al vapor que parecían igual de exquisitas.

—Mmmm. —Se detuvo junto a la entrada, disfrutando del succulento aroma—. Esto es todo lo que necesito para sentirme mejor.

—No hagas que responda a eso... —farfulló Maya en voz baja, observando atentamente al camarero que se acercaba a ellas con una amplia sonrisa.

La mirada de Kaori osciló de él a ella.

—No puedes hablar en serio. ¿El camarero?

—¿Y por qué no? —alzó una ceja y clavó los ojos en el trasero del muchacho cuando este se dio la vuelta para conducir las hasta una de las mesas que se encontraban al fondo del establecimiento—. Es muy mono.

Maya y ella se sentaron junto a la terraza mientras el muchacho, evidentemente ajeno al escrutinio de su amiga, les explicaba que desde allí podrían disfrutar de una buena vista del paseo marítimo.

—Ya te daría yo vistas —susurró Maya en cuanto el joven las dejó a solas.

Kaori agitó la carta del menú ante el rostro de la joven.

—¿Te importaría apartar un momento los ojos del camarero?

—De su trasero, querida, de su trasero —puntualizó, mirándola con una pícaro sonrisa en los labios.

Ella miró a Maya y luego desvió la vista hacia el mar, distinguiendo a lo lejos la figura de la enorme montaña rusa que con el tiempo se había convertido en una de las atracciones más emblemáticas del lugar, la *Ciclone*. La vio girar sobre sí misma y pensó en lo mucho que aquellas vueltas se parecían a sus sentimientos por Tilman: no conducían a ninguna parte.

—¿Estás bien? —Maya arrugó el ceño.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Porque te has quedado muy callada.

Kaori le dedicó una sonrisa que no reflejaron sus ojos.

—Ya sé lo que realmente te hace falta —indicó Maya, tratando de animarla—. Una cita con el camarero de la sonrisa *Profident*.

—¡Ni en sueños!

Durante el tiempo que permanecieron sentadas, ninguna de las dos mencionó nada respecto a sus relaciones. Sí que hablaron de hombres y de sexo, por supuesto, charlar con Maya y no hacerlo habría sido de lo más extraño. Puede que incluso incómodo.

No obstante, Kaori agradeció que en ningún momento su amiga nombrase a Míster Capullo. Ese era el nombre que, después de una semana llamándolo mamón, gilipollas y cerdo descerebrado, ambas habían elegido para referirse a él.

No intentaba acabar con su recuerdo. Había llegado al entendimiento

de que eso era imposible. Tan solo le bastaba con que no le doliese.

Los ardientes momentos de intimidad que había compartido con Tilman se habían ido transformando paulatinamente en una especie de poción amarga que le corroía las entrañas. Kaori consideraba que eso era bastante mejor que el deseo que le invadía el cuerpo cada noche, cuando se quedaba a solas en la habitación que Maya le había ofrecido mientras terminaba de mudarse.

—Rachel va a venir mañana. —La voz de Maya interrumpió la corriente de pensamientos que cruzaba su mente.

—¿Decías?

La joven alzó una de sus rubias cejas y la miró con suspicacia.

—Digo, que Rachel llamó esta mañana y dijo que vendría a cenar mañana.

—En ese caso será mejor que pasemos por el supermercado antes de volver a casa, porque el frigorífico está más vacío que el espacio exterior. Incluso creo que hace el mismo eco —bromeó ella.

Alrededor de las cinco, cuando regresaron a casa, Kaori arrastró los pies hasta el salón y se desplomó sobre el sofá.

—Recuérdame que no vuelva a ir de compras contigo —le suplicó a Maya con el rostro hundido en cojín del reposabrazos.

—Creí que querías llenar el frigorífico.

—Ya, pero por poco nos traemos medio supermercado.

—Es que el chico de la frutería estaba para comérselo.

—Y claro, tenías que flirtear con él durante media hora.

—Por lo menos ha valido la pena soportar su molesta parrafada de por qué el pepino es la mejor hortaliza del mundo. Al final, tengo plan para el sábado.

—¿Te has parado a pensar, un solo momento, en Dilan? —le preguntó

ella, al tiempo que se incorporaba y sacudía la cabeza a ambos lados.

Maya paró de reír.

—¿Te he preguntado yo por Míster Capullo?

—Maya, sabes que no es lo mismo. Míster Capullo está prometido con otra, y eso no va a cambiar por mucho que yo lo desee.

—¿Y lo de Dilan te parece mejor? —bufó Maya—. ¡Joder, Kaori! Ni siquiera sé dónde se mete. A veces no tengo noticias de él durante días, y cuando aparece en mi casa la única explicación que me da, es que su trabajo es complicado y seguramente yo no lo entienda. Pues sabes, tiene razón, ¡no lo entiendo! Quizá algún día incluso me arme de valor y le persiga a escondidas.

—¿Pasamontañas incluido? —Kaori elevó las comisuras de la boca.

—¿Estás de broma? ¡Sin pasamontañas no voy a ninguna parte! Además, vamos a ver si dejamos una cosita clarita: a partir de ahora, en esta casa no se hablará de tíos a no ser que sea para ponerlos verdes.

—Me parece bien. Desde este momento no hablaremos de Dilan, de Míster Capullo, o del frutero cañón.

—¡Ah, no! Del frutero cañón está permitido hablar.

—Algún día, Maya —comenzó a decir Kaori—, tendrás que madurar.

—¡Oh, venga! No seas tan aguafiestas. Tengo solo veintitrés años, por si lo has olvidado. Así que deja ya de sermonearme y permite que me divierta un poco antes de que me convierta en una vieja cascarrabias y solterona —contestó Maya mientras cruzaba el salón para curiosear los libros que descansaban ordenadamente sobre una de las estanterías de su hermano.

Kaori le dedicó una breve sonrisa y se detuvo frente a la ventana, donde bajó la vista para contemplar el colorido rosal que crecía en el pequeño jardín trasero.

No pudo evitar que la sonrisa se evaporara de sus labios.

Envidiaba lo bien que Maya se tomaba lo de Dilan. Si ella fuese capaz de hacer lo mismo y olvidar lo que había compartido con Víctor Tilman,

probablemente ahora se estaría riendo de cualquier cosa que tuviese que ver con él.

Y lo peor era que ni siquiera estaba segura de que hubiesen compartido realmente algo.

Al principio creyó que solo sería una experiencia: buen sexo con el hombre perfecto. Sin embargo, ahora se daba cuenta de dos cosas: que él no era ni de lejos perfecto, y que para ella aquellos tórridos encuentros se habían convertido en algo más que una experiencia. Acostarse con él seguramente había sido lo más estúpido que había hecho en toda su vida. No entendía el cariz que estaban tomando las cosas. Al menos, desde su punto de vista. Quería extirpar a ese hombre de su pensamiento. Lo quería fuera de su mente, como ya lo estaba de su vida. Pero por alguna razón le era difícil lograrlo. Siempre que daba un paso hacia delante, sucedía algo que la hacía retroceder dos.

Con la mirada clavada en ningún punto en concreto, Kaori se sumergió aún más en sus pensamientos y reflexionó sobre lo que le estaba sucediendo.

Había salido con algunos hombres y ninguno de ellos le había dejado una huella tan indeleble como Víctor. Todavía le temblaban las piernas cuando lo recordaba en el despacho, jadeando contra la piel de su cuello. Quería y no podía dejar de pensar en él. Y a pesar de que ahora los recuerdos comenzaban a ser dolorosos, aún continuaba tratando de rehacerse a sí misma. Y, paradójicamente, lo que más le había asustado era creer que si dejaba de pensar en él durante demasiado tiempo el implacable olvido engulliría su recuerdo, pero después de estar alejada de él durante días, había comenzado a creer que eso era del todo imposible.

—No sé cómo a Stephen pueden gustarle estos libros. Tienen pinta de ser más aburridos que una maratón de tortugas.

El comentario de Maya hizo que Kaori se diese la vuelta. La observó ojear con atención las páginas de un grueso tomo y arrugó el ceño con interés.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó.

—Es de mi hermano. A Stephen le encantan Egipto y las pirámides

—respondió Maya, antes de pasarle el libro para que lo comprobase por sí misma.

—¡Vaya! Parece que mi casero es un hombre inteligente.

—¿Por qué? En Egipto solo hay arena y momias. No sé qué tiene eso de inteligente.

—¿Estás intentado tomarme el pelo?

Maya rió.

—Lo cierto es que sí. Stephen es tremendamente perspicaz. Al nacer los dos heredamos cualidades de nuestros padres: él las neuronas y yo las tetas —Maya se miró los senos durante una fracción de segundo, antes de concluir diciendo—. Me temo que salí ganando.

Aquella misma noche, después de que Maya decidiera regresar a su propio apartamento, Kaori subió al dormitorio y se puso el pijama, que básicamente consistía en una vieja camiseta de algodón, unas braguitas y algo parecido a unos abultados calcetines de lana gruesa, que a pesar de ser horrorosos le resultaban cómodos a la hora de caminar sobre el cálido suelo de madera.

A continuación, bajó a la cocina para prepararse una taza de chocolate caliente. Últimamente había descubierto que tomarse aquel brebaje antes de irse a la cama, conseguía relajarla.

Durante una fracción de segundo pensó que era una lástima que esa pócima no lograra también arrancar a Tilman de su cabeza. Estaba en ella en todo momento: cuando compraba en el supermercado, al hacer la colada o mientras conducía su escarabajo. Incluso ahora, mientras removía el chocolate dentro del cazo la imagen de ese hombre pululaba a sus anchas por su mente.

Kaori apretó los dedos fríos alrededor de la taza, se sentó en el sofá con las piernas encogidas y pulsó varias veces el botón del mando a distancia, hasta dar con el canal de cine.

Se pasó la media hora siguiente viendo a Béla Lugosi en el papel de *Frankenstein*, y desviando la vista hacia las ventanas de manera esporádica.

El viento soplaba con fuerza contra los cristales, lo que generaba un

sonido espeluznante que estaba consiguiendo ponerle los nervios de punta.

Tomó un sorbo de chocolate y se encogió un poco más en el sofá, recordando que aquella misma mañana Maya le había dicho que Coney Island era otro mundo.

¡Y tanto que lo era!

Estaba sorprendida de lo rápido que había empeorado el clima, cuando la mañana había sido tan agradable y calurosa.

Inspiró hondo y entonces, sin ninguna razón aparente, se le ocurrió que su vida ya no volvería a ser la de antes. Por mucho que le sedujera la idea de quedarse en esa casa, no iba a poder ocultarse del mundo para siempre. En algún momento tendría que asomar la cabeza y enfrentarse a la realidad, por muy dolorosa que le resultase.

Lo suyo con Tilman no había significado nada para él.

Menos que nada.

No había razón para arañar una superficie que no escondía nada debajo. No iba a descubrir el amor allí.

De hecho, no estaba por la labor de descubrirlo en ninguna parte.

Kaori depositó la taza sobre la mesa y se levantó para agarrar el bate de beisbol que había comprado unos días antes, cuando decidió ir a vivir a aquella casa grande y solitaria. La primera vivienda habitada que había visto de camino a su nuevo hogar se encontraba a medio kilómetro. Y aunque la idea de vivir tan apartada la seducía, prefería tener algo con lo que defenderse llegado el caso.

En ese momento tuvo la sensación de que su apartamento se hallaba a años luz de distancia. Igual que Tilman. Kaori bufó con energía. Estaba harta de compadecerse de ella misma. Ahora tenía la oportunidad de conocer agente nueva; tal vez algún hombre apuesto.

¿Y por qué no? Era joven, atractiva y tenía toda la vida por delante. Era ridículo pensar que no iba a enamorarse de nuevo.

—¡Y una mierda! —masculló en voz alta, mientras subía las escaleras que conducían al dormitorio. Ni siquiera sabía por qué le había otorgado ese nombre a algo que desde luego no lo era.

«¿Amor?»

«¡Ni en sueños!»

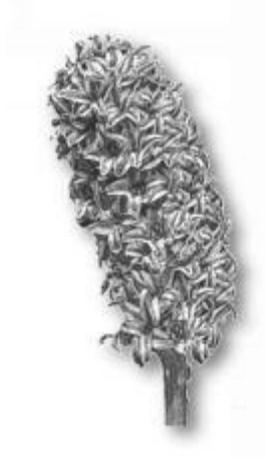
No era tan estúpida para pensar que tres besos y un par de revolcones eran suficientes para enamorar a una mujer, porque no lo eran. Al menos no para ella. Kaori sabía que si llegaba a enamorarse algún día de un hombre, este sería atento, gracioso y perspicaz. Resumiendo: justo lo contrario que Tilman.

Kaori se quitó los horribles calcetines y encendió la pequeña vela que descansaba sobre la mesita. Tras apoyar el bate detrás de la puerta, se metió en la cama.

Los muelles crujieron bajo su peso y notó el frío desagradable del colchón contra la piel desnuda de sus piernas. Pese a todo, intentó no sentirse incómoda en una habitación que no era la suya. Trató de pensar en lo mucho que le gustaba el estilo colonial de los muebles, aunque no pudiera decir lo mismo del verde pálido que cubría las paredes. No estaba nada mal, pero le vendría bien una nueva capa de pintura. Tal vez un rosa palo o un color vainilla un poco más acogedor.

Por alguna razón, aquella noche la casa le pareció un lugar muy triste y solitario. Sin embargo, era su pequeño y particular retiro. El lugar donde refugiarse para pensar y decidir qué iba a hacer con su vida a partir de ese momento.

## Capítulo 5



# Jacinto

## Juegas a un juego peligroso

Ya entrada la media noche, Kaori despertó súbitamente alarmada por un brusco ruido.

Al principio, imaginando que se trataba del viento que continuaba azotando con fuerza las paredes y ventanas de la casa, cerró los parpados e hizo un ovillo con su cuerpo bajo la cálida colcha de lana. No obstante, un segundo después, cuando oyó una profunda inspiración en su propio dormitorio, abrió los ojos de par en par y tragó saliva, sintiendo que el corazón le iba más deprisa.

Paralizada por el miedo, oyó con claridad unos pasos. No tenía ninguna duda de que las maderas estaban crujiendo bajo el peso de una persona. Se dijo que quién fuera, ni siquiera estaba esforzándose en pasar desapercibido, ya que si bien caminaba con lentitud, lo hacía clavando los pies firmemente en el suelo.

Inspirando y exhalando el aire con dificultad, obligó a su mente a pensar deprisa, y acto seguido abrió los ojos aún más, tragándose el grito que notó a punto de surgir de su garganta.

¡Ladrones! Fue el primer pensamiento lógico que cruzó su mente, antes de decidir que tenía que moverse y salir de allí pitando. Sin embargo, el cuerpo parecía no querer responderle, las piernas y los brazos estaban rígidos y ella muda por el pánico. ¿Cómo podía saber que él no estaba al tanto de que había alguien en la habitación? La casa estaba vacía prácticamente todo el año, el salón lleno de cajas y chismes. Era imposible que no los hubiera visto, prácticamente se habría estrellado de narices contra ellos.

Desvió la mirada hacia la mesita y recordó de inmediato que no había ninguna lamparilla, sino una simple vela que ya se había apagado.

Pensado que tal vez podría salir de la cama sin hacer ruido y buscar a

tientas el bate de beisbol que había ocultado horas antes tras la puerta, Kaori deslizó lentamente una pierna fuera de la cama, pero la detuvo al recordar el mal estado del suelo.

Los nervios le estaban jugando una mala pasada. Le impedían pensar con claridad. Era plenamente consciente de que si ponía un solo pie en el piso de madera, este probablemente crujiría y alertaría al ladrón.

Era una tontería, por no decir una estupidez, tratar de moverse en ese momento.

Contuvo el aliento y se mantuvo en silencio, intentando adivinar en qué lugar del dormitorio se hallaba el individuo, cuando de pronto se llevó un susto de muerte al notar que el colchón se hundía bajo el peso de una persona.

Kaori abrió la boca y soltó un grito de terror.

—¡Me cago en la puta! —exclamó una voz ronca e innegablemente masculina, al tiempo que ella saltaba de la cama y corría hacia la puerta con la adrenalina por las nubes.

El pánico le oprimió el pecho, cortándole la respiración cuando consiguió que sus temblorosos dedos rozaran el bate. Lo cogió y lo sujetó en alto, blandiéndolo de un lado para el otro en la oscuridad. A pesar de que le horripilaba las situaciones violentas, estaba dispuesta a romper algún que otro cráneo si no tenía otra salida.

Kaori casi se mordió la lengua del susto cuando la luz se encendió. Incapaz de articular una palabra, abrió de par en par los ojos y se quedó mirando estupefacta al hombre que estaba de pie junto a la puerta, con el dedo plantado sobre el interruptor.

Desde luego, no parecía un ladrón. Iba vestido de manera informal, con camisa caqui y pantalones grises, y tenía una maraña de cabellos rubios y revueltos, fruto probablemente del viento que soplaba fuera. Sus ojos eran increíblemente azules y tenía la piel ligeramente tostada. Era como tener delante a un surfista recién salido del Sáhara, solo que este tenía los pantalones desabrochados y le colgaban de la cadera, mostrando una buena porción de duros abdominales.

—¿Quién demonios eres? —le preguntó él, contemplándola de arriba abajo con asombro.

—¿Y a ti que te importa? —gritó ella, echándole después un vistazo a la bragueta abierta.

Él dirigió la mirada hacia donde lo hacía ella.

—¡Mierda! —exclamó, subiéndose rápidamente los pantalones—. ¿Pero qué cojones estás pensando? ¿Crees que soy un puto violador?

—No, que va, eres el hada de los dientes, no te jode —respondió ella con sarcasmo, alzando un centímetro más el bate—. Oye, si no te largas ahora mismo voy a estrellarte esto en la cabeza, en los huevos, y luego llamaré a la policía. Tú decides en qué orden.

—Aquí el único que va a llamar a la policía soy yo, a no ser que te calmes y me expliques que estás haciendo en mi casa y en mi cama.

Kaori abrió los ojos y bajó los brazos un centímetro.

—¿Stephen?

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó él con el ceño fruncido. Luego echó la cabeza hacia atrás y se pasó los bronceados dedos por los cabellos dorados, riéndose con nerviosismo—. Oh, ya lo entiendo. Te envía Hatsumono para que averigües dónde está la libélula de jade, ¿no es cierto? Pues ya puedes ir diciéndole a tu querido jefe que la libélula se encuentra en Tokio, en el lugar que le corresponde: el museo Miraikan.

—¿Mi jefe? —repitió ella, poniendo los ojos como platos—. ¿Acaso tiene esta habitación alguna propiedad que reblandece las neuronas?

Kaori se encogió de hombros y suspiró, antes de añadir:

—No conozco a ese tal Hatsumono, si eso hace que te sientas más tranquilo. ¿O es qué crees que todos los orientales nos conocemos?

El torció ligeramente el gesto y alzó las cejas sobre los ojos.

—Si no eres uno de los esbirros de Hatsumono, entonces no te importará decirme qué estás haciendo en mi casa.

Kaori dejó el bate a un lado y exhaló el aire con fuerza.

—Soy amiga de Maya —comenzó a decir—. Se supone que tu hermana debería haberte dicho que viviré en esta casa durante los próximos meses. Aunque mucho me temo que no lo hizo, ¿me equivoco?

Sus labios, que a ella le resultaron increíblemente atractivos y masculinos, se entreabrieron para soltar una exclamación.

—Tal vez sí que lo hizo —dijo él, mirando a Kaori pensativo—. Me temo que Maya pensaba que estaba en Nubia. Salí de allí hace un mes de una forma... —carraspeó la garganta—, un tanto precipitada. Lo cierto es que ni siquiera tuve tiempo para llamarla y decirle que me encontraba en Japón.

—Ya... Por lo de la libélula...—adivinó ella enarcando una ceja.

—Creo que necesito un café bien cargado —recapacitó Stephen, evitando darle a ella más explicaciones—. Ambos lo necesitamos.

—No me cabe la menor duda —le dio la razón Kaori. Luego caminó hasta el armario y tras evaluar la remota posibilidad de que existiera una talla pequeña oculta entre las decenas de camisas XXL, se puso la primera prenda que encontró.

Él la siguió escaleras abajo, conteniendo las ganas de reír al verla vestida con el enorme batín de algodón que Maya le había regalado por su cumpleaños. Solo por ver a una mujer tan pequeña con algo que a él le cubría a duras penas el trasero, valía la pena haber regresado de Japón antes de lo previsto. Tenía la sensación de que debajo de la bata había una chiquilla, pues esta tapaba sus rodillas y las mangas colgaban a los lados, ocultándole también las manos. Sin embargo, había comprobado por sí mismo que de niña no tenía ni la eñe. No importaba si era una mujer pequeña, tenía un cuerpo curvilíneo y sexi.

Sí, esa era la palabra que mejor la definía: Sexi.

Stephen, con su habitual descaro, estaba a punto de expresar su opinión, cuando ella pulsó el interruptor y encendió la luz. Entonces vio a su alrededor un sinfín de cajas apiñadas en el suelo.

—Así que te mudas a mi casa —comentó, tratando de reprimir un resoplido de fastidio. Apartó las cajas y avanzó hacia la cocina, donde se sentó junto a la mesa con ambas piernas estiradas a todo lo largo.

Ella le lanzó una mirada de soslayo y asintió.

—Siento tener que decírtelo, pero voy a matar a tu hermana en cuanto la vea —le dijo Kaori mientras agarraba la cafetera y la situaba debajo del grifo. Cuando la puso al fuego, se sentó y lo observó pensativamente durante medio

minuto.

—Y ahora, ¿qué se supone que vamos a hacer?

—Yo no sé tú, pero yo he venido a quedarme. Después de lo de Tokio me vendrá bien un descanso.

Estupendo, pensó Kaori, clavando la mirada en el techo y poniendo los ojos en blanco. Aquello era lo último que deseaba oír. Aunque claro, últimamente todo parecía tener la facultad de complicarse cuando ella menos lo esperaba. Ni siquiera podía hacer nada para evitarlo. Y pese a todo, cuando Maya le propuso ir a vivir a aquel lugar durante una temporada, no se le pasó por la cabeza que todo podría estropearse en un abrir y cerrar de ojos.

Kaori hizo una mueca de resignación, notando cómo le hervía al mismo tiempo la sangre.

—Necesitaré un par de días para volver a empaquetarlo todo. En cuanto lo haga, me largaré de aquí.

—Podrías quedarte. —Stephen se encogió de hombros—. La casa es grande y hay suficiente espacio para los dos.

—¿Me estás proponiendo que compartamos la casa?

—¿Por qué no? Soy de fiar, si eso es lo que te preocupa.

Después de hundirse en el respaldo de su silla, Kaori lo observó con detenimiento durante un momento. El tipo exudaba más virilidad que un anuncio de *Hugo Boss*, pensó, resoplando entre los dientes. Y eso era justo lo que menos necesitaba en esos momentos: un tipo atractivo de uno ochenta, rubio y bronceado, paseándose ante sus narices, cuando lo único que deseaba era estar sola para tratar de olvidar a Míster Capullo.

De pronto, Kaori arqueó las cejas sobre los ojos y parpadeó, reprimiendo una sonrisa.

Tal vez aquello no fuese tan malo. Después de todo, compartir apartamento con un hombre como ese era una buena distracción que podría ayudarle a olvidar a Tilman.

Kaori se levantó de nuevo para servir dos tazas de café y lo miró de reojo con disimulo. Los músculos que se intuían bajo su camisa parecían firmes y duros, sus hombros eran anchos y sus caderas estrechas. Además, había podido comprobar por sí misma que poseía un vientre tan plano como una

tabla de planchar. ¿Cuántas veces más tendría la oportunidad de compartir la casa con un bombón como ese?

—¿Qué me respondes? —insistió él, transcurridos dos minutos.

—Tengo que pensarlo —le dijo, entregándole una taza de café—. Últimamente no he conocido a muchos hombres en los que poder confiar. Supongo que lo entiendes.

—Está bien, ¿por qué no lo piensas durante este fin de semana y después me dices lo que has decidido? Mientras podrías dormir en mi dormitorio. Yo trasladaré mis cosas a otro.

—¿Estás seguro?

—¿De tener a un pedazo de *pivón* como tú en mi casa? —le preguntó él, provocando que Kaori lo mirase estupefacta—. No pongas esa cara, que tan solo era una broma. Estoy demasiado cansado como para que se me ocurra intentar siquiera seducirte.

—¡Eh, tío! —exclamó ella, depositando el bote de azúcar en la mesa con un golpe seco—. ¿Crees que no sé cuidarme yo solita de los tipos como tú?

Kaori se quedó de pie junto a la mesa con los brazos cruzados, mientras él elevaba las cejas y clavaba la mirada en el bote.

—¿Estás de broma? Si tratas a los hombres como al bote del azúcar, puedes ir olvidándote de que tengamos un romance.

Ambos se estudiaron en silencio durante unos segundos, hasta que Kaori comenzó a morderse la comisura de los labios, tratando de no echarse a reír.

—De acuerdo —aceptó ella con un breve suspiro—. Podemos intentarlo. Tal vez me venga bien tener un poco de compañía. Sobre todo si las noches aquí son todas tan siniestras como esta.

—Estarás de acuerdo conmigo en que necesitaremos algunas normas —opinó él, y a continuación la recorrió de arriba abajo con la mirada—. En primer lugar, deberías usar tu propia ropa.

—¡Oh! —Kaori abrió la boca al recordar que llevaba puesto su batín—. Todavía no he tenido tiempo de deshacer el equipaje por completo. Además, acostumbro a dormir con poca ropa y, ya supondrás, que tampoco esperaba que aparecieras en mi dormitorio en mitad de la noche.

—Eso me hace recordar la segunda norma: nada de ir por ahí en ropa interior —Sorbió un poco de café—. No es que me importe tener a una chica paseándose por ahí en paños menores, pero entiende que uno no es de piedra, y las duchas frías a media noche no son plato de buen gusto para nadie.

—Nada de traer tías facilonas a casa sin previo aviso —añadió ella de pronto.

Stephen bajó la taza y enarcó una ceja con bribonería.

—Acabas de herir mis sentimientos.

—¡Venga ya! —respondió ella con sarcasmo, pensando que un tío como ese disfrutaría de un tropel de mujeres haciendo cola ante su puerta.

—No, en serio. Esta casa es como mi refugio, por así decirlo. Aquí no traigo a ligues de una noche. Cuando vengo a Coney Island tan solo espero obtener un poco de relax y desconectar de todo. No te imaginas lo ajetreada que es mi vida.

—¿Después de lo de esa libélula de jade? Créeme, puedo imaginármelo.

Una de las comisuras de los labios de Stephen se elevó en una sonrisa, preguntándose en qué momento habría conocido su alocada hermana a esa chica. Estaba claro que había permanecido demasiado tiempo lejos de casa. Maya había crecido y ahora era toda una mujer. Una tan atractiva como la que él tenía delante.

—El mando es mío —le dijo a ella.

—¿Qué?—Kaori parpadeó dos veces con los ojos abiertos como una lechuza.

—El del televisor. Ahora que estoy en casa tengo la firme intención de no perderme un solo partido de hockey.

—Me parece bien. —Se encogió de hombros—. A mí me encantan las películas de suspense. Supongo que podremos entendernos.

Ella parpadeó asombrada cuando Stephen se levantó y le quitó la taza vacía de las manos para meterla junto a la suya en el friegaplatos. Lo puso en marcha, limpió la encimera con un paño y después lo aclaró con agua.

Se le hacía extraño contemplar a un hombre como aquel, actuando de ese modo. Era un tipo atractivo y autosuficiente. Podía notarse que estaba

acostumbrado a no depender de nadie.

Kaori no sabía si admirarlo o sentir lástima por él. No imaginaba cómo debía ser estar en su pellejo; vivir al límite, solo, y sin que nada ni nadie le dijese cómo debía actuar.

Cerró los ojos e inspiró lentamente.

Ojalá pudiese ella ser como él. Deseaba aprender a lidiar contra la añoranza. Años antes había huido de Japón con el rabo entre las piernas y la barbilla bien alta. Aquella mañana, antes de que saliera el sol, metió sus cosas en un par de maletas y sacó un billete de avión a Norte América. Unos días antes se había dado cuenta de que si no hacía algo que lo remediara, acabaría amargada y casada con un hombre que apenas conocía. Había aceptado calladamente ese destino desde que era una niña, hasta que un día, mientras deambulaba por el jardín de una de las casas tradicionales que poseía su padre, entendió que si continuaba dejando que los demás decidieran por ella, su vida sería una pesadilla.

—Será mejor que nos vayamos a la cama.

Devuelta a la realidad, Kaori pestañeó repetidamente.

—Son las tres de la madrugada —continuó diciendo Stephen—. Ya va siendo hora de irse a descansar. Podemos continuar hablando mañana durante el desayuno. —Le guiñó un ojo y añadió con media sonrisa—. Hago una tortitas con sirope que van a quitarte el sentido.

—Mmmm...Suenan tentador —rió ella mientras salía de la cocina tras él.

Cuando llegaron al piso superior, Kaori le dejó pasar al dormitorio para que cogiera algo de ropa del armario y la llevase consigo a su propia habitación. Tras darle las buenas noches y quedarse a solas, encendió otra vela y se metió de nuevo en la cama.

Era tranquilizador saber que Stephen dormía al otro extremo del corredor. Al menos ahora no se sentiría tan sola. Incluso puede que a partir de ese momento comenzara a olvidar a Tilman. La conversación con el hermano de Maya había sido tan divertida que durante un rato se había olvidado de lo que había sentido con Míster Capullo.

—Ooooh ¡Mierda! —masculló, ocultando el rostro en la almohada.

¿Es que no iba a dejar de pensar nunca en él? Lo hacía incluso cuando

creía que no lo hacía.

Kaori cerró fuertemente los ojos y trató de pensar en el hombre que a partir de ese momento compartiría la casa con ella. Tenía que esforzarse en cambiar el *chip* y empezar a pensar un poco como Maya.

Su amiga consideraba que disfrutar del sexo era un derecho divino. Y aunque sabía que ella no pensaba igual, al menos al cien por cien, por lo menos podía concederse el placer de imaginarse en brazos de un hombre como Stephen.

Un espécimen como ese quitaría el sentido a cualquier mujer, al igual que sus tortitas. Era perspicaz y divertido. Todo lo contrario que el estirado y frío Víctor, que solo parecía transformarse cuando la tensión sexual hacía acto de presencia. Entonces se convertía en otro hombre; uno que lograba hacerla temblar de pies a cabeza con tan solo susurrarle unas palabras al oído.

Ni siquiera podía entender por qué no era capaz de olvidarlo, después de lo sucedido. Se había comportado como un auténtico cerdo y a pesar de todo era como si lo tuviese clavado en la piel como la espina de un rosal; no llegaba nunca a doler demasiado, pero escocía una barbaridad.

Con aquel pensamiento, Kaori se acurrucó bajo las sábanas y se durmió.

## Capítulo 6



# Pulsatila

## No pretendas nada

A 3 días de la boda

Después de pasar la mañana reunido con la junta de dirección, Tilman se puso tras el volante de su Porsche Cayenne gris metalizado, y comenzó a conducir sin rumbo fijo.

Se pasó distraídamente los dedos por el pelo, antes de deslizar la mirada hacia abajo.

—¡Mierda, mierda, mierda! —masculló entre dientes repetidamente, pulsando con nerviosismo el botón del equipo de música hasta que consiguió cambiar de emisora. Cuando la suave melodía dejó de sonar, dando paso a las noticias, Víctor lanzó un suspiro de cansancio.

No soportaba oír nada que le recordase a ella. Así que se acabó la música romántica, los viajes a Japón y el sushi, se dijo, golpeando el claxon con la palma de su mano para conseguir que el auto que tenía delante se moviera de una vez. Apretó los labios y miró una vez más hacia el teléfono móvil que yacía sobre el salpicadero.

Agitó la cabeza con desesperación.

¿Dónde demonios se había metido esa mujer? Llevaba siete días sin saber nada de ella, y comenzaba a preguntarse cómo puñetas iba a encargarse de las flores si tan siquiera le cogía el teléfono. Era exasperante llamarla cada día una docena de veces sin obtener una sola respuesta. No era tan complicado, solo tenía que descolgarle el puto teléfono y hablar con él. Aunque también le valdría con un mensaje... Algo que le indicase que continuaba viva.

Víctor detuvo el coche ante la luz roja del semáforo y aprovechó la pausa que aquello le ofrecía para tratar de poner en orden los pensamientos que se agolpaban en su cabeza, inflándola como un globo.

No necesitaba hurgar mucho en su inconsciente para entender que no se

trataba solo de las flores. Odiaba admitirlo, pero sabía perfectamente que eso era una excusa. Una que le evitaba el mal trago de tener que hacerse preguntas. Entre ellas, ¿por qué sentía la necesidad de verla? Y aún peor, había comenzado a notarlo cinco minutos después de largarse de su apartamento. Entonces había creído que una ducha fría y un buen trago le despejarían la mente y le ayudarían a descubrir qué coño le estaba sucediendo, pero por lo visto se había equivocado. No era fácil darle vueltas a algo sobre lo que no se deseaba recapacitar.

Hacía tres días que Ariana se había marchado a Los Ángeles para ultimar los detalles del vestido de novia que habían confeccionado para ella en una de las lujosas tiendas de Rodeo Drive, y lo único que había sentido tras su marcha era tranquilidad.

Casi agradecía perderla de vista durante unos días. Dejar de oír sus constantes quejas. Respirar. Era como si todas las cosas que hasta aquel entonces había admirado en ella, le parecieran ahora molestas: su ruidosa risita, su monótona verborrea. Incluso aquellos dos *chuips- chuips* que le regalaba cada tarde cuando le llamaba por teléfono.

Se conocía bastante bien a sí mismo para darse cuenta de que algo le estaba ocurriendo. Pero aún en el hipotético caso de desear saber de qué se trataba, no estaba dispuesto a que ningún loquero hurgase en su mente. Sabía que el problema no iba a solucionarlo un sicólogo. Contarle a uno lo que le ocurría solo iba a servirle para tirar el dinero, o en el mejor de los casos regalárselo al tipo.

Tilman bajó el cristal de la ventanilla mientras transitaba por Coney Island y apoyó el codo en ella, esperando que el aire le ayudase a cambiar de aptitud. Comenzó a mirar a su alrededor, admirando el paseo marítimo y las pintorescas casitas que se alzaban cercanas a él. La intensidad de la luz le hizo entornar los parpados, así que sacó sus gafas de sol del interior de la guantera y se las puso antes de girar el rostro hacia la derecha con desinterés.

Cuando la vio, Víctor hundió el pie en el pedal del freno.

Sin poder siquiera parpadear, la miró atónito antes de quitarse el cinturón de seguridad con rapidez y abrir la puerta del vehículo, decidido a interponerse en su camino. La obligaría a hablar con él, tanto si quería como si no.

Apenas puso el pie en el asfalto, advirtió la figura del hombre que caminaba junto a ella.

Aquello lo detuvo en seco. Cerró nuevamente la puerta y los contempló con una mezcla de curiosidad y nerviosismo. Kaori parecía relajada junto a aquel tipo rubio. Podía notarlo en su manera despreocupada de caminar, con las manos en el interior de los bolsillos de sus desgastados *jeans*. Se notaba que acababa de ducharse, porque el cabello mojado se le pegaba a los hombros y humedecía su camiseta.

Tilman les dirigió una mirada fría al percatarse de que los cabellos del hombre que acompañaba a Kaori también estaban húmedos.

—¡Joder!—Se recostó contra el respaldo de su asiento y golpeó después el volante con el puño cerrado, preguntándose qué demonios habría visto ella en ese tipo.

Por el amor de Dios, si parecía el modelo de un anuncio de deportes de aventura. ¿Pantalones kaki? ¡Venga ya! ¿Quién demonios iba a tragarse ese rollo a lo *Indiana Jones*?

Tilman esperó a que entrasen en la cafetería. Luego, con la rapidez de un rayo, salió del automóvil y se acercó hasta el establecimiento de paredes blancas y azules. Tras vacilar unos instantes si debía o no entrar, cruzó la puerta y se sentó en la primera mesa vacía que encontró. Desde aquel punto podría observarlos sin que se dieran cuenta, dedujo, viendo que ambos tomaban asiento al fondo del local.

—Pensé que íbamos a probar tus inigualables tortitas —le dijo ella a Stephen, con una mirada benévola.

—Y esa era la idea, pero después de echar un vistazo a lo que guardas en la cocina he decidido que será mejor que las prepare otro día. En mi vida he visto tal cantidad de infusiones. ¿Es que nunca desayunas como es debido?

—Por supuesto que lo hago. Me encantan los dulces, los bollos y los pasteles de crema caseros. Lo que ocurre es que no tengo ni idea de cómo prepararlos. Así que por las mañanas almuerzo té y tostadas con miel.

—Entonces, quizá podamos hacer un trato: yo te enseño a hacer tortitas y tú no vuelves a poner *Hougaku* por las mañanas.

—Vaya... ¿Conoces la música tradicional?

Stephen se encogió de hombros.

—Acabé de ella hasta la coronilla —le dijo sin perder la calma—. Hace unos años conocí a una chica de Tokio. Me gustaba, aunque era un poco anticuada. Con esto no quiero decir que tú lo seas. Cada cual escucha lo que le viene en gana. Eso a mí, me trae sin cuidado. Pero lo cierto es que para Mariko el tiempo se había detenido en el siglo quince, y actuaba como si no existiera el progreso.

—Debió de parecerle algo muy raro.

—Creo que lo que más me molestó fue que sus padres no viesen con buenos ojos lo nuestro, solo porque yo era occidental.

—Entonces, ¿ibas casarte con ella?

—No sé. Supongo que no.

Kaori frunció el ceño.

—¿No? Perdona, pero no lo entiendo.

—Bueno, a decir verdad ni yo mismo sé explicarlo. Supongo que como la mayoría de hombres odio el rechazo, aunque este provenga de un par de carcamales forrados de pasta.

—Así que Mariko era rica...

—¡Error! Sus padres lo eran. En cuanto se enteraron de que Mariko estaba saliendo con un tipo de Kansas, amenazaron con desheredarla.

—Supongo que ella se negó a ceder ante ese chantaje...

—¿Bromeas? —resopló Stephen—. Se pasó toda la mañana en mi apartamento llorando como una magdalena y prometiéndome amor eterno. Solo que esa eternidad finalizó al llegar la tarde. Entonces regresó a casa, junto a sus padres, y no volví a verla. Lo último que supe de ella es que se había comprometido con un tipo importante de Osaka. Un hotelero, según creo.

—¡Vaya! —silbó ella.

Él la miró fijamente, apoyado en el respaldo de su silla.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De mí?

—A, ah —asintió con un movimiento de cabeza, mientras cortaba un pedazo de su tarta de manzana con el tenedor—. Tú y yo vamos a ser compañeros de apartamento y aún no sé nada de ti, salvo que eres amiga de mi hermana. En mi mundo, eso y nada es lo mismo.

De pronto a Kaori el tapizado de piel de su asiento le pareció algo incómodo. Movi6 y cruz6 las piernas con nerviosismo y carraspe6.

—Supongo que tienes raz6n. Es lo m6nimo que puedo hacer para agradecerte que hayas permitido que me quede en tu casa. Sobre todo despu6s de que a Maya se le olvidara mencionarte ese peque6o detalle.

—¿De qu6 parte de Jap6n eres?

—De Shibuya. Es un distrito precioso, aunque demasiado comercial. Tambi6n ostenta el dudoso honor de poseer el cruce m6s abarrotado del mundo, el *Scramble Kousaten*.

—Lo conozco. Utiliza un stop en cada una de sus direcciones para permitir el libre tr6nsito de los peatones. ¿Por qu6 te fuiste?

—Supongo que, al contrario que Mariko, me negu6 a seguir los planes que mi padre, Saburo Sato, ten6a para m6.

—¿Saburo Sato? ¿El magnate?

—Y el rey de los sobornos, de los motores de alta gama y las piezas de recambio. ¡S6, ese es mi padre! Huir de 6l significaba romper con todo. Largarme sin un solo Yen y comenzar de cero. Por suerte, al poco tiempo de instalarme en Manhattan conoc6 a Maya. Ella me ayud6 much6simo. Consigu6 que me sintiese c6moda en este lugar.

—Un lugar muy diferente a Tokio.

—As6 es. Por suerte hablo ingl6s. Mi padre insisti6 en que acudiese a una de las mejores academias de idiomas de Shibuya para aprenderlo. Por lo visto era algo que deb6a hacer antes de casarme con el hombre que 6l hab6a escogido para m6. Pero no ten6a ni idea de las costumbres que tienen por aqu6, as6 que imagina la cara que puse cuando lleg6 el cuatro de julio. Cre6 que todo el mundo se hab6a vuelto loco.

Se ri6 de s6 misma.

—¿Ibas a casarte?

—Supongo que sí. No puedo explicarlo, pero por alguna razón asumí que ese era mi destino. Lo supe al cumplir los ocho años. Entonces mi padre me mostró una fotografía del niño que supuestamente se convertiría en mi esposo años más tarde. Para Saburo era un buen acuerdo, ya que Hiromu Hokusai era el heredero de un hombre muy poderoso.

—¿Hiromu Hokusai? ¿El hijo de Shichiro Hokusai?

—Sí... ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—¡Joder, no! Pero tengo entendido que Mariko y él se casaron hace seis meses.

—¿Hiromu es el hombre por el que Mariko te abandonó?

—Técnicamente no fue así, pero puede decirse que, de los dos, fue a él al que prefirió.

—Deberías no darle mucha importancia. Al fin y al cabo, no ibas a casarte realmente con ella.

—Ni con nadie. —Sacudió la cabeza, antes de trincar un nuevo pedazo de tarta.

—Pues si le sirve de consuelo a tu ego, debo decirte que Mariko salió perdiendo.

—Caray. Eso ha sonado como un cumplido —le dijo. Dejó el tenedor dentro del plato para tomarla de las manos, y tras besar el dorso de una de ellas, añadió—: si continúas así, vamos a convertirnos en grandes amigos.

Víctor Tilman se quitó rápidamente las gafas de sol y contrajo los músculos de la mandíbula mientras la observaba con los ojos tan entornados como dos rendijas.

Kaori nunca se había reído así con él. Con él discutía, follaba y se cabreaba, pero no reía como estaba haciéndolo en ese momento. Llegados a ese punto, no sabía muy bien cuál era el papel que representaba en esa función. No eran amantes. Ni tampoco amigos. Ni siquiera sabía detalles trascendentes de su vida, salvo que trabajaba creando ikebanas y arreglos florales.

Cualquier hombre inteligente sabría que lo más sensato era largarse de allí, pensó, lanzando una breve mirada hacia la puerta que bloqueaba en ese momento el cuerpo de una camarera. Aún estaba a tiempo de marcharse a casa y tomarse un whisky doble con soda que le ayudase a pensar, o más bien lo contrario.

Tomándose un rato para decidir qué debía hacer, Víctor deslizó el brazo por detrás del respaldo de su asiento y comenzó a zarandear las llaves del coche sobre la superficie de la mesa. Cuando una camarera se acercó a él para preguntarle qué deseaba, él movió la cabeza en una negación, se guardó las llaves en el bolsillo de la chaqueta y se levantó.

Tilman avanzó hacia ellos, tratando de aparentar tranquilidad.

Tenía que relajarse y actuar de un modo lógico. Se imaginó la cara que pondría ella, sentada allí, mientras charlaba animadamente con ese tipo. El verlo le haría comprender que estaba al tanto de su relación con el sucedáneo barato de *Indiana Jones*. Hablaría con ella; no iba a perder nada por intentarlo. Luego saludaría a *Indi*, y después se marcharía como si tal cosa. Era el modo más rápido de que ella supiese lo racional que podía llegar a ser cuando se lo proponía. Entendería que podrían continuar disfrutando del sexo sin problemas. Lograría dar una patada en el culo al rubiales y lo mandaría a freír espárragos.

Él también podía hacerla reír.

A veces sabía ser gracioso.

Tilman llegó junto a ellos justo en el momento en que Kaori engullía una pequeña porción de su pastel.

—Hola. Me alegra saber que te encuentras bien.

Kaori casi se atraganta con la comida. Tomó un sorbo de café y, tras toser varias veces, lo miró sin pestañear. Todo a su alrededor se volvió borroso. Tragó saliva e intentando recuperar la respiración, soltó un silencioso jadeo.

—Til... ¿Tilman? —balbuceó, con los ojos abiertos como un mochuelo.

Ignorando la expresión de asombro de Kaori, Víctor extendió una mano hacia Stephen.

—Y tú eres...

—Stephen. Soy —Miró a Kaori un segundo y se incorporó un poco para estrechar la mano que él le tendía—. Soy el compañero de piso de Kaori.

Tilman tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar que notasen lo mucho que le había afectado aquella inesperada respuesta. Era como un jarro de agua helada sobre la cabeza. Un guantazo en pleno rostro no lo habría dejado más atónito ni más cabreado.

—Tilman —se presentó él, apartando al instante la mano—. Supongo que ya te habrá hablado Kaori de mí.

—Pues la verdad es que no. ¿Eres un amigo?

—En absoluto —dijo rápidamente ella—. El señor Tilman va a casarse y yo decoraré el salón del hotel donde más tarde se celebrará una cena. ¿No es así, señor Tilman?

—Supongo que eso significa que continúas queriendo el trabajo.

—¿Y qué le ha hecho suponer lo contrario?

—Pues que no has respondido ni a una sola de mis llamadas.

—Estoy de vacaciones —miró hacia Stephen— con mi novio. A Stephen no le gusta que el trabajo interfiera en nuestra relación. Sobre todo cuando ambos disfrutamos de algo de tiempo libre. ¿No es así, cariño?

Stephen acercó su silla a la de ella y le rodeó los hombros con un brazo.

—Desde luego, cariño. ¡Nada de llamadas en vacaciones, pastelito!

Nervioso consigo mismo, Tilman se pasó los dedos por el cabello para tratar de relajarse.

—Entonces, será mejor que os deje a solas.

—Oh, puede quedarse y desayunar con nosotros —dijo Stephen, adelantándose a los auténticos deseos de Kaori.

—Gracias. Lo cierto es que tengo algunos compromisos. Quizá otro día.

Tilman salió de la cafetería. Cuando el ruido de la puerta al cerrarse sonó tras él, alzó la cabeza para que el aire le refrescara el rostro.

Aire caliente, notó un instante después, apretando los labios con irritación.

Sabía que no tenía ningún derecho. El que hubiesen echado un polvo no la convertía en algo de su propiedad. No debería estar mosqueado. Pero lo estaba. Se sentía cabreado y muy jodido.

Sí, esa era la palabra exacta: “jodido”

Jodido porque no podía recordar ni una vez, ni una sola en su vida, que se hubiese sentido así. Estaba completamente desconcertado. Odiaba deseársela como lo hacía. Escapaba a su control.

Además, ella estaba con otro.

Por un momento aquella realidad le había hecho olvidar la suya propia. Tenía una buena vida, un buen coche, y durante los últimos años había amasado una buena fortuna. Tan buena como para engrosar la lista de los hombres más poderosos que publicaba cada año el *Financial times*.

Entonces, ¿qué puñetas estaba buscando? Parecía un imbécil, deseando algo que no le iba a aportar ningún beneficio.

El atractivo rostro de Víctor se arrugó con una sonrisa.

Todas las decisiones de su vida las había tomado por alguna razón. Siempre existía un buen motivo, ya fuera el dinero o los negocios. Siempre algún interés.

Y deseársela no iba a proporcionarle nada más que problemas.

Problemas era lo último que necesitaba en ese momento, se dijo él, antes de notar que la puerta de la cafetería se habría de golpe.

—¿Pero qué demonios te pasa? —Kaori caminó hacia Víctor con paso decidido, moviendo los brazos de atrás hacia delante con evidente nerviosismo. Se detuvo frente a él y, apoyando las manos en las caderas, lo miró aguardando una respuesta.

—Oh, ¿ya no soy el “señor” Tilman?

—Sí... Bueno, no... ¿A qué viene eso ahora? Mira, olvídalo —dijo exaltada—. No sé qué haces aquí, pero estoy segura de que ya sabes que en algunos países a esto se le considera acoso.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Yo no te acoso! —masculló señalando hacia el Porsche Cayenne que se encontraba mal aparcado junto a la parada del autobús—. Pasaba por aquí cuando te he visto con..., con ese rubiales.

¿Puedo saber de dónde lo has sacado? ¿Y cómo te ha llamado? ¿Pastelito?  
¡Por el amor de Dios, Kaori, creí que tenías más estilo!

—Oooh, sí, claro. Por eso me lié contigo, porque soy una tía estilosa.  
¡Serás capullo!

—Perfecto —soltó él el aire, antes de darse la vuelta para dirigirse hacia su coche—. Pásate por la oficina cuando acabes tus maravillosas vacaciones y hablaremos de todo esto.

Ella comenzó a ir tras él, tratando de seguirle el paso.

—No voy a pasarme por ningún sitio. Y por descontado, tampoco voy a hablar contigo de mis asuntos privados.

—¿Supongo que con “asuntos privados”, te refieres al rubiales?

—El rubiales tiene nombre.

—¿Y crees que me importa?

—Debería...

—No, cariño, te equivocas. Debería importarte a ti, que eres la que no se ha pensado dos veces ponerle los cuernos conmigo.

—¿Y Ariana? ¿Qué me dices de ella?

—Está estupendamente, gracias.

—¡Menudo gilipollas estás hecho! —Apretó los dientes y retrocedió un paso cuando él se detuvo junto al enorme vehículo para mirarla.

—Te espero en mi oficina mañana a las dos.

—¿No has oído a mi novio? Estoy de vacaciones.

—Ya... —Víctor abrió la puerta del coche y se sentó frente al volante—. Igual que lo estará tu relación con *Indiana Jones* si no te presentas mañana en mi oficina.

—¿Me estás amenazando? Porque si es así, te sugiero que te lo replantees de nuevo. No tengo que recordarte que estás a punto de casarte. Imagina la cara que pondría Barbie Malibú si llega a enterarse de lo que haces en la oficina en tus ratos libres.

—En primer lugar, no suelo disfrutar de ratos libres, como tú los llamas. Y en segundo lugar, ¿crees que eres la primera mujer que afirma haber

mantenido una relación conmigo? Ariana está acostumbrada a que esas noticias salgan publicadas todos los días en la prensa. No te imaginas lo que llegan a hacer algunas personas para conseguir algo de notoriedad.

—No tenemos nada qué decirnos.

—Mañana a las dos —le repitió él, antes de poner el coche en marcha.

Kaori se quedó mirando las luces rojas del vehículo, hasta que este giró la esquina. Apenas desapareció, notó que las rodillas comenzaban a temblarle. Había dado vueltas en su cabeza, miles de veces, imaginando ese momento. Se había visto a sí misma mirándolo con frialdad, manejando la situación como lo haría una mujer de mundo.

¡Qué injusto era todo!

Ni siquiera sabía la forma de detener el torrente de emociones que se había agolpado en su pecho al verlo. Todos sus pensamientos, lógicos hasta ese momento, se habían desordenado. Así, sin más. Entonces el nerviosismo y otro sentimiento, uno difícil de definir, hicieron un nudo con su estómago.

—Mierda.

—¿Estás bien?

Kaori alzó el rostro y miró a Stephen, que estaba observándola con el ceño fruncido.

Asintió con la cabeza.

—Si te refieres a si me siento enferma, no te preocupes, estoy más sana que una zanahoria.

—Bueno, eso no es lo que me preocupa.

—No. Supongo que no.

—No tienes que contármelo si no quieres —le dijo Stephen, metiéndose las manos en el interior de los bolsillos de su pantalón.

—No hay mucho que contar. —Kaori alzó la barbilla e hizo un gesto señalando la cafetería—. Es solo un gilipollas.

Él tomó una bocanada de aire y soltó un silbido.

—¿Pues sabes el mejor remedio para olvidar a los gilipollas? Una tarde en

el cine, y una magnífica y grasienta barbacoa al caer la noche.

—Eso suena a cita —resopló ella, al tiempo que emprendían el regreso a casa.

—¿Estarías dispuesta? —Stephen torció una pícaro sonrisa.

—Creo que no.

—Entonces, no es una cita.

Ella rió.

—Eres muy hábil —le dijo, arqueando una ceja.

—Está claro que no lo suficiente.

—No... No lo suficiente.

Stephen se secó una lágrima imaginaria.

—Pero si te sirve de consuelo, te diré que te encuentro tremendamente divertido. ¿Sabes? Puede que incluso termine presentándote a una buena amiga.

—¿Tiene buenas tetas?

—Oye, me parece recordar que habías dicho que no eras un puto degenerado.

—Violador. No soy un puto violador. Eso no es lo mismo, guapa.

Al llegar la tarde Kaori se sentía ligeramente mejor. Y qué mujer no lo estaría después de disfrutar de la imagen de Hugh Jackman enfundado en un ajustado disfraz de Lobezno que le permitía mostrar, entre otras muchas cualidades igual de buenas, sus perfectos glúteos. Había que ver lo bien que se movía el tío. Pedazo de hombre.

—¿Qué piensas? —le preguntó Stephen al ver que sonreía.

—¿Por qué los hombres siempre queréis saber lo que pensamos las mujeres?

—Tal vez porque sois el misterio más grande que existe en el universo.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Además, puedo demostrarlo.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Por ejemplo: tenéis la dichosa manía de llegar tarde en la primera cita. ¿Qué os ocurre? ¿Es que os ponéis de acuerdo o qué?

—Está bien. ¿Y la vuestra de no preguntar nunca una dirección? Odiáis reconocer que os habéis perdido. Si fuese por vosotros, acabaríais en el Polo Norte antes de preguntar dónde puñetas está tal o cuál dirección.

—Vais al baño siempre juntas. ¡Explica eso!

—Nos gusta conversar mientras esperamos.

—Os gusta controlarlo todo.

—Sí. Claro. Prefiero que no sigas por ahí.

Él levantó una ceja.

—¿Continuamos hablando de las manías de las mujeres, o de las de cierto capullo?

—Es un gilipollas controlador.

—Ya me lo imaginaba...

—En serio. Cree que puede acostarse con quién le viene en gana —gruñó por lo bajo—. No sabes lo mucho que lo detesto.

—Me gustaría poder decir lo contrario, pero creo que no lo detestas.

Kaori se quedó clavada en el sitio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si lo detestaras, no habrías salido de la cafetería corriendo tras él.

—Tenía que hablar con él. Dejar las cosas claras de una vez por todas.

—¿Y lo has conseguido?

—No... —recapacitó en voz alta, arrugando el ceño—. No lo he conseguido.

—No —reiteró Stephen—. Lo que has conseguido es tener una nueva cita con él.

—No es una cita —resopló.

—¿No? ¿Y cómo lo llamarías?

Ella pestañeó con nerviosismo, tragó saliva y volvió a asegurarle:

—¡No es una cita!

—Depende del cristal con el que lo mires. Sabes de sobra lo que ocurrirá si haces caso a ese tipo y te presentas mañana en su oficina.

—¿Por qué crees que va a ocurrir algo?

—Pues por lo mismo que tú.

—Yo no creo que vaya a suceder nada.

Stephen se detuvo junto a la puerta de su casa, y antes de entrar le preguntó:

—¿Estás segura?

Ella le echó una mirada que podría haberle atravesado el cráneo. Entró en la casa y se quedó de pie donde estaba, mientras él cerraba la puerta y colgaba las llaves detrás.

—Bueno, tío listo, ¿y qué sugieres?

—Pues que te acuestes con él.

En el aire se hizo un silencio extraño, que el timbre del teléfono se encargó de romper.

—¡Venga ya! —Kaori se dio la vuelta, soltando el aire por la nariz.

—No, en serio. Ese Tilman está loco por ti.

—Me parece increíble que seas precisamente tú quién diga esa estupidez. Eres un hombre de mundo, y por lo que tengo entendido has vivido las suficientes experiencias para saber que lo que acabas de decir es una auténtica chorrada.

—Tienes razón. He vivido lo suficiente para saber cuando un hombre ha perdido la cabeza por una mujer. ¡Espabila, nena! De haber podido, esta mañana ese tío me habría sacado los ojos. Además, posiblemente ese Tilman sea muchas cosas, pero no creo que sea un descerebrado que disfrute acosando a mujeres. Seguro que si quiere, tiene un montón haciendo cola delante de su puerta. A ese tío le gustas. Y de verdad. Solo que tal vez él aún no lo sepa.

—La gente sabe cuando se enamora. —Kaori lo miró, antes de descolgar el

teléfono. Después de cruzar unas palabras con Maya, colgó el auricular y lo miró fijamente.

—Disculpa, ¿por dónde íbamos?

—Según tú, que todos sabemos cuando estamos enamorados. Según yo, eso es algo relativo.

—No sé qué tiene de relativo... —comentó, dirigiéndose a la cocina para mirar lo que había en el frigorífico. Tras sacar del congelador una bandeja de carne, añadió con desinterés—. Deberíamos ir preparando la barbacoa. Le he dicho a Maya que hable con Rachel. Ambas llegarán en un par de horas.

—A veces nos cuesta entender lo que sentimos.

—Y supongo que hablas desde la experiencia...

Kaori arrojó los filetes encima de la mesa de la cocina.

—Ni hablar. Ni me he enamorado, ni pienso hacerlo en un futuro. Pero he visto a mucha gente perder la cabeza por amor, y ni siquiera entender qué demonios les estaba sucediendo. Supongo que el ser humano está demasiado acostumbrado a eso de buscarle tres pies al gato. Nos gusta enredar demasiado las cosas. Sobre todo las que deberían ser sencillas o espontáneas.

—Para no saber nada del amor, hablas con mucho conocimiento de causa.

—Tengo amigos. —Stephen se encogió de hombros—. Y amigas.

—Puedo imaginármelo. —Kaori soltó una carcajada.

—Además, que no conozca el amor no significa que no sepa reconocerlo. —Luego le preguntó con voz suave—. ¿Cómo es?

—¿Cómo es, el qué?

—El amor.

Ella rió mientras sacaba de un cajón una bolsa de basura, para a continuación situarla dentro del cubo.

—¿Y cómo crees que voy a saberlo?

—Bueno, lo preguntaré de otra manera: ¿cómo crees que es?

—¿Supongo que no hablarás en serio?

Stephen se encogió nuevamente de hombros.

—¿Por qué la pregunta te asusta tanto?

—No me asusta. Pero creo que es una tontería.

—Si lo fuese, no te importaría responder.

—¿Desde el punto de vista de una mujer?

—Desde tu punto de vista.

—Está bien. Si tanto te importa... —Kaori dejó escapar un largo suspiro—. Creo que el amor es algo más que quedar para echar un polvo tres veces por semana, o compartir la misma cuenta bancaria. El amor puede hacer que te tiemblen las rodillas, que todo tu cuerpo se vuelva como de mantequilla y que no tengas ojos para nadie más que él. Te pasas el día esperando la hora de volver a verle. Te maquillas los labios, a pesar de que nunca lo haces, y tardas una eternidad en elegir la ropa que vas a ponerte. El amor hace que te pases dos horas delante del espejo intentando estar tan perfecta como lo ves a él. Sientes como si el estómago se plegase sobre sí mismo. Tus piernas caminan solas. Todo lo que ves o escuchas te hace pensar en él.

Kaori apoyó las manos sobre la encimera y añadió:

—¿He respondido a tu pregunta?

—Desde luego que sí. Te aseguro que ha sido muy gráfico —respondió Stephen, esbozando una sonrisa seductora—. Durante un momento casi me han entrado ganas de enamorarme.

—Casi. —Se cruzó de brazos.

—Casi —repitió él, inclinando la cabeza a un lado y creando un puchero con su boca.

Kaori le puso una mano sobre los cabellos rubios y le dio tres suaves golpecitos en la cabeza.

—Pobrecito —se burló—. Deberíamos hacer algo para cambiar eso.

—Me conformo con un beso.

—Lo sospecho. Pero no esperes que sea yo quién te lo dé. Tengo que confesarte que no me he tragado, ni por un segundo, ese gesto de corderito degollado.

—Pues es la primera vez que me falla —bromeó Stephen, al tiempo que extendía los filetes sobre una bandeja y comenzaba a sazonarlos.

—¿Siempre eres así? —inquirió Kaori mientras lo contemplaba pinchar la carne.

—¿Así, cómo?

—Ya sabes... ¿No te tomas nunca nada en serio?

—Pues claro que me tomo cosas en serio. Por ejemplo: odio cuando pierden los Yankees.

Kaori no pudo evitar que su sonrisa se dilatase aún más.

—¿Ves? Vuelves a hacerlo.

—No, qué va, estoy hablando en serio; odio que pierdan un partido.

—Vale. Yankees aparte...

Stephen detuvo las manos y suspiró.

—Mira, Kaori, estar de morros no va a cambiar las cosas.

—Ummm. Esa es una buena filosofía.

—Deberías ponerla en práctica. Tal vez te ayudaría con ese problema tuyo.

—Supongo que te refieres al que mide uno ochentaicinco.

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones: o tratas de llevarlo a tu terreno, o dejas que se vaya.

—Olvidas que ese hombre está podrido de dinero.

—¿Y qué si lo está? Tú mejor que nadie sabes lo rápido que puede evaporarse. Lo sabes de sobra. Hoy tienes diez millones de dólares —alzó una mano para chasquear los dedos—, y mañana te encuentras conduciendo un coche viejo y viviendo en un apartamento de alquiler. La vida es así, nunca sabes lo que el futuro puede depararte. Pero hay algo que sí que sabes, y es que las cosas no vienen a ti por sí solas. Si no te mueves, si no tomas decisiones, todo se paraliza en tu burbuja, mientras que fuera de ella el mundo continúa sin ti.

Aunque Kaori no dejó de sonreír en ningún momento, sus ojos mostraban un brillo de desconcierto.

—¿Dónde demonios has leído eso? —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—En una revista para tías, si la memoria no me falla.

Los dos continuaron tan absortos en su conversación, que apenas se dieron cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo hasta que llamaron a la puerta.

Kaori se secó las manos y abrió antes de que el timbre sonara una segunda vez.

Rachel fue la primera en entrar, con su estirado moño y su habitual atuendo reservado.

Kaori vio que su amiga dejaba en el suelo el enorme bolso que llevaba colgado en su hombro, para después darle un fuerte abrazo.

—Me alegra comprobar que estás bien —dijo, deslizando un pie hacia atrás y retrocediendo un paso para contemplarla mejor.

—Sí. Creo que mudarme a esta casa es lo mejor que he hecho en mucho tiempo. La verdad es que estoy bastante bien, gracias en parte a Stephen, claro.

—¿Stephen? —repitió Rachel, como si no la hubiese oído bien.

—El hermano de Maya.

—Ni siquiera sabía que Maya tuviera un hermano —comentó la joven, recogiendo el bolso del suelo y colgándolo a continuación tras la puerta.

—Pues lo tiene. Y vas a flipar cuando lo conozcas.

Maya, que entró en ese momento, cerró la puerta y las miró.

—No hagas caso a Kaori, está exagerando. Además, probablemente no seas su tipo. A Stephen le chiflan las tías exóticas, maduritas, y con un par de miles de años más que tú. —comentó Maya con tranquilidad, mientras pasaba junto a ellas.

Rachel parpadeó y miró hacia Kaori, sin comprender una palabra.

—Según Maya, a su hermano le pirran las pirámides y las momias.

—¡Joder! ¡Gracias a Dios! —Rachel soltó un suspiro de alivio y luego le

susurró—. Durante un momento he pensado que había perdido la cabeza.

Maya encontró a Stephen en la cocina. Se apoyó en el marco de la puerta y lo observó con una sonrisa en los labios. Todavía tenía fresco el recuerdo de la última vez que lo había visto, allí mismo, preparando el famoso pavo al horno que solía cocinar la noche de Navidad.

De eso hacía ya ocho largos meses.

—¿Cómo está el mayor sinvergüenza de Kansas? —Su voz sonó divertida.

Stephen hundió la hoja del cuchillo en el pimiento que estaba cortando y alzó la cabeza de golpe para mirarla. De pronto todas sus facciones se iluminaron con una gran sonrisa y, sin esperar a que ella dijese nada más, cruzó la cocina para estrujarla entre los brazos.

—Maldita sea, ¡continúas siendo un bruto!

—¿Por qué? ¿Por abrazar a mi hermanita?

—Confiesa... —Maya inspiró el aire con dificultad—, tú lo que intentas es asfixiarme y así poder quedarte con toda la herencia.

—Cuándo dices herencia, ¿no te referirás a ese viejo cacharro al que papá llama coche?

Ella rió.

—Es un gran auto.

—Por el amor de Dios, Maya, fue el propio Pedro Picapiedra quien se lo vendió a papá.

—Vale. Lo admito: el coche de papá es prehistórico. Y ahora... ¿Te importaría soltarme? ¡Me estás estrujando tan fuerte que me quedaré sin tetas!

Stephen aflojó los brazos y ella falseó una mueca de dolor.

—Está bien —dijo, dejándola nuevamente en el suelo.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —le preguntó ella contemplándole los cabellos al tiempo que enarcaba una ceja—. Parece que te lo hayan cortado a mordiscos.

—Pues yo creo que me hace más interesante.

—Eso espero, porque esta noche voy a presentarte a una chica increíble.

—¿La amiga de Kaori? —Stephen lanzó una mirada sobre el hombro de su hermana y torció la boca al ver a la rubia estirada que estaba hablando con su compañera de piso, junto a la puerta.

—Tú y Kaori os habéis vuelto locas si pretendéis que salga con esa mujer —le dijo a Maya mientras avanzaba hacia la mesa y continuaba cortando las verduras.

—¿Puedo saber que tiene de malo Rachel?

—Así que ese es el nombre de la reina de los hielos...

—Oh, no seas tan petardo. Te aseguro que Rachel no es lo que parece. Ella es...

—Oye, Maya —la interrumpió él, sin apartar la mirada de las verduras—. No me interesa. Me importa un bledo lo simpática que esa tía te parezca. ¿La has visto bien? Podría enfriar al mismo demonio con ese aspecto de puritana. Seguro que tiene menos chispa que un mechero. ¿Crees que estoy deseando tener mi primer gatillazo con esa mujer?

—No creo que tú y yo vayamos a tener nada, machote.

Los hermanos se volvieron para mirar hacia Rachel, que los observaba desde la puerta con cara de pocos amigos.

—Yo...—Stephen hizo una pausa para tragar saliva—. ¿Has...?

—¿Qué si he escuchado alguna de las gilipolleces que has dicho? Sí, me temo que he oído las más importantes —Rachel se dio la vuelta y luego masculló en voz baja—. ¡Qué no tengo chispa...! ¡Pedazo de capullo!



# Ranúnculo

Tienes mucho encanto

Dos horas más tarde, Stephen giraba la carne sobre las brasas de la barbacoa mientras charlaba animadamente con Maya.

Kaori inhaló el delicioso aroma a chuletas asadas que flotaba en el aire. Luego se levantó y entró en la casa, regresando un minuto después con una caja de cervezas bien frías. Tras dejarlas sobre la mesa, agarró una lata y se sentó en el borde de la tumbona que descansaba bajo la copa de una enorme acacia. Allí introdujo el dedo bajo la anilla y tiró de ella, produciendo un breve estallido que se mezcló con la sensual voz de Billy Idol, que llegaba amortiguada desde el equipo de música que se hallaba en el salón.

Dio un sorbo y observó a Rachel en silencio.

Era imposible no darse cuenta de que apenas había apartado la mirada de Stephen. Él estaba junto a la barbacoa, remangado hasta los codos y vestido con un delantal que le quedaba bastante gracioso, y ni siquiera eso parecía cambiar el estado de ánimo de su amiga. Nunca la había visto tan afectada por nada.

Se acercó a ella y alargó la mano para entregarle una cerveza.

Rachel alzó el rostro y sonrió.

—Podrías hablar con él.

—¿Para qué? —le preguntó Rachel a Kaori, encogiéndose brevemente de hombros—. Ya has oído lo que opina. Seguro que a ese solo le interesan las tías dispuestas a meterse en su cama a cualquier hora.

—¿Desde cuándo eres tan puritana? —le preguntó ella, tomando un sorbo de la lata.

—Desde que hay gente que opina que carezco de chispa. ¿Puedes creértelo? Lamento tener que ser yo quién te lo comunique, guapa, pero estás

compartiendo el piso con un mamón.

—¿Quién quiere comeeeeer? —canturreó de repente Stephen, alzando en las manos una bandeja llena de carne a la brasa.

—Pues claro que queremos comer...—masculló Rachel, levantándose de la tumbona para avanzar hacia él. Trinchó un pedazo de filete y después de situarlo en un plato, le dijo—. ¿Crees que hemos venido solo para verte vestido con ese ridículo delantal?

—Oh, lo siento ¿Es demasiado provocativo para ti, Sor Rachel?

En la distancia, la voz de Billy Idol entonaba a todo pulmón: *Ooh, sí nena. Ella quiere más. Más, más, más, más...*

—Ese delantal tiene el mismo erotismo que su dueño. O sea: cero.

—¡Uyyyy! —Stephen inspiró el aire entre los dientes, fingiendo una mueca de dolor— ¡Qué dura eres, muñeca!

—Ni te lo imaginas —con la mirada fija en él, Rachel apoyó una mano en la cadera—, pero si continúas llamándome muñeca, puede que decida demostrártelo.

Kaori se echó a reír en cuanto Rachel se dio la vuelta y regresó junto a ella. Esperó a que se sentase y le dijo:

—Pobre Stephen. ¿Por qué no le dices la verdad? Me gustaría ver la cara que pone cuando lo sepa.

—Lo cierto es que no tengo ninguna prisa. Ya se enterará en algún momento. Mientras tanto, dejaré que piense lo que le venga en gana. Así tendré más razones para reírme de él en su cara.

—Está bueno —opinó Kaori.

—¿Estás burlándote de mí, verdad?

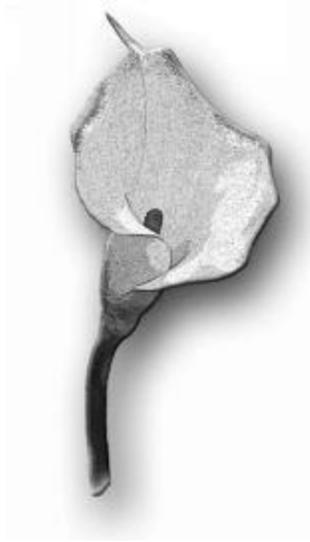
—¡Venga ya! ¿No me dirás que no has imaginado a ese hombre solo con el delantal? —bromeó.

Rachel no pudo evitar que las comisuras de su boca se estirasen hacia arriba.

—Antes me quedo ciega —la miró conteniendo una sonrisa—. Tampoco llevaba puesto el delantal.

Kaori se echó a reír, sacudiendo la cabeza a los lados.

## Capítulo 7



# Cala

## Te esquivo

### A dos días de la boda

Al día siguiente, Kaori se puso un pantalón de chándal, sus deportivas, y salió un rato a correr por los alrededores. Se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, y ahora sentía que necesitaba algo de ejercicio que la relajase.

Al despertar, la primera idea que había cruzado por su mente fue ir a ver a Víctor Tilman, pero afortunadamente, cinco minutos después, su cabeza estaba ya lo suficientemente despejada para no hacerlo. Por consiguiente, el siguiente paso lógico era desaparecer durante dos o tres horas.

Además, el ejercicio le ayudaba a pensar. Tenía que estudiar y analizar la mejor manera de realizar el trabajo sin coincidir con él en ningún momento.

Tilman, sin embargo, no parecía tener la intención de colaborar, y eso lo hacía todo bastante más difícil.

Cuando unos días antes hizo las maletas y se largó del centro de Manhattan, ni por un segundo se le pasó por la cabeza que él la encontraría allí. Imaginaba que Tilman era demasiado insensible; demasiado imperturbable para que su huida le supusiera el más mínimo trauma. En cambio, se había equivocado al pensar que él lo dejaría estar sin hacer nada al respecto.

Tilman estaba acostumbrado a tener todo lo que deseaba. Él mismo se lo había dicho el día en que se presentó en las oficinas de la Tilman Company purchases, para recoger su kimono. Sus palabras fueron la mar de claras: únicamente tenía que chasquear los dedos y tendría lo que anhelaba.

Y lo peor era que estaba plenamente convencido de ello.

Una convicción bien fundamentada. Al menos en lo concerniente a ella.

Stephen tenía razón en que, si iba a verlo, volvería a arrojarse entre sus

brazos a las primeras de cambio. La atracción que sentía por ese hombre parecía impresa en sus genes, pensó Kaori, de camino a casa.

—¿Kaori? —Stephen la llamó desde la cocina.

—Sí —respondió ella. Sin pronunciar otra palabra, se acercó hasta donde él se encontraba, abrió el frigorífico y agarró un botellín de agua.

—Saliste temprano.

—Esta noche no he podido pegar ojo, así que supuse que un poco de ejercicio me vendría bien.

—¿Y ha sido así?

—Depende. —Kaori dio un trago de agua antes de preguntar—. ¿Ha llamado Tilman?

—No.

—Entonces la respuesta es, sí. Me ha venido genial.

—Ya...—Apartó momentáneamente los ojos del periódico que estaba leyendo para lanzarle una mirada a ella—. Creo que te equivocas al pensar que ese tío se dará por vencido tan fácilmente.

Kaori asintió, dándole a entender que estaba de acuerdo con lo que él acababa de decir.

—Hace un bonito día para ir de compras, ¿no te parece?

—Muy cierto—respondió, prestando nuevamente atención a las noticias del periódico.

—Imagino que si te pidiera que me acompañaras al centro, lo harías.

—Supongo.

—¿Vas a responder a todo con monosílabos? —Kaori se echó el pelo hacia atrás y exhaló un suspiro.

Él se echó a reír.

—De acuerdo, iré contigo de compras —aceptó, alzando un momento la mirada—. Aunque con una condición: que no llames a la tal Rachel para que nos acompañe. ¿Qué demonios te hizo pensar que una tía así iba a gustarme?

Kaori se quedó boquiabierta.

—¡Hola! ¿Estás despierto? —Kaori movió la cabeza incrédula—. Rachel es un pedazo de mujer.

—Ya —pareció meditar durante un segundo—. Puede que si deja de ponerse esas horribles gafas y se suelta ese insulso moño pasado de moda, descubramos a una debajo de toda esa vestimenta hortera.

—No quiero parecer maleducada, pero creo que tarde o temprano vas tragarte esas palabras.

Stephen la miró y empleó un tono suave, como si estuviese hablándole a un niño.

—Tendrás que esforzarte mucho más para hacerme creer que tu amiga es en realidad una *femme fatal*, sedienta de sexo.

—No he dicho en ningún momento que lo sea.

—Mejor, porque tampoco te habría creído.

—De acuerdo —resopló—. Será mejor que dejemos el tema y suba a darme una ducha. Luego podemos ir a comer algo. Si te apetece, yo podría invitarte...

—¿Esto es un soborno?

—Es una buena manera de llamarlo.

—Mmmm. Okey. Me encanta que una mujer bonita me soborne.

Tras dejar a Stephen, Kaori subió al dormitorio y abrió el grifo de la ducha. Mientras el agua se calentaba agarró su teléfono móvil, quitó la tapa trasera y extrajo la batería. Hacerlo hizo que su estrés se disipara un poco, porque a pesar de todo, intuía que si él llamaba se sentiría tentada a responder.

De algún modo, hubiera sido una gran derrota, pensó un rato después. Dio una vuelta más al grifo del agua caliente y echó la cabeza hacia atrás para que el agua se deslizara por su rostro, desentumeciendo simultáneamente la musculatura de sus hombros.

Kaori suspiró.

No se sentía con fuerzas para oponer resistencia. Era más fácil poner tierra de por medio entre ella y ese hombre.

Más fácil y más seguro, se dijo, mientras se enjabonaba los cabellos.

Ni siquiera comprendía cómo había llegado a esa situación, o qué demonios había hecho tan mal, como para tener que huir de su propio apartamento, de la casa que compartía con el hermano de Maya, e incluso de Coney Island. Era una situación extraña, pero seguramente con el tiempo todo volvería a la normalidad. Solo tenía que esperar a que Tilman se cansara. Porque tarde o temprano eso era lo que iba a suceder.

De pronto, notó que la invadía el desánimo.

Por mucho que lo intentaba, no entendía por qué continuaba afectándole tanto. No era la primera vez que daba carpetazo a una relación que no le aportaba nada bueno. Romper con alguien siempre era algo muy incómodo, pero nunca había tardado tanto en recuperarse.

Y lo que había tenido con Tilman ni siquiera podía catalogarse como una relación. Razón de más para que olvidarlo no le supusiera un esfuerzo.

No obstante, su imagen continuaba en su cabeza, desordenándole los pensamientos. Ni siquiera estaba segura de cómo debía reaccionar. Algunos días tenía ganas de llorar, y otros, sin embargo, se preguntaba por qué iba a hacerlo.

Salió de la ducha y envuelta en una toalla deslizó una mano por el espejo para retirar el vaho que lo cubría.

Se miró.

De haber seguido adelante, podría haberse convertido en el juguetito de ese hombre. Y no había dejado Shibuya para terminar en Manhattan, comiendo las migajas que él deseaba ofrecerle. Ya no era una niña que dependiese de nadie.

Kaori sacudió la cabeza con decisión, antes de aplicarse la crema hidratante.

Un rato más tarde, ya vestida, cogió el bolso y salió de la casa junto a Stephen. Comieron en un pequeño restaurante que se hallaba a tan solo dos manzanas, y después sacaron sendos billetes de metro que les dieron la oportunidad de pasar la tarde de compras por Brooklyn.

Cuando regresaron a casa, poco antes de las ocho, Maya la estaba esperando junto a la puerta con el firme propósito de llevarla esa misma

noche a un local de copas que según Rachel, que acudiría un poco más tarde, estaba en esos momentos muy de moda.

Pasar la noche en un club de ligoteo, aunque este fuese catalogado como el más chic de Manhattan, no era, ni de lejos, lo que más ansiaba en esos momentos. Pero transcurridas dos horas, Kaori entendió que nada de lo que dijera lograría que Maya cambiase de opinión. Así que subió al dormitorio y rebuscó en el armario en busca de algo que ponerse, optando por unos ajustados pantalones y una blusa de seda verde que todavía no había tenido la oportunidad de estrenar.

—¿No irás a ponerte eso? —se echó a reír Maya, dejando una bolsa de deporte sobre la cama.

—¿Qué tiene de malo?

—Pues que eso está bien si lo que deseas es ligar con un zombi.

—Entonces es perfecto, porque no pienso ligar con nadie vivo esta noche.

—¿Bromeas? —resopló Maya, abriendo la bolsa que había soltado un minuto antes y sacando de ella un mini vestido de color negro.

«Muy mini», recapacitó Kaori, mirando la minúscula prenda que le entregó su amiga.

—¿Es qué vamos a ir a nadar? Porque, chica, esto parece un bañador en vez de un vestido.

—Cambiará mucho cuando te lo pongas. Además, no pienso largarme de tu dormitorio hasta que lo hagas. Así que..., tú verás...

—A ver si lo he entendido bien —dijo ella—. ¿Esperas que me ponga esto?

—¡Pues claro!

Kaori meneó la cabeza para salir de su asombro.

—¿Si me lo pruebo, prometes que luego te largarás?

La joven respondió dibujando una cruz a la altura de su corazón, y asintió con la cabeza.

Medio minuto después, cuando Kaori se miró al espejo, comprimió los labios para soltar un silbido. Se dio media vuelta y contempló la pronunciada

abertura que atravesaba su espalda, exponiendo a la vista una buena porción de piel.

Maya abrió los ojos como platos.

—¡Madre mía! Tienes que llevar este vestido esta noche. ¡Estás impresionante!

Kaori echó la cadera a un lado y deslizó la palma de su mano por el tejido.

—Tiene un tacto agradable —opinó.

—Y no hace ni pizca de frío, así que no tienes excusa para no lucirlo. Ahora, ponte unos buenos tacones de aguja y salgamos a menear ese culo, nena. Esta noche tomaremos unos cuantos chupitos de tequila y les daremos a los tíos algo de lo que hablar mañana.

Kaori rió.

—A veces me cuesta creer que tengas veintitrés años.

—Y a mí... —admitió con una sonrisa mientras se miraba en el espejo del armario y deslizaba el escote de su vestido un poco más abajo. Luego le soltó a ella la goma que atrapaba sus cabellos azabaches en una coleta—. ¡Conseguido! Ahora sí que estamos preparadas para arrasar. Y ahora dime... ¿Quiénes son las dos tías más cañón de todo Manhattan?

Maya le rodeó la cintura con un brazo mientras Kaori contemplaba la imagen de ambas en el espejo. Maya estaba preciosa, con su vestido de gasa azul marino y el optimismo por las nubes. Una melena de rizos rubios y brillantes le enmarcaba un rostro con forma de corazón que la hacía parecer una muñeca de ojos grandes y boca pequeña.

De repente se sintió de mejor humor.

Kaori se adelantó un paso y abrió la puerta del armario, haciendo desaparecer el reflejo de Maya un instante.

—Parezco una prostituta de lujo —le dijo a su amiga mientras se calzaba unos zapatos.

Maya negó con la cabeza.

—Una prostituta llevaría en el bolso un montón de condones de todos los colores y tamaños, y apuesto un dólar a que tú ni siquiera te has molestado en meter uno solo.

—No voy a necesitarlo.

—Oye, es algo indispensable que pienses siempre en llevar protección. Si esperas que un tío la lleve, puedes esperar sentada. Tienes suerte de que tenga unos cuantos en mi bolso.

—Gracias por el ofrecimiento, Maya, pero lo que trato de decirte es que no voy a acostarme con nadie esta noche —suspiró—. Saldré a divertirme, tomaré esos chupitos de tequila y bailaré hasta que estos zapatos me provoquen unas ampollas en los talones que tarden varios días en desaparecer.

Kaori entró en el cuarto de baño y, después de echarse un vistazo en el espejo, decidió usar un poco de ayer line negro y una sombra de color ocre, que resaltaba sus rasgados ojos oscuros. Se aplicó un poco de carmín de labios y cepilló su larga cabellera hasta que estuvo suelta y brillante.

—De acuerdo, tú misma —respondió Maya desde el dormitorio, mientras continuaba haciendo poses ante el espejo—. Pero luego no digas que no te lo advertí.

—Tranquila, no lo haré.

Cuando bajaron al salón, encontraron a Stephen sentado en el sofá, aporreando con los dedos los botones del mando de la *PlayStation*.

Se oyó el timbre de la puerta y Maya miró a su hermano con el ceño fruncido.

—¡No importa que te levantes, principito, que ya me encargo yo de averiguar quién toca a tu puerta! —exclamó con sarcasmo.

—Oh... Sí. Gracias... —respondió él, con los ojos fijos en la pantalla del televisor, hincando repetidamente el dedo en el mando.

—¿No vas a venir con nosotras esta noche? —le preguntó Kaori.

—¿Con vosotras? Paso. No tengo ganas de que me vean por ahí con esa amiga vuestra. Aún tengo mucho esperma que repartir, antes de que me tachen de perdedor.

—Por mí, puedes repartir cuanto esperma te dé la gana, aunque dentro de veinte años tengamos que aguantar a la legión de gilipollas que dejarás esparcida por todo el mundo. —La voz de Rachel sonó a su espalda, haciendo

que Stephen girase la cabeza y abriese los ojos como platos, contemplándola con genuina sorpresa.

—¿Nos conocemos? —preguntó él, tratando de salir de su asombro al verla enfundada en unos ajustados tejanos negros, que dejaban al aire un abdomen plano y firme, y una diminuta camiseta que no dejaba nada para la imaginación. Observó embobado la increíble melena dorada que descansaba sobre su hombro izquierdo, deslizándose por su cazadora de cuero hasta la cintura. Una cintura estrecha y unas caderas de contornos sinuosos que incitaban al pecado. Como sus infinitas piernas, ocultas en parte por unas botas de piel de caña alta.

—¿Te importaría cerrar la boca? —Rachel torció la sonrisa de sus carnosos labios rojos—. Pareces más gilipollas todavía, si es que eso es posible.

—No te hagas ilusiones, monada. Para tu información, algunos animales regulan su temperatura corporal abriendo las fauces.

—Y ahora te crearás un reptil...—prosiguió ella—. Genial. ¡Esperma de lagarto por todas partes! Bueno, al menos los diseñadores de bolsos se sentirán tranquilos al saber que por el momento no se extinguirán los cocodrilos.

—Bueno —como si no la hubiese escuchado, Stephen arrojó rápidamente el mando de la *play* a un lado y se levantó de un salto—, será mejor que me vista o llegaremos tarde.

—Pensaba que no querías venir con nosotras —comentó Kaori, observándolo subir las escaleras de dos en dos.

—¿Y dejar que vayáis solas por ahí con esas pintas? —Se detuvo un momento para desviar la mirada brevemente hacia Rachel—. Con ese aspecto de putón verbenero, vas a necesitar un guardaespaldas.

—¿Sabes que eres un mamón? —respondió la joven, haciendo un verdadero esfuerzo por dominarse.

—Perdón, ¿decías algo?

—¿Además de mamón eres sordo?

—Solo cuando hablas.

—Está bien. ¡Tú...! —Kaori lo señaló a él con un dedo—. Si vas a venir con nosotras, más vale que te des prisa. No vamos a esperarte toda la noche.

¡Y tú...! —repitió, mirando esta vez hacia Rachel—. Será mejor que te tranquilices.

Rachel desvió la vista hacia Stephen, advirtiendo una mueca de diversión en su rostro. Comprimió los labios para no mandarlo a hacer puñetas y lo oyó tatarrear una cancioncilla mientras subía el resto de las escaleras.

—Ese tío es idiota —masculló la joven. Miró a Maya y le dijo—. Perdona, sé que es tu hermano, pero me saca de quicio.

—Pues a mí me parece que tenéis mucha química.

—¡Venga ya! Tenemos la misma química que el yogurt y el tomate frito. Totalmente incompatibles. Sí, eso es. Somos como *Sherlock Holmes* y *Moriarty*, solo que ellos se querían un poco más.

Tan solo habían transcurrido diez minutos cuando Stephen volvió a bajar, vistiendo un pantalón y un jersey negro de cuello alto, que no hacía más que ensalzar su estupendo físico.

De pie junto a la puerta, Kaori apartó los ojos de su compañero de piso y miró de reojo a Rachel, advirtiendo el cambio de aptitud que había operado en su amiga. Un gesto de admiración que se esfumó en cuanto Stephen pasó por su lado.

Después de cerrar la puerta, todos miraron hacia el pequeño escarabajo de Kaori.

—Será mejor que llame a un taxi —comentó Stephen, metiéndose las manos en los bolsillos—. Podemos vernos en el club un poco más tarde.

—No digas tonterías—masculló Rachel entre dientes, y tras sacar unas llaves del bolsillo avanzó hacia la motocicleta que un rato antes había aparcado junto a la acera. Tras subir en el vehículo, le dijo—. ¿A qué puñetas estás esperando?

—¿Juntos...? ¿Tú y yo?

—No te emociones, cariño. Piensa que lo hago por las mujeres que moran por estos lares. Seguro que me agradecerían que no te dejara por ahí suelto. Ya sabes, puede que se te ocurra ir repartiendo ese esperma tuyo a diestro y siniestro.

Kaori no dijo nada. Únicamente pudo observarlos con cara de póker mientras la motocicleta emprendía la marcha.

Hasta un ciego se daría cuenta de que entre esos dos saltaban las chispas.

—¿Será seguro dejar a esos dos solos? —le preguntó a Maya.

—¿Estás de guasa? Medio dólar a que antes de que acabe la noche están retozando como conejos. ¿Has visto la cara que ha puesto mi hermano cuando la ha visto? Chica, casi se le salen los ojos de las órbitas. Seguro que no esperaba esto.

—Admito que yo tampoco —respondió Kaori, al tiempo que ambas subían al escarabajo.



# Tulipán rojo

## ¿Declaración de amor?

Media hora después de que el gorila que taponaba la entrada del club las dejara pasar, Kaori y Maya atravesaron la multitud de personas que bailaban en la pista, contorsionando sus cuerpos al ritmo frenético de la música. Una vez llegaron junto a la barra se detuvieron para pedir sendas copas.

Kaori se dio la vuelta y deslizó la mirada por la pista, advirtiendo al instante lo saturada que estaba la atmosfera. Las cegadoras luces iluminaban de manera intermitente a gente que saltaba, se movía y sudaba al compás de la música electrónica, que parecía retumbarle en el pecho y en los oídos. Algunos conversaban, o al menos lo intentaban, apiñados alrededor de mesas altas, mientras los camareros se movían entre ellos con una habilidad sobrehumana, portando bandejas con bebidas y recogiendo vasos.

Aquel era el lugar perfecto para olvidarse de todo, pensó cuando Maya le hizo una señal y comenzó a mover las caderas, avanzando luego hacia la multitud. Era una lástima que no hubiera ni pizca de oxígeno que respirar.

Alzó los brazos y se entregó al baile. Cerró los ojos un instante y se movió de manera provocativa, dejando que su mente desconectase por un rato. Cuando los abrió, encontró a tres tipos a su alrededor, compitiendo por llamar su atención.

¿Era ella, o el vestido que Maya le había prestado era toda una invitación sexual?

En cualquier caso, Kaori se dijo que podía controlarlo. Si esos tíos se ponían más pesados de la cuenta, tan solo tendría que buscar a Stephen y fingir que estaban prometidos. Probablemente, eso bastaría para disuadirlos de continuar dando la tabarra.

Se mordió el labio inferior con nerviosismo y alzó la barbilla para deslizar la mirada alrededor, advirtiendo por el rabillo del ojo que uno de ellos se

acercaba. Se movió medio metro y se apartó de él sin dejar de bailar, al tiempo que trataba de localizar a Maya entre las decenas de cabezas que no cesaban de botar en torno a ella.

Sintiéndose cada vez más incómoda, miró al tipo con desagrado, y se quedó de piedra cuando notó que este emplazaba una mano en su cadera.

—Me temo que no me interesa —le dijo al hombre, alto y de cabellos negros, retrocediendo a continuación un paso más y apartándose de él.

—¿Quieres hacerte la difícil? —dedujo erróneamente él, pegándose de nuevo a ella.

—Oye, la dama ha dicho que no le interesa. ¿Acaso estás sordo? —Una voz sugerente y ronca, sonó a espaldas de Kaori.

Sugerente y conocida, recapacitó ella un segundo más tarde, dándose la vuelta para enfrentarse a Víctor. Cuando lo hizo, entendió que no estaba preparada para verlo tan cabreado. Sus facciones estaban tan endurecidas por la furia que durante el primer minuto las esperanzas de que todo acabase en un mal entendido fueron casi nulas.

—¿Y tú quién coño eres? —gritó el hombre de cabellos oscuros, provocando que todos girasen el rostro para observarlo a él.

—El tío que te va a partir la cara si vuelves a ponerle un solo dedo encima a mi chica.

Aquello estaba yéndose de madre, pensó Kaori, tratando de encontrar algo que decir para evitar que el asunto acabase en puños, cuando de repente vio que Tilman daba un paso hacia el hombre y se plantaba justo ante sus narices.

Kaori comprendió que no podría hacer nada, salvo mirarlos y rogar para que al tipo no se le ocurriese sacar a Víctor aún más de sus casillas. Cerró la boca y permaneció inmóvil durante un minuto, hasta que de repente el hombre, dándose por vencido, alzó ambas manos.

—Está bien, será mejor que te calmes. Esto ha sido tan solo un error. No sabía que la chica estaba acompañada...

Kaori soltó un aullido de asombro cuando Víctor, sin esperar a que el tipo acabara de disculparse, la agarró del brazo y comenzó a arrastrarla a través del absorto gentío que danzaba en torno a ellos, completamente ajenos a lo que estaba sucediendo.

El club parecía haberse convertido de pronto en un campo de batalla. Un vaso voló por los aires y ella agachó la cabeza mientras sentía como si la pista de baile se balanceara bajo sus pies. Comenzó a notar que el aire se tornaba más denso y respiró con dificultad al esforzarse en no tropezar con sus propios tacones mientras Víctor continuaba tirando de ella hacia la salida. Trastabilló, y con la mano que aún tenía libre se agarró el bajo del vestido con el firme propósito de evitar que se le subiera hasta el ombligo.

—¡Basta ya!

Harta de que él continuase tratándola como si le perteneciera, Kaori se paró en seco y afianzó una mano en la pared, deteniéndolo antes de alzar la voz y enviarlo a hacer puñetas. No obstante, cualquier intento de que él la oyera fue anulado por la música. Con lo cual, a continuación inspiró profundamente el aire, llena de frustración, y se dio la vuelta con el firme propósito de regresar a la pista de baile.

Abrió los ojos de par en par y dejó escapar un quejido cuando la mano enorme de Víctor la empujó contra la pared. Kaori no se acobardó y lo miró con los ojos encendidos por la furia. Todo a su alrededor desapareció, transformándose en una mezcla de murmullos sordos. Los recuerdos de la última vez que habían estado tan cerca regresaron a su mente igual que una bofetada, y el corazón quiso salirse del pecho cuando Tilman esperó a que se moviera para apoyar de golpe la otra mano junto a su cabeza, cortándole la huida.

—No tienes ningún derecho a comportarte de este modo —le reprochó ella, esforzándose en recuperar el aliento.

—Los amigos empiezan por saludarse.

—Que hayamos follado un par de veces no nos convierte en amigos, y tampoco te da autoridad para decirles a esos tíos que soy tu chica. Además, me gustaría saber qué haces aquí.

—Por lo visto, impedir que te violen. —La recorrió con la mirada—. ¿De qué puñetas te has disfrazado? Pareces una prostituta. Y no muy cara, si quieres saber mi opinión.

Kaori alzó los ojos hacia Víctor, notando que la boca se le quedaba repentinamente seca al comprobar que sus profundos ojos azules centelleaban peligrosamente.

—Oye, tu opinión me interesa un pepino, así que, yo de ti, cerraría esa boca y me metería en mis propios asuntos. Además, para tu información, sé cuidarme muy bien solita. No necesito la ayuda de ningún cabrón machista que todavía cree que las mujeres necesitamos que nos protejan de todo. Por si no te has enterado todavía, Caperucita hace ya tiempo que se comió al Lobo. Los tiempos cambian; ahora tenemos espray de pimienta y derecho al voto.

—Estás sacando todo esto de contexto.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Así soy yo! Suelo tomarme las cosas muy a pecho. Sobre todo cuando alguien se mete en mi vida privada y trata de decirme qué debo hacer. Ni qué decir de lo molesto que me resulta que me acosas de esta manera.

—¡Por el amor de Dios! Deberías darme las gracias en vez de acusarme de esa estupidez.

—Supongo que ahora volverás a decirme que casualmente pasabas por aquí.

Él meditó la respuesta durante un momento.

—Aunque todavía no me entra en la cabeza el porqué, después del plantón que me diste esta mañana me he pasado toda la tarde aparcado frente a la casa de ese novio tuyo, Stephen Tempelton. Un capullo con mucha historia —masculló—. ¿Sabías que en Japón la ha liado parda? No, supongo que a ese noviete tuyo no se le ha ocurrido contarte que por lo visto se quedó con algo que no debía, y que ha logrado enfadar a unos cuantos peces gordos.

—¡Has estado espionando a Stephen! —le gritó ella, apartándolo de un manotazo—. ¿Cómo te atreves a hurgar en su vida? Te lo repito, ¡no tienes ningún derecho! Así que déjalo en paz. Él no te ha hecho nada para que trates de fastidiarlo.

—Puede, pero alguien tiene que decirte con quién estás saliendo realmente. Y a propósito de eso, ¿dónde está ese pedazo de mendrugo?

Víctor alzó el mentón y deslizó la mirada por el local un segundo, localizándolo al fondo del mismo, junto a una rubia despampanante.

—Veo que mantenéis una relación tremendamente abierta —indicó, señalándolos con un gesto de su cabeza—. Si continúa metiendo la lengua así en la oreja de esa rubia, acabará dejándola sorda. Tu novio es un estúpido,

además de un descerebrado, si cree que no tiene suficiente contigo.

Durante los dos años que llevaba en Manhattan, Kaori había desarrollado la portentosa capacidad de no sorprenderse fácilmente. Apenas le impresionaban los payasos callejeros que pululaban por todas partes o las frívolas historias de Maya con el sexo opuesto, pero ver a Rachel en aquella situación, la dejó totalmente K.O.

—Será mejor que hablemos en un lugar más discreto. Un poco de aire fresco nos vendrá de perlas —le dijo Tilman, suavizando su expresión.

Kaori sintió algo parecido a un calor líquido cuando el brazo de él le rodeó la cintura. Se quedó inmóvil una fracción de segundo, tratando de decidir qué debía hacer, pero sus pies comenzaron a moverse casi por voluntad propia. Pese a estar segura de que aquel contacto no tenía otra intención que la de conducirla hacia la salida de emergencia, le provocó un angustioso nudo en el estómago.

Víctor abrió la puerta del almacén de un tirón, y ella se quedó sin aliento cuando un segundo después él la cerró con llave.

De pronto el retumbar de la música menguó. El ajetreo y la gente desaparecieron, dando paso a un húmedo almacén lleno de trastos y cajas vacías. El sitio olía a alcohol y a cerveza rancia, notó Kaori. Probablemente porque más de un botellín había terminado estrellado contra aquel suelo de cemento gris, dado que la buena iluminación brillaba por su ausencia. Tan solo colgaba del techo una pequeña bombilla, que no cesaba de balancearse de un lado para el otro, generando una desagradable sensación de mareo.

El lugar, además de apestar, era tétrico de cojones.

—¿Y bien? —Kaori jamás se había sentido tan vulnerable como en aquel momento.

Él dudó un instante, antes de exhalar el aire y sentarse en una caja.

—Esto no es fácil para mí...

Kaori lo miró y se dio cuenta de que se frotaba las manos con nerviosismo, tratando de elegir las palabras.

—Admito que para mí tampoco lo es —dijo, cruzándose de brazos—. Pero lo superaré.

—Me temo que no tengo la misma confianza que tú en que eso ocurra.

—Me será fácil; te has portado como un auténtico cerdo.

—Puedes golpearme, si eso logra que te sientas mejor.

—Lo que lograría que me sintiese mejor, sería que te largaras por esa puerta y me dejaras en paz.

—Y ese es el problema, Kaori, no puedo dejar de pensar en ti.

—Ooh, ¡venga ya! ¡Vas a casarte dentro de dos días, por el amor de Dios! ¿Qué pasa contigo? ¿Es que no puedes dejar las cosas tal y cómo están? —Kaori apoyó una mano en una pila de cajas, tomó aliento para acabar con el ataque de nervios que comenzaba a inundarle el pecho, y alzó la voz para decir—. No tienes ni idea... No te imaginas lo que me está costando fingir, salir a la calle cada día como si no hubiese sucedido nada entre nosotros y no pensar en ti. Supongo que te alegrará saber lo confuso que todo esto es para mí. Y aún así te pido... No, te suplico, que por una vez en tu vida hagas algo decente y desaparezcas de la mía.

—No.

Boquiabierta, abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

—¿Crees que yo me siento mejor que tú? Me paso las noches sin dormir porque no hago otra cosa que imaginarte con ese liante.

—¿Stephen? —arrugó el ceño, olvidando momentáneamente su falso noviazgo.

—¿Tengo pinta de qué me importe su nombre? —masculló él entre dientes—. ¿Cómo puedes estar con él, después de...?

Víctor oprimió fuertemente los labios.

—Después de estar contigo —terminó ella por él, notando como el corazón se le saltaba un latido.

—No puedo entenderlo.

Ella avanzó un paso hacia él y extendió la mano para deslizar los dedos por los angulosos contornos de su rostro, con la irreprimible necesidad de acariciarlo.

—Me gustaría pensar que lo que hemos tenido ha significado algo, pero

cuanto antes aceptemos que no es así, antes podremos continuar con nuestras vidas.

Víctor le apresó la mano y la apartó de su rostro. Sin soltarla en ningún momento la miró en silencio. Luego tiró de ella y la atrajo hacia él, para besarla con intensidad.

El pequeño cuerpo de Kaori comenzó a temblar. Víctor la saboreaba sin prisas, acariciándole el cuello, los hombros, bajando hasta la abertura de su escote...

Excitándola.

Cuando sus lenguas se entrelazaron, sumergiéndose en una peculiar contienda de envites y caricias, Kaori notó que el calor se tornaba insoportable. De alguna forma sus dedos comenzaron a tantear el fuerte cuerpo de Víctor hasta que tocaron con la hebilla de su cinturón. La abrió deprisa, con una facilidad que abría asombrado al propio *houdini*. Luego introdujo las manos debajo del fino y ajustado suéter de hilo que él llevaba puesto y le acarició el duro torso, notando los latidos y el calor de su pecho.

Sabía que volverían a hacerlo. Tal vez la fuerza del deseo le nublara los sentidos, pero no era ninguna tonta. Harían el amor de nuevo, y por la mañana probablemente se mortificaría por ello.

Pero esa noche él era únicamente suyo.

Víctor la atrajo más hacia su cuerpo, y sin dejar de mirarla a los ojos, le acarició con los dedos el borde del escote, rozando muy despacio aquella zona tan cercana a los pezones.

Durante un momento, él disfrutó de su expresión de placer. Tenía los ojos cerrados, con la espalda flexionada hacia él. El sudor perlaba su frente y la respiración hacía que sus pechos, esos con los que tanto había soñado despierto, subiesen y bajasen frenéticamente.

Kaori gimió, notando el retumbar del pulso en los oídos. Se sentía repentinamente hambrienta. Tenía hambre de él. De sus caricias, de sus besos, del sexo que sus ansiosos dedos prometían.

Tilman movió la mano para situarle el cabello sobre un hombro. Después le bajó lentamente el tirante del vestido y se inclinó para besarle con devoción la curva de su pecho desnudo.

Kaori echó la cabeza hacia atrás y soltó un sofocado suspiro de placer cuando él comenzó a lamerle el pezón, como se succionaría el jugo de una fruta madura.

No había planeado que aquello ocurriera, pensó Kaori, presa del deseo. Ni siquiera lo había creído posible después de lo sucedido. Entonces se prometió a sí misma que no volvería a dejarse manipular por ese hombre, ni por ningún otro. Le había resultado fácil sacarlo de su vida, aunque no era sencillo eliminarlo de sus pensamientos. Tras días de fallidos intentos, aceptó que aquello era imposible.

Sin embargo, era lo suficientemente adulta para saber lo que estaba haciendo. Y a esas alturas todas las promesas que se había hecho a sí misma le importaban poco menos que un comino.

Arqueó la espalda como una gata en celo y acercó las caderas a él, aspirando el embriagador aroma a perfume caro y jabón de afeitar, que la calidez de ese cuerpo prodigaba.

El corazón le latió más rápido. Todo su ser se sentía plenamente consciente de su poderosa presencia.

A pesar de que conocía perfectamente cada contorno de su atlético cuerpo, disfrutó como el primer día de pasarle las manos sobre el vigoroso torso. Era provocador y masculino. Duro y tierno a la vez.

Y entonces, volvió a notar la presión de aquella firme boca contra la suya.

Como siempre, fue un beso posesivo y arrollador, que se formuló aún más excitante cuando él le pasó la mano entorno a su cintura para acercarla aún más a su propio cuerpo. Sus pequeños pies se despegaron del suelo y sus pechos se aplastaron contra la dura musculatura de su torso. Al no existir ni una pizca de aire entre ellos, Kaori pudo distinguir el palpitar de su dura erección contra el vientre.

Con todo, a veces a Kaori le gustaba su rudeza. Hacía que se sintiese deseada. Sin embargo, no podía decirse que fuese brusco o violento; ni un moratón, ni una rojez aparecían en su cuerpo después de estar juntos. No obstante, por algún motivo, le excitaba que se mostrase tan posesivo.

Kaori intentó no perder el equilibrio cuando él dejó de besarla. Abrió los párpados y sus rasgados ojos toparon con la misma oscura e insondable

mirada que había visto días atrás, durante su mutuo encuentro en el despacho.

Nuevamente se sintió incapaz de descifrarla. Y francamente, aunque hubiera deseado realmente hallar una respuesta, aquel sentimiento se evaporó cuando las exigentes y hábiles manos de Víctor se deslizaron por sus caderas, deteniéndose un instante sobre los muslos.

Sentir aquellas manos tan cerca de su sexo, hizo que le temblasen las piernas y su cerebro imaginase un sinfín de escenas, todas ellas candentes. De fondo, el amortiguado traqueteo de la música enaltecía el morbo del momento. La animaba a hacer y desear cosas que no haría una noche cualquiera.

Pero aquella no era una noche como todas, era su noche, se dijo a sí misma, tomándole los dedos para a continuación conducirlos hasta sus labios. Luego, comenzó a lamerlos con calma, uno a uno.

Hipnotizado y excitado por lo que ella le estaba haciendo, Víctor movió la mano que tenía libre y la deslizó bajo su vestido. Sus dedos acariciaron suavemente la unión de sus muslos, antes de aferrar las braguitas de encaje y desplazarlas a un lado.

Kaori sintió que todo el cuerpo se le fundía como la mantequilla. Los habilidosos dedos de Víctor otorgaban al verbo “gozar” un nuevo significado. Había una descarga incandescente en la manera que los movía, acariciando la entrada húmeda de su sexo. Entonces le separó las piernas e introdujo dos dedos dentro de su cuerpo, trazando en su interior pequeños círculos con una increíble habilidad.

Ella intentó no perder la cabeza. Algo que casi ocurrió cuando él la empujó contra las cajas. Percibió el frío de algún objeto duro contra sus nalgas desnudas mientras la atrapaba con su poderoso cuerpo, imposibilitándole la huida.

—No te imaginas lo mucho que te deseo.

Al oír aquellas palabras, Kaori se preguntó si sería capaz de llegar hasta el final sin abalanzarse antes sobre él. Estaba caliente y muy húmeda. Tilman no era ningún estúpido, con toda seguridad ya se había dado cuenta de la urgencia de su cuerpo.

—Estás muy receptiva —le dijo, quitándose el suéter y arrojándolo a un lado—. Eso me gusta.

—¿Nadie te ha dicho que hablas demasiado? —preguntó ella en tono burlón, mientras lo agarraba de la cinturilla del pantalón y le abría la cremallera.

—¿No irás a dejarme tirado como en el *parking*?

—En el *parking* todavía no sabía lo bien que follabas. —Le bajó el pantalón negro y comenzó a hacer lo mismo con los bóxers. Luego, rodeo con la mano su palpitante miembro y lo acarició de arriba abajo, deteniéndose de vez en cuando, únicamente para volver a comenzar.

—No hagas eso.

—¿Qué no haga qué? —Apretó un poco más los dedos en torno al pene.

—Si continúas haciendo eso vas a lograr que me vuelva loco. Eso, en el mejor de los casos.

—Si crees que esto te volverá loco... —comenzó a decir, soltándolo para posar las manos sobre sus poderosos hombros. Después lo empujó contra las cajas que estaban apiladas tras él—, no querrás saber lo que viene a continuación.

Tilman decidió obedecerla y apoyó las fuertes nalgas en una de las cajas, mientras ella continuaba empujándole los hombros. Se tumbó sobre la vieja lona que cubría los cajones de madera y contuvo la respiración cuando ella, de pie entre sus bronceadas piernas, comenzó a besarle el vértice de su masculinidad. Cuando sintió el calor de su boca rodeándolo, lamiéndolo, besándolo y envolviéndolo con la lengua a todo lo largo, se sintió debilitado.

Kaori lo oyó gemir y levantó la cabeza muy despacio, dilatando la caricia y el placer. Lo miró y acarició su vientre plano con las uñas, disfrutando de cada sacudida que aquello le provocaba.

Él se inclinó hacia delante y extendió una mano para sujetarle la barbilla.

—¿Qué demonios me estás haciendo?

—Se llama felación, aunque hay gente que prefiere llamarle...

—Lo digo en serio, Kaori —la interrumpió Víctor, provocándole un extraño estremecimiento que cruzó su espalda con la velocidad de un rayo.

—¡No!—Ella se apartó de él, agitando la cabeza—. No digas eso. Sabes perfectamente que no es verdad. Esto no significa nada, mañana volverás con

tu prometida y te casarás con ella dentro de dos días. No necesito oír nada, ni quiero que endulces este puto momento, porque solo conseguirás estropearlo todo. Así que... —apuntaló una mano en la cadera y con la otra señaló la puerta—, si no vas a follar y a dejarte de gilipolleces, será mejor que te largues y no intentes volver a verme.

—¿Así que no quieres gilipolleces románticas?

—Me confundes con otra si crees que las necesito —le mintió, sosteniéndole la mirada mientras avanzaba hacia ella con lentitud.

—Está bien. —Su voz estaba cargada de resentimiento—. Entonces, nada de romanticismos.

Dicho esto, Tilman la empujó de frente contra las cajas e introdujo una mano entre sus piernas, separándoselas sin miramientos.

Kaori, con los pechos aplastados contra el cajón de madera, soltó una exclamación de asombro cuando sintió el latigazo que el elástico de sus braguitas le propinó al romperse sobre su cadera. A continuación, él bajó la pequeña prenda de encaje por la pierna donde había quedado sujeta y, sin cruzar una palabra, apoyó su pene en la entrada de su sexo y la penetró desde atrás con una sola y certera embestida de sus caderas.

El almacén comenzó a girar a su alrededor, haciéndose cada vez más borroso. Tilman entraba y salía de ella sin piedad, friccionando su miembro contra las paredes de su intimidad al tiempo que, con una mano, jugueteaba con su clítoris a un ritmo perfectamente coordinado.

Las embestidas de sus caderas comenzaron a hacerse más rápidas y furiosas. Los gemidos, la exaltada respiración y el sudor, se mezclaron en una mágica poción de placer.

Kaori notó que el pulso latía en su sexo. Gimió. Se retorció de placer y gritó apoyando las manos en la vieja lona cuando recibió su última embestida. Él se detuvo y apoyó el pecho contra su sudorosa espalda. Kaori aún no podía verlo, pero sentía el calor de su cuerpo, y eso le resultaba increíblemente grato.

Tilman trató de recuperar la normalidad de su respiración, aún dentro de ella, y se apartó con cuidado, agachándose a continuación para subirse los pantalones.

Kaori se dio la vuelta y, apoyada aún sobre las cajas, clavó los ojos en el suelo de cemento, con la certeza de que aquellos iban a ser unos minutos largos e incómodos.

—Esto no tiene porqué acabar así.

Ella alzó la cabeza y lo miró desconcertada.

—¿A...? —Tragó saliva—. ¿A qué te refieres?

—A que quiero que dejes al tal Stephen —respondió Víctor mientras se ponía el suéter—. No te aporta nada bueno, y además no lo necesitas. Yo puedo darte todo lo que quieras. Podría ayudarte a buscar otro apartamento. Un sitio bonito con piscina y mucha luz. Ahora vives demasiado lejos de Manhattan, y no es algo bueno para tu negocio, ni para nuestra relación.

Ella lo observó en silencio mientras acababa de vestirse. Nerviosa y algo desorientada, se arregló el cabello, tratando de adivinar qué le estaba proponiendo exactamente.

—¿Por casualidad, no estarás pidiéndome que sea tu amante?

—Jamás me ha gustado esa palabra, es indigna y no se ajusta a la realidad.

—Solo por curiosidad —contraatacó ella, sintiéndose cada vez más furiosa—. ¿Según tu criterio, cuál es la realidad?

—Que tú y yo nos deseamos más de lo que estamos dispuestos a admitir.

—¿Estás hablando en serio?

—Piénsalo, Kaori. —Víctor le pasó una mano bajo la barbilla y la alzó, obligándola a que lo mirase—. No tenemos que renunciar a lo que tenemos, y tampoco tiene por qué convertirse en un inconveniente. Ambos somos suficientemente adultos e inteligentes para entender que lo que nos está ocurriendo es algo sólido. No se trata del polvo de una noche. Estoy seguro de que tú también lo sientes...

Se produjo un breve silencio, durante el cual ella frunció el ceño, aguardando a que él acabase de decir lo que trataba de explicarle.

Víctor resopló.

—¡La necesidad de estar juntos! —gruñó.

—¡Ahhh!—contestó ella—. ¿Y qué hay de tu boda con Ariana?

Él calló durante un segundo y Kaori supo que nuevamente estaba devanándose los sesos en busca de las palabras adecuadas.

—Durante un tiempo creí que sentía algo por ella —Víctor inspiró el aire y lo retuvo un instante en los pulmones, antes de soltarlo—. No sé, quizás admiraba su elegancia, o tal vez esa seguridad en sí misma que paseaba ante las narices de todos.

—Es una mujer bonita —añadió Kaori, mirándole fijamente.

—Así lo creía.

—¿Y ahora?

—Supongo que ya no me resulta ni tan bonita ni tan divertida. Incluso he llegado a preguntarme si realmente algún día me lo pareció.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Nada.

—De acuerdo, ahora es cuando yo admito que no entiendo ni una palabra de lo que estás diciendo. No te resulta divertida, ni siquiera atractiva... ¿Y piensas seguir adelante con la boda?

—No voy a pedirte que lo entiendas, pero llegados a este punto, me es imposible dar marcha atrás.

—Quedan dos días... ¡Aún puedes dar marcha atrás!

—Ojalá fuera tan sencillo. Pero hacerlo significaría echar por la borda todo cuanto he logrado durante los últimos años. Esta boda no solo aunará dos poderosas fortunas, sino que también fundirá en una a dos de las compañías inmobiliarias más prósperas de los Estados Unidos. Lo que permitirá la expansión por Europa, y más tarde por Asia. Con esto no quiero decir que mi matrimonio con Ariana vaya a durar eternamente...

—Solo hasta que consigas lo que te propones. Entonces la dejarás. ¿Es así?

—No creo que divorciarse de mí le suponga ningún trauma a Ariana. Estoy seguro que tampoco siente nada por mí.

—No puedo creerlo...

Él se encogió brevemente de hombros.

—Para ella solo soy un trofeo más que añadir a su larga lista de conquistas.

De modo que todo se resumía en eso. Kaori se frotó con nerviosismo la nuca, incapaz de creer lo que él le estaba diciendo.

—La verdad, pensaba que eras más listo... —Ella chasqueó la lengua contra el paladar, moviendo la cabeza a los lados—. Pero por lo visto he sobrevalorado tu inteligencia; eres más duro de entendederas que *Hulk*. No puedo creer que hayas pensado, ni por un instante, que yo aceptaría una propuesta que además de estúpida carece de sentido. ¿De verdad crees que voy a esperarte tumbada en la cama de...—comprimió los labios, buscando en su mente una palabra que lo definiera—, “nuestro Nidito de amor”, a que te apetezca un revolcón? Porque si es así, te has equivocado de chica, monada. Lo que buscas tiene otro nombre: prostituta. Pero claro, esas cobran por los servicios que supones que yo te daría gratis.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—¡Estupendo! —Se frotó las caderas con ambas manos, e inhalando una bocanada de aire con olor a alcohol pasado caminó hasta la puerta. Giró la llave y luego se dio la vuelta para mirarlo—. Sabes, lo único que siento es haberme equivocado tanto contigo. Sabía que eras un tipo frío y calculador, lo supe desde el primer momento que te vi, pero no imaginaba hasta qué punto.

—Dices eso porque estás cabreada. Y lo entiendo. Entiendo lo que puede parecerte esto ahora, pero con el tiempo...

—¿No has entendido nada, verdad? —dijo ella abriendo la puerta—. No quiero volver a verte nunca más. Ni que me llames. Si hay algo que no necesito en mi vida ahora mismo es a ti.

Tilman se quedó de piedra cuando ella salió, cerrando después de un portazo. Al principio permaneció inmóvil tres minutos, pensando que tal vez regresaría al darse cuenta del error que estaba cometiendo al rechazar lo que él le ofrecía. Se preguntó cuánto tardaría en arrepentirse. Miró el reloj de oro que abrazaba su muñeca y echó la cabeza hacia atrás con aire de suficiencia.

Transcurridos cinco minutos, comprendió que Kaori estaba hablando en serio.

No iba a volver.

Entonces, durante una fracción de segundo, se vio a sí mismo solo, de pie

en mitad de aquel sombrío almacén, y algo se agitó dentro de él.

Frunció el ceño, como si acabara de descubrir América.

No estaba preparado para eso. En ningún momento se le ocurrió pensar que ella lo rechazaría. Era un buen trato. Lo había repasado una y otra vez en la soledad de su despacho, y no había dejado de hacerlo hasta acabar plenamente convencido de que nadie podría rechazar una oferta tan ventajosa.

Y ella lo había hecho. Le había propuesto un buen negocio, y lo había rechazado..., así, sin más.

Completamente desconcertado por la avalancha de sentimientos que le golpeaba el pecho, Tilman se preguntó qué demonios había hecho tan mal para que ella lo rechazara de esa forma. No podía evitar devanarse los sesos.

Cabreado, más con el mundo que consigo mismo, Víctor dio una patada a las cajas sin fijarse en que en la puerta se abría en ese preciso instante. Todavía con el pomo en la mano, el camarero alzó las cejas y lo miró sorprendido. Entonces Tilman hizo lo primero que se le ocurrió, sacó un billete de cincuenta dólares de su cartera y se lo introdujo al chico en el bolsillo de la camisa. Luego le palmeó la espalda y le dijo:

—No preguntes.

## Capítulo 8



# Genista

No puedes amar a dos a la vez

A un día de la boda

Kaori apenas logró pegar ojo en toda la noche. Sin embargo, no fue hasta media mañana que decidió levantarse, ir al cuarto de baño y darse una ducha.

Después de haber pasado la mitad de la noche llorando, le escocían los ojos y notaba los párpados hinchados. Estaba cansada de mirar al techo e imaginar mil situaciones en las que Víctor rompía su compromiso e iba en su busca. Tenía que desterrar esa idea de la cabeza, porque era algo que no iba a suceder. Él tenía su vida perfectamente organizada y no rompería ese orden ni por ella ni por nadie. Sabía que era una locura pensarlo. Lo supo incluso antes de acostarse nuevamente con él. Lo que no podía imaginar era que él fuese a proponerle algo tan mezquino. Aquella propuesta le había golpeado en la cara como un tren de mercancías.

Kaori se miró en el espejo y una sonrisa amarga le curvó los labios. De aceptarlo, le hubiera sido imposible no sentirse como una prostituta. Una cosa era ser dueña de su cuerpo y acostarse donde y con quien le diese la gana, y otra muy distinta era ser su amante. Ni siquiera le gustaba la puñetera palabra.

De pronto, notó que el estómago se le revolvía. Se llevó una mano a la boca y corrió hasta el inodoro para vomitar, notando que el cuarto de baño daba vueltas en torno suyo.

—Magnífico —masculló en voz baja, apoyada en la taza del wáter—. Lo único que me falta es quedarme preñada de ese pedazo de capullo.

Kaori arrugó el labio superior y se dijo que tenía que comprar urgentemente un test de embarazo. ¿En qué demonios estaba pensando al hacerlo sin protección? Por amor de Dios, se creía más lista, ni siquiera la habían usado el día que él se presentó en su apartamento. Y de eso hacía ya varios días. Apretó la mandíbula y se sentó en el borde de la bañera, sintiendo

una nueva y alarmante oleada de nauseas.

Estaba plagada de dudas, y esta, en concreto, comenzaba a ser verdaderamente preocupante. Había visto montones de películas donde ocurría: la chica padecía un episodio de nauseas y, ¡Zas! ¡Embarazada! Aunque siendo un poco más realistas, quizás solo estaba incubando una gripe o algo por el estilo.

Kaori trató de enfocar la vista en la puerta del dormitorio mientras oía la voz de Stephen al otro lado, preguntándole si se encontraba bien. Fue hasta el lavabo y tras enjuagarse un par de veces la boca, abrió la puerta.

—¿Qué te ocurre? —Stephen la miró sorprendido—. ¿Estabas vomitando?

—No me encuentro bien —admitió ella.

—¿Acabas de levantarte?

—Hace un rato.

—Ya...—respondió él, echando un vistazo a la cama deshecha—. Oye, no quiero meterme donde no me llaman, pero no pude dejar de notar que ayer tenías mucha prisa por volver a casa.

—Ya te he dicho que no me encontraba bien.

Él meneó la cabeza.

—Está bien. Creo que estás en todo tu derecho al no querer hablar de ello. Pero mi instinto me dice que ese Tilman tiene algo que ver en todo esto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Para empezar, el puñetazo que me atizó cuando me pilló tonteando con Rachel. — Stephen se tocó la mandíbula y puso un gesto de dolor—. Creo que tengo suerte de tener enteros todos los huesos de la cara.

—¿Tonteabas con Raquel? —Kaori miró el moratón de su mejilla con incredulidad—. Creí que no te gustaba.

—Yo no he dicho eso.

—¡Claro que lo has dicho! Es más, dijiste que no estabas dispuesto a tener un gatillazo. Eso me parece muy gráfico.

—Como si eso fuera posible con una mujer así...—Él frunció los labios en una mueca, y añadió—. Además, no trates de desviar el tema, estábamos

hablando de ti y de Tilman, no de lo que yo haga o deje de hacer con Rachel.

—¿Te parece si te lo cuento delante de un café? Te aseguro que lo necesito.

—Está bien. Ah, una cosa más... —le dijo él, antes de salir por la puerta—. Lávate los dientes, tienes un aliento que tumbaría a un jabalí.

—Tú sí que sabes agasajar a una chica.

—Las compañeras de piso no están en esa categoría. No, mientras sean intocables. —Al instante, le sonrió con picardía—. ¿Continúas intocable?

—Totalmente —le respondió ella, cerrándole la puerta en las narices.

La conmoción se hizo con ella dos horas más tarde, cuando encerrada en el cuarto de baño comprobó que en la pestañita del test de embarazo aparecían dos líneas rosáceas. Entonces cogió el bolso y salió como una bala en busca de otro test.

Uno que le diese un resultado más fiable.

Quince minutos después, nuevamente encerrada en el cuarto de baño, comprendió lo fiable que eran aquellos trastos.

—Joder, joder...

¿Qué iba a hacer ahora? Estaba embarazada de Tilman y no tenía ni idea de cómo actuar. ¿Debería decírselo? No. Ni hablar, se dijo un segundo después mientras un nudo le estrujaba el estómago y las lágrimas comenzaban a rodarle por las mejillas. Víctor estaba a punto de casarse y no iba a cambiar de opinión a tan pocos días de la boda por algo de lo que probablemente la culparía a ella. Además, era una situación difícil y tenía que decidirse pronto sin que nadie la presionara.

Cerró los ojos y recordó la noche que habían hecho el amor en aquel oscuro almacén. De repente el mundo se había vuelto del revés. Tenía que hacer setenta ikebanas en cuarentaiocho horas y ni siquiera había comprado

las flores.

Cuando salió del dormitorio en busca del teléfono que el día anterior había dejado dentro del bolso, no se encontró con Stephen. La casa parecía estar vacía, y sospechó que probablemente se había largado a dar una vuelta. Agarró el bolso y tras sacar el teléfono móvil, volvió a instalarle la batería. Marcó el número de la floristería mientras buscaba en su agenda la lista que días antes había confeccionado. Después se la enumeró en voz alta a Nina. Antes de colgar, la florista, eficiente como siempre, le prometió que tendría todo el pedido en menos de una hora.

En cuanto dejó de oír la voz de Nina, Kaori volvió a la realidad. Por primera vez en varios días creía estar recuperando algo de confianza en sí misma, y ahora sucedía aquello. ¿Cómo demonios iba a afrontar un embarazo?

Entró en la cocina y se preparó una taza de té.

No podía tener un bebé. No ahora, cuando aún se sentía incapaz de retomar su propia vida o regresar a su apartamento. Las cosas no estaban en orden, al igual que tampoco lo estaba su cabeza.

Suspiró profundamente, obligándose a mantener la calma.

En ese momento tenía que pensar en el trabajo y las flores. Ya tendría tiempo para decidir qué iba a hacer. Agarró la tetera y derramó el agua en una taza, agregando un poco de leche y dos azucarillos. Después alzó la mirada y la clavó en el teléfono que sonaba sobre la mesa.

—¿Sí? —respondió tras comprobar que se trataba de Nina.

—Te llamo para informarte de que ya envié todo lo que me pediste.

—¡Caramba, qué rápido! —exclamó Kaori con una sonrisa.

—Bueno, es mi trabajo. Espero que las orquídeas sean de tu agrado, el pedido contiene una buena cantidad de *Cymbidiums* y *Phalaenopsis*, junto con todo lo que pediste. Llegarán al hotel en menos de una hora.

A Kaori casi se le cae el teléfono de las manos.

—¿Al hotel? —repitió, recordando que en ningún momento le había dado a Nina su nueva dirección.

—Peter, el transportista, lleva consigo la factura. No olvides firmarla y

quedarte con una copia.

Kaori miró hacia el reloj de cocina.

—De... De acuerdo. —Dio un pequeño suspiro cuando alejó el auricular de su oreja y colgó.

Sacudiendo la cabeza para acabar con el nubarrón que congestionaba su mente, se puso rápidamente manos a la obra. Agradeció que durante la hora siguiente apenas tuviese tiempo de pensar demasiado en lo del bebé. Tenía que centrarse completamente en las flores si quería terminar el trabajo cuanto antes.

Con ese pensamiento agarró la bolsa de deporte e introdujo de prisa su kimono, las sandalias tradicionales, llamadas *geta*, y un par de calcetas divididas en los dedos que facilitaban el uso de aquellos zapatos de madera. Una vez lo tuvo todo listo, se encaminó hacia el hotel, tratando de no darle más vueltas al asunto.

Kaori se presentó en el *St. Regis* una hora más tarde, con unos *jeans*, un top blanco ajustado y unas *Converse All Star*, que le parecían comodísimas. Se detuvo delante de la puerta giratoria y observó con cautela al grupo de turistas ingleses que se apiñaban junto a la recepción.

El miedo consiguió acelerarle el pulso. No esperaba encontrar tanta gente, pensó, mirando a los lados y temiendo descubrir el rostro conocido de Tilman. Apretó los dedos en torno al asa de su bolsa de deporte y avanzó apresuradamente hacia el ascensor, notando que el corazón le iba a cien por hora.

«Gracias, gracias, gracias», repitió mentalmente cuando las puertas se cerraron y consiguió pulsar el botón de la veinteava planta sin que nadie la detuviese. No estaba preparada para enfrentarse a Víctor justo el día antes de su boda. A pesar de que le molestaba admitirlo, sabía perfectamente que carecía del coraje suficiente para hacerlo.

Kaori se pasó varios segundos tocándose el pelo y preguntándose con preocupación si Tilman se hallaría en ese momento en el hotel. Estaba sola en la cabina y no podía apartar la vista de los numeritos que iban encendiéndose, uno tras otro. La incertidumbre estaba provocándole un nudo en la garganta.

Cuando el ascensor se detuvo, Kaori asomó la cabeza por la puerta y echó un vistazo al corredor para asegurarse de que se encontraba desierto. En cuanto lo confirmó, caminó deprisa hasta el salón, abrió la pesada puerta de color negro y giró para mirar atrás, comprobando que nadie la seguía.

—Te estás volviendo paranoica —se dijo a sí misma en voz baja tras lanzar un suspiro.

Todo lo ocurrido las últimas horas la habían puesto demasiado nerviosa. Ciertamente no deseaba verlo, pero no podría hacer nada para evitarlo si él decidía presentarse allí. Estaba en todo su derecho; al fin y al cabo aquellas eran sus flores y su boda.

Sintiéndose un poco más fuerte, comenzó a recoger las cajas de flores que el holgazán del transportista había dejado desordenadas en el suelo. Echó un vistazo entre los helechos y extrajo con cuidado un trozo de papel mojado, que en otro tiempo debió de ser la factura.

—Todo un profesional, el tío —murmuró con pesimismo, tratando de comprender los borrones de tinta.

—Está bien...—Lo arrojó a un lado y se animó a sí misma, antes de agarrar la bolsa de deporte y dirigirse al aseo de señoras para cambiarse.



# Rosa blanca

## Amor puro

Víctor entró en la cocina y eligió una botella de su pequeña colección de vinos. Sin embargo, después de contemplarla un rato en silencio, la dejó en el mismo sitio y decidió acercarse al supermercado más cercano en busca de un pack de cervezas y una bolsa de patatas fritas. Cuando al cabo de unos minutos regresó a casa, abrió una lata y se sentó delante del televisor con el propósito de ver un partido de beisbol. Engulló las patatas a una velocidad vertiginosa antes de beberse la cerveza sin tomar aire.

—¡Maldita sea!—masculló en voz alta, arrojando la lata vacía al televisor. Tenía tantos sentimientos mezclados en su pecho que no tenía ni puñetera idea de qué iba a hacer con ellos. No podía concentrarse o disfrutar de nada mientras le doliera de aquella forma el pecho. Estaba perdido.

Total y rematadamente perdido.

Lo añoraba todo en ella: su risa, su voz, su tacto; incluso sus absurdas discusiones. Víctor se pasó la mano por el rostro pensando que tal vez no fueran tan absurdas después de todo. Le había costado, pero ahora, por alguna razón, podía ponerse en el lugar de Kaori. Estaba claro que ella lo odiaba; no podía ser de otra manera después de todo lo que él le había hecho. Se había comportado como un cerdo y ahora la había perdido, se le escapaba de las manos como la arena de un reloj. Necesitaba pedirle disculpas. Algo en su interior lo necesitaba.

Víctor fue hasta la cocina y agarró otra cerveza. Tras beber un sorbo la dejó sobre la piedra de granito, la miró y luego barrió con el brazo la lata y todo lo que había sobre la encimera. El líquido comenzó a burbujear en el suelo mientras él aferraba las manos al frío granito.

¿Qué demonios había hecho con su vida?, se preguntó. ¿Para qué le servía tanto dinero, si no podía tener lo que realmente ansiaba? Los dólares no podían comprar un sexo tan fantástico, unos labios como los de ella o aquella

forma que tenía de mirarlo. Eran solo papel. Un papel que perdía todo su valor si no servía para nada.

Tilman sintió que de su pecho escapaba un sollozo. Le empezaban a escocer los ojos, se los frotó y se quedó mirando el desastre que había formado en la cocina.

Tenía que arreglar todo aquello antes de fuera demasiado tarde, y no se trataba solo de recoger la lata del suelo.



# Valeriana

## Resignación

Seis horas más tarde, cuando finalizaba el último ikebana, contuvo el aliento al oír el timbre del ascensor. Había estado tan absorta en el trabajo que había olvidado por completo dónde se encontraba. Kaori lamentó no haberse dado más prisa cuando giró la cabeza y se quedó mirando fijamente a Tilman.

El pulso se le aceleró, empujando el corazón a la garganta.

—Hola.

Kaori no respondió; estaba demasiado sorprendida como para poder abrir la boca. Era la primera vez que no lo veía embutido en uno de aquellos caros trajes italianos que siempre vestía. Esta vez, sin embargo, llevaba puestos unos ajustados *jeans*. La camisa, por fuera de los pantalones, se le ceñía a los fuertes hombros de una manera indiscutiblemente sexy, y además no parecía haberse tomado la molestia de afeitarse. Algo completamente impropio en él, aunque pese a todo, estaba tan guapo como siempre.

Kaori recordó la fuerza de aquellos duros músculos y el aroma picante de su After Shave, adheridos a ella, piel contra piel.

Y dolía.

Dolía muchísimo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, conteniendo el deseo de acercarse a él para tocarlo.

—Yo... —Víctor vaciló un momento—. Te he traído un poco de té.

Ella alzó los enormes y dulces ojos y los clavó en el vaso de papel que él sujetaba entre los dedos.

—Gracias —dijo, temiendo un nuevo ataque de náuseas cuando notó que el estómago se le contraía nuevamente.

Entendiendo que probablemente se quedaría allí, de pie como un tonto, sujetando el vaso más tiempo del necesario, Víctor lo dejó sobre la mesa más cercana y avanzó lentamente hacia ella.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió con la mirada clavada en las flores—. Estoy perfectamente, así que ya puedes largarte.

—No quiero comenzar una discusión, maldita sea.

—Entonces no entiendo a qué has venido.

—¡Oh, vamos, Kaori, no hagas esto aún más difícil! —Tilman hizo una pausa antes de continuar diciendo—: solo pretendo disculparme.

—¿De veras? —Giró para mirarlo y sacudió la cabeza a los lados—. Necesitarás algo más que un vaso de té.

—Está bien —replicó—, ¿qué quieres que haga?

—¿Qué?

—¿Por qué no lo haces Kaori? ¿Por qué no me dices qué tengo que hacer para que me perdones?

—No tengo que perdonarte nada. Tú y yo lo hemos pasad...

—¡Deja ya esa mierda! Sabes perfectamente que entre los dos ha habido algo más que un buen rato.

—¿Y qué si lo sé? ¿Acaso eso va a cambiar algo?

Tilman se pasó las manos por el cabello y respiró hondo para tranquilizarse.

—Solo estoy pidiéndote que hablemos.

—No gracias, sé perfectamente como terminan nuestras conversaciones. Y ahora que lo pienso, ni siquiera hemos tenido una de verdad. En realidad hasta ahora solo hemos follado, lo cual, bien pensado, es bastante penoso.

—Bien, entonces tengamos una.

Kaori abrió la boca y la cerró rápidamente, antes de decir algo de lo que probablemente se arrepentiría después.

—¿Crees que hablar va a ayudarnos en algo?

—No tengo ni idea —admitió él con gesto cansado—. Pero no creo que vaya a hacernos ningún daño.

Ella estudió la seriedad de sus facciones durante medio minuto.

—Está bien. ¿Por dónde quieres que comencemos? —Dejó las tijeras de podar a un lado y cruzó los brazos sobre la curva de sus pechos.

Tilman se obligó a no mirar aquellos pequeños y perfectos senos, entendiendo que no era el mejor momento para hacerlo.

—No creo que este sea el lugar más adecuado.

—A mí me parece un lugar estupendo. —Kaori se encogió de hombros.

—Puede, pero en la recepción del hotel me han dicho que llevas encerrada aquí desde las dos de la tarde, y que no has pedido más que dos botellines de agua.

—Comeré algo cuando llegue a casa.

—Querrás decir, cuando llegues a casa de ese cretino... —masculló él, sintiéndose de pronto de mal humor.

—Puede que ese cretino, como tú lo llamas, tenga sus defectos. Al fin y al cabo todo el mundo los tiene. —Kaori hizo una pausa para lanzarle una significativa mirada—. Y algunos bastante peores. Pero para tu información, Stephen es un buen tipo. Así que si vas a continuar insultándolo, será mejor que te largues por esa puerta ahora mismo, porque no voy a consentir que sigas juzgando a un hombre que vale cien veces más que tú.

—Está bien, de acuerdo, no diré una palabra más sobre él —contestó cuando pudo dejar de comprimir los músculos de la mandíbula—. Pero deja al menos que te invite a cenar.

Ante el silencio de ella, él insistió diciendo:

—No tenemos que ir muy lejos, si tú no quieres. Podríamos cenar aquí mismo, en el restaurante del hotel —Víctor suavizó aún más la voz—. Prometo que no te arrepentirás; Tú y yo solos, conversando como dos buenos amigos.

—Solo que tú y yo no somos buenos amigos —le recordó sin una pizca de entusiasmo.

—Sí, bueno. ¿Qué te parece si lo discutimos durante la cena? —Víctor esbozó una radiante sonrisa.

Ella lo miró, sin saber si reír, llorar o lanzarse al cuello de ese hombre. Ni siquiera podía comprenderse a sí misma o a sus propios sentimientos, que en esos momentos emergían y se hundían como si estuviesen viajando en un submarino.

—Te arrepentirás de haberme invitado, no sabes lo que engullo... —contestó ella al cabo de unos segundos, sintiendo que su mal humor comenzaba a disiparse un poco—. Además, me gusta el caviar ruso. Es más, ¡lo adoro! Créeme si te digo que no paro de pedirlo a la menor ocasión que se me presenta.

—¡Vaya! Tal vez me saldría más barato invitarte a desayunar.

—Me encantan los cruasanes —dijo. Agarró la bolsa de deporte y de camino al aseo de señoras añadió—, con caviar.

Al percatarse del evidente interés que estaban suscitando entre los clientes, el primer impulso de Kaori fue echarse una ojeada en el espejo del restaurante, luego se giró hacia Tilman, y por último fijó la mirada en el extraño plato que, un momento antes, el metre había situado ante ella.

—Creo que deberíamos haber ido a otro lugar —opinó, inclinándose hacia Víctor para que el metre no pudiese oírla.

—Si lo prefieres, podríamos cenar en mi apartamento.

Kaori se humedeció los labios.

—Ahora que lo dices, este sitio empieza a parecerme perfecto.

Los sensuales labios de Víctor se curvaron en una resplandeciente sonrisa.

Momentáneamente cautivada por aquel gesto, se quedó mirándolo embobada.

—¿Un poco de champagne?

Kaori fijó los ojos en la botella y parpadeó hasta que su cerebro volvió a funcionar correctamente.

—¿Por qué? —Negó con la cabeza— No estamos celebrando nada.

—No seas tan susceptible preciosa, esto ligará a las mil maravillas con tu plato —dijo él, derramando un poco del espumoso líquido en el interior de su copa.

—Y a propósito de eso, ¿se puede saber qué has pedido? —Kaori señaló el contenido de su plato.

Él apartó la botella y la puso sobre la mesa.

—Caviar con salsa agria, por supuesto. Creí que lo adorabas.

—¿Es muy caro?

—Carísimo.

—Entonces, sí, lo adoro —le dijo, cogiendo una de las pequeñas tostadas para darle a continuación un buen mordisco.

Tilman contuvo una sonrisa al ver que Kaori se llevaba la mano hasta la boca, incapaz de tragarse el bocado.

—En la servilleta —le indicó él, señalando el lienzo que se encontraba junto a su plato.

—Pero... ¿¡Qué demonios es esto!?! —pudo exclamar tras escupirlo.

—Huevas de Beluga.

Ella parpadeó repetidamente.

—De pescado —aclaró él.

—Pues que quieres que te diga, siempre me negué a probar esas pequeñas bolitas negras porque me parecían repugnantes, y ahora entiendo por qué: son un verdadero asco. No sé por qué la gente paga una fortuna por esto si sabe a rayos.

—Creí que en Japón estabais acostumbrados al pescado crudo.

—Recuérdame que apunte eso en mi lista de razones por las que me largué de allí —le pidió, recordando las veces que había rechazado consumir ese alimento en concreto.

—Así que te largaste...—Víctor enarcó una ceja.

—¿De veras quieres saberlo?

—Se supone que somos dos amigos charlando de sus cosas.

Kaori lo miró como si fuera una nueva especie de lagartija. Se inclinó sobre la mesa y apagó la vela que ardía dentro de un diminuto recipiente de cristal.

—En ese caso, nos sobra esto.

Sintiéndose algo extraño ante aquel gesto, se puso tenso y respiró hondo para relajarse. Ni siquiera se había dado cuenta de que hubiese un candelabro ubicado en mitad de la mesa antes de que ella lo apagase, así que no entendía por qué tenía que importarle tanto. Pero lo cierto era que se sentía molesto.

—Si tanto te interesa...—comenzó—. Me largué de Shibuya porque supe que si no lo hacía mi vida acabaría siendo la que otros querían, y no la que yo deseaba. —Inspiró hondo el aire y tomó un sorbo de agua, como si hubiese llegado finalmente a la cima del Everest.

—¿Y qué deseabas?

—Pues supongo que salir de allí. Ya sabes, como cualquier adolescente perseguía alejarme de mi padre y del dominio que ejercía sobre mí vida. Pero cuando llegué aquí encontré algo muy distinto a lo que había imaginado. No disponía de mucho dinero, y el poco que tenía lo invertí en el alquiler de una habitación de mala muerte, llena de ratas que podrían competir en tamaño con los gatos. Antes de eso, esperaba que las oportunidades me cayeran del cielo como si tal cosa —rió.

—Bueno, no te ha ido tan mal...

—Supongo que no.

—Aunque aún no puedo imaginarme cómo conociste a mi secretaria.

Kaori frunció el entrecejo

—¿A Rachel? Será mejor que no te lo cuente. De todas formas no ibas a creerme... —le dijo ella, recordando el día que había visto por primera vez a Rachel.

Bueno, mejor dicho, a su cuerpo salir despedido por la ventana de un

conocido bar de moteros. Aún recordaba claramente a aquella joven rubia y despampanante, embutida en cuero, poniéndose nuevamente en pie mientras se tambaleaba de un lado para el otro.

Kaori, que se había quedado completamente lívida, se acercó a ella y la ayudó a incorporarse. Entonces, aquella belleza de pelo ondulado alzó el rostro, le dirigió una radiante sonrisa, y volvió a entrar en la taberna para enfrentarse a una tal Sabrina, conocida por aquellos lares como el mastodonte de Melbourne. Días después, cuando volvieron a encontrarse cerca de su edificio de apartamentos, Rachel le contó que Sabrina le había acusado de comerse con los ojos a su amorcito, un hombretón de ciento veinte quilos con un claro problema de halitosis. Y claro, cervezas, celos y moteros, no eran siempre seudónimo de diversión. Por lo que la gresca no se hizo esperar.

—¿Y qué me dices de ti? —le preguntó de pronto a Tilman.

Él enarcó ambas cejas y se apoyó contra el respaldo de su silla.

—Mi vida es de dominio público. —Encogió levemente sus fuertes hombros, provocando que la tela de la camisa se ciñera más a ellos—. Para saber algo de mí, basta con que te acerques a un quiosco y compres una revista.

—Puede, pero eso me parece demasiado fácil. Yo te pregunto por Víctor el hombre, no por Tilman el magnate de los negocios inmobiliarios.

Por un momento, Víctor fue consciente del tiempo que había transcurrido desde la última vez que se había sentido como un personaje real, y no una simple imagen de portada. Ahora estaba allí. Era Víctor; sin máscaras o disfraces con corbata. Se sentía perfecto, real...

Completo.

—A veces desearía no sentirme así.

—¿Así, cómo? —inquirió ella.

—Como ahora. Siento que no necesito nada de todo lo que he logrado, y eso no me gusta.

—¿Por qué no? Sentirse así debe ser magnífico. Me refiero a tener todo lo que uno necesita.

—No creas. Cuando te has esforzado durante tantos años para lograr sacar a una compañía como la Tilma Company Purchases, de la ruina en la que la

sumergió el tercer marido de mi madre, te horroriza pensar que puede que todo tu trabajo no tenga sentido.

—Intuyo que no te llevabas demasiado bien con tu padrastro.

—¿Bromeas? Lo odiaba. Pitt era claramente un necio con ansias de poder, que despilfarraba todo lo que llegaba a sus manos sin importarle un bledo el pagar o no las nóminas de nuestros empleados. Lo único que le interesaba era saber cuántas amantes podía acumular al cabo del año. Mi madre era plenamente consciente de la doble vida de su esposo, y eso consiguió llevarla a la tumba antes de tiempo.

Bebió su copa de un trago, antes de proseguir.

—Cuando la compañía pasó a mis manos se encontraba ya en banca rota. Hice lo imposible por sacarla del pozo oscuro en el que se hallaba enterrada y lo logré. Yo y esta empresa hemos crecido juntos. Y ahora, ¿puedes decirme de qué sirve todo eso?

—Eres un hombre muy rico.

—Y por lo visto me siento más feliz vistiendo *jeans* y comiendo hamburguesas, que en un restaurante de cinco tenedores tratando de tragar esa asquerosidad a la que llaman caviar.

—De Beluga —añadió ella, mordiéndose el labio inferior.

Él abrió la boca, pero al instante volvió a cerrarla, tensando las comisuras de sus labios en una sonrisa.

—De Beluga —coreó.

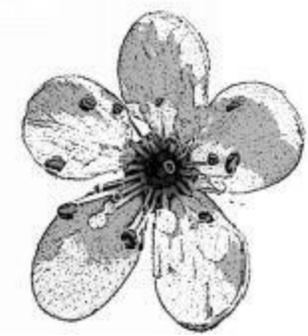
Algo en lo más profundo del estómago de Kaori se agitó.

—¿Todavía sigues queriéndote comer esa hamburguesa?

—Grande y con mucho queso —dijo él, dejando la servilleta a un lado y levantándose de la silla para rodear la mesa y ayudarla a hacer lo mismo.

—Y pepinillos.

—No me tientes Kaori...—le advirtió acercando la boca a su oído.



# Flor del ciruelo

## Mantén tu promesa

Dos horas más tarde, y tres hamburguesas después, decidieron continuar la charla mientras caminaban por Central Park, bajo la callada mirada de las viejas farolas que alumbraban el camino hasta el enorme embalse, donde cada mañana la gente daba de comer a los patos y jugaba al ajedrez.

Por propia iniciativa, Kaori entrelazó los dedos con los de Víctor sin saber muy bien por qué. Se sintió perdida en la sensación de aquella mano, fuerte y segura, que oprimía la suya. Ni siquiera lo miró, era como si su mente se negase a aceptar que en algún u otro momento aquel instante acabaría terminándose. Solo de pensarlo le dolía; prefería no hacerlo, aunque sabía que era algo que debía afrontar.

Y estaba lo del bebé.

No sabía qué decidiría sobre ese asunto, pero tenía claro que en ningún caso lo utilizaría contra él ni lo hostigaría para que cambiase de opinión respecto a su boda con Ariana.

—Nunca había estado en este sitio —dijo Víctor pensativo—. Siempre lo contemplé desde la vidriera de mi despacho, pero jamás se me ocurrió bajar hasta aquí.

—Es una pena, te encantaría verlo por el día. Allí...—Kaori señaló hacia un claro en el parque—, se juega por las mañanas al ajedrez. La gente compra bocadillos y se los come junto al lago, sentados sobre la hierba.

—Tendremos que venir algún día —respondió él, todavía pensativo.

La luz tenue de las farolas iluminó el gesto de tristeza de ella.

—Yo creo que lo mejor será que guardemos las distancias a partir de ahora.

Él pareció no entender a qué se refería.

—No digas tonterías, podemos continuar...

—No —lo interrumpió—. No creo que eso funcione con nosotros. Tal vez al principio sí, pero no a largo plazo.

—¿Qué demonios quieres decir? —Víctor sintió que le embargaba un repentino enojo.

—De acuerdo... —trató de tranquilizarlo—. Será mejor que te calmes y trates de usar la lógica.

—¡La lógica...! —repitió él a la defensiva.

—Sé coherente. Acabo de terminar los centros de flores que adornarán tu boda. Tú y yo lo hemos pasado bien, pero esto tiene que terminarse. Tenemos que pasar página. No es viable. No podemos continuar engañando a todos y engañándonos a nosotros mismos, fingiendo que entre tú y yo no saltan las chispas, porque sabes que no es cierto. Nos deseamos, Víctor, y eso es algo que no va a cambiar cuando estés casado. Y yo no estoy dispuesta a ser tu amante ni la de ningún otro.

—¿Significa eso que estás rompiendo con lo nuestro?

—Lo nuestro nunca ha existido realmente, ya va siendo hora de que lo aceptemos. Cuanto antes lo hagamos, antes podremos seguir con nuestras vidas. —Kaori notó un nudo en la garganta al hablar.

La respiración de Víctor se aceleró involuntariamente. Podía notar que le temblaban hasta los huesos. Era una sensación horrible que le impedía pensar con claridad. En ningún momento había imaginado no volver a verla. Esa expectativa le resultaba aplastante como un *tsunami*.

—Tal vez deberías pensarte mejor lo que estás diciendo —le dijo él, notando una preocupante falta de oxígeno.

—Pensarlo durante más tiempo no cambiará las cosas. Llevo todo el día dándole vueltas y no creo que exista otra solución.

Víctor recorrió con una zancada el metro y medio que lo separaba de ella.

—¿Y crees que distanciarnos nos va a ayudar en algo? —rugió, tratando de contener la rabia que hacía hervir la sangre en sus venas—. ¡Pues te equivocas! Lo único que vas a conseguir con eso es que añoremos lo que tenemos ahora.

—¡Ahora no tenemos nada! —Ella sacudió la cabeza enérgicamente—. ¡Joder! ¿Tanto te cuesta admitirlo? Mañana vas a casarte. ¡Se acabó! No podemos continuar con esto.

—No sabes qué estás diciendo —masculló, como intentando convencerse a sí mismo. Situó las manos sobre los hombros de Kaori y trató de atraerla hacia él.

Kaori se resistió.

—Deja de hacer eso. Sé perfectamente lo que digo, no soy una histérica, si es lo que estás tratando de decir. Puede que esté un poco cabreada, pero tengo claro que no deseo esta clase de relación.

—Quieres que rompa mi compromiso... ¿Es eso lo que me estás diciendo? Porque si es eso lo que deseas, puedes estar segura de que lo haré esta misma noche.

—No puedo creerlo... —Kaori se pasó la palma de las manos por el cabello, luego las unió y apoyó la punta de los dedos sobre los labios, eligiendo mentalmente las palabras antes de abrir la boca—. Me imagino cómo debes sentirte. Yo no estoy mucho mejor que tú, pero soy realista y me cuesta creer que un hombre de negocios como tú no lo sea. No voy a pedirte que rompas tu compromiso con Ariana. —El nombre de ella le supo amargo en la boca—. Después de hablar esta noche contigo me doy cuenta de que si lo haces jamás podrás perdonarme no haber logrado unir las dos compañías. Ese es tu sueño, Víctor. Has trabajado mucho para conseguirlo, y no pienso interponerme entre tú y él.

—Soy consciente de que este matrimonio no será para siempre.

—¿Y se supone que debo esperarte? —Ella lo miró perpleja, y a continuación rió con nerviosismo—. No sé cómo se me ha podido ocurrir que sería una buena idea dejar que me convencieras para cenar contigo esta noche. Ha sido una tremenda estupidez.

Kaori inspiró y exhaló varias veces el aire, conteniendo las lágrimas que comenzaban a inundarle los ojos. Entendiendo que no lo conseguiría, se dio media vuelta y comenzó a caminar de regreso al coche, mientras cerraba los ojos y las dejaba rodar libremente por las mejillas.

Definitivamente, las cosas no iban a mejorar. Odiaba darse cuenta de que

era un error tratar de terminar con Víctor de una forma amistosa. Sobre todo, porque continuaba siendo terriblemente doloroso. El despedirse de él no iba a servirle para nada; no sanaría el ardor en su pecho, ni aliviaría la tormenta que sentía en su interior.

Una tormenta que estaba consumiéndola poco a poco.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Víctor tras ella.

Genial. Como si llorar a moco tendido no fuese suficiente respuesta, pensó Kaori, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Oye —se giró para mirarlo—. ¿Crees que todo esto me hace feliz? ¿Tengo cara de estarlo? Porque me siento fatal; peor que una lagartija puesta al sol. Así que no me preguntes qué quiero, porque eso es lo que menos importa. Solo espero que lo entiendas, y tú no haces más que preguntarme chorradas.

—Y ahora me dirás que lo haces por mí...

Un estremecimiento la sacudió.

—Puedes pensar lo que te dé la gana.

Él se dejó caer ante ella, hincando las rodillas en la hierba húmeda.

—¿Qué estás haciendo? —Kaori puso los ojos como platos.

—¿Quieres que me arrodille y te pida que no te vayas? De acuerdo, lo haré con tal de que no te alejes de mi vida.

Ella tragó saliva, boquiabierta. Ni siquiera se atrevía a mover los pies del sitio. Miró a los lados para comprobar que nadie los veía y después le dijo:

—Haz el favor de levantarte. ¿Te imaginas que alguien te vea en este momento? ¿Y si un periodista te ha seguido? ¡Vas a ser el tema predilecto de medio Manhattan!

Mirándola en silencio, tragó saliva y su pecho se hinchó con una inspiración.

—¿Sabes? Creo que tienes razón.

Ella desvió los ojos al cielo estrellado y puso los ojos en blanco durante una fracción de segundo. Luego extendió una mano hacia él y aguardó a que Víctor la sujetara para ayudarlo a ponerse en pie.

—¡Eh! —gritó al verse empujada contra su pecho. Alzó la cabeza y se topó con aquellos maravillosos ojos azules.

—Supongo que es justo que ambos seamos la comidilla de medio Manhattan.

—No tiene gracia.

—¿No la tiene? —susurró Víctor, situándole una mano en la espalda.

Kaori frunció el ceño y trató de reprimir el deseo de acercarse un poco más a su boca. Aspiró el masculino aroma de aquella piel bronceada, notando cómo su esencia sacudía cada neurona de su cerebro. Sin pararse a pensar lo que estaba haciendo, echó la cabeza hacia atrás y anheló sentir el tibio contacto de los labios de Víctor al tiempo que hundía los dedos en sus oscuros cabellos. Sin embargo, un segundo después detuvo las manos, notando que el pánico se instalaba en su estómago y lo retorció en un pellizco.

«¿Qué estás haciendo?», se preguntó, abriendo los ojos y apartando la boca antes de que él pudiese llegar a tocarla. ¿Se había vuelto loca, o qué? Se suponía que estaba tratando de romper con él, no echando más leña al fuego.

—¡No, no, no!

Kaori trató de levantarse, pero las fuertes manos de él se lo impidieron.

—Concédeme una noche más —le rogó él, inclinándose hacia delante y apoyando la frente contra la suya.

Kaori cerró los ojos y escuchó durante unos segundos el sonido agitado de la respiración de Víctor.

—No puedo —le dijo, sintiendo que cada una de aquellas sílabas le abrasaba el interior de la boca.

—Quieres que nos despidamos, ¿no es cierto?

Ella inhaló profundamente, alzó la mirada y contempló en silencio la seriedad que expresaba su semblante. En aquel momento sentía deseos de levantarse y salir corriendo. Lo que fuese con tal de no enfrentarse a la necesidad de abrazarlo.

Un caos de pensamientos y sensaciones le inundó la cabeza, y ella los ahogó con un sollozo.

—Hagámoslo a lo grande —susurró él contra su boca—. Pasemos la noche juntos en mi apartamento, y despedámonos por la mañana.

Ella permaneció un largo minuto en silencio. Apenas podía sentir la humedad que traspasaba la gruesa tela de sus *jeans*, humedeciéndole las rodillas. Solo podía notar la presión de aquellos bronceados dedos alrededor de las muñecas, la respiración agitada de su cercana y embriagadora boca.

—Prométeme que, si acepto, será la última vez.

Aquella petición, dicha a media voz, lo golpeó con una fuerza atroz.

—No puedes pedirme eso.

—Entonces no tenemos nada más que decirnos. —Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Kaori al terminar de decir aquellas palabras. Cerró los ojos y trató de contener las lágrimas mientras se ponía de nuevo en pie.

Víctor no la detuvo. Dejó que ella se levantara y, un segundo después, él hizo lo mismo.

—Está bien —murmuró—, prometo que después de esta noche no habrá ninguna otra.

Ella cerró los parpados fuertemente, percibiendo el viento cálido contra sus mejillas heladas. En ese momento hubiese dado cualquier cosa por pedirle que rompiera con Ariana y olvidase todo lo que se habían dicho. Sin embargo, era una mujer realista; sabía que no podía hacerlo. No tenía ningún derecho a robarle su sueño. Ella, mejor que nadie, sabía lo que significaba luchar por algo. Y él estaba a un solo paso de conseguir todos sus propósitos.

—Deberíamos hacerlo, ¿verdad? —le preguntó Kaori—. Me refiero a que... No está mal que...

Él apoyó un dedo sobre sus labios, silenciando cualquier palabra o pensamiento.

Sus ojos lo miraron inquietos.

—¿Y aún necesitas que te lo diga?

—Creo que sí.

Él le sujetó la barbilla con los dedos y la obligó a mirarlo.

—Nada tiene que importarnos, salvo esta noche.

El trayecto hacia el apartamento de Víctor fue para Kaori como un sueño cuyo recuerdo se evapora al abrir los ojos. Todavía no sabía cómo o en qué momento había sentado su trasero en el Porsche Cayenne, pero de repente estaba allí sentada, oyendo la música que sonaba en el equipo estéreo mientras él conducía en silencio.

Cerró los ojos y cada poro de su piel se estremeció al recordar la última vez que habían estado juntos, en aquel húmedo almacén. Sin duda había algo que hacía que sus destinos se cruzaran. O tal vez no. Tal vez solo se trataba de la diosa casualidad, jugando cruelmente a los dados.

Suspiró para sus adentros, recordando lo que unos días antes le había dicho Maya. Nunca pensó que en aquello tuviese también razón, pero ahora se daba cuenta de que si existía algo a lo que ella no podía decir que no: Víctor Tilman.

Se pasó una mano por la frente.

Le costaba creer lo que estaba haciendo, aunque francamente, le importaba un pepino el haber perdido un tornillo en algún punto entre la veintava planta del hotel y el Central Park. Víctor era suyo esa noche. Solos él y ella, y...

Kaori se deslizó una mano por el vientre, pensando que en esa ocasión serían tres. De repente, notó que el corazón se le saltaba un latido. Debería ser sincera con él y con ella misma; poner las cartas boca arriba y decírselo. Sin embargo, hizo todo lo contrario: cerrar la boca. Trató de no pensar en ese asunto y miró por la ventanilla para tranquilizarse. Si bien, lo único que logró fue verse a sí misma reflejada en el cristal.

Se giró y observó el rostro de Víctor, iluminado por la tenue luz del equipo de música.

Él, consciente del escrutinio de ella, le sonrió.

—¿No irás a echarme atrás? —preguntó.

—¿Yo? —resopló ella—. ¿Por qué dices eso?

—Son tus ojos —le dijo Víctor, lanzándole una breve mirada. Tras centrar la atención nuevamente en la carretera, añadió—. Nunca sé qué estás pensando.

—Créeme, conozco la sensación —respondió—. A veces me gustaría saber qué fue lo que se te pasó por la cabeza aquel día, cuando...

Kaori dejó las palabras suspendidas en el aire.

—Cuando te besé —adivinó Víctor—. ¿Es eso lo que ibas a decir? ¿Verdad?

Ella asintió ligeramente.

—¿Por qué lo hiciste?

—Buena pregunta —murmuró—. Pero lo cierto es que no tengo ni idea de por qué lo hice.

—¿No lo sabes?

Él se encogió levemente de hombros.

—Supongo que lo hice por la misma razón por la que tú estás aquí esta noche. —Le lanzó una significativa mirada.

El corazón de Kaori se aceleró. Se hizo de nuevo el silencio y un nudo le oprimió la garganta. Levantó la vista y dio un respingo cuando las luces del aparcamiento se encendieron todas de golpe. Sorprendida, miró a los lados. Ni siquiera se había percatado de que ya estaban en el apartamento de Víctor, hasta que oyó unos pasos y lo vio junto a su puerta, obsequiándole una de aquellas irresistibles sonrisas a las que, de haber tenido la oportunidad, no le habría importado aficionarse.

En otras circunstancias, aquello podría haber llegado a gustarle, pensó, mientras se dirigían en silencio hacia el ascensor. Su sonrisa, el modo en que le decía las cosas, la manera en que la miraba... ¿O debería decir la manera en que la devoraba con los ojos? Porque eso era exactamente lo que él hacía. Podía sentir el modo en que la observaba mientras atravesaban el corredor que conducía hasta su apartamento. Aquello la ponía de los nervios, y al mismo tiempo avivaba la tensión sexual que crecía entre los dos. Sabía lo mucho que lo afectaba. No era tonta, podría notarlo hasta con los ojos vendados.

Kaori se echó a un lado y lo contempló mientras abría la puerta.

—¿Te apetece una copa de vino?

—Sí, creo que me vendrá bien —aceptó ella, dejando la bolsa de deporte

en el suelo y lanzando una mirada al salón.

El apartamento, un lujoso dúplex situado en la calle cincuentaisiete, era moderno y aburrido, con pocos muebles y enormes ventanales que ofrecían unas vistas despejadas de la ciudad. Predominaban los tonos marrones y grises, en todo, menos en el sofá de color marfil que dominaba el centro del salón.

Kaori se fijó que no había retratos o fotografías, ni siquiera la de Ariana. En cuanto reparó en ese detalle, se dio cuenta de que tampoco había nada que indicara que ambos hubiesen compartido algo en ese lugar. No había ningún objeto personal de su prometida, ni un sombrero tras la puerta, un foulard o unos cojines de color pastel. Todo lo que su vista advertía era masculino y carente del perceptible toque femenino.

El corazón comenzó a aporrearle contra el pecho y miró la bolsa de deporte, replanteándose la situación.

—¿Blanco o tinto? —preguntó Víctor, pasando cerca de ella.

Kaori tragó saliva y apartó los ojos del bolso.

—Blanco.

—Buena elección —sonrió él, descorchando la botella.

Kaori alzó ambas cejas al tomar el primer sorbo.

—Está exquisito —exclamó, clavando los ojos en su copa—. ¿Qué es?

—Romanée-Conti.

—Tengo que invitar a Rachel a probar esto.

—Si no te importa gastar los seis mil dólares que cuesta la botella... —sonrió él.

Kaori casi se atraganta con el segundo sorbo.

—¿¡Seis mil!? —tosió—. ¡Por ese dinero le compro una bodega!

La sonrisa de Víctor se agrandó. Se sentó en el sofá y palmeó con la mano la tapicería, animándola a hacer lo mismo.

—No te rías —le reconvino ella—. Seguro que todavía me sobraría dinero para comprar dos toneladas de uvas y pagar a tres buenos mozos que la pisotearan.

—Quitando lo de los tres buenos mozos, te sorprendería saber lo que ha subido el precio de la uva últimamente —le dijo Víctor, agarrándole la muñeca y arrebatándole la copa de entre los dedos—. ¿Por dónde íbamos?

Ella se sentó a su lado.

—Ahora es cuando yo te contrato para pisar la uva. —Se mordió el labio inferior con avaricia, contemplando la tentadora boca de Víctor.

—Prefiero catarlas.

Ella arrugó el ceño, intuyendo que ya no estaban hablando de uvas al notar las manos cálidas de él bajo su camiseta.

—Eres fantástica —murmuró.

La mente de Kaori repitió una y cien veces aquella palabra. Se sentía como la diosa Lilith, fuerte y poderosa. Se sentó a horcajadas sobre él y le devoró la boca de un modo salvaje. Sus lenguas parecían una sola; húmeda y ávida... Se retorcían como si en realidad buscaran dominar al otro, mientras las manos de Víctor se enredaban en sus cabellos, sujetándole la cabeza y exigiéndole aún más.

—¿Has traído tu kimono? —le preguntó, trazando con los dedos dos pequeños círculos alrededor de sus pezones.

Kaori trató de concentrarse en lo que él decía.

—Oh... Por favor, ¿no irás a pedirme ahora que me vista otra vez de gueisa?

—No era esa mi intención.

—Mejor, porque no pienso hacerlo.

Él le obsequió una media sonrisa, antes de aferrar la camiseta con ambas manos y tirar a los lados con violencia, arrancando los botones que atravesaban la parte superior.

—Después de beberme tus seis mil dólares, no sé si debo comentarte que esta camiseta me costó veintitrés con cincuenta.

—Estaré encantado de pagarte una nueva —susurró él, admirando sus senos desnudos.

Kaori notó el inesperado frío que endureció sus pezones al instante. Era

excitante verse allí, semidesnuda, mientras él la contemplaba con los ojos vidriosos de deseo.

—No te detengas ahora —le pidió ella—. Quiero que me quites los tejanos y me folles como nunca.

Arqueó la espalda, apretándose contra él, y alzó los brazos incitándole a que le quitase la camiseta.

Víctor parpadeó sorprendido.

—Impaciente... —Ahuecó las manos sobre sus pechos y comenzó lamérselos sin prisas, uno a uno, saboreándolos despacio.

Kaori reprimió un gemido cuando él le mordió la sonrosada aureola del pezón con suavidad, la sujetó entre los dientes y la acarició con la punta de la lengua. Estaba excitada y húmeda. Cerró los ojos y, arqueando la espalda ligeramente, inspiró hondo, a punto de perder el control.

—Eres fantástica —murmuró Víctor, sin apartar la boca de sus pechos.

Kaori le sostuvo el rostro con las manos y lo acercó a su boca para besarlo apasionadamente, mientras la palabra «Fantástica» resonaba en su mente.

Él la rodeó con ambos brazos, devolviéndole el beso con entusiasmo. Estaba extasiado por la respuesta de ella a sus caricias. Sentía su dulce boca, sus pequeños y redondos pechos aplastados contra su torso. El calor era insoportable y su miembro ardía dentro de los pantalones, deseándola a gritos.

Cuando dejó de besarla para tumbarla de espaldas sobre el sofá, ella le mordisqueó el labio inferior y tiro de él suavemente, provocándole un escalofrío de puro placer. Ahuecó la mano en torno al bulto que sobresalía en su pantalón y lo frotó de delante atrás con firmeza.

—Maldita sea, Kaori. Tengo ganas de meterme dentro de ti y hacerte mía hasta quedarme seco.

—No sé a qué esperas —lo retó ella.

Él deslizó los dedos por su cintura y se bajó la cremallera de los tejanos, notando su miembro a punto de estallar. Se quitó la camisa y se arrojó sobre ella para despojarla de sus *jeans*.

—Voy a hacer que no olvides esta noche.

Le abrió las piernas y comenzó a acariciarle con los dedos de una forma enloquecedora.

Ella se retorció de placer.

—Después de esta noche vas a desear que continuemos con esto. No vas a poder decir no una segunda vez —le susurró al oído, ciñéndose contra su cuerpo. Desplazó la braguita de encaje a un lado e introdujo un dedo en su interior, moviéndolo en pequeños y excitantes círculos, cada vez más profundos.

—Eso no va a suceder —consiguió decir ella entre jadeos.

—¿Qué te apuestas? —respondió Víctor, acercando la boca a la unión de sus muslos.

El corazón de Kaori latió aceleradamente. Arqueó la espalda, empujándola hacia arriba, y dejó escapar un pequeño gemido.

—Eres más de lo que puedo soportar —murmuró él con voz ronca, lamiendo delicadamente su sexo, sin sacar en ningún momento los dedos de su interior.

—Dios, adoro cuando haces eso.

—Si me lo permitieses, podría hacer mucho más que esto. —Sacó los dedos y, apoyando el pulgar en la entrada de su femineidad, hundió profundamente la lengua en ella.

Kaori se estremeció de los pies a la cabeza. Entrelazó los dedos en los espesos cabellos de Víctor y comenzó a mover las caderas frenéticamente, experimentando un sinfín de calientes sensaciones que convulsionaron todo su cuerpo.

Él la deseaba, feroz y salvajemente. La pasión manaba de todos los poros de su cuerpo, contagiándola de aquel insubordinado entusiasmo.

Entonces se apartó de ella un centímetro para observarla.

Los maravillosos ojos de Kaori le devolvieron la mirada. Se incorporó ligeramente y frunció el ceño, tratando de recuperar el aliento.

—¿Ocurre algo? —Ella frunció el ceño.

Víctor negó con la cabeza.

—Tan solo quería gravar este momento en mi memoria. —Movi6 la yema del dedo acariciando el interior de su muslo.

Y era cierto, deseaba atesorar esa imagen de ella. Recordarla con las mejillas encendidas por la pasi6n, el cabello despeinado y el reflejo adormilado en sus ojos.

Kaori lo mir6 sin saber qu6 decir. Como le haba pasado en otras ocasiones, le fue imposible adivinar qu6 significaba aquel brillo en su mirada. Sin embargo, 6l no le dio tiempo a especular sobre eso. Se acerc6 a ella y desliz6 lentamente la mano bajo el el6stico de sus braguitas, desliz6ndolas hacia abajo al tiempo que le acariciaba la piel de sus muslos con los bronceados dedos. Cuando finalmente se las quit6, y las dej6 caer sobre la moqueta, se cerni6 sobre ella y apoy6 su miembro hinchado en la entrada de su sexo.

Ella se pas6 la lengua por los labios, tratando de humedecerlos.

—Dilo. —V6ctor inhal6 el aire contra su cuello—. Di que eres m6a.

—Por favor... —rog6, sumida en una cegadora ola de calor.

—D6melo.

—Soy tuya.

—As6 es, Kaori, eres m6a.

Kaori gimio de placer cuando 6l se hundi6 en ella hasta el fondo. Se movi6 arqueando su cuerpo para dejar que su erecci6n la llenase por completo. Lo senta duro y caliente mientras entraba y sal6a de ella sin concederle un segundo para pensar.

«Pensar». Como si eso fuese posible mientras 6l continuase apret6ndole as6 las nalgas con las manos, atray6ndola m6s hacia su miembro.

Cuando sin previo aviso 6l se apart6 de ella, Kaori abri6 los ojos e intent6 recuperar el aliento. En ese instante tom6 consciencia de que todo el cuerpo le temblaba. Not6 el sudor que perlaba su frente y el ritmo acelerado de su coraz6n. Entonces, V6ctor comenz6 a besarle el cuello, acarici6ndole al mismo tiempo los labios con el dedo pulgar.

Ella abri6 la boca y lo lami6.

—Me vuelves loco. —La voz ronca de 6l son6 acuosa. Desliz6 las manos

por sus caderas y le dio la vuelta, situándose a continuación detrás de ella.

Kaori experimentó unas cuantas sensaciones increíblemente excitantes: el calor del fuerte torso de él contra su espalda, su duro y palpitante miembro a punto de entrar en su interior, la fría tapicería del reposabrazos del sofá contra su propio estómago, y unos enloquecedores dedos apoyados en la unión de sus muslos, que no paraban de trazar pequeños y lánguidos movimientos sobre su epicentro de placer; movimientos que la estaban volviendo loca.

Literalmente.

Decididamente, estaba en el paraíso, pensó al notar el roce de la boca de Tilman contra sus hombros, besándolos y acariciándolos con la punta de la lengua. Cerró los ojos y abrió los labios para poder inhalar profundas bocanadas de aire. Los escalofríos iban y venían ante el movimiento de aquellos dedos.

Clavó furiosamente las uñas en el reposabrazos del sofá, y cuando creyó estar al borde del éxtasis, él la penetró lentamente, introduciéndose poco a poco en ella hasta que su miembro la llenó completamente. Después se quedó quieto. Apartó los dedos de su clítoris y apoyó las manos en sus hombros, aplastándola contra su erección.

Kaori podía sentir los latidos de aquel músculo en su interior. Parecía a punto de explotar de un momento a otro, e incluso dudó de que no fuera a suceder de verdad. Entonces, presa del deseo, movió las caderas hacia arriba y restregó las nalgas contra la entrepierna de Víctor. Él desplazó una mano hasta su vientre y la apoyó allí, obligándola a estarse quieta.

—Quiero que me sientas dentro de ti —le susurró en el oído, con la voz quebrada por el deseo—, piel contra piel, llenándote.

Kaori recordó que él no se había puesto protección. Si bien, a esas alturas y después de las tres putas rayas de color de rosa en el *test* de embarazo, poco importaba ya. Lo prefería así, sin ningún tipo de barrera que le impidiera sentirlo completamente.

—Te quiero.

Las palabras habían surgido de su garganta sin pensar. Tragó saliva y se sintió algo aliviada cuando él comenzó a penetrarla con lentitud, sin dar muestras de haberla escuchado.

No pudo reprimir un gemido de intenso placer.

—Eres solo mía, Kaori —volvió a decirle acrecentando paulatinamente sus embestidas.

Aquellas palabras reventaron en sus terminaciones nerviosas, incendiándole todas las hormonas del cuerpo. Alzó el trasero y él se aferró a sus redondos pechos, atrayéndola una y otra vez hacia su erección, cada vez con más ímpetu. El sutil olor a sudor y a sexo llenaba el salón, junto a los jadeos y al sonido de un cuerpo contra otro.

Ella siseó de placer y se agarró con fuerza al brazo del sofá para no acabar cayendo al suelo ante las violentas embestidas de él. Los músculos de su vagina se contraían con cada roce, abrazando su profanador miembro y haciendo que él jadeara con cada penetración.

Víctor se incorporó, apoyó las manos en las hermosas caderas de ella y comenzó a embestirla con toda la fuerza de su deseo. La visión de aquellas nalgas perfectas lo excitó. Las atrapó con las manos y comenzó a moverse más deprisa, entrando y saliendo ferozmente de ella.

Kaori lanzó un gruñido cuando alcanzó el clímax. Un orgasmo que los poseyó con la fuerza de un maremoto, arrancándoles cualquier vestigio de cordura. Notó lo tenso que se puso Víctor, y después oyó cómo de su garganta emergía un gruñido mientras se derramaba en ella.

Bañados en sudor, permanecieron inmóviles, tratando de recuperar el aliento.

—Ha sido increíble —le dijo Víctor, saliendo de ella.

Kaori lo miró con ojos somnolientos, saboreando aún las mieles del placer que habían experimentado.

—Sí, lo ha sido. —Se dio la vuelta y se tumbó de espaldas sobre el sofá—. Aunque estoy completamente destrozada.

—Entonces, será mejor que vayamos a descansar.

—¿A tu cama?

—Si lo que prefieres es que nos quedemos aquí, te advierto que no es el sofá más cómodo del mundo.

Ella rió.

—No sé si tendría fuerzas para hacer esto de nuevo.

—Hablas como una abuelita —se burló Víctor.

—Hablo como alguien que acaba de tener el mejor orgasmo de su vida —resopló ella, cerrando los ojos.

—¿Y qué hay de *Indi*?

Ella abrió los ojos y lo miró con el ceño fruncido.

—¿*Indi*?

—El ladrón de reliquias con el que vives.

—Oh, mierda. No puedo creer que vayas a empezar otra vez con eso, precisamente ahora —masculló entre dientes, levantándose del sofá. Una vez se puso las braguitas le dijo—: mira, ya te he dicho que es un tipo maravilloso. Además, no es ningún ladrón, sino todo lo contrario. La reliquia a la que te refieres era un objeto robado, y él lo devolvió al museo al que pertenecía.

—¿Eso es lo que te ha contado? —resopló Víctor—. No tienes ni idea de quién es ese Stephen realmente. Lo he investigado, y ningún museo de Japón ha recibido últimamente una libélula de jade.

Ella lo miró asombrada mientras terminaba de ponerse los pantalones.

—¿Qué estás insinuando? —le preguntó—. ¿Crees que se quedó con esa joya?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? Y de camino puedes preguntarle por qué un conocido *capo* de la mafia japonesa ha puesto precio a su cabeza.

—No sabes lo que dices.

Él se encogió de hombros.

—No creo que estés segura junto a él.

Tras ponerse la camiseta rota, Kaori se detuvo un momento, miró los botones, luego a él, y se la anudó dejando el ombligo al aire.

—Creo que ya hemos hablado suficiente de esto.

—No estás segura, Kaori —insistió Víctor poniéndose en pie.

Ella deslizó la mirada por su magnífico cuerpo desnudo.

—Junto a ti tampoco. —Apretó los dientes y se sentó en la punta del sofá para ponerse las zapatillas.

—Estás demasiado alterada. Lo mejor será que hablemos sobre este asunto otro día.

—Por si no recuerdas nuestro trato, no habrá ningún otro día —le recordó. Se levantó, cogió la bolsa de deporte y se dirigió hacia la puerta.

Él dio un salto y corrió tras ella, bloqueándole la salida.

—¿Acaso lo has olvidado?

Ella tragó saliva.

—Hace unos minutos dijiste que me pertenecías —añadió Víctor, apoyando la mano sobre la puerta.

—Lo sé. —Ella tuvo que coger aire para poder continuar hablando—. Son cosas que se dicen cuando... Cuando...

—Cuando una pareja hace el amor.

—No puedo creer que me estés haciendo esto...—murmuró Kaori pasándose los dedos por el cabello despeinado.

—Lo nuestro no tiene por qué terminar aquí, ahora. Tan solo te pido algo más de tiempo.

Ella alzó la vista y le sostuvo la mirada con cierta incredulidad.

—Lo siento, pero no puedo darte lo que me pides —dictaminó, confiando en que las rodillas no le fallasen justo en ese preciso momento—. Faltan menos de ocho horas para que tu vida deje de ser la que es ahora. Lo nuestro ha sido un tremendo error desde el principio, ambos lo sabemos, pero aún estamos a tiempo de cambiarlo. Estás a punto de convertirte en un hombre casado.

Kaori se dio cuenta de que Víctor contenía la respiración, y lo observó sin pestañear, sintiendo unas terribles ganas de cambiar de decisión.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —preguntó asombrada—. Que eso implica mantener la bragueta bien cerrada.

—No eres ninguna tonta, ya deberías saber que lo mío con Ariana es solo

un acuerdo comercial. No hay razón para que tú y yo dejemos de vernos. Mientras tanto, ella puede continuar haciendo lo que le venga en gana; si quiere montárselo con su peluquero por toda Europa, por mí estupendo.

Aquella revelación la dejó momentáneamente sin habla. Tragó saliva y le preguntó:

—¿Sabías lo de Poppy?

—¿Me crees tan gilipollas? Manhattan entera está al corriente de lo de esos dos —le dijo—. Además, el tío no se llama realmente Poppy, sino Curtis, y de peluquería sabe lo que yo de rulos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Kaori no salía de su asombro.

—Desde hace meses.

—¿Y no te importa?

—Ya te he dicho que es un acuerdo comercial.

—No creo que Ariana lo vea del mismo modo.

—Ariana es una mujer inteligente que sabe lo que quiere.

—Entonces, ¿qué saca ella de todo esto?

—Notoriedad, por supuesto.

—Bien... Muy bien —resopló ella—. Ahora sí que me he perdido. Creí que tu prometida estaba forrada hasta las cejas.

—Y lo está, pero eso no significa que antes del compromiso fuese popular.

—¿Me estás diciendo que el único objetivo de vuestra unión, es que tú expandas tu empresa y ella salga en las revistas? —Arrugó el ceño.

—Bueno, ninguno de los dos hemos hablado en ningún momento sobre ello. Supongo que Ariana negaría tal cosa. Pero básicamente sí, ese es el objetivo.

Kaori cerró los ojos y se mordió los labios un instante.

—Será mejor que me vaya.

—¡Espera! —Víctor se lanzó a detenerla.

Ella abrió rápidamente la puerta.

—Ahora sí que estoy segura de que he cometido un error. Nunca había

oído nada semejante. ¿Sabes que te digo? —balbució Kaori, esforzándose por acabar con el nudo que le oprimía el corazón—: que Ariana y tú estáis hechos el uno para el otro. Vais a ser muy felices juntos; debéis de ser las personas más egoístas que existen en este planeta.

Aquellas palabras golpearon a Víctor como lo hubiese hecho una bofetada en el rostro. Se sintió mareado mientras la observaba en silencio con una mezcla de dolor y desasosiego, incapaz de calcular cuánto tiempo estuvo allí, de pie ante él, mirándolo con aquellos dulces ojos llenos de reproche.

Cuando finalmente se dio la vuelta para marcharse, Tilman la siguió a través del corredor.

—Te equivocas.

—Puede, pero no voy a pensar ahora en ello —dijo deteniéndose ante el ascensor y pulsando el botón con nerviosismo. Cuando finalmente entró en la cabina se dio la vuelta y lo miró a los ojos, sacando fuerzas del dolor que la embargaba.

—Que seáis muy felices —se despidió mientras las puertas se cerraban.

—¡Mierda!—Los puños de Víctor impactaron contra el frío metal.

## Capítulo 9



# Adonis

## Pena de amor; mi corazón está herido

### A tres horas para la boda

Cubierto tan solo por unos ajustados boxes, Víctor se secó la cara con la toalla del hotel, apoyó las manos en el lavabo y observó su rostro cansado en el espejo.

Cerró los ojos y respiró acompasadamente, tratando de que su corazón dejara de latir tan rápido, antes de contar hasta diez y volver a abrirlos.

Nada había cambiado, el gilipollas del espejo seguía devolviéndole la mirada con cara de idiota. Irritado consigo mismo, arrojó la toalla contra su propio reflejo al tiempo que un gruñido brotaba de su pecho. Deseaba poder mentirse a sí mismo diciéndose que no sentía nada por Kaori, pero obviamente no iba a creérselo por mucho que se lo repitiera. La ansiedad, al igual que una condena, lo estaba matando lentamente. Tenía unas ganas terribles de largarse del hotel e ir en su busca. Necesitaba abrazarla y asegurarse de que se encontraba bien; de que nada malo le había ocurrido.

Víctor se apoyó de nuevo en el lavabo. No soportaba imaginar el peligro que Kaori podía correr junto al tipo que vivía con ella. No podía ser demasiado tarde. Tenía que haber algo que la hiciera cambiar de opinión.

En ese momento, le pareció que nada tenía sentido.

Volvió a abrir el grifo y se mojó por segunda vez el rostro, tratando de relajar los músculos doloridos tras la noche anterior.

Había sido fantástico. Sexo fantástico con una mujer maravillosa, pensó mientras oía el sonido de unos golpes.

Víctor levantó la cabeza y soltó una maldición. Aunque lo deseaba, largarse en ese momento sin una buena razón iba a serle bastante difícil. Los invitados ocupaban ya las habitaciones del hotel, aguardando a que llegase la hora de partir hacia la capilla. Era una locura romper a esas alturas el compromiso y decirles que podían regresar a sus hogares, algunos a

kilómetros de distancia, recapacitó él, rodeando sus caderas con una toalla antes de ir a ver quién era.

En cuanto abrió la puerta el denso perfume de Ariana flotó en el aire.

—¿Ariana?

—Verás... —Movi6 bruscamente la cabeza, situando la larga y sedosa cabellera rubia sobre el hombro izquierdo—, no tengo nada en contra de que te encierres en esta habitación de hotel hasta que las ranas críen pelo, cielo, pero te recuerdo que habíamos quedado para desayunar juntos esta mañana.

Él suspiró con cansancio.

—Lo había olvidado.

—Es lo mismo —respondió Ariana con indiferencia, deteniéndose en el centro de la estancia y echando un vistazo a su alrededor.

—¿Y tu esmoquin?

—Sobre la cama —respondió Víctor, sujetando la puerta abierta en una clara indirecta, que ella no pareció captar.

—¡No puedo creerlo! ¿No lo has sacado todavía de la bolsa de la tintorería? ¿Y si se ha arrugado?

—Al esmoquin no le pasa nada, Ariana.

—Tonterías —resopló ella de mal humor, abriendo la bolsa y arrojando el plástico al suelo. Luego colgó el traje junto al armario mientras él cruzaba el dormitorio y abría las puertas de la terraza para que transitara un poco de aire fresco.

—Pero... ¡Qué demonios es esto!

Víctor apartó la mirada del balcón y la clavó en Ariana, enmudeciendo al ver el desastre que ella sujetaba en la mano. Había estado tan absorto en sus propios pensamientos que ni tan siquiera se había preocupado de comprobar el estado de la ropa que la asistenta había depositado sobre la cama horas antes.

—Deberías comprarle a tus zorritas otro carmín de labios, querido, este es digno de una furcia.

—Yo no tengo zorritas. —Se sintió molesto al oír aquel adjetivo.

—Lo que tu digas, cielo. Pero será mejor que arregles esto cuanto antes.  
—Arrojó la camisa sobre el colchón y se dirigió hacia la puerta—. Espero que hayas traído otra, porque la sastrería del hotel cierra a las cuatro, y ya son las seis.

—No te preocupes, trataré de solucionarlo.

Ella le acarició el mentón con sus delgados dedos.

—Muy bien, querido. Entonces nos vemos dentro de tres horas. No hagas esperar al párroco.

—Dime una cosa Ariana... —la detuvo Víctor, justo en el instante que ella pisaba el corredor.

—¿Sí? —Ariana se volvió y alzó las cejas.

—¿De veras no te importa?

—¿Lo de tu camisa?

—No. —Agitó la cabeza ligeramente—. Quiero decir, lo de que pueda haber otra mujer.

—No seas tonto, querido ¿Qué podrías buscar en una mujer que no pueda darte yo? —Se le escapó un suspiro—. Aunque espero que entiendas que después de casarnos las cosas tendrán que ser algo distintas. No estaría bien que te dejara continuar haciendo lo que te dé gana. Sabes que papá tiene un carácter endiablado... Imagina lo que diría si llegara a enterarse.

—Sí, supongo que todo será distinto..., para los dos —insinuó él.

Con la cabellera rubia sobre el hombro y las mejillas rojas como un tomate, Ariana lo miró fijamente un segundo. Luego sonrió con nerviosismo, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Por supuesto.



# Escaramujo

Felicidad efímera; los días felices pasan rápido

Estaba jodida. Plena y rematadamente jodida, si creía que iba a olvidar aquello fácilmente. Es más, iba a costarle una eternidad dejar de pensar en Víctor y en la última noche que habían pasado juntos en su apartamento.

Quizá ese era el precio a pagar por amar a un hombre que pertenecía a otra, se dijo, deslizando los visillos a un lado para mirar por la ventana.

La tarde pasaba rápido. Apenas quedaban dos horas para que Víctor y Ariana se convirtieran en marido y mujer, y ella no podía hacer otra cosa que ver los minutos correr mientras sentía que lo perdía para siempre. Cada clic, cada segundo y minuto que marcaba el reloj, le abatían el alma.

Odió ese nuevo sentimiento de pérdida, como si le faltase un brazo, un pie o algo por el estilo.

—¿Te encuentras bien?

Ella retrocedió un paso y miró a Stephen.

—No te oí entrar.

—No me extraña, llevas pegada a esa ventana desde que has llegado, oteando el infinito con la mirada ausente de un *zombie*.

Ella experimentó un tumulto de sensaciones al observar a Stephen. Aturdida, sacudió la cabeza, tratando de contener las lágrimas.

—He sido una idiota —le confesó, sintiendo cómo las lágrimas escocían en sus ojos.

Stephen se acercó a ella y la abrazó.

—Todos hacemos tonterías en algún momento —comentó, acariciándole el pelo—. Es lo que tiene ser humano, ¿sabes? Viene con un lote de sentimientos que no vienen al caso.

Los labios de Kaori hicieron un amago de sonrisa.

—Sé que estas cosas ocurren todos los días, pero el caso es que pensé que conmigo sería distinto. Ahora me doy cuenta de que, en el fondo, deseaba que Víctor dejara a Ariana por mí. En todos estos años jamás me había ocurrido nada parecido. Era como si me viera obligada a...

Kaori hundió el rostro en el hombro de Stephen, prorrumpiendo en llantos.

—No te arrepientas de haberte enamorado, es el sentimiento más ingobernable que conozco.

—Pues es una mierda...—sollozó ella contra su hombro.

—De acuerdo, es una mierda —aceptó Stephen con voz suave—. Pero estoy seguro de que ha valido la pena intentarlo.

Kaori pensó que era cierto. A pesar de lo mucho que le dolía, el riesgo había valido la pena. Lo amaba todo de él: su perfume, su forma de mirarla, el timbre ronco de su voz... Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo había ocurrido, pero había sucedido.

—Tengo la impresión de haber envejecido veinte años —comentó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano

—Tranquila, te comprendo perfectamente.

Tras examinarlo con detenimiento, Kaori parpadeó repetidamente.

—Dios santo —murmuró con voz pausada—. ¿Te has enamorado de Rachel?

—¿Yo? ¿Enamorado? ¡Venga ya! ¿Te estás riendo de mí? —se burló de ella—. Mírame bien... ¿Tengo el aspecto de un tío enamorado?

—No deberías ponerte tan nervioso.

—No estoy nervioso —adujo, conteniendo la carcajada.

—Tiemblas como una prostituta en un confesionario, y finges igual de mal.

—De modo que eso es lo que crees —respondió él cruzándose de brazos.

—No lo creo, estoy segura. Al igual que lo estoy de que no llevaste esa libélula de jade a ningún museo. Y no trates de mentirme, porque lo sé todo.

—¿Cómo demonios sabes...? —Hizo una pausa, arrugando el entrecejo—.

Bueno, qué importa... El caso es que no puedo llevarla a ningún museo por ahora. Hay un tipo muy interesado en esa joya, y tiene la intención de comprarla para una galería. Piénsalo bien: gano un buen pellizco y la libélula acaba en el lugar que le corresponde.

—Si antes no te hacen picadillo los matones que te van a la zaga.

—Sé cuidar de mí mismo. Sin embargo, quién me preocupa ahora eres tú.

—Tranquilo, se me pasará. Tan solo es cuestión de tiempo.

Él la miró sin dar demasiada credibilidad a su razonamiento.

—Deberías echarte un rato, antes de que esas ojeras terminen abriéndose y brillando el suelo.

—Eres tan adorable... Siempre logras que me sienta como una mujer de bandera.—Kaori se puso de puntillas y le besó la mejilla.



# Betónica

¡Sorpresa!

—Entiendo perfectamente lo que trata de decirme, señor Tilman, pero le aseguro que la sastrería se encuentra cerrada desde hace ya más de dos horas y media. Es imposible que podamos hacer nada para localizar al propietario y traerlo aquí antes de la ceremonia.

Víctor comprimió la mandíbula al oír las palabras del conserje al otro lado del teléfono.

—Bien —recapacitó un momento—. ¿Supongo que el hotel dispone de servicio de lavandería?

—Por supuesto.

—De acuerdo, entonces envíeme a una persona para que se haga cargo de mi camisa —le pidió Víctor, contemplando ceñudo la prenda machada de carmín de labios mientras se preguntaba cómo diablos había llegado eso allí.

—La chica estará disponible en media hora, señor.

—¿Media hora? —Se puso en pie de un salto—. No se moleste, si me indica cómo, yo mismo la llevaré hasta la lavandería.

En silencio, Víctor memorizó las indicaciones que el hombre le dio antes de colgar el teléfono. Cuando lo hizo, volvió a mirar la prenda con más detenimiento.

Si no estuviese plenamente convencido de que no existía la menor probabilidad de que aquel color coral fuese el que acostumbraba a usar su secretaria, habría jurado que el desastre era obra suya.

Pero la recta y juiciosa señorita Simons era incapaz de aquello.

¿O no?, dudó, marcando su número en el teléfono móvil.

Sentada sobre la encimera de la minúscula cocina de su destartada autocaravana, Rachel detuvo la mano y apartó de su boca la cereza que estaba a punto de comerse. Echó un vistazo al teléfono y cuando reconoció el número de su jefe, miró al techo y puso los ojos en blanco.

—¿Y ahora qué coño querrá? —masculló con disgusto antes de descolgar el auricular.

—¿Sí, señor Tilman?

—Lamento tener que molestarla en su día libre, señorita Simons, pero quería preguntarle algo.

—¿De qué se trata? —Hizo un movimiento de muñeca y lanzó la cereza a su boca. Tras masticala, apuntó al cubo de basura y escupió el hueso, acertándole de pleno.

Rachel alzó una mano, vanagloriándose en silencio.

—El otro día, cuando fue a recoger mi ropa a la tintorería...

La risita de su secretaria lo dejó sin palabras.

—¡Vaya! Veo que al fin la ha sacado de la bolsa. En fin... —Escupió otro hueso que terminó rebotando en el suelo—. ¡Mierda!

Él alzó las cejas sobre los ojos y valoró la posibilidad de no haberla oído bien, cuando de pronto ella añadió:

—Pues mira, majo, te está bien empleado por mamón.

—¿Disculpe?

—Oh, déjate de gilipolces. ¿De veras creías que podrías jugar con los sentimientos de mi mejor amiga e irte de rositas? —resopló—. Lo de la camisa no es nada comparado con la patada en el culo que te habría dado si Kaori me lo hubiese permitido. Así que deja ya de lloriquear como una niña y comportarte como un imbécil.

Él escupió el aire bruscamente, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Ah, otra cosa... Considérame despedida. —Rachel se desahogó, lanzando un enérgico gruñido—. ¡Qué maravilla, joder! Ya empezaba a estar hasta la coronilla de tanto, ¿sí, señor Tilman? ¡Claro, señor Tilman! ¿Desea

alguna cosa más, señor Tilman? ¿Sabes? Estoy hasta el gorro de tu apellido. Lo o-di-o. Así que puedes coger el dinero que me debes y metértelo por...

Víctor colgó rápidamente el teléfono, negándose a oír una palabra más. Después de su conversación con Rachel, le había quedado bastante claro que Kaori tenía buenas amigas, pensó, convencido de que su ex secretaria le habría pateado de verdad el culo de haber podido.

—Increíble—masculló sin poder salir de su asombro. Luego agarró la camisa y abandonó la habitación para dirigirse a la lavandería, ubicada en el entresuelo.

Durante el trayecto, en ningún momento dejó de preguntarse qué estaba haciendo. Sabía que no quería estar allí, que no deseaba esa boda, y ni siquiera estaba ya seguro de querer unir la Tilman Company purchases a la Property Fox.

No, simplemente quería estar con Kaori. Pasar las frías noches de invierno acurrucados en el sofá bajo una manta, y las de verano sobre las sábanas de su cama. Pero no..., ella no estaba por la labor de dejar que las cosas fueran más fáciles.

—Maldita cabezota —se dijo, bajando la voz al cruzarse en el corredor con un empleado del hotel, que durante un breve segundo lo miró extrañado.

Después de carraspear la garganta, Víctor se dio prisa en llegar hasta las escaleras que conducían hasta la lavandería, las bajó y empujó la pesada puerta de metal en la que relucía el enorme dibujo de una plancha, tal como el conserje le había indicado.

Se plantó en el centro de la habitación y, al no hallar a nadie, escupió el aire bruscamente.

—Esto es una locura...

Tenía que hacer algo para detener aquella boda. ¿Pero el qué?, se preguntó, consciente de que Kaori no estaría dispuesta a que él rompiera el compromiso con Ariana. Estaba firmemente decidida a que él alcanzase sus sueños.

Meneó la cabeza.

Tal vez podría recuperarla cuando diesen por finalizado el matrimonio. Algo que, conociendo a Ariana, no tardaría mucho en suceder. Entonces él podría volver a tratar de seducir a Kaori. Lo había hecho antes, luego, no

había razón para pensar que no podría hacerlo de nuevo.



# Veronica pérsica

## Fidelidad

«*Pum, pum, pum*».

Víctor detuvo el movimiento de su mano un instante, luego dejó los polvos de lavar a un lado y deslizó la mirada por la lavandería. Un surtido de ropa perfectamente planchada y almidonada lo rodeaba, almacenada en altos estantes de color blanco. Aguz  el oído y trat  de averiguar qué originaba aquellos golpes, pero cuando no halló más que silencio metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una moneda, la introdujo en la ranura del aparato y pulsó el botón de lavado en caliente, como si con ello se sintiera mejor. Posiblemente aquella prenda acabaría encogiendo tanto, que tendría una razón más para cancelar aquella locura.

 O no?

«*Pum, pum, pum, pum*».

Los golpes volvieron a retumbar aún con más fuerza, mezclándose en esa ocasión con el sonido mecánico de la lavadora. Víctor arrugó el entrecejo cuando comenzó a oír los gemidos y gruñidos que surgían tras una puerta cercana. Apoyó ambas manos en la lavadora y movió la cabeza a los lados.

Alguien se lo estaba pasando de lo lindo en el cuartito de la limpieza, dedujo, notando que los golpes se hacían cada vez más rápidos y regulares.

—Joder...—murmuró en voz baja. Ahora sabía por qué la encargada de la lavandería no iba a estar disponible durante media hora.

Por un momento sintió la tentación de largarse de all  sin su camisa. Sin embargo, no tenía más remedio que esperar a que acabara de lavarse para meterla en la secadora. Tal vez después, «la chica del cuartillo» tendría la amabilidad de planch rsela.

Si no estaba demasiado cansada, claro.

—« Deber as dejar a ese mamón!»

Los labios de Tilman dibujaron una sonrisa al oír el comentario del hombre, quién quiera que fuese.

—«No..., deberías..., llamarlo..., así».

«*Pum, pum, pum*».

Víctor se detuvo en seco y alzó el rostro, casi seguro de haber reconocido la voz de Ariana.

—«¿No?»

«*Pum, pum, pum*».

—«¿Y cómo quieres que llame al cabrito que está a punto de casarse con la mujer que amo?»

Tilman comenzó a tener la impresión de que allí se estaba cociendo algo más que una buena cornamenta.

—«Solo será hasta que...»

«*Pum, pum, pum*».

—«Se entere de que papá me ha desheredado... Seguro que cuando lo sepa, querrá divorciarse. Te lo aseguro, ese tío es un controlador de mierda».

—«No quiero...»

«*Pum, pum, pum*».

—«Que te cases con él».

—«Ooooh, ¡cállate y sigue!»

«*Pum, pum, pum, pum, pum*».

«*Pum, pum, pum*».

«*Pum*».

«...»

«..»

«.»

Con la mano apoyada en el marco de la puerta, Víctor esperó dos minutos a que esta se abriera. Cuando Curtis y Ariana, con una significativa sonrisa en el rostro, tropezaron con él, se quedaron de piedra.

—¡Víctor! —exclamó Ariana al verse pillada por sorpresa—. ¿Qué? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Lavar mi camisa, ¿recuerdas? —respondió sin entusiasmo, burlándose claramente de la situación.

—Ah, sí... La camisa.

—Así es. —Él se encogió de hombros, como si encontrarla con Curtis en el cuartito de la limpieza no le supusiera un problema—. ¿Y vosotros? ¿Qué hacíais hay dentro? Porque supongo que Poppy no estaba poniéndote los rulos.

Ella resopló.

—Te lo suplico, Víctor, no hagas de esto un drama —le exigió—. Sabías lo que ocurría desde hace tiempo entre Poppy y yo, así que no me vengas ahora con esas. Además, ¿crees que no estoy al tanto de lo tuyo con la zorra de las flores? ¡Por favor! Dejé de chuparme el dedo cuando abandoné la guardería.

—¿Sabías lo de Kaori?

—Así que, ese es su nombre... —dijo, avanzando hasta el centro de la lavandería mientras Curtis caminaba pegado a la falda de su vestido de novia. Se detuvo para extraer un cigarrillo del paquete de tabaco que el peluquero portaba en el bolsillo de su chaqueta y, tras encenderlo, alzó la cabeza y lanzó al aire una gran bocanada de humo. Después de una pausa, continuó diciendo:

—Mira, me importa un carajo si estás de acuerdo o no con esto, pero será mejor que sepas que Curtis y yo nos queremos, y no vamos a dejar de vernos porque tú pongas una alianza en mi dedo. ¿Está claro?

Tilman miró por primera vez al peluquero, que trataba de permanecer un paso por detrás de Ariana.

—¿Y qué opinas tú de todo esto? —le preguntó.

—A él no le preguntes —contestó Ariana por él—. A Curtis no le importará mientras no intentes ponerme un dedo encima.

Durante dos segundos, él mantuvo los ojos fijos en ella, sopesando el significado de sus palabras.

—Está bien...—resopló de manera automática. Extrajo su talonario del bolsillo y garabateó una cifra en él. Luego se lo entregó a ella—. Creo que esto será suficiente para sufragar todos los gastos de la boda.

—¿Estás de broma? —Ariana le dio un manotazo y arrojó el papelito al suelo—. De ninguna manera vas a dejarme tirada de esta forma el mismo día de nuestra boda. ¿Te imaginas los titulares de mañana? ¡No vas a hacerme esto!

—En serio, Ariana, ¿acaso no piensas nunca en nadie más que en ti misma? —Señaló con un dedo a Curtis—. Porque acabas de decir que amas a ese hombre. ¿Has pensado en algún momento en él?

—Curtis no tiene un centavo.

—Cuando estabais encerrados en ese cuartito, me ha parecido entender que tú tampoco.

—Papá me perdonará si me caso contigo.

De pronto, Curtis se interpuso de un salto entre los dos.

—¿De qué demonios estás hablando? En ningún momento mencionaste que si te casabas con este tío recuperarías la herencia. Me dijiste que te quedarías con un buen pellizco de sus ganancias cuando lo dejarais. Se suponía que esa era la idea.

—Bien. —Ariana encogió los hombros con nerviosismo—. No sé qué importancia puede tener eso ahora.

—Pues mucha —le dijo Curtis—, si eso significa que vas a tener que permanecer mucho tiempo casada con este gilipollas, para que *papaíto* no te desherede de nuevo.

Se giró un momento hacia Víctor y añadió:

—Sin ofender...

Víctor se encogió brevemente de hombros, torció los labios en una media sonrisa y se recostó contra la lavadora, sin querer perderse un segundo del espectáculo que estaban dando esos dos.

—¡Pero tú... —a Ariana parecía costarle pronunciar las palabras— me dijiste que no te importaba!

—Siempre y cuando estuvieseis divorciados antes de que acabase el mes. Pero por lo visto a ti se te olvidó mencionar el pequeño detalle de que si regresas conmigo la herencia se irá a hacer puñetas.

— ¿Y qué quieres que haga? ¿Quedarme esperando a que a ti se te ocurra una brillante idea que nos haga ricos?

—¡Creí que solo te importaba lo nuestro!

—¿Cómo has dicho? ¿Estás insinuando que te he mentado?

Mientras Ariana y Curtis sacaban a relucir un montón de ropa sucia, Tilman comenzó a notar un terrible cansancio. Los últimos quince días había experimentado toda clase de emociones intensas: irritación, alegría, celos, plenitud... Y ahora todas ellas parecían debilitarlo. Estaba agotado de intentar ser otra persona; de fingir ante los demás. En ese momento, mientras veía a Ariana chillando al hombre que decía amar, se daba cuenta de que lo estaba perdiendo no era la empresa o la oportunidad de acaparar casi todo el mercado inmobiliario..., estaba perdiendo su vida. La estaba dejando escapar entre los dedos como la arena de la playa, tontamente y sin apenas darse cuenta.

—Vale, de acuerdo. ¡Ya está bien los dos! —los interrumpió Víctor, cansado de oír los reproches que se dirigían mutuamente.

—Y ahora... ¿Qué demonios te ocurre? —gritó Ariana, frunciendo el ceño con irritación.

Víctor se tomó un segundo para calmarse antes de volver a hablar.

—Mira, voy a haceros un gran favor —resopló—. Voy a salir por esa puerta y tú y Curtis cogereís ese malito cheque y os largareís ahora mismo a la capilla, os casareís, y después regresareís al hotel para celebrar que por fin estáis juntos.

—Pero la herencia...

—¡Al diablo la herencia! —bramó Víctor—. El cheque os permitirá empezar de nuevo. Si tu padre te quiere, tarde o temprano sabrá aceptarlo.

Se produjo un silencio incómodo. Curtis miró a Ariana y luego se agachó

para recoger el papelito del suelo. Tras desdoblarlo y descubrir que contenía un montón de ceros, se lo puso a ella delante de los ojos.

Durante los diez primeros segundos, Ariana se negó a mirarlo. Sin embargo, pronto sus ojos comenzaron a moverse en pequeñas idas y venidas hacia el trozo de papel que el peluquero sostenía en alto.

Ariana se quedó boquiabierta cuando, inesperadamente, Víctor se adelantó un paso y le estrechó la mano.

—¡Gracias!—le dijo Tilman con una resplandeciente sonrisa—. No creo que en toda mi vida pueda agradecerte lo suficiente lo que acabas de hacer.

Sin salir todavía de su asombro, Ariana lo observó mientras caminaba hacia la puerta.

—¿Y qué se supone que he hecho?

—¿Tú? —preguntó él, meditabundo—. Nada. Soy yo quien ha abierto los ojos de una puñetera vez. Que dicho sea de paso, ya iba siendo hora. Ah, se me olvidaba... Yo de vosotros iría pronto a la iglesia; el párroco va a necesitar muchas explicaciones.



# Margarita

¿Me amas?

Un día después de la boda

El sonido de la puerta hizo que Stephen despertara bruscamente en el sofá. Se llevó una mano al rostro e hizo un gesto de dolor al situar los dedos sobre el color profundamente amoratado que decoraba su mejilla izquierda.

—¡Mierda!—masculló, mirando a su alrededor como si esperase encontrar a alguien. Todavía le costaba entender lo que había pasado la noche anterior, cuando se le ocurrió decirle a Rachel que si quería correrse una fiesta inolvidable se pasara por allí. A decir verdad, nunca imaginó que se presentaría con un tropel de moteros y melenudos con pinta de cantantes de rock.

—¡Vale! ¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó todo lo fuerte que el dolor de cabeza se lo permitió. Se puso los primeros pantalones que encontró en el suelo, rogando por que fueran los suyos, y arrastró los pies hasta la puerta.

—Espero que no hayas olvidado nada, Kaori, porque tu avión sale dentro de una hora —masculló, justo un instante antes de abrir la puerta y toparse con la dura mirada de Víctor Tilman.

Stephen abrió los ojos y lo recorrió con la mirada, contemplando un instante su camisa arrugada, mientras Víctor, a su vez, miraba con asombro el moratón que le oscurecía la mejilla.

—¿Avión? ¿Qué avión? —preguntó, apoyando una mano en la puerta para evitar que Stephen se la cerrara en las narices.

Los ojos de Stephen adoptaron una expresión adusta.

—¿Qué quieres?

—Hablar con Kaori.

—Entonces, será mejor que la llames a su teléfono —le reprochó, tratando de cerrar la puerta.

Tilman situó un pie delante y luego la empujó, decidido a buscar a Kaori él mismo.

—¡Eh! ¿Es que estás sordo? Ya te he dicho que Kaori no está.

En cuanto Tilman entró en el salón, se produjo un crujido bajo su pie. Se miró el zapato y lo levantó, descubriendo bajo la suela lo que parecía ser un plato roto. En seguida se percató de que en el salón parecía haberse desarrollado la tercera guerra mundial. Había objetos rotos por doquier, la lámpara continuaba encendida sobre el suelo y los ceniceros estaban rebosantes de colillas apagadas.

—Menuda jugera te has corrido... —masculló en voz baja, observando a Stephen mientras este volvía a situar la lámpara en su sitio.

—¿Te importa? —preguntó de mal humor, echando a Víctor a un lado para recoger los pedazos de plato roto.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

—Es mi casa, así que no te importa.

Víctor agarró con dos dedos las braguitas de encaje que se habían quedado prendidas a un busto de Tutankamon.

En cuanto Stephen se dio cuenta, se las arrebató.

—¿Nadie te ha dicho que fisgar las cosas de los demás es de mala educación?

—Eso no es de Kaori.

—¿Y qué si no lo es? —replicó Stephen encogiéndose de hombros.

Súbitamente furioso, Víctor se abalanzó sobre él, notando cómo la sangre le hervía en las venas. A pesar de que Stephen maniobró su cuerpo para tratar de alejarlo del puño de ese hombre, este acabó impactando con fuerza contra su hombro izquierdo.

—¡Serás hijo de perra! —le gritó a Tilman y, antes de que ambos pudieran darse cuenta, estaban en el suelo enzarzados en una violenta pelea, golpeándose e insultándose mutuamente.

Víctor esquivó el puño de Stephen varias veces, hasta que un golpe de suerte lo situó sobre su adversario. Alzó su brazo para asestarle un buen

puñetazo y notó un inesperado golpe en la cabeza que lo tumbó de espaldas.

—¿Se puede saber qué demonios ocurre aquí?

Ambos interrumpieron la disputa para mirar hacia la impresionante mujer que se frotaba la mano, visiblemente dolorida después de instaurar el orden.

—¿Es que no puedo dejarte solo un momento? —le dijo a Stephen mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

—¿Rachel?—Stephen parpadeó confundido—. Creí que después de lo de anoche te habrías largado.

—¿Rachel? —repitió Tilman como una cacatúa, completamente atónito—. ¡No me jodas! ¿Eres tú de verdad?

—No, que va... Soy solo un espejismo fruto del golpe que te he atizado en la cabeza.

—Yo, no... —alucinó Víctor, levantándose del suelo—. Bueno, solo quería decir que...

Rachel lo miró con una mezcla de rabia y compasión.

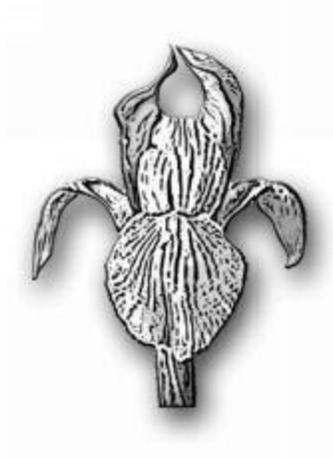
—Será mejor que te invite a un trago... —dijo, cogiendo al azar una de las numerosas botellas que estaban esparcidas por el salón. Tras llenar un vaso que le pareció más o menos limpio, se lo ofreció—. Vas a necesitarlo cuando escuches lo que tengo que decirte.

Víctor pasó del vaso y agarró la botella, bebiendo directamente de ella.

Rachel lo observó mientras se quitaba la cazadora de cuero, revelando el contorno de unos senos llenos y perfectos. Después de arrojar la chaqueta a un lado, le dijo:

—Si supieras lo que hubo aquí esta noche, beberías del vaso.

Tras escuchar sus palabras, él hizo un esfuerzo por no acabar escupiendo el licor.



# Iris

## Tengo algo que decirte...

Kaori intentó una vez más convencerse de que hacía lo correcto, pero cada vez que miraba el número de su vuelo en las grandes pantallas del aeropuerto, sentía ganas de volver a casa. Y la verdad es que lo habría hecho de no haber pagado ya el viaje. Habría cogido las maletas y se habría largado por patas de allí.

Observó los billetes que tenía en la mano.

Todavía estaba a tiempo de arrepentirse y no ir a Japón. Sobre todo, sabiendo que allí la esperaba el gran Saburo Sato, dispuesto a machacarle con un par de pesadas monsergas de su propia cosecha.

Meneó la cabeza al tiempo que soltaba un suspiro.

Pese a todo, no iba a estar mucho tiempo fuera; tenía demasiado trabajo en Estados Unidos para relajarse más de la cuenta. Por ello se limitaría a visitar a su padre, a poner flores ante la tumba de su madre, y a descansar unos días antes de regresar a Manhattan. Aunque estaba convencida de que Saburo la pondría en una situación difícil cuando le ordenara quedarse, iba a tener que arriesgarse. Necesitaba alejarse de allí el tiempo suficiente para despejar la mente y sanar su corazón herido.

Kaori se preguntó cuánto tiempo necesitaría una mujer para conseguir aquello último. Mayormente si estaba embarazada del hombre en cuestión. Imaginaba que, después de decidir tenerlo, iba a costarle bastante.

Había aprendido a no creer en los cuentos de hadas. Bueno, no era que antes creyera mucho en ellos, pensó, echando un vistazo nuevamente a su número de vuelo. Pero se sentía como una grandísima tonta por haber creído que aquello podría salir bien. A todas luces, iba a ser un desastre. Incluso podía imaginarse los titulares: desconocida que trata de abrirse camino en Manhattan, destroza el compromiso de un célebre y rico hombre de negocios.

Por un momento, se preguntó cómo había podido pensar que un hombre

como Tilman dejaría su maravillosa vida por una chica como ella.

Ridículo. Muy ridículo...

—¿Es su vuelo?

—¿Qué? —Kaori arrugó el ceño y miró al joven que se hallaba de pie junto a ella.

—Bueno, es usted asiática y...

—Oh... ¡Maldita sea! —Abrió la boca y se levantó de un salto al darse cuenta de que llamaban por megafonía a los ocupantes de su vuelo.

—Se lo agradezco mucho —le dio las gracias al hombre de camino hacia la puerta de embarque. Cuando llegó al lugar donde esperaba la azafata, se sintió aliviada al descubrir que no era la última pasajera en embarcar, dado que el avión se encontraba todavía prácticamente vacío. Situó la maleta en el portaequipajes que encontró sobre su butaca y después de agarrar una revista se sentó a la espera de que el resto de los viajeros abordase la aeronave. Miró el folleto de instrucciones de emergencia que asomaba en el bolsillo de la butaca delantera y descartó la idea de echarle un vistazo.

Transcurridos quince minutos, durante los cuales no subieron más que dos personas a bordo, decidió leer un rato. Así que sacó de su bolso la novela que estaba leyendo, *Regálame París*, de Olivia Ardey, y la abrió por la mitad, retomando la lectura donde la había dejado la noche anterior. Al cabo de un rato alguien situó un gran bulto en el asiento de al lado.

Kaori apartó la mirada del libro y la clavó en el enorme ramo de margaritas.

—Son preciosas —le dijo al joven que se hallaba de pie junto al ramo que él mismo había subido al avión. Le sonrió, y después se concentró de nuevo en la novela romántica que estaba leyendo. Sin embargo, tras percatarse de que el muchacho no tomaba asiento, volvió a levantar la vista y se dio cuenta de que él joven continuaba mirándola con una sonrisa en los labios.

«En fin», se dijo alzando brevemente las cejas al tiempo que se encogía en su asiento, tratando de no prestarle más atención de la necesaria. Por lo visto no era la única a la que le faltaba un tornillo, pensó, fingiendo estar absorta en la lectura, cuando de pronto cayó en la cuenta de que había otro ramo, esta vez de rosas, ocupando el asiento delantero.

Completamente alucinada, Kaori observó que los pasajeros comenzaban por fin a abordar el avión, portando un ramo de flores en la mano. Todos acarreaban uno, ya fuera de narcisos, lirios u hortensias. Ninguno estaba repetido, y todos eran tan bonitos como el que descansaba a su lado, sobre el asiento.

Una luz intensa la hizo cerrar momentáneamente los ojos. Cuando los abrió, comprendió que se trataba del *flash* de una cámara fotográfica. Pronto docenas de destellos relampaguearon en torno a ella.

Sin tener la más remota idea de lo que estaba pasando, trató de levantarse e ir hacia la salida, cuando su cuerpo topó con un gigantesco ramo de orquídeas que invadía la puerta de embarque.

A su lado, la azafata no dejaba de sonreír.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto? —preguntó ella, tratando de ver algo que no fueran las flores que invadían la cabina por doquier.

—¿Quieres casarte conmigo?

Kaori clavó la mirada en el gigantesco ramo que tenía delante y sus labios se curvaron hacia arriba al reconocer la voz de Tilman, amortiguada por las orquídeas.

—Bueno, me gustan las flores, pero no tanto como para casarme con ellas.

—Oh... —Tilman apartó el ramo y lo puso en manos de la azafata, que quedó completamente oculta tras él.

Kaori soltó una risita infantil.

—Kaori Sato —comenzó a relatar él, hincándose de rodillas ante ella—. ¿Querías hacerme el hombre más feliz de la tierra, casándote conmigo?

Ella meneó la cabeza a los lados.

—No.

El golpe de efecto de aquella palabra dejó a todos atónitos.

Tilman, boquiabierto, tardó un segundo en reaccionar. Se levantó y la miró sorprendido.

—¿No?

—No voy a cambiar de opinión porque continúes repitiendo todo lo que digo.

—Pero, ¿por qué diablos no?

—Maldita sea Víctor. —Kaori soltó un taco y puso una mano ante el objetivo de la cámara, cuyo flash acababa de deslumbrarla—. No sé lo que habrás liado, pero viéndote aquí, imagino que ha debido de ser algo muy gordo, porque si no a estas horas estarías casado con Ariana.

—No es de Ariana de quien estoy enamorado.

—No puedo creérmelo... —masculló Kaori soltando el aire con brusquedad.

Sin saber muy bien cómo debía reaccionar ante una situación que a todas luces escapaba de sus manos, dio media vuelta y se abrió paso a través de los ramos de flores, hasta que finalmente alcanzó la salida.

Tilman la siguió hasta la galería de embarque, que para alivió de ella se encontraba totalmente desierta.

—No te entiendo —la detuvo Víctor—. ¿No es esto lo que querías?

—No puedo creer que aún no lo entiendas. ¡Claro que lo deseo! Deseo más que nada en el mundo convertirme en tu esposa. Pero no a cualquier precio. Sabes de sobra que no puedo ofrecerte nada. Estar conmigo no va a hacer que tu compañía progrese.

—Me parece increíble que digas eso, ahora que vas a darme un hijo.

—¿Cómo te has...? —Kaori lo miró anonadada.

—No importa cómo o quién me lo ha dicho. Lo realmente importante es que es cierto. Así que no vuelvas a decir nunca más que no puedes ofrecerme nada, porque sabes perfectamente que no es así. Me has dado las tres cosas más importantes que me han regalado en la vida: tu amor por mí, y un hijo que lo demuestra.

—Eso son dos cosas...

—La tercera es a mí mismo, mi amor —le dijo Víctor, acercándose a ella para abrazarla—. Estaba perdido y tú me has encontrado. Ahora sé lo que realmente quiero. Me importa un bledo si la empresa se extiende por Europa o no, si ha de ser así, lo conseguiré por méritos propios. Lo que realmente deseo es a ti y al hijo que llevas en tus entrañas. Eso es lo único que va a hacerme feliz.

—¿Y qué hay de Ariana?

Él le sujetó la barbilla con los dedos, clavando su azulada mirada en ella.

—Ariana sabrá superarlo. Le costará algo más de tiempo, pero seguramente entienda lo que yo he aprendido: que no hay nada en este mundo, por importante que nos parezca, que pueda reemplazar al amor verdadero.

Una sonrisa curvó lentamente los labios de Kaori.

—¿Sabes?—le dijo, besándole el mentón suavemente—. Por una vez voy a romper una lanza a tu favor y voy a darte la razón.

—¿Solo por una vez?

—Una sola.

—Entonces, será mejor que subamos a ese avión y volemos hasta Japón para comprar todos los gatos de la suerte que encontremos. Porque, preciosa, si la leyenda es cierta, a partir de ahora dudo mucho que pueda existir algo que logre separarnos.

Los labios de Víctor atraparon los de Kaori, fundiéndolos en un beso mientras el corredor se llenaba de espectadores, murmullos y flores...

Cientos de flores...

lavandas.jpg



## **Agradecimientos**

*Mi más profundo agradecimiento al Magatzem Verd de Palma, a Jardins de Tramuntana, a los viveros Edén, y a todas las maravillosas personas que trabajan en estos centros de jardinería, por permitirme recopilar algunas de las bellas imágenes que se muestran en este libro.*

*A las personas que han hecho que esta historia sea posible: mis familiares y amigos, por recordarme que los sueños y deseos pueden hacerse realidad.*

*Y a ti, Papá, por creer en mí, pese a conocer mis limitaciones.*